

LIBRO

S
TRO
CAS

14

C.

Las
4 letras

a Beatriz, mi mujer



Queda hecho el depósito de Ley
Impreso en Caracas - Venezuela

JOSE
VICENTE
ABREU

Las 4 letras

NOVELA

EDITORIAL CENTAURO
CARACAS - VENEZUELA

CAPITULO I

La ruleta rusa

1

Pantaleón Lista sale del calabozo. Primero un pie, la sombra de un pie y el cuerpo rechoncho, chato en el piso. El sol lo deslumbra. Masas de luz y una oscuridad instantánea en los ojos. Le arden las pupilas y le pica la nariz. (Siempre el sol en esa antena atrofiada de la nariz). Aparecen y desaparecen los contornos de las cosas. Estira el cuerpo con una gimnasia absurda y la sombra sigue chata en el suelo. Quiere correr por el pequeño patio cuadrangular donde corren aguas sucias entre grandes barriles negros llenos de basura. Rejas: los presos asoman trozos de brazos, de camisas a colores o manos cruzadas en el exterior abrazando los barrote. Miran sin espabilar la corriente de aguas sucias entre los barriles. Pantaleón Lista pide un cigarrillo a otro policía que se limpia los dientes con un pañuelo sucio y húmedo (uno sale sin cigarrillos del calabozo). Se sientan a fumar sobre cajas de limpiabotas amontonadas en un rincón

lleno de trastos de buhoneros: azafates de madera y de zinc, patas en forma de tijeras, taburetes, pesos y balanzas, un bastón blanco de ciego, entrenado para trabajar en la escuela de ciegos.

—¿Cuántos? —pregunta Pantaleón Lista y forma un globo de plomo con el humo de su cigarrillo.

—¿Cuántos qué?

—Los buhoneros y limpiabotas —y muestra con el hocico los trastos alrededor.

—Un ciento... tres autobuses de los negros...

—No dejaron nada...

—Son extremistas. ¿Tú conoces un buhonero que no sea extremista?

Además tú estabas arrestado. Estás enviciado en la ruleta, Panta...

El otro policía, Pilar María Astudillos, de piel oscura y pómulos amarillos y salientes, hablaba y sacudía la ceniza del cigarrillo con un fuerte gancho de boxeador.

—Una barrida...

Basura. En El Silencio, frente al Centro "Simón Bolívar", la gran feria de gritos, toses, risas, silbidos y motores de carros. Indios goajiros con batolas negras hasta los tobillos y grandes fajas de charol, vendiendo sortijas contra la mala suerte y collares de material plástico coralino, de los antepasados. Hombres con culebras arrolladas al cuello venden jabones a gritos y filtros de amor en secreto. Adivinadores del porvenir con periquitos sabios en sus jaulas o con calaveras plásticas en campanas de vidrio. Oraciones y Marialionzas. Mercancías en azafates, bandejas, sillas, trastos tirados por el suelo y la gente circulando y abriéndose paso con los codos o tosiendo fuertemente con esputos de tísico. Primero se destruían las mercancías de los buhoneros con los machetes, las botas y los rolos. Evencio decía que había que pegarle fuego a las mesas para no perder tiempo.

—Deme la orden, mi sargento...

Algo sencillo y simple, el fuego y luego las cenizas y los eternos hombres del aseo urbano y domiciliario con sus carritos y sus palas recogiendo las cenizas. Y algo les queda. Esa gente del aseo siempre encuentra algo en la basura.

—Saben, mi sargento...

La gente aferrada a las cosas, tablas entre cuatro cajones llenas de camisas para niños, pantaletas, medias, interiores, gorras, fajas de mujer —último grito y con ventilación especial—, medias, jabones, cinturones, pijamas chamuscadas. Un cartel en el centro de las cosas:

"Todo a bolívar

META LA MANO"

Y un hombre que grita agitando bolitas en su sombrero:

—Meta la mano... todo a bolívar...

Evencio decía:

—Candela y terminamos ya con esta basura. ¿Por qué no me da la orden, mi sargento? Y yo tengo un yesquero, mi sargento. No lo apaga el viento. Siempre encuentran algo los del aseo.

Negocios decentes con patentes y avisos luminosos y cuñas en las radios, con precios decentes y no todo a bolívar y meta la mano.

Golpes de rolo y peinilla a un hombre que gritaba trepado sobre un cajón:

—Los buhoneros tienen dos enemigos: la lluvia y los policías...

Llueve y los buhoneros corren a recoger y cubrir la mercancía. Alarma aérea las primeras gotas y carreras y peleas por un trozo de techo que da a la calle.

—Pero peores son los policías...

Una mujer protesta y cubre con sus grandes tetas que saltan del escote, las mercancías y los hijos.

—A mi me llevan con mi mercancía y mis hijos...

—¿Y vas a dejar las tetas aquí? —preguntaba un buhonero bizco con los dientes perfectos.

Un comerciante de El Silencio —respetable, gordo y tembloroso—, asoma a su negocio con la reja a medio cerrar y grita a los policías:

—Llévenselos con las mercancías...

Las mercancías no se pueden destruir, son sagradas.

—¿Tu has destruído alguna vez las mercancías, Panta?

El Sargento gritó:

—¡Con la mercancía y los hijos...!

—Y las tetas.

—Y cargamos con todos... —hace un gancho con la mano del cigarrillo, cae la ceniza e indica las rejas—. Y allí están...

Pantaleón Lista observa a Pilar María Astudillos. Un mechón le cuelga de la frente amarillenta y cubierta de grasa. Huele a desodorante y sudor de correajes. Pilar cree que el mechón fuera de la gorra es bueno para las mujeres.

—No falla en el cerro del Amparo, Panta...

—¿Y la mercancía?

Pilar María Astudillos sonríe con dientes apretados y rosados.

—Hay muchos rateros... anoche mismo no quedaba nada...

Se levanta y estira los brazos —suenan algunos huesos—, bosteza, de nuevo cubre el cajón de limpiabotas con las nalgas y da con el codo a Pantaleón.

—Si te interesa una pantaleta de mujer, grande, te la vendo. Es de punto... un bolívar decía el cartel de remate...

Todo a bolívar, meta la mano...

—Yo no tengo mujer...

—Un hombre sin mujer se pudre por dentro.

"Sombras nada mas" con su cuerpo fino y la piel negra y lustrosa, le pregunta con una sonrisa:

—"Sombras", ¿no cree?

El la ve sinuosa con su lazo en la nuca: "Sombras nada mas". El puede ir y acostarse con ella después de la ruleta. ¿Cómo será "Sombras" después de la ruleta?

—Sombras —dice— en la cama.

Pilar María Astudillos lo mira sorprendido, pero permanecen en silencio. De las rejas vienen largos gritos, risas, protestas, maldiciones, rancheras mexicanas y silbidos.

—¡Oficial de Guardia!

—¡Sodomita!

—¡Mierda!

—¡Me cago en la mierda!

—¡Sodomita! ¡Aquí hay un ciego sodomita!

Y risas y gritos y coros improvisados.

—Como no tiene el bastón blanco, cuando camina entre los presos, toca en cualquier parte para orientarse... pero de que es sodomita, es... y dice que es de escuela...

Y Pilar María Astudillos se ríe y le da con el codo en un costado.

—Sodomita de mierda...

Desde ese ángulo nunca se ve el cielo. Apenas un trozo enmarcado entre grandes edificios donde funcionan bancos, casas de importación y representaciones, escritorios de abogados y corredores de bolsa e inmuebles. Justo frente a la comandancia, una puerta lateral del Capitolio, donde se estacionan las jaulas de presos, las patrullas y los autobuses negros con una gran raya blanca y su león del escudo echando fuego por la boca. Pero las voces de los presos no llegan hasta las puertas del Capitolio. Se ahogan en el ruido de la calle. Retumban en el patio cuadrangular cercado por los edificios y las grandes sombras que no deja ver el sol.

—¡Esos del Congreso! —gritan los presos.

El oficial de guardia ordena silencio. No respetan al Congreso. Saca cinco presos y les ordena echarle agua a los demás. Cubos llenos de agua contra las rejas, un tropel de amenaza y amontonamiento en los rincones.

—Vamos a jugar mosquita, Panta.

El policía toma dos trozos de piedra del suelo, se las lleva a la boca para untarlas de saliva y las coloca frente a ellos.

—Pero no tengo plata... te juego la pantaleta de a centavito... para divertirnos nada más... vale un bolívar.

—Yo no tengo mujer...

Vigilan las piedrecitas en el suelo. Guardan silencio sin cambiar de postura, expectantes. Una mosca gira y se va. Pilar María Astudillos mueve los ojos para hacer comprender a la mosca cual es su piedra. Pero se va.

—Estos carajos no dejan que las moscas se paren... con esos gritos.

Mira a Pantaleón, en vano espera una palabra y ensimismado deja los ojos fijos en el suelo.

—¡Esos del Congreso!

Pantaleón Lista ha visto entrar en otras ocasiones a un concejal seguido de concejales y el jefe del destacamento policial. Dice en voz alta:

—Juego democrático... abusos de poder... pobre gente. Señores, la democracia no permite abusos... URD es grandeza.

Interroga desde la reja. Trozos de brazos gesticulan, se apretan a los barrotes o muestran un parche mugriento en la cabeza. El jefe

lo acompaña con cara afeitada, estirada de goma tensa, "tres veces templada" como un caucho de camión.

—Juego democrático...

Y abren las rejas para dejar salir a los buhoneros, limpiabotas y pregoneros en el juego democrático.

Reclaman sus mercancías.

—Ellos mismos la deterioran —explica el jefe al concejal—. Así las venden de una vez al Municipio que no necesita ese tipo de mercancías. Es su negocio. La deterioran y después la cobran. Quieren que les pague la democracia...

—Juego democrático...

El otro policía se lleva las piedrecitas a la boca y las unta de saliva. Un sabor de arena, áspero y frío en la lengua.

—En El Obispo si se paraban las moscas. ¿Tu conociste El Obispo, Panta?

Era una cárcel muy buena, yo no sé por qué la demolieron. Todavía era nueva. Y hasta sin saliva se paraban las moscas. De a dos y de a tres, Panta.

El Obispo. Unta las piedras de saliva y las mira entre el índice y el pulgar con ojo crítico.

—Saliva de caramelo es la mejor... ¿Por qué no jugamos numérico, mas bien? Número de policía: pares o nones...

Pantaleón se arranca un pelo de la oreja y lo contempla largo rato en la mano.

—Ya yo no estoy jugando —dice Pantaleón y se sacude las manos.

—¿Qué te pasa? A mi me salió calabozo quince días una vez. Eso no es mal de morir. Aquella vez eran quince días por la ruleta.

Ahora no. Hasta dan ganas. Los tiempos cambian. Ni vender las balas a los extremistas ni perder el revólver es mucho. Eso no vale. ¿Tu no le has vendido las balas a los extremistas, Panta? Te amonestan. No hay personal para cuidar en las calles, en las casas y en las quintas de los ricos. No hay tiempo para arrestos. Ni se puede ver una sirvienta y tocarla como es debido, donde es justo tocar una sirvienta. ¿Ves? Tú ni mujer tienes.

—Ojalá me arrestaran a mí por cualquier cosa...

"Sombras" le coloca la mano en los ojos y le dice al oído:

—¿No cree?

Después de la ruleta como una culebra en la cama.

—Sombras —dice.

A uno le meten hasta cuarenta y ocho horas de guardia. Y te duermes en la guardia. Te amonestan policía con sueño, garrapatoso, lacio. Mal servicio. Y los comerciantes no dan ni un centavo. Dicen que uno se duerme y no dan ni un centavo porque es deshonesto, corrompe la democracia, el servicio y hasta el espíritu del 23 de enero.

—Vicios de la dictadura anterior que no sirven ahora.

Uno entra y sale del calabozo. Se necesitan más policías.

—El Ministro lo dijo allí enfrente...

Te dicen, un policía en forma con dos horas de sueño cada cuarenta y ocho tiene para cuarenta y ocho horas más.

Un policía en forma, Panta.

—Uno cumple con su deber. ¿Qué les importa que un cristiano juegue a la ruleta rusa como es debido? ¿Qué les importa, dime? Ellos juegan sus cosas...

—Juego democrático...

Reclaman y reciben, piden, les dan casas, relojes con el escudo nacional, rolitos y peinillitas de oro "en reconocimiento de servicio". Ellos tienen sus juegos y nadie les dice nada. Y a uno por la ruleta...

—Será que como es rusa...

Reflexiona, ríe, mira a Pantaleón:

—A lo mejor es extremista... debe haber una ruleta que no sea rusa, Panta —le da con el codo en el costado—. Pero no es lo mismo...

Tú eres inteligente. No serás buen policía, pero eres inteligente.

—Me haces hablar demasiado, Panta.

Pantaleón Lista no responde ni sonríe. Mira las dos piedrecitas en el piso sucio, manchado, llena de parches de cemento nuevo y de otro color que concluye en la zanja de aguas sucias. El mismo grito de las rejas:

—¡Esos del Congreso!

Unos presos se llevan los barriles de basura y vuelan las moscas en todas direcciones.

—Ahora sí tendremos suerte, Panta... mira el mosquero... ni en El Obispo —dice Pilar María Astudillos y llena de saliva las piedrecitas.

"Sombras" le güña un ojo en la semipenumbra de la música, el humo y los gritos.

—¿No cree?

—Mira el mosquero...

—Ya yo no estoy jugando...

2

—Sus papeles...

El hombre busca en los bolsillos. Cigarrillos, briznas de tabaco, hilachas, temblores en los dedos y una sonrisa se apaga en la boca congelada.

—En la casa —explica, palpa apresurado todos los bolsillos—. Yo salí... no me dí cuenta...

Se pasa de nuevo las manos temblorosas por la ropa.

—¡Es tuyo! El cuento de siempre... la cédula se carga, por eso es cédula... ¡Llévatelo! —dice el sargento Carmona.

Una patrulla estacionada y dos cajones vacíos obligan el paso por una brecha. Seis policías, gritos de un sargento ojos de fiera, toman posición en la barrera. El sargento pasea de un extremo a otro y a veces se levanta la gorra y se rasca mecánicamente en la coronilla.

—Sus papeles...

—¡Correcto!

Y de nuevo los ruidos de la noche.

Después de un minucioso registro, los vehículos se alejan por la calle desierta. Los stop manchan la oscuridad con puntos rojos. Sólo hay ruidos de la noche. Los motores de los autobuses y camiones en la avenida cercana, palabras sueltas de las radios, trozos de canciones, de pronto gritos y desechos de borrachos distantes. Las luces iluminan las cosas y las gentes proyectan largas sombras en las paredes y la calle. Árboles húmedos y oscuros mueven sus hojas más bajas al paso de los carros. Empiezan a ladrar las sirenas policiales y los perros. Disparos moribundos en algún lugar. Las patrullas no se detienen para pasar la barrera policial. Ladran las sirenas hasta ahogarse en otra parte de la noche. Los periódicos viejos, las hojas y desperdicios se levantan veloces y caen lentamente al paso de los carros. Un perro ladra arriba en los cerros. Empieza a ser fría la noche.

—Sus papeles...

Pantaleón Lista mira a los otros policías con una sonrisa. El

pulgar descende por la correa de la metralleta. Le agrada el roce de la uña en la camisa.

—Uno no debe decir "sus papeles"... siempre me equivoco...

—Se inclina y limpia el cajón, examina la mano y sopla el polvo—. Uno no debe decir sus papeles...

Mira al sargento Carmona y se sienta descargando lentamente su peso sobre el cajón.

—Si aguanta —dice entre dientes—. Pero uno no debe decir...

Los demás policías sonríen sin dejar de mirar a lo lejos, hacia el cerro y las tinieblas.

Una noche en la Avenida de los Próceres dormitaba en la barrera policial. Policía con sueño. Los próceres y los obeliscos se levantan fríos en la avenida. Los bancos vacíos y tristes entre copas grandes sembradas de helechos.

—Para que se sienten los próceres en la noche...

Porque nadie puede sentarse allí de noche, salvo los próceres que se cuentan sus proezas en silencio con un gesto eterno de piedra o de bronce.

Copas grandes —como los tiestos pequeños de la madre— sembrados de helechos. Dormía y se bajaba el caballo de los próceres y él, Pantaleón Lista, cabalgaba y gritaba:

—¡Próceres!

Los demás policías habían entrado en las patrullas y dormían también. El abría los ojos un instante y miraba las estatuas, las columnas, las copas grandes y las sombras. Nada, los héroes en sus estatuas y ellos estaban agotados. Volvía a cabalgar el caballo de piedra con un dolor terrible en las nalgas.

—Uno quiere dormir...

Desde la noche anterior cercaron la Ciudad Universitaria y la Escuela Técnica Industrial. Por la Plaza Venezuela los paracaidistas, la guardia nacional y la infantería de marina. Todas las fuerzas. El sargento Carmona dijo:

—Vamos a ver si van a poder con nosotros ahora que estamos todos...

Un helicóptero gira como una mosca loca sobre los edificios.

—Uno quiere mirar el helicóptero y sacar un pañuelo...

—Es la guerra... —dice el sargento—. Un vuelo de reconocimiento al enemigo —toma aire y se esponja—. ¡Prepararse!

El helicóptero se aleja tosiendo en el viento. Uno quiere decirle adiós con un pañuelo aunque el pañuelo esté sucio y apenas se distingue desde arriba. Pero es la guerra y se aleja hasta que solo es un punto, una mosca, nada. Y de mirar tan lejos uno quiere dormir porque los ojos duelen adentro en las cuencas.

—Los estudiantes comenzaron a cantar.

—El Himno Nacional, el belachau que cantan en la cárcel cuando están asustados..

—Pero gritaban también "abajo el gobiernito". ¡Cómo si uno fuera gobiernito —dice el sargento Carmona, oscuro, grande y cuadrado, sin dejar de caminar.

—¡Oído! ¡Hay que esperar órdenes superiores!

Y vino la orden superior:

—Disparen —dijo el sargento—. Apunten a los árboles primero. ¡Oído! ¡Hay carta blanca! —oyó entre las ráfagas.

Desde la mañana hasta la entrada de la noche. Los cañones de las armas se recalentaban con el calor del sol y de las balas.

—Uno queda sordo y se le mete el sudor en los ojos...

Habían tomado posición en las azoteas de los edificios más altos. Abajo pasaban los carros a gran velocidad. La gente se agrupaba en las esquinas y miraba hacia los edificios de los policías y los árboles de los estudiantes. Las hojas y las ramas caían tronchadas. Gritos, voces, risas, trozos de canciones, disparos sueltos. En la plaza de Las Tres Gracias estaban estacionadas las ambulancias de la Cruz Roja. Los camilleros acostados sobre las camillas. Las órdenes por radio.

—¡Disparen, carajo! —dijo el sargento recorriendo la fila con el revólver en una mano y la metralleta en otra—. ¡Estamos en guerra, carajo! ¡El que no dispare lo mato...!

Desde la mañana hasta la entrada de la noche. Uno ve bultos corriendo de árbol en árbol.

—Hubo tres bajas... a mi sargento se le fue una ráfaga...

—Yo quería beber agua... nos dieron una coca-cola.

Relaciones públicas. Señores, no hay que perder la cabeza en la guerra. Un hombre alto, blanco y un negro bajo y rechoncho. Ambos de corbata:

—Relaciones humanas de la General Motors, muchachos... Relaciones de mi General Motors.

Reconocimiento al valor. Restablecimiento del orden, una coca-cola, el sol y la sangre se calienta. General Motors, muchachos... Se bebe coca-cola en el ejército americano que no funciona sin coca-cola. Reverencias, sonrisas y dos coca-colas para mi sargento.

Y luego la barrera policial en la Avenida de los Próceres. Una patrulla a través, un solo canal para la gente y los carros. Los héroes en sus estatuas frías y las copas grandes sembradas de helechos. Parecía una ciudad muerta. Cada cierto tiempo oía las ráfagas, tiros sueltos, un grito. El viento traía los disparos: unos lejos, otros cerca. Como la calle estaba desierta Pantaleón Lista dormía entre ráfaga y ráfaga. Oyó un motor. Se incorporó con ojos muy abiertos, de cansancio y de sueño. Policía con sueño. Un movimiento del pulgar en la correa de la metralleta y ésta quedó en posición de tiro a la altura de la cadena. El carro se acercaba despacio. Tres jóvenes. Dos pasos hacia el vehículo.

—Deben ser estudiantes —se dijo—. Un Chevrolet 62, placa ilegible, color...

—Sus papeles... —y alargó la mano libre.

Podía tocar su cara. Camisa negra, un mechón en la frente, una sonrisa, grandes bigotes en punta. El joven se volvió hacia los demás sonriendo.

—Ya se los doy, señor agente...

Voz melodiosa, gente bien, Chevrolet 62, limpio, pulido, señor agente, buena familia.

Buscó en el asiento. Parecía una rutina. Pantaleón Lista miraba las estatuas otra vez, señor agente... Los bancos para los héroes cuando bajan ciertas noches y debaten sus cosas de héroes. Batallas, tropel de caballos.

—¡Viva mi general Bolívar, carajo!

El muchacho le entregó un rollo de papel sanitario.

—¡Sus papeles señor agente!

Otro agregó:

—¡Que le hace mucha falta!

Y alcanzó a oír todavía la voz del tercero:

—¡Señor agente!

Y el carro se alejó a gran velocidad, Chevrolet 62. ¡Malandros!

Los faros alumbraron las grandes copas sembradas de helechos y los rostros fríos y serios de los héroes en sus estatuas.

Salió de la sorpresa disparando a las sombras. A las estatuas, a las tinieblas. Los otros policías saltaron de las patrullas disparando también a las estatuas. Uno gritó entre las ráfagas:

—¿Qué pasó?

—Disparen —dijo el sargento Carmona.

—Me dejó un rollo de papel tualé en las manos... —y mostraba con el cañón de la metralleta la cinta blanca de papel—. Hay que agarrarlos...

Pero los otros disparaban y reían enloquecidos.

Pantaleón Lista se levanta del cajón y enciende un cigarrillo. Pasa el pulgar por la correa de la metralleta y expulsa el humo lentamente.

—Por eso uno no debe decir sus papeles —dice mirando al sargento.

Los demás policías oyen el cuento y sonríen. Están nerviosos. Esta esquina de la Avenida Roosevelt no es de las mejores. Hay noches en que los estudiantes se reúnen con los jóvenes del cerro y bajan. Gritan y corren. O bajan simplemente y charlan en las esquinas.

Arriba está el cerro y los perros ladran periódicamente.

Nadie pregunta a Pantaleón Lista algunos detalles importantes. En otra ocasión le hubieran preguntado. Algunas veces ha sido así.

—¿Y te hacía falta el papel, Panta?

—¿Por qué confías en los estudiantes?

Pero nadie pregunta y Lista no puede adoptar una pose de policía veterano. Por eso contempla largo rato los árboles. Aquí hay árboles. En la Avenida de los Próceres hay próceres.

Un carro no atiende la señal policial y pasa la barrera a gran velocidad. Los policías se lanzan al suelo y disparan. Algunas hojas caen. El carro apaga los faros y los enciende como en un juego de niños. Una bola de sombras entre las sombras de los árboles. Apaga y enciende los faros.

—¡Hijoeputa! —dice el sargento Carmona y recarga la metralleta maldiciendo.

Se levantan. Pantaleón Lista se sacude la ropa con la palma de la mano.

—Extremista... —agrega el sargento y escupe.

—Yo creo que le dimos, mi sargento —dice Evencio mostrando las encías.

—¡Al suelo! —grita de pronto el sargento Carmona y mira en todas direcciones. Todos están acostados con una pierna encogida en posición de combate—. Puede ser una emboscada... así son los extremistas...

Quedan en silencio. Los perros ladran arriba en los cerros. Una sirena y unos disparos lejanos.

—Hay que tener estrategia —gruñe el sargento y ordena levantarse—. Con los extremistas no se juega...

—Deben escupir en la pared, mi sargento. Uno se tira al suelo en posición de combate y se engrasa todo —se queja Evencio.

—¿Qué importa una saliva? Estamos en guerra...

—Un borracho —comenta Lista—. El otro día arrestamos uno que dijo que era su manera de jugar a la ruleta rusa...

—¡Un extremista, dije! —replica el sargento dándose manotadas en todo el cuerpo—. Extremista hijo de puta...

Lista iba a agregar:

—Era policía también... de la Dige —pero bajó los ojos ante la mirada severa del sargento.

Mi sargento no aguanta. Fue y escupió en la pared. La saliva se desliza gruesa y amarga. Por un instante se le enfrían las manos.

—Además —pensó—, sólo los policías jugamos a la ruleta rusa... cuando estamos borrachos...

Sin querer se lleva el índice a la sien ¡pum! y camina hacia el otro extremo de la barrera policial. Al menos había mayor oscuridad allí.

—Ojalá llueva esta noche —dijo entre dientes y miró hacia el cielo buscando las nubes—. Un policía borracho que juega a la ruleta...

Pocas nubes. Las estrellas titilan por encima, más abajo las luces de los cerros, los ladridos de los perros, las sirenas y los disparos. El sargento no acepta nada.

—¡Ojalá llueva esta noche!...

3

Estaban ocultos detrás de los barriles de basura. Las piernas duras como las piernas de un hombre. Tal vez no piensa en eso. Ella

apreta la boca, se muerde los labios e indica algo en la barrera policial.

—Un buen lugar... de aquí lo vemos todo —silba la voz y el aire caliente penetra por el cuello.

Barriles grandes y oscuros, redondos como todos los barriles: Oxido y pintura vieja, descascarada, golpeada y hundida. Abajo comienza a ascender el óxido hasta la boca grande. Basura hasta los bordes. Cajas vacías, papeles, hojas, colchones mugrientos con el relleno de algodón, paja y estopa asomando por las heridas. Otros llenos de desperdicios de alimentos. Un vaho a cosas descompuestas, a orines corrompidos, a excrementos fermentados. Los barriles forman un semicírculo irregular en la acera. Una barricada. Uno puede saltar y gritar asomando la cabeza entre los barriles:

—¡Policías, esta es una barricada!

Un aviso luminoso apaga y enciende en el desierto de la calle. Grietas en la acera. Una humedad mínima en la hierba y en las nalgas.

—Hiede, pero uno se acostumbra, Luisa...

Por alguna parte se filtra un líquido maloliente, pegajoso, que mancha la hierba y el cemento.

Gasolina, basura fermentada, orines que han dejado de ser orines y las flores de las casas cercanas junto con el estiércol, penetra en las narices. Puede gritar asomando la cabeza entre los colchones mugrientos:

—¡Policías...!

El viento arrastra las notas más altas de una canción. Apenas se distingue:

—Or... —muy lento, de la palabra amor de la sinfonola y la gente que la oye detrás de la cerveza o el ron con la importancia que dan una cerveza o un ron.

—Hay poca gente en los bares —dice Pablo Morey encogiendo las piernas para no tocar a Luisa.

El ha andado en los bares. Gente que no dice una palabra detrás de la cerveza o el ron. Las mujeres vienen a limpiar la mesa para que les pellizquen las nalgas y amenazar con el trapo y torcer los ojos en dirección al dueño. Pasan un paño por la mesa y humedecen de cerveza o ron toda la mesa. Y uno no puede apoyar los codos ni hacer un sol en el culo de la botella. En el delantal recogen las co-

lillas y las servilletas donde ha dibujado un plano, una ciudad, un punto de vigilancia con una gorra, un amigo o las rayas y los círculos que no significan nada para uno. Una rosa, una mujer, siempre una estrella en las servilletas de papel.

—Hay poca gente... —repite Pablo Morey.

Luisa estira las piernas detrás de los barriles de basura.

—¿Por qué lo sabes?

El mundo es muy pequeño en los bares. Uno bebe, enloquece o se queda dormido. A veces llega la policía, pellizca a las mujeres y se lleva a los hombres. Estudiantes borrachos hacen la revolución. Apuntan los bombillos con el índice para afinar la puntería: pronto se irá a la montaña. Uno no va al urinario esta noche sino a la montaña. En el bar se bebe y se hace la revolución. Fidel Castro con doce hombres. Con dos rones más se toma el poder y uno es Fidel Castro y se acaricia la escasa barba de dos días de farra.

—Cuando hay mucha gente, bajan el volumen de la sinfonola...

A la gente le gusta oír sus gritos, su propia voz, algo importante, una palabra mágica...

—Fidel comenzó con doce hombres...

—Me gustan tus nalgas...

—Bebe tranquilo, chico...

—Fidel...

La revolución es muy importante en la gente que bebe cerveza o ron. Dicen que las cosas son fáciles. Hay policías, pero dicen que las cosas son fáciles y hablan de un comandante de las FALN escondido en la casa, que no bebe ron. Los policías oyen. Aunque están vestidos de civil y ponen discos en la sinfonola y les dan nalgadas a las mujeres, oyen. Y anotan en las servilletas. Y lloran con un disco mexicano. Porque hay un amigo que murió en una operación y era bueno. Un amigo que bebía cerveza o ron con uno. Y oía un disco mexicano y silbaba la internacional mientras oía el disco mexicano. Y apuntaba el bombillo con el dedo del machismo mexicano para la puntería.

Luisa sonríe en la oscuridad. Pablo siente sus muslos duros en las rodillas.

—A la gente le gusta oírse y bajan el volumen de la sinfonola... Hay poca gente...

Ocultos detrás de los barriles de basura los dos chorros de la respiración le penetraban por el cuello. Con la metralleta entre las piernas trataba de sentarse para evitarla. Cuando se enciende el aviso luminoso aparecen los rasgos del rostro entre las sombras de la basura. Han colocado los colchones y las cajas vacías como un techo. Pablo piensa:

—Si nos quitan el techo...

De noche, mujeres y niños con carretillas buscan en los barriles de basura de la ciudad. Hurgan, huelen, seleccionan los desperdicios, Luisa.

—Prohibido robar basura...

La policía los dispersa.

—¡Ladrones de basura!

Y devuelve la basura a los barriles.

—Ellos no pueden ir a los basureros repartidos oficialmente en feudos...

Y roban de noche la basura. Buscan un colchón, una caja de madera o cartón, algunas cosas a medio podrir. Y todos corren cuando el niño que vigila en la esquina grita.

—Un techo de colchones...

Uno piensa, es divertido ir al bar, Luisa. Es mejor. Sin preocupaciones. Tu levantas el codo hasta caer borracho con la cabeza sobre la mesa. Tu caes y te levantas, no te importa la policía ni el arma del policía ni los golpes que te da cuando te empuja a la patrulla o a la jaula. A veces la mujer del paño se deja pellizcar cuando no mira el dueño. No es que viva con ella, pero no le gusta que le pellizquen las nalgas:

—Me las aflojan, carajo... las mujeres se aflojan con el uso...

Siente las piernas duras de Luisa y se encoje para evitarla. Su mujer está sola. Ella quiere venir. ¿No podemos compartir el peligro?

—No puedo...

Luisa le acerca un oído:

—¿Qué?

—Nada...

Ella espera acostada en la cama sin perder de vista la puerta, sin dejar de oír los ruidos de la calle, los pasos en la acera.

—Un día no llego... no hay pasos en la acera.

Pero uno llega y dice:

—Estoy demasiado cansado esta noche...

Luisa mira su rostro sombrío. Pablo no es de hierro. Los muchachos dicen que es de hierro. Sonríe y acerca sus piernas y las tripas del colchón como un techo, por encima, un cielo de mugre. No huele a sábanas limpias, al perfume de la cama recién tendida. Tampoco huele al bar. En el bar —a media noche— huele a mujeres, a cerveza rancia, a vómitos, a creolina, a kerosen y orina. Huele a basura y cierta curtiembre que se desprende de los colchones.

La mujer a veces está dormida con la boca entreabierta, cansada de esperar. Y uno llega en silencio, y se acuesta en silencio y respira en silencio sin dormir. No se puede hablar ni tocar a la mujer esa noche. Ni dormir.

Por turnos sacan la cabeza entre la basura y miran todos los movimientos de los policías en la barrera policial. Luisa está tranquila. Sonríe con un poco de miedo. No distinguen los rostros, pero ven los bultos humanos que caminan, o se sientan, o se detienen a mirar con el cigarrillo en la boca, hacia el cielo. Oyen las sirenas, las cornetas, los motores de los carros en la avenida. Algunas palabras del diálogo de los policías. Los gritos importantes del sargento. Un policía saca algo grueso de la garganta para escupir contra la pared. Una mujer se levanta las faldas hasta la cintura. Puede estar desnuda allí. Pero no se distingue. Sólo las piernas separadas en la oscuridad y un movimiento de danza. Un balet de mujer perseguida y policías perseguidores. Un sexo y las manos de los policías acechantes, ofensivas, alargadas para atrapar una estrella que brilla en los ojos. Un policía abraza a la mujer. A la distancia las cosas se ven de bulto. Luisa saca el cañón de la metralleta entre los barriles de basura. Pablo la golpea en las manos y los muslos. Ella vuelve la cabeza y lo mira a los ojos. Es de hierro. Baja la metralleta y la deja entre las piernas. Oyen unos disparos. Luisa se apreta a Pablo. Respira sobre sus manos. El la separa suavemente y le da palmadas en los muslos. Siente un olor picante en la nariz.

—Es de hierro —se dice Luisa encogiéndose las piernas.

—Dile a los muchachos que esperen —mira un rato el reloj en la muñeca—. Va a salir el cine...

—¿Tu eres de hierro? —se pregunta Luisa.

Parpadea el aviso luminoso. En el cine una letra güiña los ojos.

Luisa espera que apague el aviso. Las letras rojas y verdes saltan a la oscuridad. Ella camina con el tronco inclinado hacia adelante. Pablo ve una parte blanca de los muslos y el encaje rojo debajo de la falda.

Parece un animal raro...

Caminamos de todas las maneras. Como un gato, un reptil, un pájaro que picotea el suelo. Un animal raro que pasó por todas las formas de desplazarse hasta erguirse. Siglos.

—¿Por qué cuando tengo miedo pienso tantas pendejadas?

Se limpia los ojos con el dorso de la mano y mira la barrera policial. No se atreve a fumar, pero aspira profundamente el aire de los colchones y los fermentos de basura.

—Siempre tengo miedo antes de empezar... esa es una ley...

4

Ruido de pasos en la acera. La suela contra el cemento, continuo, ascendente, rítmico. Un sonido áspero como si alguien arañara en el suelo.

Y el sargento Carmona:

—¡Atención!

Y en un movimiento brusco de la cabeza descubre la posición correcta de los demás policías. Todos cubiertos. No hay error.

—La vieja puta... —el sargento ríe con la metralleta a la altura del pecho—. A lo mejor es extremista también.

Los policías sonrían. Evencio ríe ahogado con el humo del cigarrillo y su rostro se ilumina con una cara de misargento.

Pantaleón Lista se acerca a grandes pasos. Una sombra —más sombra que otra cosa— avanza arrastrando los pies.

—No me falte —dice la mujer con voz cansada y Lista ve girar sus ojos hasta el blanco.

—¡Vieja puta! —repite el sargento Carmona desafiante.

María la Tonina aparece medio oscura, medio iluminada, entre temblores y equilibrios. Los harapos de distintos colores sucios se definen ante los policías. Pantaleón Lista apreta los labios. No puede soportar el roce de los pies sobre el pavimento.

—No me falte... —repite María la Tonina.

El sargento pateo el asfalto.

—¡Vieja puta piojosa, dije...! —grita con una mano en la peñilla. Toma aliento, pateo el asfalto y agrega—. ¡Coño!

María la Tonina mueve los ojos hasta el blanco, mira a los policías uno a uno y repite débilmente:

—No me falte...

Lleva un viejo saco al hombro. Pantaleón Lista ilumina sus arrugas con una linterna. Aparecen grandes ojeras limitadas por pequeñas bolsitas de carne que se pierden en los pómulos. Ojeras azules, violetas, verdes sobre la piel curtida. Hay cierto amarillo en la piel sobre el relieve de los huesos. La boca seca entre dos rayas negras. El pelo revuelto y sucio, ganchos de fantasía entre las canas. Una chaqueta de hombre la cubre hasta la cintura. A veces hay manchas y agujeros negros cerca de la barbilla. Zapatillas sucias, cubiertas de cemento.

—¿Y esta vieja fue puta? —pregunta Evencio girando a su alrededor y buscando los ojos del sargento.

Vuelven las sonrisas, los guiños y los gestos entre los policías. Pantaleón Lista apaga la linterna y se retira. Escupe otra vez amarillo en la pared. Enciende un cigarrillo. La llama cobra vida en el suelo y la aplasta con el pie.

—Un día de pernocte que estemos borrachos, le digo al sargento: vamos a jugar a la ruleta rusa, misargento...

Se lleva el índice a la sien y escupe ¡PUM! en la pared para mirar la saliva como un agujero de bala. Después sale el humo del cigarrillo por la boca.

Los estudiantes estaban en huelga. Doblaban las campanas en señal de duelo. En la torreta de la vieja Universidad una bandera tricolor, ceñida con una corbata negra, de estudiante, en señal de duelo. Como si alguien hubiera muerto. Como en un entierro la bandera de Miranda tricolor y viva la revolución.

—¡Carajo!

Los policías con los camiones-cisternas de los bomberos instalaban las mangueras en el Congreso apuntando la bandera y los estudiantes. Los estudiantes quemaron un retrato de Pérez Jiménez en la puerta de la Universidad, con gritos contra el militarismo. Un juez y cuatro policías quemaron un retrato de Rómulo Gallegos y Doña Bárbara en el patio del Congreso. Pese a los policías —rostros de

máscaras antigases, ojos y tripas diabólicos—, las gentes se detenían unos instantes en las esquinas de Bolsa y San Francisco. Algunos entraban en la Iglesia de San Francisco y se parapetaban detrás de los santos y las columnas para mirar hacia la calle. Otros bebían café en la Bolsa, oían las campanas atentamente y observaban la torreta de la Universidad. Arriba agitaban la bandera tricolor ceñida con una corbata negra de estudiante. Gritos, protestas, el Himno Nacional muy débil y gestos de amenazas rompían el silencio. Bombas lacrimógenas contra la Universidad. Las campanas no dejaban de doblar como en un entierro.

—¡Circulen, carajo! —gritaban los policías blandiendo las peinitas—. ¡Circulen!

—Esto no es un velorio... —gritaban otros.

Un hombre con una taza de café en la mano explicaba a cierto público movedizo, inestable, inquieto que indagaba con los ojos:

—No es nada, señores... hoy no venden cerveza por el golpe... pero el botiquinero dice que mañana sí...

—No es nada...

—Esto no es un velorio...

La bandera con un crespón se agitaba lentamente en la torreta universitaria.

Pantaleón Lista con sus cuadernos escolares apretados bajo el brazo, miraba con curiosidad infantil desde la esquina de la Bolsa. Los policías con máscaras antigases le daban miedo.

Vió en una tapa del cuaderno la bandera que trajo Miranda y rojo que reverbera, pero sin la corbata de estudiante.

Un estudiante sacaba la cabeza cubierta por una boina y gritaba desde la torreta de la Universidad:

—¡Abajo Pérez Jiménez!

Un grito desgarrador:

—¡Viva el gran novelista y hombre público...!

Y un chorro de agua formó un arcoiris desde los camiones cisternas hasta la puerta de la Universidad para apagar un incendio de coros y consignas.

Y otro:

—¡Muera la dictadura...!

Y una voz muy débil:

—¡Carajo! Griten algo mejor...

Varios estudiantes sacan una mesa a la calle. Se sube un joven pálido, flaco, despeinado, con la boina aferrada en la mano:

—¡Armas! ¡Queremos armas solamente!

El hombre de la taza de café comenta a su público:

—¿Por qué no se las piden a Pérez Jiménez?

Entonces María la Tonina venía con su saco al hombro. El mismo rostro, pese a los años y al cansancio. Miraba al público, a los policías y a los estudiantes. Trataba de comprender algo. Un descubrimiento en la bandera que trajo Miranda. Pantaleón Lista la recordaba perfectamente. Los pies producían un sonido estridente contra el cemento. Algunos hombres de edad la saludaban respetuosamente:

—¿Cómo estás, María? La cosa se pone fea...

Los más jóvenes le decían cosas para reírse.

—Tu que estás en retiro, María, ahora puedes enganchar como tanto General en retiro...

Y ella dijo las mismas palabras:

—No me falte...

Y miraba el campanario desde la esquina de la Bolsa. Pantaleón Lista se escurre entre las piernas de los hombres y queda a su lado. María da un paso hacia él, pero no dice nada y deja lentamente su saco en el suelo. Respira, se llena los pulmones de aire, enmarca la boca entre las manos secas:

—¡Muera Pérez Jiménez...! ¡Muera Pérez Jiménez...! —gritó con el rostro desmesuradamente abierto por la boca.

Los policías corren entre la gente tirando las peinitas en todas direcciones. Los hierros suenan en el piso, en las paredes, en el aire, en las espaldas de la gente. Gritos, órdenes y carreras. El himno nacional arriba. La bandera se agita y Miranda tiene un crespón en manos de los estudiantes.

—¡Circulen...! ulen, culen... ¡circucuculen, len, carajo!

Pantaleón Lista apretó sus cuadernos escolares y corrió.

—¡Miranda en la Carraca!

María la Tonina caminaba más adelante con su saco al hombro. Grandes pasos y miradas circulares en una respiración que chirriaba en la nariz para quemarle los cornetes. La gente corría en todas direcciones entre risas nerviosas y palabras de animación.

Disparos, gases, gritos, ruidos de muchos pasos sobre el cemento. Las puertas de los negocios caían de un solo tirón o sonaban en el tambor de las maderas.

Se detenía, bajaba el saco hasta el suelo y gritaba.

—¡Abajo Pérez Jiménez!

Y gente que corría diciendo:

—Por culpa de esta vieja puta...

Los gases formando neblinas y lágrimas en los ojos. Las gotas se deslizaban por las mejillas junto con los edificios, los policías, la gente y la calle.

—¡Corre, muchacho! —le dijo María jadeante—. ¡Corre duro...!

El saco se balanceaba entre sus manos. Se mecía de un extremo a otro entre sus piernas. En ese momento a Pantaleón Lista no le molestaba el roce de los pies contra el cemento.

—¡Corre duro...! ¡Abajo Pérez Jiménez...!

—¡Vieja puta piojosa!

Pantaleón Lista tiró el cigarrillo y lo aplastó furiosamente con el tacón de la bota. De pronto sentía sed. Escupió sin ver en la pared.

—Un día de estos... cuando estemos borrachos, le digo al sargento, ¿por qué no jugamos a la ruleta rusa, mi sargento?

Porque uno tiene un consuelo en la ruleta. Si no fuera por la ruleta. Escupe PUM en la pared y contempla el agujero en la sien derecha del sargento Carmona con la barbilla apoyada en la mesa entre sangre, ron y restos de cerveza.

—Sus papeles... —dice Evencio, joven, alto, blanco, con la nariz redonda esponjada, apuntando con la metralleta en el pecho.

Para María, con esa nariz redonda y esponjada no le quedan bien unos bigotes ¡pobre muchacho!

—Yo nunca he cargado papeles —dice mientras se pasa las manos por las greñas.

Intenta dar un paso.

—Sus papeles! —insiste Evencio y mira al sargento. La metralleta picotea entre los pechos de María, secos, estirados, colgantes como un helecho.

Adelanta un paso con los ojos fijos en los ojos de Evencio. De nuevo se alisa las greñas. Saca un gancho, se lo lleva a la boca y lo fija detrás de la oreja.

—Es muy joven, no me conoce —se dice entre tanto para justificarlo.

Pantaleón Lista mira hacia el cerro. Arriba quedan tres o cuatro luces solamente. Los perros ladran. Más arriba las estrellas titilan en silencio, sin perros. El ni quiere ver a María la Tonina. ¿Para qué? Arriba están las luces, los perros y las estrellas. Y él no puede dejar de fumar.

—Ni en la ruleta...

Uno toma el revólver, hace girar la masa y le entrega el cigarrillo al sargento:

—A su salud, mi sargento...

—Yo no tengo papeles... Yo soy la Tonina...

Respira profundo y suena la respiración.

—A mí me conoce hasta el Presidente de la República —da otro paso y el arma le arruga los trapos y la piel—. Pregúntele a él por mis papeles —y sonríe enigmática.

—No seas faltaerrespeto, carajo... no abuses, vieja sucia...

Evencio cede un paso. Busca con sus ojos al sargento. No sabe responder a la maldita puta. El sargento lo mira silencioso y abanica el aire lentamente con la puerta de la patrulla. Ni sonríe ni dice nada. Por los hombros gruesos y levantados asoma el cañón de la metralleta. Los dientes entre los labios. Quizás sonríe o muestra los dientes simplemente.

María camina y el cañón de la metralleta se desliza por sus carnes como en un cuero fresco. Ella explica con grandes ademanes. ¿Quién ha visto a la Tonina con papeles? Uno no es nadie, no es persona. Nadie, hijo. Anda por la calle, pero no es persona. Ninguna dictadura se ocupa de los papeles de la Tonina. ¿Para qué sirven los papeles?

—Ustedes deben ser nuevos... a mí me conoce toda la policía. Desde hace tiempo, hijo. Como si dijéramos siempre. Entro en alguna parte, ¿quién va? Soy yo, María... la Tonina, chico, que ya no tiene tetas de tonina. Me ven. La gente dice, es María. ¿Qué más? Yo he vivido en varias dictaduras y democracias y nadie me ha pedido los papeles...

—Esta es una democracia, vieja sucia —grita Evencio.

—Claro, yo conozco al Presidente...

—¿Va a seguir faltándole a la autoridad? —grita el sargento mientras se acomoda la peinilla más al alcance de la mano. Avanza con una expresión infantil, feroz, pateando el asfalto—. Una puta es una puta y... —toma aliento— se acabó...

—Una no es nadie...

—¡Coño! Dije se acabó...

5

Sale la gente del cine. Mirar de sí mismo la sombra gigante, larga, sinuosa, de hombre gigante en guardia como en el cine. Una letra de neón tiembla de miedo, de frío y de películas entre las otras letras del nombre. Una pareja trata de ganar la calle antes del the end de la pantalla y la música metálica —no se puede oír sentado— que obliga a levantarse. Carlos Guillén encoge las piernas —lo pisan a uno y perdón— para darles paso.

—Estos no quieren publicidad —le dice al oído a su mujer. Ella no entiende, pero sonríe.

Salen en medio de la gente. Carlos observa mientras camina al lado de su mujer. Hombres solos que silban, cantan, gritan y tratan de juntarse a las mujeres solas que se retocan el peinado y los labios en los espejos. Mujeres que rechazan a los hombres con los codos y las carteras. Parejas se frotan los ojos con el dorso de la mano para limpiar las imágenes que quedan en las pupilas. La escena de las piernas desnudas en las pupilas. Unos jóvenes silban el tema de la película. Otros fuman lentamente siguiendo un pendular de caderas y roces insinuantes. Hay expresiones vacías, de dolor, de soledad, de alegría, de gente importante, indiferente, que se inventa sus cosas hermosas o terribles a la salida del cine. Se habitúan a las luces y los guiños llenos de miedo de la letra de neón. Un joven hunde las manos buscando la profundidad de los bolsillos y estira los brazos y el cuello como el protagonista de la película. Falta la pistola, pero hay un encendedor como una culata fría, íntima, que sobrecoge la vida en los cartuchos. La escena se desarrolla bajo una fina lluvia. Y maldita sea, no hay lluvia. Y él no tiene el impermeable crema ni el sombrero que le llena el rostro de sombras. Pero arruga la frente y camina indiferente entre los demás.

—¿Cómo se llamará este muchacho desde esta noche?

—¿Qué? —pregunta la mujer de Carlos Guillén.

—En inglés... entonces yo era Jumpri Bogard...

Hay comentarios sueltos.

—No debe morir...

—Tan joven y...

—Ella tan bonita...

—Y tan puta...

—Las artistas siempre son putas...

—Un gran policía...

—Miedo...

—La verdad es que está botado...

—Hasta muerto...

Y silencio de otra gente que se dirige a la calle con sueño.

En la calle, boiescaut y obreros del aseo urbano fijan carteles en las paredes. Urnas y tarjetas a color, manos inmensas, tu voto, libros, trozos de chimeneas de fábricas con penachos de humo estilizado, entre letras negras —tu voto—, blancas, CIUDADANO, VOTA... es tu deber. VOTA. Un carro de guerra aplasta una criatura. Un cura posa ante una cámara y recoge el cadáver de un guardia. VOTA...

—Aquí continúa la película...

—Estamos en la calle, Carlos...

—Jumpri Bogard se acabó cuando me hicieron preso...

En la avenida, los autobuses dejan una ola de aire caliente y un fuerte olor a motores de explosión y dos sílabas sueltas, un codo, un rostro y el ruido empieza a perderse.

—Se acabó la película...

Una patrulla y la barrera policial. En el techo gira la luz roja como un faro.

—Uno es un barco que anda por las calles... peligro, marinero... Un faro...

—No te pongas nervioso, mi amor...

El faro pasa por algunos rostros como un relámpago.

—Peligro, tempestad... si estuviera borracho habría un naufragio... de película...

Un hombre mira en todas direcciones, descubre la patrulla y camina en sentido contrario. Apresura el paso, cruza la avenida, vuel-

ve la cabeza unos instantes y Carlos Guillén espera una ráfaga y trata de descubrir alguna expresión antigua en sus ojos.

Silencio. Hay algo en el corazón que inventa los ruidos.

Carlos Guillén y su mujer parpadean al paso de la luz roja. Una venda roja ante los ojos. Y el Faro 42 frente al campo de concentración de Sacupana, en el Orinoco, gira con las canoas a motor y la tempestad que retumba en Imataca.

Caminan muy juntos, apretados, ella cuelga del brazo.

—Entonces ya no era Jumpri Bogard...

—Estamos en la calle, Carlos...

—Y la tempestad era en Imataca y pude venir contigo al cine... ¿Entiendes?

—Si, Carlos... estamos en la calle...

Ella es más joven. Cuando descubre la barrera policial, oprime el brazo. Se adhiere al hombre. Siente sus huesos en las manos. Carlos le acaricia los cabellos.

—No es nada —dice—. La cédula... —y busca en el bolsillo superior de la camisa.

Suenan los tacones de la gente y los policías en la acera, los murmullos, las toses. Alguien se frota las narices con ruido. Nadie silba ya.

—Se acabó la película...

—¿No cargas nada?

—Nada...

Trata de calmarse.

—Es el Faro 42, frente a Sacupana, en el Delta.

Le tiemblan las manos. Deja de respirar. Pero no cuenta hasta 42. Es normal. Piden la cédula. Y uno ya no es Jumpri Bogard...

—No es nada —se repite—. Una alcabala móvil... o MOBIL, de movilización policial... para el petróleo...

Una patrulla, los policías, la gente forma una fila normal. Nadie dice: FORMEN FILAS, pero la gente forma una fila normal, tranquila y la cédula de identidad, normal, en la mano.

—Hemos debido imaginar esto...

El estaba en la casa, nervioso ni siquiera quería beber ni mirar las estrellas y la gente desde el balcón. Tampoco quería pintar.

—¿Para qué pintar? Uno pinta. Hay testimonios de muchos siglos y milenios de pintura. ¿Y qué?

El estaba en la casa, sentado, con la cabeza entre las manos y ¿para qué pintar? Yo insistí: vamos al cine, vamos a un parque, es mejor que tener las manos en la cabeza, el aire, la noche, la gente, un beso que no ve el policía que nos quiere ver para arrestarnos.

—Vamos al cine...

El nunca quiere ir al cine. Le gusta sentarse en el diván con las manos en la cabeza y decir:

—Maldita cabeza.

Otra noche salieron. Entraron. Se sentaron cerca de una pareja que olía a talcos y sudores. Un talco que volaba con los fermentos de orines del urinario del cine. Iba a decirle a Carlos:

—Vamonos de aquí...

Trató de levantarse y arrastrar a Carlos que ya tenía el pañuelo en la mano. La película se interrumpe de pronto. Un corte. La gente grita, silba, golpea los asientos y el piso de madera con los tacones. Vuelven la cabeza hacia atrás tratando de descubrir el trozo de película que falta o un operador asustado asomando la nariz por la tronera. Un corte. Toda la sala queda iluminada:

—Esta es una operación de las FALN...

Toda la sangre huye del rostro. Apreta el brazo de Carlos. Busca en su cartera un pañuelo —recurso de pañuelo. Sigue un minuto —¿un siglo?— de silencio, retrepase en las sillas y toses. Apagan las luces. Ella no ve las consignas en la pantalla.

—Disculpen, señores...

Y continúa la película.

Después llega la policía.

—Que nadie se mueva...

Prohibido levantarse. No dejaban salir a nadie. La gente protesta. Un oficial del ejército vestido de civil habla de abusos y muestra una estrella dorada a sus vecinos. Ellos permanecen en silencio.

—¡Levantarse!

Los obligan a subir a unos autobuses de la policía. Gritos confusos de protesta, gruñidos, risas nerviosas. El oficial muestra su estrella dorada y se sienta al lado del chofer del autobús. Una muchacha llora.

—Esta película es mejor —le dice un joven al oído.

—Una averiguación —dicen los policías—. Una averiguación...

Hasta el otro día. Los bancos, los nombres en un libro grande de tapas mugrientas. Carlos temblaba. Ella lo miraba temblar.

—No es nada —le decía.

Yo insistí:

—Vamos al cine...

Para que se pudiera quitar las manos de la cabeza y no dijera, ¿para qué pintar?

Ahora caminan en una larga fila. Procura pegarse a Carlos. Toca sus talones. Atrás un joven de cuello largo, con las manos en los bolsillos y los ojos en blanco, le toca las nalgas en cada movimiento. Ella se apresura y el joven también. En un extremo de la columna la gente muestra la cédula. Dos policías a cada lado, la boca, las encías, el gáznate de un monstruo. Y el joven atrás con el cuello largo y los ojos en blanco.

Se reprocha algo y oprime un costado de Carlos. ¿Acaso es un peligro ir al cine? El joven se acerca más y ella esquivo las nalgas pegándose a Carlos. Salir en la noche, ir al cine con el marido que no quiere pintar y tiene las manos en la cabeza y grita cosas incomprensibles y no bebe ron ni mira las estrellas. Una película inocente donde matan tres o cuatro personas para dar la imagen de héroe, sentarse con otra gente que masca chicle y oler sus talcos, sus sudores y sus perfumes en el aire de orin acondicionado. No ver bien detrás de un alto peinado, mover a un lado y otro lado la cabeza para enfocar mejor la pantalla y sentir la mano caliente de Carlos en los muslos.

Carlos vuelve la cabeza. El joven de cuello alto y ojos en blanco mira indiferente las estrellas. Apenas mueve los labios:

—Nada... la cédula...

Tu caminas en una cola, el muchacho de atrás se te acerca. Ya no encuentras donde esconder las nalgas. Carlos quizás tiembla, pero eso no importa. Si te quedas en la casa él no ve las estrellas ni bebe ron ni pinta.

Carlos vuelve la cabeza y le dice nada con los hombros y los ojos. El muchacho sigue mirando las estrellas a una distancia prudencial. Ella sonríe.

—Nada —susurra.

—Su cédula —dice Pantaleón Lista con las manos estiradas, escupe en la pared y repite—. Su cédula...

Uno se va quedando viejo —descubrir si uno se muere es preciso. Pero debes descubrir cuando te pones viejo. Se te nubla el ojo en la pistola o quedas viejo de sangre y de miedo en el sueño. La juventud es solamente cuestión de flexibilidad del índice en el gatillo o en las palabras. Pesa la lengua en la vejez. A los treinta años un viejo que no se atreve a decir todo de una vez y se guarda lado adentro la mitad de lo que piensa.

Tu dices:

—Voy a matar...

Y funciona el dedo. ¿Qué me importa el cerebro?

Uno se va quedando viejo. Si tuviera una barba me la acariciaría y dejaría que me consumiera por dentro una palabra que me repito, una sola palabra que gira y choca en los sesos y en las paredes de los sesos.

—Se me nubla el ojo de la palabra... Pero, ¿quién lo entiende? Por favor, místicos, es difícil gritar: ¡ALELUYA!

Pablo Morey se aferra a la metrallita entre los barrotes de la barricada y sonríe:

—Me estoy derrotando a mí mismo... y Luisa cree que yo soy su hermano y me deja tocar sus piernas duras...

Ellos están allá sentados.

—Uno es un viejo tonto. He debido decir en la reunión lo que pensaba.

La guerra del petróleo. Camaradas, para mí el petróleo solamente existe en las bombas de gasolina, pero hay una guerra por hacer en Venezuela: la guerra del petróleo. ¿Cómo es la guerra del petróleo? Uno enciende un mechero de gas, ¿verdad que es terrible descubrir el fuego con apretar los dedos?

—Tu país es de fuego, muchacho. Prometeo nació aquí con todo y la mitología griega...

Pablo Morey reacciona, pretende saltar y mira en todas direcciones. Nadie. Desierto. Olor a estiércol, a flores y gasolina.

—Te mueres asfixiado, pero, ¿qué importa?

—Or... —lejano y prolongado desde la sinfonía de los bares y la gente que bebe ron o cerveza y toma puntería en el bombillo con el dedo índice amarillo de nicotina y marchito.

Luisa desaparece suavemente, como un gato. La metralleta entre los senos duros y calientes. Frío entre los senos asoma el cañón y apunta la barbilla y las estrellas. El aviso luminoso apaga y enciende los ojos rítmicamente. La calle solitaria como no sean los olores a estiércol y rosas y sábanas tendidas y blancas en la imaginación —porque al fin y al cabo uno quiere estar esa noche con su mujer y no entre los barriles podridos por donde se escapa Luisa con sus piernas duras y terribles y que no sabe estériles o fértiles.

—Y quizás se muere esta noche y no lo sabe nunca...

Porque una mujer sabe y entiende cuando se acuesta con el hombre que ama.

—Sin duda me he dejado poner viejo en la cárcel...

Mi madre decía siempre en las cartas: hijo, no te dejes poner viejo.

Pero te rompen los huesos y el alma. Esa cosa horrorosa que llaman el alma.

Ahora sé que la calle está solitaria. Unos policías escupen indiferentes o se sientan en cajones vacíos para acariciar el gatillo de la metralleta. Escupen en la pared y ven correr la saliva de insecto.

—Son seis —se dice Pablo—. Ojalá todos tengan metralleta... Cuando ellos tienen metralleta son más fáciles, más confiados. Creen que las ráfagas son mágicas (policía con metralleta, me cago en la 11 de tu metralleta).

Eran tres. Bajaron por la Avenida de los Próceres. Copas grandes sembradas de helechos grandes también que llegaban al suelo. Las estatuas de los próceres se miran de frente, ¿de qué otra manera pueden mirar los próceres? Pero no se miran los ojos de esferas, de granito redondo, con un agujero en el centro. ¿Para qué se van a mirar los ojos los próceres? Parecen tristes. Mi madre decía en una carta: no hijo, no creas, los héroes no son tristes. Después uno se pone triste en los retratos, aunque sonría. La Avenida de los Próceres con sus próceres. Algunas mujeres italianas de nalgas abundantes y flojas, pasean sus niños rubios en coches verdes, azules, rojos y muestran las estatuas a los niños, para que no vean al heladero —estos eran como Garibaldi y tenían un largo sable que arrastraban por el suelo. Eran tres. Ellos siguen de largo. Oyen un instante la música del heladero y dan ganas de matar al heladero. Tomaron el automó-

vil en la Avenida Andrés Bello. En un semáforo. Dos entraron cuando prendió la luz roja. La pistola en las caderas del conductor italiano.

—Sigue... somos de las 4 letras...

—Dile las FALN que él no entiende lenguaje técnico...

—Hay que llevarlo a un sitio.

—No hay tiempo...

—En la maleta del carro...

—Me asfixio —grita el italiano.

—Hasta ahora nadie se ha asfixiado.

—Yo los llevo al infierno...

—Déjalo...

—Después nos reconoce...

—Yo no reconozco a mi madre...

—Déjalo...

Y él siguió. Por la Avenida de los Próceres donde las italianas caminan con las nalgas flojas a los ojos de los próceres.

—Mi mujer pasea allí con el nene —dijo y aminó la marcha cuando distinguió los héroes.

Estaba gris como las estatuas de los próceres. Como el caballo gris de los próceres grises que preside la plaza y los heladeros.

—Mi bambini —decía.

—Tu lo que quieres es tu bambina, musiú...

—Para en la alcabala...

—¿La alcabala? Está prohibido... una boleta... es Conejo Blanco...

Blanco, blanco, no puedo parar. Tartamudea el italiano, produce un sonido de disparos y ecos de disparos con la lengua y los labios y los ojos danzan como balas frías que penetran por los agujeros de la cara e iluminan el espejo retrovisor del carro. Afloja el volante y gesticula con ambas manos y los dedos suenan como metralletas conejo blanco que dispara seguido en las o del conejo para dejar agujeros negros en la piel.

—Están locos... es Conejo Blanco...

—Tu mismo lo dijiste: es el infierno y ese es tu compromiso —dice uno de lentes oscuros y pistola oscura que le incrusta en un costado.

—Era mejor dejarlo amarrado en alguna parte...

—No hay tiempo para discutir —dice el jefe, tajante—. Allí va-

mos a parar, precisamente donde no se puede parar: en el infierno, paisano de Dante que siempre piensas en el infierno sin conocerlo.

Uno de los muchachos dijo:

—Las FALN podemos parar donde queremos, ¿okei? Después te vas con tu bambina, musíú...

El chofer comprende y llora, ha agotado todos los gestos del rostro y el cuerpo ya. Muestra con el índice los carros de guerra, los tanques verdes, los cañones pardos apuntando hacia el cerro y la avenida, los agujeros inmensos que hacen los cañones en la imaginación. Y el índice pequeño y blanco del italiano apunta los cañones. Frente a la alcabala, lejos, otro indio con la mano en los ojos —como se quitaban entonces el sol de la cara los indios— como una pantalla desde una estatua vigila la avenida y la conciencia derrumbada por tanto invasor.

—Indio, vigila, gila gila que ya tu eres más que estatua...

La pistola en las costillas le dice en su lenguaje frío de indio y estatua:

—Para... aquí es...

Indio vigila, escucha, guardia, campanero.

El italiano para. Están frente a la caseta de la alcabala. Un soldado con fusil ametrallador ligero (FAL) sale a la puerta. El pelo liso y negro brota en haces de la gorra sostenida en el occipital. El blanco de los ojos rayados por venillas rojas. El jefe lo recuerda perfectamente porque se le parece a su hermano menor. Ese muchacho que también es soldado y está en Ciudad Bolívar. Las puertas del carro se abren al mismo tiempo.

—No disparar —iba a decir el jefe.

Pero dijo automáticamente:

—Somos de las FALN, muchachos... dejen caer las armas...

Pero no oyen porque lejos vigila la estatua del indio que tiene un ojo de indio. Otro blanco, pelo rojo trata de disparar. Apunta el arma y se oye un disparo seco. Cae y se dobla en un segundo largo aunque es de baja estatura y no lleva la gorra en el occipital como en el cine. Los otros dos dejan caer los fusiles.

—Estamos desarmados...

El moribundo se aferra a la culata del fusil. Un fusil así se puede disparar solo. Un tirón hacia atrás y el muchacho más joven cierra los ojos mientras arranca el fusil de las manos del moribundo.

—¡Al suelo!

Los soldados se lanzan al suelo al mismo tiempo. Arrancan el teléfono, cierran la puerta.

—Pórtense bien, muchachos —pero el jefe sólo puede seguir un discurso pobre—. Estas armas son del pueblo...

Vuelven al carro.

—¡Dale, musíú, si quieres ver a tu bambina...!

El italiano no puede conducir. No acierta a manejar. Siempre los soldados están en el suelo, el muerto y los otros. Está paralizado. Uno de los muchachos toma el volante.

—Hemos debido amarrar este carajo y tirarlo por allí...

Desde los tanques disparan un fuego graneado de ametralladoras. Caen algunas hojas de los árboles de la avenida.

—No disparen... no respondan... estamos muy lejos...

Los héroes, los helechos, los niños italianos en sus coches. La música estridente de los carros de los vendedores de helados atormentan a los próceres. Uno de los muchachos hace un triángulo con los pulgares y los índices de sus manos, se los muestra al italiano:

—Tu bambini, musíú, esto es lo que tu quieres...

El italiano tiembla gris, pero sonríe.

Pablo se pasa la mano por la cabeza, en los pelos siente con asco la paja del colchón.

Los pelos de paja en la cabeza de la muñeca de las hermanas le parecían cabellos en la infancia.

—¿Para qué pensar, a estas horas, en la infancia? Uno solo recuerda de la infancia, la madre, una cuenta de sumar imposible, un policía que corre tras uno por muchas calles en la noche y el borracho que quiere ser filósofo y escritor con uno y siempre pregunta si hemos pensado en la muerte. ¿Para qué la infancia, ahora?

Observa la alcabala móvil hasta sentir los ojos secos y fuertes deseos de espabilar.

—Son seis... ojalá todos tengan metralletas... necesitamos seis metralletas más esta noche.

En la reunión no dijo nada. Silencio.

—Hace años descubrí en la cárcel que no existe otra soledad que yo mismo y ese es el primer descubrimiento de la vejez... Hay tanta gente que habla en una reunión.

—Un foco...

- Lo importante es un foco.
- O tres focos...
- Yo soy foquista, eso es lo importante...
- Fidel fue un foquista desesperado y triunfó...
- ¿Dónde?
- Hasta en el Avila...
- Una línea justa...

La guerra de Bolívar fue pecuaria. Agrícola y pecuaria.

Uno está viejo. Cuando Bolívar lo importante no era el índice. Era el brazo para la lanza, las piernas para el caballo. Y si eres capaz con las piernas sobre un caballo, tampoco te falta nada sobre una mujer.

Pero a los treinta años de edad estás viejo y no te fallan las piernas, pero sí el índice y las palabras. No dices nada. Eres un hombre con el cabello blanco del silencio en la cabeza.

Bolívar hizo su guerra y Zamora también. Guerra de ganado, de cueros, de tabaco, de cacao. La etapa en que la guerra se prendía con tabaco. ¿Quién prende hoy una guerra en Venezuela con tabaco?

—No se puede decir: Bolívar, dame tu tabaco para prender la guerra.

—Estás loco. La prisión en la juventud vuelve loco a la gente.

—¡Loco de cárcel! Tu palabra es sagrada, pero sólo cuando gritas borracho: ¡Místicos!, es difícil decir aleluya...

¿Cómo sería la ficha de Bolívar en la policía española? Siglo de la estadística, ¿había ficha entonces?

Caracas. ¿Para qué? Guayana, los llanos, andar por allí y gritar y ligar la revolución y el ganado es lo importante... pecuaria. Bolívar no supo nada del petróleo. Quizás tanto como los indios. La guerra del petróleo...

—Señores, declaremos y comprendamos que la guerra contra el imperialismo en Venezuela es la guerra del petróleo.

—¿Cómo?

—Esto que hacemos ahora no es la guerra contra el imperialismo.

La paja en la cabeza, en el pelo, corre como una mosca cuando piensa en Bolívar y levanta los ojos hacia las estatuas imaginarias en el cielo. Porque uno tiene un cielo más allá de la paja de los colchones.

—Yo tengo treinta y tres años de edad y el Libertador Bolívar aún no me ha abandonado pese a que la guerra a muerte no me subyuga y soy comunista y no me niego a beber contigo de tu ron. Porque Bolívar bebía ron, señores, y se sintió en la soledad de su guerra a muerte y terrible contra la soledad... Mi madre me escribe a la prisión y todavía me transporta a los ensueños heroicos de la infancia... Bolívar...

Copla Bolívar, levantador:

—Te dedico la niñez y la vejez y la guerrilla de mi padre que habla con otros exguerrilleros cuando juega a las cartas y nos ha dicho a los niños que es hora de dormir... Te la dedico...

Yo tengo treinta y tres años de edad y un delirio adolescente esta noche: ando buscando la manera de hacer la guerra al imperialismo.

Y Bolívar se pregunta muy quedo:

—¿Qué es eso, de la guerra al imperialismo? ¿La guerra del petróleo? Con el petróleo sólo se pueden calafatear los barcos. Y no entiende.

—Entonces, ¿tú eres Bolívar?

—No, yo fui Bolívar hasta los doce años...

—La cárcel no perdona... los vuelve locos...

Y uno quiere estar con su mujer para no quedarse solo. La ficha de la policía de la dictadura anterior dice: Estatura: Regular —un policía lo mide a uno por su propia estatura. Contextura: Fuerte —porque los hombros son grandes y espigados como los hombros de una estatua.

Y la mujer orgullosa del indio, dice:

—Rasgos indígenas —Sorocaima con la mano en el fuego, sin una mueca de dolor, sin una lágrima, sin orines en el guayuco (porque lo hubiera dicho el español), como una estatua en ese dolor disimulado de hormigas que te comen por la base... Sorocaima de mil-manos-silentes—. Rostro amarillo, lampiño... nadie sabe su edad-de-indio que te pintas los pelos de blanco cuando eres piache hermoso y chupador de orines vírgenes y lombrices en las adolescentes.

—Viejo brujo insaciable, buscador de ombligos y de orígenes en la primera sacudida de las piernas y el sexo.

—Uno deja la edad, los huesos, los años y las arrugas en tantas partes que no pueden recogerse después.

En la reunión:

—Tomamos una hacienda, un hato, una finca, repartimos la tierra entre los campesinos y la defendemos con nuestra gente.

—Zamora-antiguo, Zapata-viejo.

—Yo digo cuando estoy borracho, no solamente lo de la aleluya, sino también: ¡VIVA-ZAMORA!

—¿Y el petróleo?

—Cuando hablan de edad nadie sabe de edad —dice la mujer—. El mismo no la sabe.

Viejo. Uno se va quedando viejo. No funciona el índice ni el cerebro. Cuando vas a decir te amo, dices te quiero o yo soy la biblia y no necesito hablar de tus ojos o la inteligencia de tus hermanitos, o que mi madre sufre del corazón cuando te busco.

—Uno llega adolescente a la cárcel. Apenas has tocado las manos de una novia y las nalgas de una sirvienta.

—Y has deseado mil mujeres del prójimo, violando las tablas de una ley que nada tiene que ver con la adolescencia. Tu vas allí a la prisión y ves a Marilyn Monroe en la prisión y debes ser buen comunista mientras se te enciende el rostro y la vida.

La prisión adolescente y sales a los treinta y tres años adolescente. No hay remedio. Pero, ¿qué importa?

—Sabes que se puede hacer el amor sencillamente y que no debes decir nunca la palabra amor porque es terrible y sabe a cosa prohibida por las tablas de la Ley y Moisés que tiene barbas enormes que estrangulan la inteligencia.

—Moisés era eunuco y no bebió ron nunca después de la prisión —pobre Moisés que tenía necesidad de acariciarse la barba del desierto.

Uno entra joven a la prisión. Deja una novia y encuentra una loca anciana, ¿qué importa?

—La experiencia. Vivir en la cárcel y saberse héroe. Pero sales a los treinta y tres años y eres un adolescente todavía.

—Aún miras el crepúsculo de la tarde aunque buscas todos los días un amanecer.

Un adolescente que no habla. Ha oído hablar mucho. Grandes discursos, grandes historias. Una profesión del preso es contar la vida diariamente. La mujer, el sexo, quedarse desnudo en la cama esperando la poca brisa, los pocos ruidos en donde hay que descu-

brir a la amada, una noche en el mar y cuatro cigarrillos encendidos que son una hoguera de gigantes.

Pero la guerra del petróleo es otra cosa. Viejo o adolescente andas allí tratando de encontrarte.

Se frota los ojos fuertemente con la palma de la mano. Pablo Morey se dice a sí mismo:

—Me estoy perdiendo... yo creo que debo encontrarme y en este instante encontrarme es tocarme a mi mismo...

El petróleo y acaricia la metralleta y los pipotes de acero.

—Estos barriles, en su día, contenían petróleo o asfalto.

Ahora, oculto entre los barriles de basura, oliendo la inmundicia, calcula la distancia que lo separa de la alcabala móvil.

—Extraordinario decir el petróleo y que nadie entienda... se hace un análisis de la economía y todos entienden cuando se dice petróleo. Pero la guerra y el petróleo no se entiende. Extremistas de mierda. Yo me dedico a la guerra. No hago libros. Se acabaron los libros para mí y mi generación. Eso no es importante. La guerra del petróleo es lo importante.

Un policía camina hacia los barriles. Pablo se frota los ojos en la tela de las rodillas. El policía se rasca la cabeza como cualquier policía. Un policía y se rasca en la cabeza. Pablo deja de respirar, permanece quieto, con la mano izquierda se frota el muslo de la pierna derecha porque le duele allí. Una fibra de algodón, como siempre, anda en la nariz. Se siente incómodo, le duelen los huesos y siente que las manos le crecen en la metralleta. El dedo es un gigante en el gatillo y entonces tiene ganas de toser.

—Hay que matar un hombre... —toma aliento—. Desgraciadamente, esta noche.

Mira el rostro largo del policía entre los portillos de los barriles. Un policía, sin duda. Alguien tiene que matarlo esta noche. No se mueve. Ahora es una fiera. Y se acabó el hombre, el Libertador y la guerra a muerte. Los dedos, los ojos, la arruga primitiva de la frente, las mejillas llenas de sangre —y un reloj qué suena allí—, los músculos de la piel y "policía de mierda" va a saltar.

—Porque la guerra del petróleo es esto también... hasta un policía lo entiende sin montar guardia en una bomba de gasolina...

Reflexiona. La sombra del policía comienza a quebrarse sobre los barriles. Primero la gorra y la cabeza.

—Puede echarlo a perder todo esta noche —piensa aferrado a la metralleta.

Suelta la respiración lentamente. Aspira hondo y contiene el aire de basura y colchón con tripas de algodón, paja, moho y excrementos rancios. El reloj de la sangre y el petróleo suena en las venas y la sien. Siempre es así. Los temores del parto.

—Uno nace y muere en medio de la tragedia que forma el miedo —piensa con los labios apretados entre los dientes.

Oye el choque de los orines en el metal de los barriles y el suelo de asfalto repite un eco sordo, suelto y chispeante. Un reguero de aguas derramadas, brillantes con reflejos de luz en arco iris.

—Quizás me moje —piensa y se encoje en silencio.

Ruido de líquido y metal, de chispas líquidas.

—Seguro —dice el policía en voz baja mirando la barrera policial y apuntando a los barriles con los orines—. Un día que estemos borrachos, le digo: ¿Por qué no jugamos a la ruleta rusa, mi sargento? —se sacude lentamente y se lleva el índice a la sien derecha—. Seguro... pum.

El policía mira al cielo. Se quita la gorra y ve en el fondo. Escupe y dice:

—Ojalá llueva esta noche...

Se acerca más a los barriles, toma una paja del colchón y se limpia los dientes con calma mirando las estrellas y maldiciendo las nubes ausentes.

—Ojalá llueva esta noche...

Regresa a pasos largos y lentos. Levanta los pies para no rozar el cemento con los zapatos, espera un instante bajo un árbol de la avenida, enciende un cigarrillo, se levanta la gorra con el índice como un revólver y tira la pajita mondadientes y la pisa fuertemente:

—¡Pum! y se acabó mi sargento en servicio activo que es como debe morir un sargento. Tal como es mi sargento —casi grita en el fondo de la gorra—. Sargento-de-mierda, ¡Okey?

Y Pablo estira las piernas lentamente y de todas formas suenan los huesos.

7

Una pareja joven muestra sus papeles —ojos de policía con sueño que miran un retrato de gangster, un número nebuloso y un nombre

largo que nadie usa. Ojos de policía con sueño y sin mujer en el sueño de la noche fría. La pareja se somete dócilmente al doméstico registro policial (hombres y mujeres amaestrados "su cédula" y la entrega con una sonrisa de mono, de circo, de perro que da la mano en esa educación burguesa de perro automático, de escuela). La pareja avanza y arrastra los pies de una manera clásica. La mujer con un gorrito Peter Pan y una falda a cuadros —mueve exageradamente las caderas redondas y jugosas cuando camina— y le sonríe al policía y dice con los labios y la voz lánguida:

—Tenga, señor agente...

Tenga que es lo correcto en el castellano de los policías que pueden ver una hora diaria de la televisión de reglamento.

El hombre mira a la Tonina sin comprender como a una vieja de calle, que ve todo el mundo en la calle, la tienen allí y no debe ser por nada bueno porque el sargento Carmona muestra los dientes feroces y blancos —como los dientes de un sargento— y le grita cerca del gorro Peter Pan de la mujer:

—¿Nunca ha visto una puta vieja? —vuelve la cara para que suene suave en la noche y agrega— ¡Coño!

Porque ella tiene una falda a cuadros insinuantes y se acostará esa noche con la mierda.

—¿Coño, entiende?

Y el hombre se pone rojo y la mujer sonríe y mi sargento es un macho de primera que bebe ron y juega clandestinamente a la ruleta rusa y saca las putas del calabozo y les cobra en especie la libertad.

—Mi sargento de mierda —piensa Pantaleón Lista.

La pareja se aleja sin dejar de mirar. La mujer sonríe, mueve la falda a cuadros que tiene olas de fuego y las caderas y las nalgas simulan una lucha a muerte. Evencio la sigue con los ojos y en una larga pesadilla siente en las manos un cachorro caliente.

—Mujer de mierda...

Y otro policía se limpia las narices tercamente.

Un carro disminuye la velocidad y los faros iluminan toda la escena: a lo lejos sinuosa una cosa a cuadros entra en la oscuridad y aquí cerca seis policías con metralletas, peinillas y rolos de reglamento en distintas posiciones, tratando de encontrarse en esa búsqueda intensa que hacen los policías de la ferocidad y la envidia.

Hay una variedad de máscaras. El sargento siempre dice:

—A mí me gusta el tigre...

Y Evencio se cree un zorro y no le gusta que suenen las suelas de las botas cuando camina porque es un zorro que no suena. Y Pilar María es un zamuro que se viste de negro puro cuando está de pernocte para que se le vean los dientes cuando sonríe.

Pantaleón está a cierta distancia y escupe en la pared. El carro se detiene, apaga el motor, baja un hombre corpulento, de cara cuadrada y lentes al aire.

El hombre trata de mirar todo y dice entre dientes:

—Máscaras oficiales... pobres policías que siempre tienen máscaras oficiales.

Ellos no lo saben porque son policías y quieren ser hormigas sin uniformes cuando van a sus casas.

—O cuando se enamoran de una puta blanca...

Porque una puta negra es igual vestida de tafetán rosado.

—Máscaras oficiales...

Uno mantiene bajo el labio inferior como un borracho. Otro apenas deja ver los ojos en una raya de pestañas grises. Sentado sobre un cajón un policía pone en primer plano la metralleta —se siente un hombre con la metralleta entre las piernas—, la deja ver, la exhibe con orgullo y ganas de descargarla en una pared blanca.

—Mazen, Cal. 38 mm., Fuerzas Armadas Nacionales, seriales y número de piezas, quizás una raya en la culata de plástico —se dice mentalmente.

Policía de mierda, me cago en la 11 de tu metralleta... Y recuerda las palabras de Pablo cuando se le aflojan las piernas y le da asco la muerte.

Lo registran. Evencio escupe por encima del brazo mientras le pasa las manos por la cintura.

—Dan ganas de escupir, ¿verdad?

El policía no le hace caso. Entrega la cédula de identidad y los papeles del carro. Es un hombre lento y tiene los lentes al aire sudados y extrae un pañuelo blanco y los limpia. Un hombre de cara cuadrada que no tiene prisa y lentamente se despoja de la chaqueta.

—Hará frío esta noche —dice entre dientes para que oiga el sargento Carmona que se frota la frente sudada y grasienta.

—¡Correcto! —responde el sargento con un gesto de siga en las manos.

El hombre entra en el carro y se aleja lentamente y el humo se revuelve con el polvo en los pies de los policías. No tiene prisa.

—No hay que apurarse —le ha dicho Pablo—, los policías son buena gente cuando eres un hombre decente...

Mira en todas direcciones: policías, metralletas, cajones y una patrulla como un faro. Todos tienen metralleta.

—Gente de bien, decente, sin mujer, Fiat modelo 63 que cambia la gente decente todos los años, aunque se acueste con la misma mujer que es lo decente —sintetiza el sargento Carmona que, sin embargo, quería detenerlo porque le gustan los lentes al aire y después hubiera podido ser un sargento con lentes.

Por esto dijo después de meditar y secarse el sudor con la parte de atrás de la manga para no ensuciar el uniforme:

—Me cago en los lentes al aire... —y Evencio sonríe con esos dientes blancos de "mi-sargento".

Evencio empuja a la Tonina cuando desaparece el carro. María da varios pasos hacia atrás para no perder el equilibrio. No hay gente decente ya. Pero una fila de hombres y mujeres muestra la cédula y puede haber gente decente allí, con lentes al aire, aunque no tengan un Fiat último modelo.

El sargento grita:

—Más rápido! —espera un poco y mira el movimiento de la gente entregando las cédulas, toma aliento—. ¡Más rápido, dije

Y es un "dije" de mi sargento que es orden superior en la cabeza de Evencio que es tan bruto que le ha dado de beber en la gorra a su mujer.

Pantaleón Lista se escupe en la manga y se frota la saliva por la frente.

—Un día de pernocte le digo: ¿Por qué no jugamos a la ruleta rusa, mi sargento? —Y él se llena de sangre el uniforme y la cabeza como un sargento que se estime y se muera...

María la Tonina aprovecha un descuido de los policías para escaparse. Con sus ojos muy grandes, de iluminada, se echa el saco al hombro y la dobla el peso. Pasos de equilibrio a uno y otro lado esquivando manos, rolos, peinillas, metralletas e intenciones de los policías. El sargento en un salto queda frente a ella mostrando los dientes y rompiendo con el dorso de la mano las gotas de sudor de su

rostro. María lo mira a los ojos unos segundos (un policía se doblaba entonces ante ella y le decía):

—María-te-quiero... María-nos-vamos... María-tus-tetas, María de Tonina...

Pero te has muerto, (María y las bubas afloran a tu piel).

María suelta el saco que se aplasta en el suelo. Sonríe nerviosa. Las arrugas se juntan en haces (¡María! esta noche no te acuestas con un civil... no me digas que no con tu sonrisa).

Mira en todas direcciones: la calle está desierta, María. El Comandante Ratón te amó y nunca se acostó contigo, aunque te dedicó sus medallas.

La calle solitaria y los policías.

Con ademanes rápidos se levanta los trapos de la falda por encima de la cintura —ella sabe que son sólidas las piernas. Con una mano muestra el sexo:

—¡Esta es mi cédula de identidad, hijos de puta...! —grita y llora desesperada.

Muestra el sexo. Setenta años y perdonen, señores de la cola. Yo era puta, puta, setenta años... ser honorable es terrible...

—Miren —se golpea el sexo en la oscuridad de las piernas—. Miren, no ven... Mi cédula de identidad...

—Cuando era María era otra cosa y mucha gente quedó ciega después de mirarme en las piernas y mi desgracia son los hijos que aborté... Lo que no pudo ser hijo de puta como esta mierda.

—Miren...

Una vieja que tiene que seguir con esto entre las piernas y hace años todo se acabó.

—Les gusto... se sienten hombres...

Gira en redondo mostrando el sexo. Vieja borracha que le faltas a la autoridad y a la moral. Ningún sargento se acostó contigo y dejó una cola de civiles en la puerta con hambre.

Hay un instante de confusión entre los policías. Están sorprendidos y no saben qué hacer. Se miran y se frotan en los pantalones y en la frente. La gente en la fila, ríe y hurga en los bolsillos hasta encontrar entre otros papeles la cédula de identidad, porque no se puede mostrar la cédula de identidad de la Tonina que todavía tiene tetas inmensas como odres medievales.

De pronto se oye en la noche la voz de Evencio, el policía:

—Todavía tiene algo la puta...

Ríen tres policías más que siempre están de acuerdo con Evencio —ese tipo que va a ser sargento el día del policía o el 4 de agosto que es extraordinario porque todos los guardias nacionales se rascan y los boi-escaut lucen sus cuchillos inofensivos en las calles.

Los boi-escaut y Pantaleón Lista le arrebató la cédula a un hombre viejo en la fila sin perder de vista a los otros policías que lo vigilan. Porque él sabe que lo vigilan y por eso grita a la gente en la fila:

—¡Siga! —y dice con furia—: ¡Otro!

Evencio abraza a María. Ella se aferra a las faldas, a los trapos oscuros que la tapan. La abraza, la oprime, las junturas de los huesos suenan, pero ella grita y trata de romper al oso:

—Esta es mi cédula...

Para que no diga que esa es su cédula. Y no señores, esta puta tiene otra cédula... distinta, que se la da el gobierno y punto.

Y punto... —grita Evencio tratando de agarrarle el sexo caliente, enfriado por los años:

—Señores, perdón... la cédula es la cédula y las mujeres lo sabemos mejor que los hombres. Después los policías me matan esta cédula. Pero es igual... me perdonan, es cuestión de número.

Y punto.

Forcejeos, maldiciones, alguien le tapa la boca, gritos de policías y risas de la gente en la fila. Los alaridos de una sirena y gentes que hablan de inmoralidad se pierden en la noche. Algunos en la cola sacan la cabeza para mirar mejor la escena de la vieja puta y los policías. Ella con la falda levantada insiste en su cédula de sexo.

Pantaleón Lista se acerca a grandes pasos con la metralleta montada.

—Hay que matarlo —piensa—, sin la ruleta... esta noche porque se quiere hacer la ruleta con María que ya no tiene ruleta, aunque las piernas redondas le brillen a la luz de los faros y los ojos por falta de mujer...

Deja caer la mano pesada sobre el hombro de Evencio que hay que matarlo esta noche sin ruleta. Le va a decir antes para iniciar la discusión y poner a circular la sangre por las sienes que todo se resuelve en la ruleta rusa, como amigos, como policías con sueño que untan de saliva las balas antes de meterlas en el tambor. Pero la voz

es ronca y le falta saliva y no se parece a tantas cosas que saben los policías y dicen en las noches de guardia.

—¡Suéltala! —le dice en el oído negro de la ruleta rusa con voz muy ronca, Pantaleón.

—Me la pego esta noche...

—Yo puedo ser tu madre...

Y la bala de la ruleta empieza a andar en el dedo y el cerebro de Pantaleón.

—Me la pego...

Y por última vez:

—¡Suéltala!

—Faltaerrespeto... mi madre es una santa...

—¿Van a pelear por una vieja puta? —y el sargento salta y patea fuertemente el asfalto—. ¡Déjenla! —y mientras lo ven se aleja a los árboles para sentirse cómodo en las sombras.

—Esta es mi cédula —repite María la Tonina, se oprime la entrepierna con furia y recoge su saco del suelo con la mano libre.

Camina lentamente arrastrando los pies. Pantaleón Lista siente un sabor extraño en la boca. La suela contra el cemento penetra por los huesos y camina hasta la punta de los dedos y los dientes. Pantaleón escupe sin ver en la pared. Puede ser el insecto de siempre o uno nuevo. No ve al sargento, pero sabe que Evencio lo vigila en la oscuridad y puede dejar que se le escape un tiro y le rompa la cabeza en el sitio de la ruleta.

Ya en las sombras María la Tonina grita:

—¡Abajo el gobiernito! ¡Abajo el gobiernito, hijos de puta!

Y es de noche y ella es una sombra que arrastra los pies.

—Hay que matarlo sin ruleta —piensa Pantaleón sin dejar de observar los pasos de Evencio—. El sargento es otra cosa...

Se oye una ráfaga, algo como un grito, voces de borrachos que adivinan si es de FAL o carabina o Mazen, trozos de canción, un autobús se aleja en la avenida, ladridos de un perro y vuelve el silencio total. Quizás se acabó María-te-quiero esta noche. Pero más lejos aún la voz parece un eco:

—Esta es mi ce... gobiernito —de María-te-quiero que trae el viento y se revuelve con las hojas y el polvo de la calle.

—Abajo el imperialismo, carajo...

Pasa un carro normal con placas limpias y papeles y registro. En el parabrisas.

—Correcto —dice el sargento. Carmona.

Una calcomanía: VENEZUELA-63 y buenas noches y un perfume de mujeres que han dejado sus huellas en el carro. Las hojas de los árboles, los desperdicios, los esputos de Pantaleón se agitan a su paso con el correcto de mi-sargento.

Pantaleón Lista mira hacia el cerro: dos o tres luces a esa hora y los perros ladran. Más arriba, las estrellas que nada tienen que ver con los perros y las luces de los cerros.

Pantaleón escupe en la pared sin dejar de mirar a Evencio que no lo pierde de vista y acaricia la metralleta.

—A Evencio, también lo voy a invitar a jugar a la ruleta rusa —piensa y pasa el pulgar por la correa de la metralleta.

Reflexiona mientras mira a los cerros con un ojo.

—Yo siempre me salvo en la ruleta y eso quiere decir algo...

8

Los dedos fríos, pero no tiembla.

—Nunca temblaron los dedos de Humphrey Bogard en Casablanca. Pero a él lo mataron en Seguridad Nacional...

Nombre, estatura, color de los ojos, lugar de nacimiento (es importante nacer, señores policías, ¿no entienden?), esa cara de malo, de Scarface de la fotografía con números en clave que aparecen en los periódicos cuando uno es gangster o se ha muerto trágicamente. Todo esto es muy importante para la civilización, para el progreso, para salir del subdesarrollo.

—Porque es del subdesarrollo no tener cédula ni fotografía con número en clave secreta...

—¡Carlos! —simula un grito la mujer que esquivo las nalgas del joven de cuello alto que mira las estrellas indiferentes con las manos en los bolsillos.

—Esto no termina nunca... —le dice al oído y el tipo descubre la vía láctea con el telescopio del cuello.

—¡Estamos en la calle, mi amor! —y ella se aproxima aún más.

Pero a Carlos le indican un lugar y a su mujer otro. No pueden andar juntos hombres y mujeres y es inmoral en la calle, según el sargento Carmona que ha besado el anillo mugriento de un obispo.

Las manos del policía palpan su cuerpo hasta los ruedos del pantalón. Los dedos se detienen en algunas costuras de la ropa y descubren piedrecitas gigantes en los ruedos.

Carlos Guillén no puede evitar un recuerdo amargo de la prisión.

—Un cuchillo —tienen metralletas y prohibido un cuchillo—, una lima, un trozo de acero... buscan una lima. Uno puede cortar los barrotes y empatarlos con cera y recoger las limaduras con un imán para que no quede nada cuando pase su dedo de mierda el carcelero.

El teniente decía en la prisión que había que cortar los barrotes aunque nadie se ha fugado de las cárceles modelos cortando los barrotes.

—Pero hay que cortarlos...

Busca a su mujer con la vista. Con ella ha hablado del teniente y ella no cree que habían militares presos como uno y decían:

—Yo aprendo pintura y tu aprendes algo de guerra...

Humphrey Bogard con una pistola invencible en las manos se muere en la prisión.

—Cortar estos barrotes de la noche con una lima de fuego. Porque siempre tienes una frase cursi entre las cejas antes de dormir.

Los hombres con grandes limas de fuego cortando la calle de la noche entre los árboles y los policías y el talco y el sudor del cine que se corta con un pañuelo en la nariz.

Pero el policía huele a desodorante y correaes rancios.

—Quizás se puede pintar eso algún día y que la pintura no huela a aceites ni aguarras, sino a policía de mierda y correaes rancios y desodorantes y talcos revueltos en la oscuridad.

Vuelve la cabeza para ver mejor la suerte de su mujer. Ella está atrás a pocos pasos y el muchacho de cuello alto que mira las estrellas sigue en la fila de los hombres mirando las estrellas. Pantalón Lista introduce los dedos en la cartera de su mujer y piensa lentamente en una ostra que se cierra automáticamente en su intimidad. Pantalón Lista examina una pinza, un monedero rojo, un recibo de luz, un pañuelo encarnado que huele al perfume de la mujer que ama. Perfume de pañuelo (y yo te tomo de las manos recién salido de la cárcel y te digo algo del mundo pequeño de la infancia). Pero a ella

no le importa el registro y mira a Carlos Guillén (un hombre que se toma la cabeza entre las manos y no bebe ron ni pinta y exclama: ¿para qué pintar?).

El sabe que es el recibo de la luz y un estremecimiento le recorre todo el cuerpo aunque es inofensivo y se debe todavía y el muñequito eléctrico salta y tiene la sangre fría de cortarlo con un alicate.

—No harán lo mismo —piensa—. Yo soy un hombre y buscan una lima para limar la noche o el cuello de las gentes.

El policía vacía sus bolsillos (tabaco y olor a tabaco y aguarras). Sin embargo, él solo mira a su mujer con la cabeza a un lado. No le importan las manos del policía, profesionales y suaves como si fueran las manos de uno mismo después de muerto. Desde la infancia las manos de un policía hurgan en uno. ¿Cuántas veces ha sido así? Hasta después de muerto. El abuelo era barbero y se murió, pero vino un policía y espantó las moscas y trató de encontrar algo contra Gómez en los bolsillos. No se puede vivir ni morir sin buscar algo en los bolsillos de la gente. ¿Cuántas veces ha sido así?

—Muchacho, ¿tu no sabes que las metras están prohibidas? Y te quitan las metras y tu sigues un minuto con los bolsillos vacíos hasta que recoges piedras redondas y azules para llenarte de vida otra vez. Pero vuelve el policía y corres y las manos del policía se estiran, se levantan y las sientes atrás tocando la camisa, ya: desde la infancia. Porque el policía dice sencillamente cuando naces:

—Nació otro...

Y le confiesa a su mujer que es una desgracia. Porque los policías sólo adoran a los niños... muertos.

—Pueden tocarla —y Carlos Guillén siente un instante de frío en el cuerpo. Tiembla y no puede evitar un paso atrás.

—¿Usted como que tiene paludismo? —dice el policía con una sonrisa irónica—. No tiembla, compadre...

Compadre y busca una lima para partir los barrotes en dos.

Mira a su mujer y no hay sombra ni cuerpo de policía que la oculte.

—Algunos policías se hacen los locos y tratan de mirar entre los senos —le había dicho una amiga universitaria.

—¿Tiene una pistola allí, señorita?

Ella dijo ingenuamente:

—¿En los senos puede ocultarse una pistola?

—Y algo más... ¿no cree?

O simplemente te dicen cuando son decentes o los deslumbra el vestido de la muchacha:

—No cargaré algo allí, señorita...

A veces tocan con cierto descuido o con intención. No les importa cualquier parte del cuerpo. A mí me ha sucedido.

—No tiene algo allí, señorita y los dedos apuntan la cruz de los senos que no tienen cruz, pero son blancos cuando nacen y se ponen negros en las puntas.

Ella le dijo:

—No tengo nada allí...

—Está por verse...

—Dígame, ¿qué quiere ver de una vez?

—Una pistola se oculta en cualquier parte... señorita.

—Pero usted no puede ver en cualquier parte, policía...

Pantaleón Lista devuelve la cartera a su mujer. Tal vez es todo. Introducir los dedos en la cartera, mirar las formas de los senos (no decirle nunca nada de la cruz de los senos), ver un poco el vaivén de las faldas cuando tiemblan con las caderas y las piernas (policía con sueño, esta noche no te acuestas con nadie y te frotas las manos y la mujer entre las piernas mientras yo me duermo con mi mujer).

Ella se apresura y se cuelga del brazo de Carlos suavemente. Tiene las manos frías. Quizás demasiado frías, pero no dice nada porque es terrible andar en la noche por las calles cuando él dice: ¿para qué pintar?

Un pequeño vibrar en las hojas de los árboles. Algunas ramas tiernas tronchadas, cuelgan de la corteza y Carlos las ve y quiere tocarlas y decirle a la mujer que las arranque con sus uñas para testimonio de la noche. A pocos pasos un saco sucio, mugriento, como un niño dormido. Parte del contenido en el suelo: un pote de leche vacío, un trapo manchado, sucio, rojo, como una bandera, (las banderas y Miranda que trajo la bandera estaban sucios y hediondos), un trozo de peine, una cuchara, un zapato de niño, una bola de papel plateado de cigarrillos y un olor a mierda vieja y concentrada. Carlos se inclina para mirar mejor. Amanda, su mujer, presiona fuertemente el brazo y le dice:

—Carlos, mi amor, estamos en la calle...

—Humphrey Bogard se murió y no supo nada de la calle...

Carlos siente el filo de las uñas de su mujer y la voz anhelante:

—Puede ser una trampa —susurra y le quema el oído con su aliento—. Mi amor, estamos en la calle, Humphrey Bogard...

Carlos mira sus grandes ojos negros. Le simpatiza esta mujer que es su mujer y tiene la boca apretada y una arruga en la frente como cuando están solos en la cama. Le huele a estar con ella esa noche, a buscar sus piernas suaves, lisas, pulidas que lo llevan al cielo.

Y que dice:

—Este es el cielo, mi amor, y Humphrey Bogard se murió hace muchos años. Porque lo mataron en la S.N.

Como puede ser una trampa, Carlos Guillén se siente Humphrey Bogard y le pregunta:

—¿Qué?

—Los policías —insiste ella.

Vuelve la cabeza y la gente en la fila se disuelve, disminuye, se va acabando en la sombra.

—Una trampa —dice Amanda, la mujer.

—Ya eso pasó...

Otra pareja se adelanta apresurada. Pasos de soldados en derrota. No se puede correr del todo. El hombre pasa el brazo por la cintura de la mujer y le dice algo al oído. Desaparecen en las tinieblas. Y el diablo desaparece también en las tinieblas.

—No es nada —dice Carlos Guillén mecánicamente y tampoco el faro de la calle le dice nada extraordinario.

Le arde la frente. Le dicen:

—¡Su cédula...!

Y entrega la cédula y le tiemblan las piernas y se le comienza a derrumbar la muerte heroica que buscó entre las balas y la gente que murió fusilada en tantas partes iguales a la patria. Porque la patria es sólo la voluntad de estar en la primera fila. La patria es uno mismo cuando pinta o se emborracha porque te han vuelto estéril en las torturas y pesa la condena de sobrevivir.

Reflexiona y le dice a su mujer al oído:

—Para mí la primera fila es pintar, decir cuantos son héroes y eso es lo difícil...

Caminan y ella lo oprime como para protegerlo. ¿Pero quién lo protege de la cárcel?

El pudo decirle al policía cuando le pidió la cédula:

—¿Quién es usted? Muéstreme la suya... Yo tengo más derecho que usted a saber de las gentes. Yo investigo las gentes para descubrir el héroe...

Pero le temblaron las piernas y buscaba con los ojos a su mujer.

—Me he dejado llenar de miedo...

—Ya pasó... fue mejor así. Ahora vamos juntos para la casa... a la cama.

—A Humphrey Bogard lo mataron en S.N., realmente...

—Ahora puedes pintar...

—¿Para qué pintar?

—No importa... no pintes... Te lo prometo: no iremos más al cine...

9

Pablo siente los orines en los zapatos. Un vaho de sales y riones recién cortados vuela desde sus pies. No se mueve ni aparta sus ojos de las espaldas anchas del policía que se sienta pacientemente sobre su cajón y se sopla el polvillo imaginario de las manos. El policía ensimismado se coloca la metralleta entre las piernas y de nuevo busca algo distinto al sudor y la mugre en el fondo de la gorra.

—¿Por qué diría eso? —se pregunta—. ¡La ruleta rusa! Uno mete una bala en un tambor, lo hace girar y dispara con algún ceremonial de sonrisas que se anticipan a la muerte... y luego pide un trago si es que puede pedirlo y no lo ahoga la sangre...

Un trago, señores, grita de alegría mientras reconocen con el índice que la sien está intacta.

—Un trago... todavía me puedo beber un trago... no es mi hora.

Lo que está escrito está escrito, ¡coño! Esa es la diferencia...

La gente se asoma a los balcones cuando unos jóvenes juegan carnaval para jugar a la ruleta rusa. Cuando los policías disparan se asoman y hay una cosa roja que brota en el cuerpo de los niños que también están en los balcones o juegan ante un espejo. La ruleta rusa.

—Ni Bolívar ni Zamora supieron nada del petróleo y la ruleta rusa.

Tu vas por una calle y sientes olor a orines, a basura fermentada, a perros, a gente recién afeitada, a rosas y estiércol en los jardines vecinos y por encima de todo ese olor a petróleo que forma parte de la gente civilizada. En Maracaibo hasta las putas huelen a petróleo de civilización y de progreso...

Los barriles empiezan a asfixiarlo. ¿Para qué existe el Canal de Suez? Nasser ha ligado su revolución al Canal de Suez...

Levanta la cabeza y respira profundo aire, paja, polvo, inmunidia, hasta los huesos. Mira las estrellas para olvidarse del petróleo. Una paja y el humo del cigarrillo se interponen como una galaxia. Miraba las estrellas en la prisión cuando quería olvidar por un instante la prisión. Estrellas de la medicina antigua para olvidar como astrónomo primitivo las cadenas de la esclavitud.

Le dijeron en el Liceo:

—Canopus es la más grande... ¿Cuál es Canopus, señores?

El universo es una tontería cuando se ve desde una ventana. El universo es cuadrado y solamente lineal en el rincón de la telaraña. Uno es elemental en el calabozo gris donde te tiran para que vuelvas al origen o te tiemblen las manos de vejez y de miedo. Una sola ventana, ves la luna, el sol, una estrella distante y pequeña que empiezas a acariciar en tus propias carnes como una novia. El cielo es grande, pero sólo tienes una sola ventana y un poco de aire y de mundo con la ventana.

—Yo pienso en Sorocaima y la ventana elemental de su mundo.

¿Cuántas estrellas vió Sorocaima entonces? Una mano en el fuego y no dijo nada y no pudieron descubrir una mueca de dolor en su rostro. ¿Qué dijo el conquistador con la mano de Sorocaima entre sus manos? ¿Para qué están juntos, integrándose y desintegrándose, Sorocaima y el conquistador en uno mismo? ¿Amelivaca y Prometeo? Quezaltcoalt en una corte de Walkirias están en el hombro derecho del sol.

—Ver a los policías, saber cómo se mueven, quiénes llegan, los que se van, la cola para mostrar la cédula. Perdón Sorocaima, ese es mi deber...

Levanta la cabeza. Arriba, realmente están las estrellas. ¿Cuántas estrellas vió Gagarín?

—¿Cuál de estas estrellas miraba yo, entonces? Cada preso tiene su estrella en el cielo. Uno tiene hambre, pero dice, esa es mi estrella.

Una ventana.

—Como para mirar una sola estrella. Sorocaima tenía una ventana en la cabeza para mirar una sola estrella...

Pablo camina por el calabozo y se detiene ante la ventana:

—¡Mundo! —quiere gritar—. Tengo hambre, soy insignificante y te quiero. Como no tengo novia te dedico este amor cósmico, ¿entiendes?

Miraba la estrella, la noche, un trozo de cielo. Amelivaca y Prometeo, señores... andan en la Universidad juntos y los profesores se ufanan por tenerlos en grandes casilleros separados e invocan la magia de la geografía, del tiempo, de la cultura y de los mundos para separarnos.

Uno es un adolescente que toca las paredes de la prisión, las arenas gruesas que rayan las uñas cuando gritas:

—¡Señores, yo no quiero morir de muerte natural!

Estaban reunidos en una vieja casa del centro de Caracas. Casas con patios interiores donde alguna vez hubo una fuente y pájaros mojando el pico en la fuente (Caracas es una ciudad sin pájaros). Azulejos con ánforas alternan con nuevos ladrillos ornamentales donde alguien trazó con la uña una tinaja. Un pequeño estanque donde navegan entre algas verdes, flores fluviales. Y pintura nueva entre cenefas desvaídas.

La policía rodeó la manzana silenciosamente con un dedo en los labios para los transeuntes y el otro en la metralleta ZK.

Primero vino el lechero. Normalmente trae la leche.

—No... la leche simplemente... están nerviosos, muchachos...

—Pero no tenían por qué traer la leche...

—Eso no tiene importancia. Generalmente los lecheros son buena gente... yo todavía no he conocido un lechero malo. Casi todos se ríen. Realmente es así. Pablo está nervioso, pero no dice nada. Casi nunca puede decirse nada del miedo propio. Apenas susurró con cierta indiferencia sin dejar de mirar la leche:

—No me gusta esto...

—Si no te gusta, tómallo o déjalo... —dijo Marcos Robles con los ojos encendidos mientras acariciaba la culata de la Browning.

—Se acabó —dijo el doctor—. Sigue...

Y Marcos Robles continúa con la guerra civil. Desatar la guerra civil, la insurrección, el terrorismo revolucionario.

—Tenemos bombas suficientes... faltan bolas... Hablamos de guerra civil, ¿verdad? y le tenemos miedo a un lechero...

Concluyó y empezó a mirar a los presentes a los ojos buscando el efecto de sus palabras. Pero no miró a Pablo, el joven que se reía descaradamente.

—Yo pido orden, compañero —dijo.

Porque Marcos Robles siempre habla de la guerra y cita algo de la Biblia:

—“Yo no vengo a predicar la paz... yo vengo a predicar la guerra...”

Y cargaba una pistola Browning, pero Pablo lo había visto temblar cuando se probaban las bombas en el Río Carmen de Cura. Y yo no vengo a predicar la paz en el carro cuando pasaron la última alcabala y ya no había peligro y se podía beber una cerveza en nombre de la guerra.

El cerco policial se estrechó en silencio. No se oía más que la voz de los hombres que intervenían en la reunión. La calle en calma. No circula ni polvo ni viento ni basura ni perros ni gente. No se oye un motor. Pero silencio, señores, tiene que haber silencio cuando se habla de la guerra civil.

Después fueron las palabras por el altavoz. Roncas, sonoras, metálicas, tétricas entraban y retumbaban en las paredes y el estanque con flores fluviales.

Primero la voz tímida:

—Probando... probando...

Seguramente habían fracasado varias veces con el altavoz. Así sucede. Y luego nítidamente:

—¡Entréguese! Están rodeados... ¡Entréguese, doctor!

La guerra civil y un lechero con la insurrección del silencio y rostros en tonos amarillos y manos temblorosas mirando los rincones, el estanque con flores fluviales, las grietas en las paredes, los muros vecinos y las piernas que no obedecen por un instante para luego echarse por allí a corretear sin sentido.

—¡Entréguese, doctor...!

El rostro de Carnevali es de ceniza, amarillento, pero no pierde la serenidad. Le dice a Pablo:

—Tu te quedas conmigo...

Y grita a los demás:

—Disparen si entran... hay que distraerlos y dispersarlos...

Pero los demás apenas oían. Corrían por toda la casa, se parapetaban detrás de las sillas y las mesas. Uno tiene ganas de correr o meterse debajo de la cama. Marcos Robles tiró la pistola en el estanque de flores fluviales y comenzó a temblar borrando las cenefas con las manos y el trasero. Pablo gritaba:

—¡Disparen! Vamos a salvarlo...

—La guerra —parecía decir con muchas erres, Marcos Robles, apretando los dientes y borrando las cenefas con el trasero.

Pablo apretó el gatillo muchas veces, pero no sentía nada en las manos y los oídos. Era un revólver español que había que montar en cada disparo. Un revólver negro que decía en la culata derecha:

MUERA FRANCO

Y en la culata izquierda:

¡COÑO!

Montó, disparó y sonaron dos grandes explosiones llenas de humo hediondo, concentrado, con una patada en la mano y no funcionó más. Lo lanzó contra los policías en el zaguán, pegó en la pared, rodó y se quedó quieto en un rincón detrás de la puerta por el lado corto de COÑO como último grito, como un último disparo.

Alirio cae herido. Pablo lo ve caer con los ojos en blanco, abiertos, roto en un costado de donde sale una saliva roja y un ronquido.

—No me dejen —dice mirando con ojos de miedo desde el suelo y por la herida se ve la espuma de la voz antes del sonido de las palabras—. No me... —y brotan las burbujas de sangre y camisa antes de desmayarse.

El no creía en la guerra civil. Antes había dicho:

—Como obrero petrolero creo en el petróleo. Recuerden la huelga petrolera del 50. El petróleo es el centro de todo en Venezuela. Una guerra civil debe empezar en una huelga petrolera. La guerra civil... eso pasó ya. Yo estaba en El Tigre dirigiendo la huelga petrolera en el año 50. Ustedes saben lo que ocurrió. Nos traicionaron. ¿Acaso no se puede tocar el petróleo? ¿Acaso el petróleo es sagrado? Respetar los pozos, nada de incendios... ni con kerosen. El petróleo es la clave del poder y no podemos destruirlo nosotros mismos. Eso nos dijeron. Y yo soy un traicionado hoy...

—No me dejen —dice respirando por un costado.

—Las granadas, doctor... deme las granadas —grita Pablo—.

Las tiene en los bolsillos...

Pero siente el frío de las esposas en las muñecas y un culatazo en la nuca. Sin embargo, ve cuando arrastran a Alirio escaleras arriba y una cinta de sangre y de petróleo se confunden con sus lágrimas.

—Todavía como que está vivo, este carajo... —oye la voz de un policía que lo arrastra por las piernas.

—Mejor —dijo otro con una sonrisa nerviosa.

Y lo lanzaron a la calle desde un segundo piso.

—¡Allá va! —grita un policía.

Y los dos dicen a coro como si los asaltara el mismo pensamiento:

—Uno menos —y bajan las escaleras y se limpian la sangre en los pantalones azules que usan los policías sin uniforme.

Después Alirio se murió en un hospital cuando dijo petróleo y una enfermera le trajo agua.

Oye un ruido en la acera, se incorpora aferrado a la metralleta y vuelve a la realidad. Luisa regresa con Pedro Armas y se besan acurrucados a su lado entre los barriles.

Pero Pablo dice todavía entre dientes:

—Yo no quiero morir de muerte natural...

—¿Qué dices? —pregunta Pedro Armas separando a Luisa.

Pablo no responde nada, se limita a indicarlos con el índice y el cañón de la metralleta.

—¿Qué dices? —insiste Pedro.

Pasa un carro por la calle y todos se adhieren a los barriles de basura, a los orines y al suelo. Luisa tiene las piernas duras y calientes y dan ganas de agarrarle las piernas en medio del olor a gasolina quemada y a petróleo caliente que queda. Algunos papeles húmedos y pesados forman remolinos lentos al pie de los barriles. El ruido del motor se aleja. Pablo se sienta en el suelo y se pasa la mano nerviosa por la cabeza. Pajas y restos de algodón mientras Luisa y Pedro Armas entrelazan las manos y las metralletas para decirse cosas incomprensibles en los oídos. A Pablo lo recorre una ola de calor, de mujeres danzantes y de amargura por todo el cuerpo. El ama a su mujer y quiere estar con ella un rato, pero estos se dicen cosas como si tu fueras un barril y por poco ella se desnuda y te dice:

—Pablo, perdona... pero no tenemos tiempo y esta noche yo puedo morir...

Piensas como tu mismo. Es sano que dos muchachos que van a morir se amen. Pero sólo se aman hasta los besos y eso te llena de furor.

—Tu eres como los demás, Pablo, sólo justificas el amor cuando lo haces tu mismo...

—Además —piensa—, en este momento estoy violando una de las leyes de Moisés porque Luisa tiene las piernas duras y me sugiere algo fraternal aunque me respire muy cerca su aire caliente y confuso... Yo soy el jefe y soy distinto. —¿Por qué te lo trajiste? —dice con rabia simulada—. ¿No pueden esperar unos momentos? Ya estarán juntos el resto de la noche...

No se pueden hacer dos cosas a la vez. Una metralleta y una mujer... uno se pone nervioso y le tiembla el pulso.

—Después le queda el resto de la noche para eso y mucho más...

Luisa lo mira con odio. Pablo es un buen camarada, pero aunque es inmortal y no le pegan las balas, un día se puede morir de odio y amargura.

—No debes hablar así de uno... Me da pena —dice Luisa—. Tu eres el jefe, pero me da pena...

Pedro Armas sonríe. No le importa: hace la guerra y ama a Luisa y Pablo es un buen jefe que se deja matar con uno todas las noches.

Le da con el codo en un costado e indica con la cabeza la barrera policial.

—¿Cuándo?

—El resto de la noche —se dice Luisa, se encoge y suspira profundamente—. Ojalá fuera esta noche...

—Después del cine. Son seis... —responde Pablo.

—¿Y si se van después del cine?

Pablo observa detenidamente la barrera policial. Un policía sentado en un cajón mira hacia el cerro. Otro camina y mira en el fondo de la gorra. Parecen descansar. Tal vez duerman o hablen de las cosas que generalmente comentan los policías cuando tienen sueño. (Policía con sueño que siempre estás soñando con la soledad de tu sueño).

—No se irán...

—Esperamos mucho... los muchachos se pueden cansar.

—Nadie puede cansarse de esperar. Esto es nuevo. Recuerda —y saca los dedos para enumerar los puntos del plan—. Hay variantes.

Las cosas pueden cambiar de un momento a otro.

Se prevee una situación, se planifica en detalles, le dices a los hombres que los movimientos son mecánicos, pero luego la realidad es distinta y hay que cambiar sobre la marcha.

—Nosotros no tenemos un POV...

—¿Qué es eso?

—Lo que ellos tienen: Procedimiento Operacional Vigente. Para nosotros no hay vigencia. Nada debe ser regular, repetido. Esa es la clave...

—Ellos tampoco tienen POV...

—Si lo tienen y son mecánicos. Esa es la clave. Cuando Luisa y yo lleguemos allá —dice Pablo tajante—, ustedes deben estar con el carro al lado de la patrulla. Ni un disparo. En Conejo Blanco no había necesidad de disparar.

—¿Pero a ti sí te duele Conejo Blanco?

Pablo no le responde y continúa con el plan.

—Queremos sus armas solamente. Una operación limpia. En Conejo Blanco hubo un muerto...

—¿Qué importa? Fueron tres FAL... —dice Luisa.

Pablo se pasa las manos por la cabeza.

—Me duelen como a todos nosotros las cosas que salen malas. Esta vez no debe haber muertos. No me gustan las armas que cambiamos por vidas...

Luisa no sabe qué responder, pero se anima a contestar con una frase vieja:

—La calle no es de ellos —dice jactanciosa—. Es nuestra. Y las armas también... Ese es nuestro POV.

—Nuestro POV es la vida, muchacha —se dice Pablo mientras le mira los ojos en la oscuridad.

—¿Con seguro? —pregunta Pedro Armas para evitar la discusión. Porque Pablo siempre gana cuando quiere discutir y esta es su noche de amargura.

—Sin seguro. No somos unos niños. No es la primera vez para estos muchachos. Siempre vamos preparados para todo. Pero sólo debemos hacer lo que queremos...

—Los muchachos quieren que la operación se llame...

—No tendrá nombre. No hay tiempo para decir como se llama.

—Operación sin nombre, entonces —dice Pedro Armas.

—En todo caso Operación Bolívar aunque suene pureto...

Pedro Armas presiona la mano de Pablo, besa a Luisa y se desliza inclinado, sin ruido, pegado a la pared como una sombra. El aviso luminoso apaga y enciende, verde, rojo, nervioso, a salto de gato en la espalda de Pedro Armas. Luisa lo ve desaparecer entre las sombras y acerca más las piernas a Pablo y éste se encoge esquivo.

—Perdona —dice Luisa—. Yo sé que esta es tu noche. No habrá muertos esta noche.

—Yo no he debido venir esta noche —dice Pablo—.

¿Pero quién lo entiende?

—Nosotros lo sabemos, viejo...

10

Caminan una cuadra más en silencio. Carlos Guillén parece sumido en una zona distinta al silencioso repetir, con las manos en la cabeza:

—¿Para qué pintar?

No existe o nadie existe a su alrededor ni siquiera su mujer que se deja llevar en esa danza extraña que se balancea en sus piernas después del registro en la barrera policial.

Al fin Carlos le dice al oído:

—Vamos al parque. Quiero besarte y decirte algo en el parque. Al menos violamos una ley policial...

—Vamos —responde ella alegre, sonriente, animando su andar en las faldas.

—Mi padre fue un hombre pequeño y fuerte. Y a los veinte años era dueño de un circo. Hijo de italianos y hacía lámparas. Y yo creía que era Aladino cuando la madre nos contó esa historia.

Siempre tenía una lámpara llena de alcohol y bebía de ella para evitar el veneno de los vapores del estaño y los ácidos. Y yo a los tres años me emborrachaba oliendo la lámpara de cobre que nunca llegó a vender porque era sagrada:

—Cuando murió tu abuelo me dejó sólo esta lámpara llena de alcohol como recuerdo familiar y me dijo:

—Allí encontrarás el espíritu, el genio de la creación... Y mi padre la llenaba todos los días y la vaciaba en su garganta reseca por los vapores del estaño y los ácidos.

Los jueves en la tarde cerraba el taller y se iba a emborrachar en un bar cercano, pero envolvía la lámpara en un trozo de paño y nos decía a los hijos que no podía dejar el espíritu en el taller y llevar su cuerpo al bar porque se emborrachaba sin espíritu y podía matar a alguien para robarle el espíritu, la flor del cerebro o los sueños.

—Es un cuento muy lindo —dice su mujer—. ¿Por qué no lo escribes?

El la mira en la oscuridad. Se levanta y arranca una hoja roja y sin ver le extrae los nervios.

—No es un cuento. Es la historia de mi padre. No rompas el encanto. Yo empecé a pintar por el espíritu de la lámpara. Primero una lámpara y después Aladino que se parecía terriblemente a mi padre.

Un jueves —como todos los jueves— salió y regresó borracho. En una mano traía un ramo de lirios rojos y en la otra la lámpara llena de alcohol. Yo tenía siete años. Abrazó y besó a la madre. Nos reunió a todos sus hijos a su alrededor. Le dió a la madre los lirios después de una larga ceremonia y dijo:

—Las flores para las mujeres, siempre... el alcohol para los hombres. Esa es nuestra ley.

—Me dió la lámpara y me dijo:

—Tienes razón: el genio de la lámpara de Aladino era yo que a los siete años podía pintar un payaso en el rostro de cualquiera y restauré santos y no seguí en esa profesión porque me daban asco los santos que besa la gente y coloca en un altar para que el polvo, los aceites y las inmundicias los hagan milagrosos. Pinta... pero nunca restaures un santo aunque te mueras de hambre. Además... ya sabes hacer lámparas y has olido aquí el espíritu de Aladino.

Me dió la lámpara y no olí sino que bebí un largo trago y caí borracho gritándole cuando me abrazaba:

—Aladino... Aladino...

Y él lloraba y reía al mismo tiempo y la madre sonreía también junto con los hermanos.

—Ese era mi padre, ¿entiendes?

Amanda lo besa en la mejilla y la barba de tres días le provoca un ligero estremecimiento.

—¿Por qué mi padre no dejó encendida la lámpara? —grita de pronto Carlos Guillén.

Un largo rato de silencio mirando las plantas ornamentales del parque y surge la humedad perfumada de las flores y el estiércol. Amanda no se atreve a contar nada. Ni a decir:

—¿Viste la estrella que pasó? ¡Qué bella!

Porque sabe por experiencia que Carlos quiere asirse de algo para retornar al presente y borrar el pasado en una discusión infantil y sin sentido. Carlos cae en la infancia y en la adolescencia para hurgar allí y tratar de encontrar una explicación a sus problemas actuales. Carlos abre un hueco en las sombras para tratar de encontrar la luz, como dice, cuando está pintando sus monstruos que nadie entiende.

—Yo andaba solo esa noche —dice.

Ella sabe que empieza otro trozo de la historia que nunca acaba, pero que cambia siempre.

Huele a gasolina y flores. Estiércoles y flores como aquí. Talco de una mujer borracha que le guiña los ojos, le dice buenmozo y trata de tocarle el rostro aunque camina descalza con los zapatos en la mano.

—Tu debes ser divino, hijo —le dice y articula dos o tres frases en un idioma incomprensible de borrachos.

Camina descalza e intencionadamente mueve sus caderas luminosas y vuelve los ojos para ver a Carlos que sigue ensimismado en su latín.

Los boiescaut y los obreros del aseo urbano y domiciliario fijan carteles a las paredes y los postes: elecciones, derechos cívicos, TU VOTO. Y ruedan los pequeños carros de basura donde llevan el engrudo, las brochas, las escobas y los carteles. Le arden los ojos. El, solo, en la plaza, con un libro de latín entre las piernas mientras una mujer borracha le dice divino y camina descalza con los zapatos en las manos. La primera declinación: rosa. Importante saber que rosa es nominativo y primera declinación. Todo parte del latín y el latín es rosa y el profesor de latín erudito que niega a Darwin y no quiere ser pariente de mono aunque podría estar en el zoológico junto con un chimpancé. El latín es Rosa que cuando se levanta para ir a la pizarra nadie sabe si se trata de álgebra o de latín porque los ojos se van detrás de ella y ese cuerpo de pera que nada tiene que ver con el latín.

Entonces llevaba una vieja chaqueta de cazador con amplios bol-

sillos plegables. Guardó el latín y los cuadernos de rosa en uno de los bolsillos grandes donde había capacidad para dos palomas muertas. No llegó el compañero y no estudiaron latín. Esperó en la esquina. Le ardían los ojos de mirar y esperar al compañero. Desapareció la última pareja de borrachos. Le dijeron algo al paso. Entendió Einstein o estudiante o lo de siempre. Y por la Avenida España, discutieron algo, siguieron y no entendió.

—Seguramente quisieron decirme algo —pensó y luego en voz alta—. ¿Dónde estarán ahora?

Amanda lo mira a los ojos y le quita el desecho de hoja que tiene en las manos con un olor a clorofila y a pintura de aceite.

—Ya no viene —dice en voz alta sin tomar en cuenta los gestos de su mujer.

El debía venir. Siempre llegaba, pero no llegó. Tenía que fuggarse de su casa a media noche para reunirse con él y decir que era el latín de Rosa que era su novia cuando iba a la pizarra y no veía sus ecuaciones en sus nalgas. El amigo tenía que saltar una cerca y subir a un árbol para bajar la pared y después regresar antes de amanecer y acostarse inocentemente.

—Seguramente no pudo salir...

Palpó las pinturas de cera en los bolsillos y abandonó la avenida. En la poca luz olía a flores y estiércol. Pintaba a ciegas. De memoria sabía los trazos porque era él mismo entre rejas. Un estudiante entre rejas con boina y todo como cree la gente que pinta estudiantes que son los estudiantes que ya no usan boinas. A veces pintaba los ojos fuera del rostro y reía en la mañana cuando veía su estudiante con puntos suspensivos en la pared. Pero ahora tiene que pintar solo. No vino el compañero, no pudo o tiene miedo. Por eso su oído está pendiente del paso de los carros por la avenida, las voces, los perros, las escobas y los carros de los hombres del aseo urbano. Oye pocos vehículos en la avenida. No ve. El latín es el origen y los borrachos discuten sobre Einstein, borrachos empleados de banco o bachilleres. Pero él no ve mientras pinta. Termina el dibujo y empieza con las letras gruesas de grandes trazos:

LIBERTAD PARA LOS PRE...

Y no pudo terminar. Tenía miedo. Se le doblan las rodillas. No había nadie que silbara cuando se asomara el peligro en la esquina. El latín le pesaba en el bolsillo. Pero era el origen y corrió. Detrás

oía pasos apresurados y ruido de hierros de policías en la carrera. Ladraban los perros y oye nítidamente varios motores de carros en la avenida. Sin embargo, no volvió la cabeza —prohibido volver la cabeza cuando huyes—, caminó y tardó para encontrar la respiración normal.

—¿Por qué no terminé entonces? —se dice—. Mañana creerán que estoy preso y soy un cobarde.

Tomó otra calle apresurado. Los perros ladraban lejos o en las puertas de las casas marcando sus pasos. Y saltó en el aire cuando dos policías lo tomaron de los brazos y él ni siquiera intentó soltarse o debatirse como el gigante de Aladino en el vientre de la lámpara. Y no gritó:

—Aladino... Aladino... —como cuando el padre llegaba borracho los jueves y traía flores en una mano y la lámpara en la otra y proclamaba las leyes del alcohol y la belleza entre los sexos.

—¡Regístrenlo...!

Entre dos policías lo tomaron de las piernas, lo sacudían. Tocaba el suelo con la cabeza y las barras de pintura de cera cayeron al suelo. Luego oyó el sonido de su propio cuerpo en el piso de la camioneta. Le sonó el cuerpo en la cabeza y se quedó temblando.

—¿Por qué no terminé entonces? —se repite torpemente.

Amanda lo abraza y lo besa.

—Vamos le dice.

Siguen la calle. Amanda se atreve a reprocharle algo:

—¿Tu crees que entonces se terminaba? Pablo no ha terminado...

—¿Tu quieres que sea como Pablo? Yo fui como Pablo...

—No se termina nunca, ¿entiendes? Tu papá te dijo que era Aladino. ¿Acaso se terminó Aladino? A tí te gusta tener en la casa una lámpara llena de alcohol... perdona, pero no aguanto... yo antes hacía algo ahora no hago nada y siempre tengo miedo. Tu eres el centro y tienes miedo, mi amor... Me perdonas... tu eres el genio de la lámpara de tu padre y yo nunca miento...

Apenas alumbraban los bombillos de la calle y su mujer habla y vuelve la cabeza llena de miedo. Huele a flores y estiércol. El padre llega a la casa con unos lirios y la lámpara llena de alcohol y dice:

—Las flores para las mujeres, el alcohol para los hombres...

No ladraban los perros. Los carros de los obreros del aseo urbano y domiciliario y los boiescaut quedan atrás con sus carteles sobre el voto, la industrialización, la reforma agraria y la paz.

—Aquí sigue la película... Humphrey Bogard se murió en la S.N. y sigue la película...

Camina por la calle desierta entre la sombra de su mujer y la pared. Se tambalea como un borracho, pero no responde a los reproches de Amanda. Se limita a hacer un gesto heroico:

—Yo no soy Aladino... Yo soy los monstruos de mi pintura... Pero no importa... Dame tu lápiz de labios —y extiende la mano para recibirlo—. Debo terminar... aunque yo sé que no existe el fin debo terminar esta noche...

Ella busca en la cartera, revuelve las cosas, araña el fondo con las uñas, tiembla y comprueba que los policías han quedado muy atrás.

—No lo tengo...

Carlos piensa unos instantes mientras pasa las yemas de sus dedos por las paredes blancas o grises entre grandes sombras de hongos, polvo y aceites ahumados.

—El de cejas... Termina aunque sea con las uñas...

Y ella mira a todos lados y descubre las sombras fijas en las paredes y por encima de los ojos de Carlos oye las sirenas, los policías y los perros que ladran en algún lugar distante.

Carlos levanta los brazos hasta el rostro de su mujer toca sus mejillas suaves y amarillas y se inclina como ante un santo:

—¿Por qué no terminé entonces? —dice en voz alta.

No vio más a la madre y ella se murió cuando estaba en la cárcel. Te llamaron a la reja.

—Se murió —dice el oficial de S.N.—. Este mes, ¿sabe?

—Usted sabe, se murió —le dice otro y le entrega un telegrama sucio, manoseado —sello de "AUTORIZADO"— que tiembla en las manos y se convierte en la lámpara vacía de Aladino que se le cae al suelo y se rompe. Y Amanda, su mujer no puede evitar al fin un grito en la noche:

—¡Aladino...! ¡Aladino...!

Y ella lo cubre en la pared y lo besa en la boca balbuceando:

—Aladino... Aladino... Tu padre construía payasos en el circo... eso es lo importante...

Le da el lápiz de cejas y él busca una superficie menos áspera en la pared. Siente las grietas, arenas en los dedos, líquenes y hongos y escribe en grandes letras suaves:

PAZ

Y retoca las letras hasta sentir la madera del lápiz.

—No es nada...

La mujer sonríe:

—Aladino...

—Todo eso lo sé. Pero no sé muchas cosas. ¿Dónde está la lámpara? ¿Dónde estará enterrada mi madre?

—Aladino...

El la besa en la frente. Arde, quema, llena de fiebre.

—Perdona... Mañana te compro otro lápiz de cejas...

¿Acaso fue cierto que se rompió la lámpara?

11

Pasa una patrulla lentamente. Luisa se encoge, contrae los músculos. Pablo no se mueve y siente la respiración y los muslos duros, calientes, sudados y amargos en su imaginación.

La radio del carro policial grita metálicamente:

—“Un Panamá-39... Panamá-39 en El Triángulo”?

Ruidos metálicos, polvo con gasolina quemada que se levanta del asfalto y

—“Entendido, dido, dido” —responde un policía por el micrófono y la patrulla se aleja a gran velocidad.

Luisa toma aire profundamente, pero no retira los muslos de las piernas de Pablo:

—¿Qué significa “Panamá-39”?

—No sé... cambian la clave periódicamente... Cerca de allí está la brigada de apoyo. ¿En El Triángulo? Quizás fueron descubiertos ya. O comenzaron a prender los cauchos para atraer a la policía. Puede ser un allanamiento también. Hace dos meses significaba algo contra motines. Pero los perros ladran muy poco... Nuestros motines tienen un acompañamiento de perros, ¿entiendes?

Ella se acerca más para oír y Pablo se hace espacio con la espalda en los barriles.

—No los pueden descubrir —afirma Luisa—, si son el apoyo... Entonces no son ningún apoyo si con un “Panamá-39” los descubren...

—Tal vez... pero “Panamá-39” no es con nosotros... Nosotros somos “Apure” que significa emboscada, asalto en un recuerdo a las viejas hazañas llaneras... de la Independencia... Ellos son Páez.

Sale el cine. Se ve perfectamente desde los barriles aunque parpadea una letra verde al ritmo soñoliento de la música. Primero que la gente se oyó la música. Algunos se detienen y fuman. Las mujeres se miran en los espejos y esperan a los hombres que se toman la libertad de encender un fósforo e imaginarse la mujer del prójimo en la llama. La luz roja en el techo de la patrulla gira incansablemente sobre una nuca negra, chata. Los policías se levantan y toman posiciones de combate para abandonarlas de inmediato y asegurar los puntos críticos en la barrera. Nadie puede pasar como no sea entre los dedos de los policías que recorren el cuerpo y se detienen minuciosos en las costuras de la ropa. La gente llega en pequeñas oleadas —a esa distancia parece una gruesa soga que se desliza— y forma una delgada fila judía ante los policías.

—Un rebaño...

—La gente no es rebaño —dice Pablo—. Si tú sales del cine...

—Yo no salgo del cine...

—Tu tampoco entiendes...

—¿No entiendo qué, Pablo?

—No se puede combatir en nombre de algo que desprecies... Entonces nada vale la pena... Yo era así cuando era adeco y estaba preso...

—Yo no lucho por lo que desprecio...

—Un rebaño es el desprecio... ¿entiendes?

—Uno se queda allí como un rebaño para que lo palpen por todo el cuerpo y le digan que puede seguir caminando por la calle. Te dicen:

—¡Siga!

—Y tú sigues...

—Hay millones que se rebelan en la imaginación... ¿Cuántas veces tu, te rebelaste en el “Salón del Reino” en la imaginación?

Luisa guarda silencio porque le duele el “Salón del Reino” y el padre que lee la Biblia de pie sobre una mesa alta en la que apoya las manos que se llenan de nervios y tendones en los versículos de la amargura. El “Salón del Reino” ¿por qué habla Pablo del “Salón del Reino”?

—¿Qué? —pregunta y acerca el rostro moreno y sudado hasta los labios de Pablo.

—Que se vengan hasta aquí Pedro y los demás. Vamos a comenzar esta noche. Se acabó el rebaño.

La gente desaparece en la barrera policial. Algunos miran hacia atrás, hacia adelante, hacia el cielo mientras los registran. No quieren ver el rebaño.

Pablo siente algo frío en el cuerpo. Le tiemblan las manos, un músculo salta en la espalda espontáneamente y se le endurecen dos pequeñas masas cerca de las mastoidales.

—Un instante solamente —se dice.

Los muchachos no saben que uno empieza a temblar cada vez. (Tu eres de hierro, dicen). Las manos se enfrían y la cabeza arde. Pero caminas con tu dolor de cabeza y con tu miedo un instante y vuelves a sentir el asfalto bajo tus pies y la metralleta entre las manos.

Siempre es así... empiezo a temblar —se dice—. Luego pasa todo y cuando te acuestas con tu mujer sientes de nuevo que las paredes son espantosas sin luz y comienzas un combate con las sombras... Sobre todo si hay un muerto... Entonces hay que beber agua para restablecer la realidad de las paredes y sus sombras.

Pero Luisa no está y su mano cae en el vacío del muslo duro y caliente. Dice:

—Seguramente no oyó nada de lo que digo cuando tengo miedo. Se fue a buscar a Pedro...

Y Luisa lo toma del brazo y no le fallan las piernas cuando saltan a la calle y se abrazan enamorados. Ella le introduce los senos en el antebrazo y se repone del miedo cuando siente los muslos duros y gruesos anticipándose a sus piernas. La separa un poco porque es de Pedro y ella es su hermana. Cruzan la calle, mira al cielo en un lugar donde cualquier estrella es Canopus y se le introducen los martillos de luz que duelen en la cabeza cuando los policías escupen en la pared y distinguen nítidamente sus palabras:

—No. No hay que matar un hombre, desgraciadamente esta noche... si nosotros queremos...

El grueso chaquetón negro le da a Pablo una apariencia de gorda. Ella se le acerca más.

—Es un pecado...

—¿Qué?

—Acercarse es un pecado.

—Ahora sí entiendo...

Están muy cerca y oyen la conversación de los policías. Algunos ríen con un chiste viejo de policía con sueño y metralleta. Uno ronca unos segundos y se incorpora acariciándose la pistola que tiene peinado de mujer en la culata. Y él es soltero y sabe el tamaño del sexo de una mujer cuando le abre la cartera de regulares dimensiones negras.

—Esa mujer si estaba asustada —decía— no podía caminar...

Ríen sin ganas, pero otro se aferra a la posibilidad del humorismo policial y agrega:

—Seguramente estaba mojada en sus partes...

Una carcajada, para que otro agregue ahogado por la tos:

—Primera vez que veo la cédula de identidad de la Tonina...

Es grande, midon...

—Una cédula para barberos y no para policías...

—Vieja y todo es una buena cédula, ¿no cree?

—Realmente es una cédula que tiene muchos números...

Pero el sargento grita:

—La cédula es la cédula...

Y Evencio aprovecha para ratificar una vez más a misargento Carmona que sí sabe de cédulas porque es sargento:

—Tiene razón misargento, carajo...

Y guiña un ojo, seco, color de corcho para agregar:

—Pero se le puede jugar un quinto, mi sargento...

El sargento Carmona se llena los pulmones de aire y palabras gruesas:

—Muchachos, esa vieja no aguanta ni al comandante Ratón...

Ya no se puede partir...

—¿Quién es el comandante Ratón, mi sargento?

Pero el sargento mira a Evencio con desprecio y guarda silencio porque un policía debe conocer al comandante Ratón y guardarle respetos militares a sus medallas de sargento.

Pablo y Luisa caminan muy juntos como borrachos y dan pasos hacia atrás y hacia adelante pronunciando palabras incoherentes en voz alta y sobre el pecado en voz baja para que ella comprenda su situación.

—La otra era muy santa, pero tenía una pantaleta negra en la cartera. Un repuesto... seguramente...

Sonríen un poco más.

—Putá...

—No era puta... yo conozco las putas. ¡Me van a hablar a mí de putas! Una pantaleta no es una credencial... además hay putas que ni pantaletas cargan... La mujer que huele a talcos —y no cualquier talco— me huele a puta... Ese es su truco— hueles el talco... y bueno pues... Mi sargento sabe de eso...

—No metas en esto a mi sargento, que es un hombre decente... —dice Evencio buscando los ojos del sargento.

—¿Quién te dijo que eres el pana burda del sargento? Yo fui sargento como mi sargento y perdí las tiras. El lo sabe —grita Parminio Perdomo—. Aquí tengo los agujeros todavía en las mangas... Mi sargento sabe como perdí las tiras, muchacho... me jodió un maracucho que andaba por ser sargento...

—Yo defiendiendo a mi sargento —dice Evencio—, porque es mi sargento y punto...

Pilar María Astudillos que no quiere ser testigo de nada en una investigación sobre insubordinación y chismes —piedras en la comandancia dicen los policías—, media con su versión de otra mujer.

—A mí me tocó una mujer blanca...

—Siempre te toca una mujer blanca, Pilar...

—Y americana...

Pero ya Pablo y Luisa han llegado a la barrera policial y no oyen. Se tambalean borrachos y un carro se detiene silenciosamente al lado de la patrulla policial. La luz roja barre las sombras unos instantes: todo es rojo en los rostros. Pablo tiembla y se muerde los labios para sentir el sabor de la sangre. Con la mano derecha oprime fuertemente la culata de la metralleta debajo del chaquetón y se dice:

—Policía de mierda... me cago en la 11 de tu metralleta...

Los muslos de Luisa mas duros que nunca le frotan sus piernas. La empuja a un lado y extrae la metralleta y se acaba el borracho y la mujer enamorada que le frota los muslos fuertemente. Luisa salta a su izquierda con la pistola en las manos. Un mechón negro le baila en la frente al compás de los ojos.

—Este es un asalto —dice Pablo apuntando los policías en semicírculos—. No morirá nadie si se portan bien... dejen caer las armas suavemente... ¿Entendido?

Los policías dejan caer las metralletas sin vacilar. Quedan rígidos, tiesos, en posición de firme. Pero sin decirles nada suben las manos a la cabeza porque así es en las películas.

Luisa apunta al sargento Carmona:

—No te muevas, mi sargento... —le susurra con el cañón de la pistola.

Pero al sargento le tiembla la quijada en una sonrisa forzada, de burla, sin miedo, irónica, terrible en los dientes blancos y enigmáticos.

Pedro y otros tres bajan del carro y recogen las armas apresuradamente.

—¡Los revólveres! grita mientras recoge las metralletas del asfalto...

Los policías en movimientos precisos dejan caer las correas con los revólveres. Olor a cueros y sudores humanos concentrados en el cuero.

—Indiscutiblemente... huelen a policías las correas de policías —dice Pablo en voz baja...

Y:

—¡Desvístanse! —grita Pablo.

Y el sargento:

—¡Desnúdense! —repite sonriente con los dedos en los botones.

Los policías obedecen con dedos torpes. Tiemblan. Sonríen y tiemblan.

—Hasta mi sargento...

Las camisas caen de inmediato en un montón. La hebilla de la correa, los botones de la bragueta o el cierre se disuelven en los dedos o se trancan. Parecen vacilar. Hay una dama y lo ve a uno desnudo aunque no tiene gonorrea ni chancro ni es enfermera y es bonita como rara vez son las enfermeras de la policía. No hay ferocidad en sus rostros como decía Domingo en el informe de unos minutos antes. Y al fin quedan en ropa interior de todos los colores imaginarios. A rayas, pelotas azules en fardo blanco, aviones amarillos, jockey, campanudos, estrechos en las piernas o anchos, un muestrario. Parecen maniqués de una tienda de judíos de El Silencio. Todos sucesos como el muestrario de una tienda de judíos en El Silencio.

—Son tuyos —le dice Pablo a Luisa—. Los querías desnudos para tu venganza del rebaño...

Ella lo mira con odio.

—No los quiero así...

—Los quieres muertos...

—No los quiero muertos...

—Es una ley en las mujeres... Odian más...

—Tu no odias...

—Yo no odio... estoy por encima del bien y el mal... hago cosas porque debo hacerlas... eso es todo...

Los policías tienen pena. Hay una mujer soldado. Pero a ella no le importa. Quiere verlos así, simplemente. Saber si tiemblan realmente de frío o de miedo.

—Policías desnudos que bajan los párpados y se miran la punta de los zapatos...

Los desnudadores de las vírgenes universitarias.

—Tu eres una virgen universitaria —dicen cuando uno llega— aunque nunca has ido a la Universidad ni eres virgen...

Y te gritan:

—¡Desnudarse...!

Y las muchachas lloran mientras se desnudan y ellos ríen y se dan con los codos y se les abultan las narices y los pantalones en las verijas y las braguetas.

—¡Desnudarse!

El sargento Carmona sonríe descaradamente en un tono superior capaz de imponerse hasta desnudo. Y Luisa por poco lo acribilla cuando por un instante aparece en Lomas de Urdaneta la muchacha corriendo desesperada en la azotea del edificio. La muchacha corre y los policías detrás sonrientes, lascivos, babosos, torpes. Y ella se lanza al aire porque es el honor en peligro y mucho más el miedo de andar por allí "mujer de policía", sobra de policía ante las viejas que dicen rezar y cuidar la moral solamente cuando se parten la frente en una cruz imaginaria. Y en Luisa solo funciona la imagen de la muchacha que forma una masa de huesos y carne demolida en el pavimento, la mancha oscura de sangre en los periódicos y la foto de cuando era hermosa y se llamaba Carmen en su trabajo de la SILSA.

Toma aire y las manos le empiezan a temblar. Rebaño.

—Desnudarse... desnudadores —y se le forma una masa de palabras y odio en la boca.

Nos encontramos al fin, desnudadores...

Pero Pablo la interrumpe con su voz ronca y sin saliva, después de soportar el miedo:

—¡Al suelo...! Todos mirando al cielo. Esta es una operación de las FALN...

Quería decir algo más. No vale la pena. Algo más. Yo estudié filosofía señores, en la cárcel, ¿dónde más se puede estudiar filosofía, señores, en este país? La juventud aquí es del tamaño de la cárcel que padece, ¿entienden?

(...yo te digo que la felicidad es terrible, pero hay que conquistarla y en ello se nos va la vida... Si tu desnudas un hombre en Venezuela y no lo matas, es una desgracia. Hay que matar al desnudado para hacerlo feliz. Y entonces se te acaba la felicidad que buscabas y te comienzas a morir).

Pero no dijo nada. Solo:

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —como una obsesión.

Y quería decir también algo de sí mismo y de su compromiso. Hablar del rebaño y de Luisa y terminar con las palabras del compromiso:

—Ustedes son el pueblo en armas, en uniformes. Las armas de ustedes son nuestras... son del pueblo y nosotros somos el mandato de la felicidad del pueblo. Ustedes no son el enemigo. El enemigo principal está en el petróleo...

Y apenas un murmullo, sílabas incoherentes, sudores fríos de orador frustrado y un

—¿Para qué? —mirando a Luisa— ¿Para qué? Nos encuentran un día y nos torturan de todos modos.

—Y tu eres del pueblo y yo me cago en el pueblo mientras me torturan... porque se queda en silencio...

Sin perderlos de vista van entrando en el carro. Pedro Armas abre una puerta de la patrulla y toma la llave del tablero. La muestra a los demás riendo. Los policías miran acostados boca arriba. Pedro dispara una ráfaga al tablero de la patrulla. La luz roja del techo se apaga. Cuando entra al carro suena un disparo seco. Saca la metralleta y apunta a los policías.

—No dispaes —grita Pablo— ¡Arranca! Esta era una operación limpia...

Se desplazan a gran velocidad con las luces apagadas. Las hojas más bajas de los árboles parecen volar sin cortar amarras. Distinguen perfectamente cuando se levantan los policías y corren a la patrulla. Los hombres saltan en interiores como insectos de sombras.

—Habíamos dicho que era una operación limpia —dice Pablo con amargura—. No podías aguantar las ganas de disparar. Eso es heroico...

—Me dieron —dice Pedro Armas después de un rato—. Dame el pañuelo...

Luisa le palpa los brazos, el pecho, los cabellos...

—Es tu impresión —dice.

—Es en la pierna... puedo moverla... pero sangra mucho...

Aún se oyen distantes las sirenas de las patrullas. Disparos lejanos y sueltos. Disparan en todas direcciones para animarse. Para saber que persiguen a la banda de foragidos que asaltó la alcabala. Ráfagas de tiempo en tiempo cosen y descosen la noche por los agujeros brillantes de las estrellas.

Pablo Morey se revuelve en el asiento al lado del chofer.

—No te preocupes... vamos a buscar un médico...

Abandonan el carro en una callejuela oscura y huele a claveles y desinfectantes. Pedro deja un imperceptible rastro de sangre. Se apoya sobre Luisa que carga con dos metralletas más. La muchacha se esfuerza por suspenderlo.

—Puedo apoyar un pie —le dice al oído.

—Sí, puede apoyar un pie —ratifica Pablo.

Y a Luisa se le encienden las mejillas del odio porque él había dicho que pasarían toda la noche juntos y había tiempo para todo y ha pensado que Pedro y ella se irían a la cama. Y todo se queda en una herida.

—Pablo es muy duro... No siente nada... con todo y sus temores del pecado... en eso se parece a los "Testigos de Jehová" y a mi padre...

—Aquí nos separamos —dice Pablo—. Ni una palabra a nadie. Luisa y Pedro siguen conmigo. Yo me encargo de esto —y señala la pierna—. Germán, Augusto y Alí juntos. Dejen las armas en el mismo sitio. No salgan...

—¿Acuartelamiento? —pregunta Augusto.

—Podemos necesitar ayuda... dejen uno de guardia en el teléfono...

Al doblar la esquina toman otro carro. Luisa rompe una manga de la chaqueta...

—Mete esto también...

Pedro extrae lentamente el pañuelo. La sangre se ha endurecido en los bordes de la herida y la superficie de la tela. Luisa le acaricia el pelo con manos frías y húmedas.

Pablo maneja en silencio. Quería regresar a su casa y besar a su mujer y decirle:

—Un trabajo duro, realmente...

De cuando en cuando mira el rostro de Pedro por el espejo retrovisor.

—Ha habido muchos tiros por aquí —quizás diga la mujer—. Tal vez es contigo... También corrieron por la acera y la mujer de al lado llamó a los bomberos...

Y huele a sábanas limpias en la imaginación.

—La sangre no se detiene —dice Pedro sin angustia.

—¿Te duele? —pregunta Luisa.

—Ya veremos a un médico —dice Pablo.

Edificios, sombras y luces. La luz roja de una farmacia de turno, carnicerías y abastos, un instante de canción que sale de la puerta de un bar, carros estacionados, no estacione, garage, vivero de flores y tiestos para matas en el olor del Guaire...

—¿No será bueno comprar algo en la farmacia? —pregunta Luisa convencida de la negativa de Pablo.

Yo estudié filosofía, señores ¡qué cursi! Policías y filosofía...

Una ráfaga y voces de alerta.

—¿Sigue la hemorragia?

—Sí...

—Ya veremos un médico... Es la segunda vez que te dan...

Medita y mira el rostro de Pedro por el espejo retrovisor. No sabe si conviene terminar la frase:

—Por eso no puedes sentir la felicidad de la primera herida... Es noble, ¿verdad?

CAPITULO II

La ruleta rusa

1

Un apartamento del quinto piso de un edificio gris. Para que se integre el gris del polvo y la lluvia a las paredes (reducción de costas, rentable, bajo mantenimiento, propiedad horizontal, estacionamiento, ambiente privado). Pasillos angostos, materos, mural en mosaico de sirenas gordas, italianas, alrededor de un tridente de oro que brilla con el sol. Porque fue un italiano el de la construcción y los mosaicos de las sirenas. La lluvia moja las sirenas y lava el pelo largo y rubio de mosaico, cerca de un aviso luminoso que anuncia un champú para que las negras se alisen el pelo y se lo pongan rubio de sirenas italianas y gordas. Se puede ver cuando la peluca de neón cambia del negro al rubio en un instante y la cola de pescado se transforma en piernas gordas, italianas y amarillas. Cuando tú pasas por allí te conviertes en tridente de oro que te punza el ombligo del deseo.

El apartamento tiene dos pequeños dormitorios. Y un balcón da a la calle poco iluminada. En el piso bajo, el italiano que no es constructor, vende helados y discute sobre Mussolini en la noche, con sus parroquianos italianos. No se cansan de su idioma cansón de un solo tono y sus voces hacen escala de volumen en todos los balcones. Desde allí puede verse una ciudad mecánica muerta —que no camina—, un estacionamiento, un taller de latonería y pintura de automóviles, instalación instantánea de tubos de escape, repara-

ción de T.V., edificios en construcción y un terreno cercado y cubierto de matorrales donde juegan los niños en las tardes que el guachimán de turno deja el reloj en el bar y visita a su novia para contarle el proyecto de montar un taller de restauración de baterías. Los sábados y los domingos la ciudad mecánica se anima, se llena de luces, atormenta y un hombre come fuego o se traga unos cuchillos enormes en medio de la música que interrumpe un vecino del tercer piso que dispara a los altoparlantes con un fusil veintidós. Enfrente, justamente enfrente, un isleño menudo y fumador de Ricaurte, tose cada veinte segundos, intenta sacarse la mugre de goma de los dedos y trata de conservar su espacio exacto en la calle donde anuncia en círculos de acero:

"SE MONTAN CAUCHOS".

Y tiene un aparato como un saltamontes donde se sienta el hijo flacucho y tostado y la mujer gorda lo levanta como un vehículo espacial, le habla de plataformas orbitales y cohetes y lo convence de su hazaña sideral superior a los americanos de Cabo Kennedy porque es mejor.

—Que la ciudad mecánica y ves a las estrellas, además —le dice en el español de los españoles— y es gratis... Pero por eso, la mujer no deja de sonreír a los italianos y el isleño muerde el tabaco de los celos y trata de entregar la fraternidad de su sonrisa de extranjero en el humo. Porque él sabe que la mujer de un extranjero es una mujer baldía, aún entre italianos que hablan de Mussolini.

Tú entras al quinto piso y hay dos apartamentos más aunque tienes esa vista hermosa de la ciudad mecánica y el niño que sube al cosmos en un aparato-saltamontes, monta cauchos. Un hijo de isleños llega al cosmos con todo y ser tu mujer gorda y los galantes italianos que hablan de Mussolini. El ascensor siempre se abre y suena una campana. Y tú entras en el apartamento de Carlos Guillén y los muebles son escasos. Nunca se puede acumular más de lo que cabe en un apartamento. Dos butacas, un diván y lámparas de pie. En el comedor cuatro sillas rústicas y una mesa redonda, porque tiene que ser redonda la mesa. Una cama de matrimonio, peinadora de la mujer y pequeños frascos de diversos tamaños y colores, un espejo rectangular para mirarse de cerca las piernas y las caderas y de lejos si quieres mirarte, detrás de las camas, la

cara. Porque no hay espacio para el rostro cuando estás cerca. Faldas coloreadas en un closet a medio cerrar. En el otro cuarto la biblioteca, los caballetes y las pinturas de Carlos Guillén. Tú le preguntas a Carlos Guillén alguna cosa y siempre responde lo mismo:

—No hay niños... en todas partes hay niños... pero no hay niños...

Y no entiendes sino después de un rato de conversación.

En ese cuarto, telas a medio acabar, bocetos, estudios, formas, movimientos, dibujos, marcos, muñecas, colores experimentales, polvos disueltos, hojas trituradas, en el lugar del niño. Una mancha informe en la pared donde Carlos Guillén se mira y se descubre cuando observa las estrellas o está borracho. El fino pelo de los pinceles manchados y muertos sobresale de la boca de las tinajas para construirle la barba a los pintores que descubrieron la electricidad en la cola de los gatos. Cosas útiles e inútiles se amontonan en los rincones. No pocas veces Amanda ha intentado ordenar y recoger, ordenar como en un archivo, hacer ficheros, establecer normas, decir que la mesa es la mesa y la silla es la silla o compararlo con Carpentier en una biblioteca donde se toman los datos precisos para los pasos perdidos. Discuten. Pero todo sigue igual. Y la mujer de abajo, cuando el hombre no repara un caucho, lleva al hijo hasta el cosmos en un viaje gratis, sin pagar la entrada de la ciudad mecánica.

Un apartamento es un lugar pequeño. Hay que hacer espacio. Hay que reducirse al mínimo para ganar espacio. (El cerebro es inmenso y vive en una celda. La libertad solamente puede habitar en la realidad pequeña de un hombre. Y eso es reaccionario).

—En un archivo...

A uno lo meten en una caja como unas letras y unos signos. En una casilla y una clave y sales cuando reconocen que es útil la clave del hombre o de la mujer o de la especie o del cigarrillo que te llevas a la boca.

Tú dices:

—Cada cosa en su sitio y descubres el mundo de hoy, del IBM...

Pero te desnaturalizas. Porque la libertad es el desorden de uno mismo. Yo seré libre mientras tenga capacidad para guardarme

del orden. Maldito sea el IBM y la tabla de multiplicar que resume tanta actividad bancaria.

¿Entiendes? No tenemos una tienda donde el tendero se descubre esclavo de los maniqués.

—¡Maldito sean los archivos!

Sólo en las tiendas y las ferias hay orden. Debe haber un orden exacto y terrible de la rebeldía.

—No me gusta ser el producto de mis manos, con todo y ser pintor... ¿A quién le gusta ser el producto de sus propias manos? (No me puedo comer un melón sin pensar en una naturaleza que se ordena, según el ejemplo de una filosofía de la ciencia... un melón: la sociedad... y qué divino es partirlo y repartirlo en familia según el orden de sus raciones).

Se puede sonreír. El sonríe y ella también. Porque enseguida recuerda el desorden cuando era terrorista de Acción Democrática y oía las frases rebeldes de los dirigentes regionales que no gustaban peinarse ni usar corbatas y sentirse heroicos dentro de una camisa sudada y hedionda en nombre de la rebeldía: una protesta porque es más fácil dejar de bañarse para ganar tiempo y prestigio con los hedores de terrorista ocupado en cosas superiores del espíritu.

Esta noche camina inquieto entre sus cuadros. Una mano en los bigotes y la mirada en el suelo de granito del piso formando figuras con las piedrecitas de distintos colores, las grietas y las sombras y de pronto descubrir un monstruo informe que se llena de colores opacos en la cortina de las pestañas. Un monstruo, un perro que es una tara y el rostro de un torturador envueltos en una letra china del piso que se diluye en el agua de sus ojos secos.

—Si lo pintara todo de una vez, sería solo un conjunto de manchas de color y líneas, pero nadie entiende con todo y no incluir la explosión de la bomba de terrorista clásico que todo lo vuelve fuego en la oscuridad.

Del diván recoge un cuaderno de dibujos infantiles. Se acerca a la lámpara para ver mejor. Pero se distrae y se pierde en los trazos toscos y sin sentido que bailan en sus ojos hasta convertirse en una sombra sin contornos. Sin embargo, abajo discuten los italianos sobre Mussolini y sus voces entran por el balcón. Y Mussolini aparece colgado por los pies cuando se acaloran las voces italianas.

—¿Qué me importa?

Amanda interpone un vaso entre sus ojos y el cuaderno.

—Toma... esta noche es bueno...

Carlos la mira en los ojos y le quita un mechón que cae en la frente.

—Te compraré otro lápiz... esa es la deuda...

—Mejor lleva uno de los tuyos... son demasiado costosas esas letras —lo mira con picardía y se sienta a su lado. Le toma la mano libre—. Esta noche estás otra vez en la prisión... —Otra deuda —y bebe lentamente.

Está inquieto, nervioso, distante y cuando camina así por el cuarto se pierde en la prisión. Ella lo sabe perfectamente:

—Camina como un preso —se dice.

No oye, repite una frase o responde con un gruñido que no quiere decir nada. Se mira a él mismo en la pared y descubre en la rugosidad de los granos de arena la sombra chata que lo mezcla al hormigón del calabozo que le aplasta hasta los sueños.

Pero Amanda insiste. Juntos miran los dibujos infantiles. Indica algo con la uña pulida en tonos verdes:

—Ese niño no pinta sino ojos... ¿Cuántos años tiene? ¿De dónde ha sacado esos ojos? Tú me dijiste que los ojos solo se descubren en la adolescencia...

—Tiene cinco años. Es el séptimo hijo de una mujer que ha pasado por las manos de un plomero, un soldador y un borracho que vende ostras los sábados. Ella trabaja en cuatro casas distintas, por día. Viven en el "23 de Enero". Siempre pinta lo mismo, ojos... Yo le pregunto y él dice: este ojo, hijo de este otro y este y aquel... hasta que solo pinta un punto negro... un solo punto negro como un disparo... Sí, los ojos se descubren también cuando a uno solo le importa vivir y no importa que seas adolescente o tengas cinco años... ¿Entiendes? Te conviertes en el descubridor de la vida cuando sabes que la muerte te los cierra o los deja entreabiertos fijos y secos.

—Yo lo he visto, dice. Tienen otro ojo. A la gente le nace a veces otro ojo en la frente cuando empiezan a cerrarse los otros dos. Un punto negro porque en la noche se ven como un punto negro en el rostro. Apenas hay hilachas de sangre y son negras como telarañas en la cocina. Como pestañas y párpados que no espabilan y reciben por allí la luz de las estrellas...

—¿Ves? cinco años. Hijo de plomero, soldador y vendedor de ostras los sábados cuando en la madrugada puede comer ostras descompuestas que el padre abre con un cuchillo gastado y habla de fósforos para el cerebro y un muchacho universitario que le ha preguntado sobre el desempleo y los hijos, y le paga cuatro docenas y le da dos cervezas para que lleve en la cesta y no se olvide que en Venezuela somos una sola familia muy pequeña, y sin embargo, una vez libertamos a media América con la punta de los hierros sacados de las ventanas. Y la mujer, la madre, muy alegre abre las cervezas, le reprocha que ha llegado más tarde que nunca y dice ante los hijos:

—Eso es verdad... Lo malo es que somos tan pobres...

Pero el vendedor de ostras replica:

—Este muchacho me dijo que llegaremos a Bolivia otra vez...

—¿A Bolivia? ¿Y no tenemos medio para el autobús? —Y ellos discuten si se reparte el petróleo como es debido. Y si entonces no había petróleo y el petróleo siempre será de ellos y a la hora de repartir ese muchacho también se embarra si es que ya no está embarrado con sus padres o cuando te regala dos cervezas...

Pero todo comenzó con un punto negro en la frente.

Amanda alisa sus vestidos distraída. Las manos por las flores del vestido hasta llegar a las piernas. Carlos sin ver traza un estudiante entre rejas y cada reja es una lanza y los hierros y los ojos quedan fuera del rostro y el cuadro. Solo como disparos en la noche, dos agujeros fuera del trazo mural y perfectamente ensamblados en la imaginación.

—Un muchacho de estos es capaz de hacer la historia. Para mí ya terminó la historia... voy a pintar un policía nocturno —dice, hablando para sí mismo y su mujer muy quedamente.

(Sin darse cuenta pasa la hoja del cuaderno y mira la mancha de humedad en la pared: una mancha de la pared, pintura removida, hongos, humedad, costras en alto relieve, conjunto de líquenes y un diccionario de pequeñas siglas que forman las sombras mínimas levantada y absurda).

—Uno que tiene los ojos rayados como un pájaro —dice en el mismo tono bajo— y apreta los dientes cariados de animal salvaje. Registra una cartera de mujer y encuentra una pieza íntima. La ostra tiene fósforo. aunque te intoxiques y Bolivia te obsesione

y descubras el fin del mundo en los ojos enormes y una gran quijada carnífera —ocre o indigo—, sangre y tierra de arcilla de la gente antepasada y guerrera que anduvo allí buscando las huellas del inca socialista bebedor de chichas y buscador de chichas ambiguas y solemnes que sellaron el pacto de la coca de los sueños.

(Tú te mueves en la esfera de la muerte cuando metes las manos en la nada. Tú te retornas a la patria sin mujer o te quedas dichoso con la mujer que te hizo el español despótico en las indias que solo hablan voz de flauta ante el conquistador y voz de trueno con sus antepasados).

—Tú te has muerto... ¿entiendes? Dame la chicha de tu miel, la loza, la rabia del antepasado de que habla Pablo. La deidad de mis sueños y mis propósitos. Eso de buscarte indiscriminadamente en Bolivia y en Venezuela como la mujer que amo cuando bebo ron que es la chicha de nuestro tiempo, la chicha que inventaron los españoles una noche que después de mirar tanta sangre miraron las estrellas.

—Te sacrifico y solo veo la luz de tu sangre y tu corazón que solo sabe amarme...

Bolívar buscó y buscó y nos dejó a un pobre país buscador, atormentado, donde la soledad se queda en el machismo de matarte y beber ron en nombre de la libertad con todo el derecho de los heroísmos heredados. Y una noche despojarte de la mujer que dijo algo de la Argentina y de Cuba mientras se acomoda el sexo exactamente en un lugar sin antepasados, sin ídolos que hablaran en nombre de la ley. Porque es muy pesada la carga del heroísmo de los antepasados —caribes o libertadores— y no podemos soportarnos ni a nosotros mismos... los grandes buscadores que no nos encontramos todavía.

Se levanta sin perder de vista la mancha en la pared: una nube y anda en la pared como una nube, una forma primitiva se mueve sin ojos ni manos. Rasgos oscuros, indefinidos, sinuosos y que solo toman forma y vida con chicha y ron adentro, en el cerebro cuando se te ha ido toda la luz de los ojos vidriosos.

Amanda insinúa:

—También era primitiva la vida en la prisión. ¿Es cierto?

—Pero aún en la calle es difícil despojarse de esa vida...

Cemento, los colores del cemento. Los grises de las paredes interminables porque hacia donde mires hay grises y paredes. Y si hay un trozo de cielo es para ver una nube gris que camina apresurada. Y un rayo de luz en la tarde, para que no se olvide un rayo de luz. Cuando entras en la prisión te quedas sin pies, sin oídos, sin ojos, sin manos y el cerebro empieza a endurecerse como los muros.

Pero sólo dice esas cosas de la prisión y luego queda silencioso frente a la pared sin mirar nada.

Amanda no se mueve. Es así. Y hay que dejarlo solo dibujando y borrando su sombra alta y delgada en la pared mientras se acaricia las dos guías finas del bigote que le estrechan los labios. Habla siempre muy bajo, un murmullo apenas como en la prisión, sin mover los labios, sin expresión en el rostro.

—Es así...

Y él pinta de noche y parte de la mañana y los ojos se le tiñen de rojo. Desde hace cinco años llevan la misma vida. Pero no tienen hijos. Y ambos se lo ocultan en un acuerdo tácito de ese "no hay niños" aquí... en todas partes hay niños.

Una vez borracho, como si hablara de una persona extraña le dijo a Amanda:

—Soy estéril. La gente me ve así normal, con unos grandes bigotes y buscando siempre expresar la vida. Pero la Seguridad Nacional me dejó estéril. No te mortifiques por eso, hay gente que dice que es mejor —y luego agregó más bajo aún—. De esa manera comprendo todos los días, cuando me levanto, cuando te toco los cabellos, cuando me doy vuelta en la cama, la civilización en que vivo...

(La civilización. Tú naces normal, puedes pintar una maternidad cuando a los doce años llega tu hermana una mañana a la casa. Y luego la civilización otra vez te golpea y te golpea tratando de destruirte y señalarte la bondad de dejarte vivir y caminar por las calles mientras no hagas otra cosa que guardarte tus manos en los bolsillos).

No hablaron más del asunto. Y para ella era preferible el tema del machismo y de los héroes, los antepasados con sus puntas de lanzas hechas de los hierros de las ventanas.

Pero otro día mientras se le cerraban los ojos dijo:

—Los hijos...

Y Amanda sugirió:

—Podemos hablar con un médico amigo... hoy se puede tener un hijo cuando se quiere... pero a ti te gusta torturarte...

El la miró un largo rato con expresión de tristeza y se quedó dormido en el diván.

Dormido, seguía en su mundo de torturas. Se había ligado a los niños y los enseñaba a pintar. No era lo mismo. Y siempre repetía una palabra en el sueño:

—La civilización... ¿entien...

2

Los policías vestidos de nuevo sienten una sensación de alivio, de gente civilizada. La civilización del uniforme y las armas de reglamento. El sargento Carmona salta y se vuelve sobre sí mismo con la metralleta entre las manos, persiguiendo su sombra. La camisa entreabierta y los pelos grises del pecho mojados, tiemblan en las carnes. Se lame y se muerde el bigote ralo, de erizo y gruñe. Nada articulado, como no sea una danza de guerra, pasos de carga a la bayoneta a su sombra con agilidad felina. Una fiera y él se sabe fiera, fiero, terrible, imponente, sobrenatural, hermoso a la media luz de los focos de la ciudad que lo iluminan a medias. Sopla una brisa fría entre la gente y los árboles. Y el sargento siente la brisa alegre y suave en el pecho que se empieza a enfriar como el asfalto.

Nadie dijo "siete", pero lo recordó. Antes del servicio le decían "siete". Y el nombre no lo pudo soportar después del servicio. Era un número cabalístico, pero lo odiaba. Adolescente gritaba:

—Mi madre no era primeriza cuando me parió... Soy siete-mesino.

—Y cuando tu mamá era primeriza ¿cuántos siete tuvo?

—¡Siete coños! —gritaba desesperado lanzando los puños a ciegas.

Y cuando estaba de recorrida entre los presos y gritaban siete, se le erizaban los pelos del pecho y gruñía. Ahora se sentía así.

—Como si hubieran gritado siete...

Dos filas de hombres y mujeres con las manos en la nuca miran la pared. Y en la pared, pintura y moho, consignas infantiles —“fofó y carmencita”, “Alida no es V”— rayas interminables hasta donde llegó la punta del lápiz, huellas de saliva reciente, dibujos de cópulas terribles y los ojos se cansan y se cierran para volver a encontrarse con la pared. Hay una gran actividad en la barrera policial. Cinco patrullas tiñen de círculos rojos la noche. Policías con equipos en posición de combate en las esquinas, se alivian del peso del casco de acero con ademanes cortos o mirando en el fondo del protector. Ladran los perros arriba, en los cerros. Ni los radios ni la música de los bares trasciende, apenas se oyen los motores de los carros en medio del vocerío y los gritos de los policías. Un hombre con las manos en la nuca vuelve la cabeza hacia los gendarmes. Lo golpean con el machete envainado en la espalda.

—No se mueva, dije —grita el sargento colocándose de un salto a su lado.

El hombre siente los chorros calientes de la respiración en las manos y en el nacimiento del pelo.

Otros dos policías se pasean ametralladora en mano insultando, hablando de disciplina, impacientes, imperiosos y cubiertos de sudor y hedores.

—Hijos de puta...

Escupen simultáneamente, salivas gemelas, como si se limpiaran la boca después de las palabras.

—Extremistas de mierda... comunistas, mueran los comunistas, carajo...

—¡Muera Gustavo Machado! —y afirman los pasos para que suenen las botas, los casquillos y se realice el milagro del miedo en las filas.

—¡Oído! —grita el sargento Carmona dando saltos—. Oído al personal: todo el que pase es sospechoso, ¿entendido? Todo el que pase...

Habían entrado al cabaret y ordenaron silencio en la media luz roja y azul, acolchada en pantallas opacas. Pero la música seguía y las risas y las contorsiones del baile a ojos cerrados. El sargento y otro policía subieron a la tarima de la orquesta y los artistas.

Con una mano tapaban la boca grande del saxofón barítono e introducían los cañones de las metralletas en el agujero del bajo y las costillas del muchacho de la flauta. Pero la música seguía hasta que un

—¡Coño! —largo y detonante del sargento se imponía sobre-natural por encima de la voz de la muchacha vestida de negro que cantaba con los ojos cerrados.

Y hubo silencio. Protestas de los hombres, gritos de las mujeres imitando los gritos de las mujeres asustadas en la semi-oscuridad roja y azul del ambiente. A veces sonaba el hielo en los vasos. Y algo entre beso y ventosidad con voz de bajo.

—¿Quién es el jefe de la comisión...? —gritaba alguien con voz autoritaria.

—Yo soy el jefe de la comisión —respondía el sargento Carmona con el pecho esponjado, saltando de la tarima. Casi introducía el cañón de la metralleta en el vaso que tenía el impertinente al alcance de los labios.

—Yo soy oficial de la petejota, Policía Técnica Judicial, ¿entiende? De la petejota con mayúscula, ¿entiende? —las mujeres miraban altivamente al sargento Carmona y mecánicamente se tocaban los labios con carmín...

—Le salió petejota, misargento —gritó Evencio desde la tarima—

Ellos creen que son policías también, como uno...

Pero el sargento no estaba para chistes y gritó con dientes de fiera en una sonrisa forzada:

—Eso debe decirlo allá, jefe. Usted no está en servicio...

Y otro se levanta servil:

—Yo soy adeco, misargento... esto entiende una explicación...

—Aquí no vale eso, compañero...

Y el borracho:

—Yo soy una mierda, pero esto es un abuso... a mí me matan —y las dos mujeres que hacían esfuerzos por sostenerlo y llevarlo a la silla otra vez.

—¡Ah...! ¿Usted es macho?

—¿Cómo que si soy macho? A mí me matan...

Las mujeres guiñaban los ojos, se encogían de hombros, gestikulaban y trataban de encontrar una mímica de entendimiento y comprensión.

—Déjelo... —susurraban—. Está mal...

Pero el sargento saltó con una sonrisa en los labios y lo miró fijamente en los ojos hasta que el hombre guardó silencio entre las dos mujeres que le acariciaban la frente.

—Misargento...

Y luego los condujeron a todos en fila india hasta la barrera policial. Manos en la nuca y ojos en la pared. Semi-borrachos, sedientos, bien vestidos, con las camisas impecables y el deseo de una mujer y un trago, mirando la pared seca que da asco y miedo cuando se mira con las manos en la nuca.

Y entonces el sargento que sabe de moral y de mujeres porque lo aprendió con los curas establece el orden de las mujeres en una pared y los hombres en otra.

—Para evitar irregularidades —dijo el sargento Carmona sarcástico.

Pantaleón Lista recorre la fila de mujeres. Y comienza a desaparecer el sueño de policía con sueño, lacio, garrapatoso que se duerme de pie en la guardia y sabe responder a misargento en el otro mundo que delata el blanco de sus ojos. Y Pantaleón Lista piensa mientras recorre la fila de mujeres:

—Ellas no necesitan las manos en la nuca... son mujeres y pueden descansar en el sueño de sus manos en la frente de uno que se ha tragado el sol mil veces este día sin más razón que estar aquí sentado y escupiendo a la pared para que esta gente mire que uno escupe...

Un foco piloto de una patrulla ilumina la nuca de las mujeres y las caderas. Algunas del cabaret tienen lazos de seda o terciopelo en los cabellos. Si uno se asoma a la nuca y los lazos de las mujeres, puede descubrir los nombres de algunas canciones. Porque hay nombres en los lazos. "Sombras nada más" lee Pantaleón Lista en la nuca de una negra menuda, pelo alisado que huele a una cosa agrídulce y le corre una gota de sudor por el escote.

—Sombras... —dice y ella se vuelve y sonríe con esos dientes y esa belleza que nunca han conocido otra cosa que la felicidad y la alegría. Es bella... —y repite entredientes—: "Sombras".

—¿No cree? —pregunta en un susurro—. Es verdad, ¿no cree?

Pero él sigue de largo y esquivo esa sonrisa porque puede pasar un día de pernocte y todos los días con ella buscándole en el pelo las sombras. "Sombras" con el pelo recogido hacia arriba y el borde de los ojos pintados de verde-blanco para destacar los ojos en el negro y gritar con ella en la noche sin misargento, hasta decir sombras que no quiere decir sino la mujer de uno en la cama que suena para que los demás se llenen de envidia y de celos...

Otro lazo en la nuca de una mujer alta, borracha, de un color indefinido y con el pelo pintado de caoba: "Tristeza, adiós, tristeza" y ríe mostrando los dientes sanos y las encías morenas mientras le tira el pelo en la cara en un movimiento de cabeza. Más adelante una mujer decente, se dice Pantaleón y otra decente y luego: "Solamente una vez", en la nuca de una morena que le sonríe por el hueco incitante de un colmillo que le falta. Y otro lazo en la frente: "En una tarde gris" muy arrugada, casi vieja y totalmente borracha que llora y deja huellas en la máscara de pintura, pero Pantaleón regresa a "Sombras nada más" que es menuda y le atrae y le sonríe y le quiere decir que una noche de pernocte puede, sin metralleta y hasta vestido de civil que es más decente y honrado, llegar hasta la puerta del cabaret y oír cuando ella dice:

¿No cree?

Y entonces se cae misargento en servicio después de la ruleta, mojado en cerveza, ron y sangre mientras él le dice en el oído:

—Sombras... —Y la mujer que se te entrega esa noche no puede ser una mentira entre las sombras...

Vuelve a "Sombras" lentamente. Ahora quiere arrancarle el lazo de la nuca y se contiene, ¿qué diría sombras? Se aproxima y ella le sonríe:

—¿No cree?

El no puede sonreír pero le guiña un ojo y hace un largo gesto con la metralleta hasta los pies...

—Esta noche te quedas sola —le dice al oído.

Y sonríe con los ojos, con todo el cuerpo que baila entre la bata blanca con adornos árabes para apretar los labios en una sílaba:

—Tú...

Y los ilumina el faro piloto de la patrulla y él se queda allí muy serio, con la metralleta entre las manos a la altura del pecho, ocultándole las caderas de la luz impertinente del faro piloto.

—Porque eres del tipo que le gusta a misargento —le dice al oído y ella amplía la sonrisa en un espasmo prohibido que lo ciega.

Traen nueva gente de las casas vecinas. Hombres soñolientos que se limpian los ojos y protestan en pijamas. Para el sargento son cómplices, cabrones e hijos de putas que oyeron los tiros y sin decir nada prendieron la luz de sus casas.

—Ahora van a ver cómo se desnuda un hombre —grita el sargento Carmona saltando con la metralleta en las manos y la camisa abierta donde asoman los pelos secos y blancos del pecho.

Un hombre susurra en la fila:

—Nada, que los desnudaron los muchachos...

—Silencio...

Y hay un silencio de sargentos en la fila.

"Sombras" se encoge un poco para cubrir su pelo del faro piloto de la patrulla. Se desprende el lazo de la nuca, lo besa y le dice a Pantaleón Lista al oído mientras le busca las manos sin tocar la metralleta.

—¿No cree?

Y le entrega el lazo.

—Sombras —susurra—. Ustedes son una mierda... pero me gustan.

3

La mayor de las muchachas, Cristina, selecciona los discos. El pelo suelto, partido en dos, forma cortinas negras en sus mejillas. El rostro feo, semi-oculto entre las alas negras del cabello se llena de sombras insinuantes y misteriosas. Consulta a los demás mostrando el disco y guiñando los ojos:

—¿Nadie quiere bailar? —y sonríe con picardía.

Y entonces el rostro duro, de ángulos iluminados se torna bondadoso y dulce. Y todos los muchachos, hasta sus hermanos admiran las líneas impecables de su cuerpo flexible. El vestido blanco en forma de saco —tipo "A"—, aparentemente holgado, sugiere la

curva de los senos. Ella sabe deslizar sus formas dentro del vestido en un movimiento preciso que permite ver cierto temblor juvenil en las rodillas. Y todo o casi todo, dirigido conscientemente a Luis Martínez que se come una naranja lentamente y la mira de reojo cuando parte los gajos. Cristina dispone las cosas para pasar un rato agradable en la casa. Comenta la música. (Historia de la música de un breviario de música. Y a veces recuerda lecciones sobre los instrumentos cuando un hombre primitivo golpea un leño y repite sus golpes sobre un leño y sopla un caramillo sin imaginar nunca al amolador de la calle que repite los sonidos iniciales del hombre cuando descubre la tempestad). Y nadie le hace caso y ni sonríen porque es una bachillera musical y folklórica, aunque Luis Martínez mira la sugerencia de los muslos dentro del vestido y muerde la naranja y succiona el jugo lentamente.

—Tienen que olvidar eso —dice en medio de pasos sugerentes.

Los muchachos se quedan silenciosos. No hablan. Se miran aturridos. Expresiones de preocupación y vacío. Ella sabe que es la noche y andar en la noche, en las sombras de las paredes y los árboles, con el arma apretada entre las manos y los dientes mordiendo duramente el miedo en las carnosidades del labio superior. Ella lo imagina y quiere andar en la noche con el arma y el miedo apretado entre las sombras, pero Luis Martínez muerde la naranja y no le importa nada.

—Si no ha pasado nada... —insiste.

O es que faltan otras muchachas. Pueden venir otras muchachas. Margarita vive al lado y viene si se le dice y puede bailar sola cuando se arranca la falda aunque a la madre no le gusta. Y Margarita en short y cuando las sombras empiezan su invasión infinita se deja caer de rodillas con las manos en alto como en una súplica irresistible y se termina la noche y las sombras y el miedo.

Apenas la voz de su hermano provoca una sonrisa cuando dice:

—¿Por qué no lo haces tú? Yo tengo un short...

Pero se reúnen y permanecen en silencio. Es extraño. Otros muchachos no son así. Bailan, beben, discuten, leen, van al cine, se divierten, te dicen que es enorme el corazón de Jesús del marco de la puerta y se burlan de un poema de amor donde todo concluye en promesas de muerte.

Hay noches que son otra cosa y se olvida, por un instante, pero se olvida. O se deja en un segundo plano esas veinte y cuatro horas anteriores. ¿Es que se ha olvidado olvidar? ¿O ya no existe nada, ningún mecanismo que permita el olvido?

Y su hermano reacciona:

—¡Maldito sea el olvido!..

—Nosotros somos de la generación que no olvida —dice Luis Martínez.

—Al fin algo... aunque sea discutir del olvido —exclama Cristina alegremente.

—Nos va a hablar de la Biblia ahora —dice Olga su hermana menor que también se sienta o se acuesta en silencio con sus ojos inquietos y negros que deja abiertos hasta sentirlos resecos y duros en los párpados.

Olga simula leer acostada en un diván amarillo una obra de Franz Fanón. Apenas se mueve. Sabe que es bonita y no necesita sugerir nada. Se deja contemplar y los muchachos la contemplan y creen que ella comparte la preocupación de los demás. Augusto Ruiz que la ama en silencio se sienta a sus pies, oye la música, alguna frase de Franz Fanón, que ella lee en voz alta, y sin importarle nada repasa los adornos y objetos de la casa como si hiciera un inventario. Contempla los adornos, se fabrica una teoría de cada uno —origen, significado, entrada a la casa—, para no decir nada y gozar plenamente de los pies de Olga en las espaldas. Un viejo Corazón de Jesús sangrante, ahumado y lleno de dolor, arriba, sobre el marco de la puerta con una luz perpetua de aceite de Castilla. Un tapete gastado con ánforas y fuentes ocre clavado en la pared para cubrir una grieta o los dientes rojos de los ladrillos que escupieron el encalado. En un rincón tiestos con espigas de varios colores y que a Luis Ruiz le parecen de mal agüero y quiere tirarlas por la ventana. ¿Para qué las espigas? Quizás para la abundancia, para el pan. Un estante con animales y seres humanos en miniatura se saludan o se contemplan bajo un rayo de sol que penetra por un portillo en el techo. En una pared el retrato desvaído, amarillento, con manchas de humedad en el kepis de un general venezolano con grandes bigotes y cagadas de moscas en la nariz como manchas de viruela. (Un general que pidió el kepis prestado a otro general embajador de un país europeo que en su tiempo habló de un barco

de cabotaje que podía dejar armas en los lugares del mapa, necesarios para la revolución). La pared de enfrente está prácticamente tapizada de banderines deportivos, culturales, científicos, comerciales, milagreros, encuentros, simposios, forum, jornadas, semanas, torneos, etc. de un país que acaba de descubrir los banderines y los afiches como expresión de su actividad. Y en el centro de los banderines un sable con vaina que parece de plata y tiene la empuñadura negra —tal vez de sangre coagulada— y es la réplica del sable que le dieron al Libertador en el Perú, a cambio de la libertad que le daba el Libertador con sus armas. Un árbol antiguo de colgar sombreros, chaquetas y sacos. Sin duda una casa a la antigua —piensa Augusto Ruiz— pero las muchachas han intercalado sus cosas modernas —de gusto actual, sin dismantelar la disposición maternal. Cosas viejas y cosas nuevas. ¿Para qué? Tal vez las paredes limpias, el retrato del general y otro cuadro gris y las muchachas sentadas, vestidas de colores en la sala, darían la imagen de una casa donde es importante entrar de puntillas y saludar a la madre con una inclinación perfecta sin poder deshacerse del saco o la chaqueta como cosas fuera de lugar por el clima. Pero era esta casa y Olga vestía totalmente de negro y Cristina de blanco, siempre. ¿Y qué sentido tiene? Uno entra a esta casa y dan ganas de llorar o quedarse en silencio invocando la oscuridad como algo definitivo.

Es una antigua casa de El Conde, uno de los barrios de Caracas condenado injustamente a la muerte violenta de una bola de acero que demuele como una bomba. Alguna gente no quiso irse al principio. Y la bola sobre la cabeza empezó a derrumbar y comenzó la guerra.

De un lado quedaron casas de la resistencia, de los últimos baluartes. Del otro, la piqueta y la bola de acero —como una bomba—, fabricaba a toda prisa los escombros donde los niños jugaban a la guerra.

Porque parece los despojos de la guerra: paredes trucas que se caen todas las noches con estrépito y urgente llamada de bombas, troneras, techos inclinados y a medio caer, ventanas rotas, puertas sin marcos definidos, vigas retorcidas, cascajos, ladrillos, estuco, cables, cabillas, marcos de puertas sin puertas, andamios y máquinas de demolición, estanques sin agua, pozos, grietas, pisos, mo-

saicos y azulejos, columnas fracturadas, árboles sin hojas, basuras, letras y decorados de bares y garitos y ratas que miran tranquilas el paso de las gentes en los carros. Despojos donde los niños juegan a la guerra y son taberneros en lo que fue taberna y dueños de prostíbulos donde se encontraba a las mujeres en la noche o maestros de escuela en la Escuela desaparecida o vendedor de telas y boticario, donde un trozo de vidrio simboliza una botella. Los niños allí imaginan bombas —porque lo han visto en el cine, en la televisión y en los ojos de las gentes—, explosiones, trincheras, barricadas, refugios anti-aéreos, puesto de mando y observación, un fusil emboscado, la cruz roja, la aviación y en el estanque la rada de los buques artillados, como en las películas y se raspan las rodillas, los tobillos o se lujan tranquilamente los brazos o las piernas asustando a las ratas que son los alemanes y los policías venezolanos que se queman vivos amarrados a los árboles chamuscados o se fusilan —como en la TV yanqui—, con un tiro de gracia en la nuca que se les da, no muy fuertemente, en la nuca o en el corazón cuando se sabe dónde queda el corazón.

Interesante. Los niños se invitan a jugar a la guerra:

—Vamos a jugar a la guerra... —y corren a los escombros a descubrir alemanes y policías venezolanos en las ratas.

—Si Olga caminara como Cristina —piensa—. Pero Olga se sienta y lee a Franz Fanón y no termina nunca con Franz Fanón y se preocupa por lo de nosotros...

Es de tarde. Todo está quieto, inmóvil, con el silencio que impone el ruido de los carros cuando pasan por la calle o la Avenida Bolívar cercana. Casi no hay luz, pero brillan las cosas más insignificantes con el reflejo del sol declinante y oculto por los cerros. Arriba, nubes rojas, y violetas porque mañana será un día de lluvia. La noche ha penetrado ya en los rincones de la sala y en los cuartos. De un momento a otro saldrán las ratas hambrientas de los escombros e invadirán las casas. Hay una luz opaca en un rincón cuando la lámpara del Corazón de Jesús se copia en un espejo.

Los muchachos prefieren la penumbra. Así no pueden descubrir los detalles de sus rostros. Prefieren no verse unos a otros los rostros grises, intranquilos y de sombrías preocupaciones. Nadie habla todavía y Cristina no deja de moverse de un lugar a otro con los discos en las manos. Mira, lee el título, traduce un poco de la

explicación disquera en inglés y ya no puede disimular su inquietud. Pero los muchachos apenas si se dicen algunos monosílabos entre ellos.

Augusto Ruiz y Luis Martínez vinieron con su hermano Arturo, como otras muchas noches. Cuando llegan se acuestan a dormir hasta el día siguiente y después no hablan y contemplan las cosas de la casa y dicen uno que otro monosílabo, quizás en clave. Augusto Ruiz quiere a Olga, su hermana que es bella y se acuesta en el diván a decir cada cuarto de hora una frase de Franz Fanón. El la ve y trata de tocarla y siempre quiere salir con ella no importa si al cine, a una exposición, al Ateneo, a la Universidad o a nada en la calle. Pero ella no sale sino con todos y eso es difícil. El otro, Luis Martínez, come naranjas lentamente, con arte, uno que otro monosílabo y mirarla de reojo bajo el vestido bolsa —tipo "A"—, sugerente, pero sin dejar la naranja ni sonreír, porque tampoco sonríe y parece uno de los duros que no piensan.

Luis Martínez es alto, delgado, extraño con sus grandes zapatos marrones que no guardan relación con su flacura y su camisa negra: esta vez la mira de reojo y le sonríe. Entonces Cristina saltó en su traje blanco y dejó ver el temblor de sus rodillas juveniles:

—¿Tú eres estudiante? —le preguntó.

El la miró directamente por primera vez y sacó un gajo de la naranja, dejó en la mesa el resto, extrajo un pañuelo blanco, lo desdobló con toda su calma y entonces sus bigotes se recogieron en una amplia sonrisa:

—Yo no soy estudiante.

Ella insistió:

—¡Ah!... ya sé... tú eres el médico...

El tomó la naranja de nuevo:

—No... no soy médico...

Sin embargo, se dijo Cristina, esos zapatos grandes, americanos, esa chaqueta que nunca se quita y esa naranja —vitamina "C" para los médicos—. ¿No son de un médico?

—Entonces eres...

—Era profesor de latín...

Sonríe y le dice:

—¿Quieres un gajo?

—¿Y por qué usas esos zapatos tan grandes?

El le mira los senos pronunciados y agudos para que ella se retire.

—Son muy grandes para ti...

Una sonrisa y espera un poco, porque tú me gustas y yo te quiero decir que te amo mientras me como una naranja...

Cristina se va al otro extremo de la sala y las dos alas del cabello se agitan como un pájaro:

¿Puro Beethoven? —pregunta y mira directamente a Luis Martínez—. Yo quiero bailar —Y otra vez lo mira directamente.

Arturo Ríos, su hermano levanta los ojos del tablero de ajedrez para contemplar el rostro de su hermana, la sonrisa apagada y el esfuerzo que realiza por sacarlos de allí, de esos pensamientos. Ella insiste:

—Tienen que olvidar eso. No pueden ser así siempre. Arturo dice que esto es largo. Si es largo debe convertirse en algo normal, en algo cotidiano. Yo no sé. Pero si es largo no tiene por qué ser extraordinario...

Pero Luis Martínez vuelve a la naranja y parece sordo, ¿o es que solo oye a Cicerón?

(Cristina se sienta con el rostro entre las manos:

—Oye, te hablo a ti. Deja esa maldita naranja... Mira hay algo más que una naranja y un vestido blanco para mirar de reojo...

Si eso es tan antiguo: ¿Cómo se dice mujer en latín? Y sobre todo. ¿Cómo se le dice algo a una mujer en latín? ¿Se le decía algo o no se le decía nada? Probablemente era eso, no decir nada porque el latín fue un idioma más rico entre los hombres... —Y se ruborizó de sus propios pensamientos).

Augusto Ruiz mira a Olga, pero esta sigue embebida en Franz Fanón. Como si él no existiera y no buscara sus pies con las espaldas.

Cristina los contempla y descubre que Augusto es un muchacho bueno que soporta a su hermana y a Fanón. Ellos se entienden pese a que Augusto Ruiz se burla de las lecturas de Olga y a mí me dan lo mismo su odio y su nada.

Cristina está segura que quiere bailar, hacer algo distinto a quedarse en la noche contemplando no se sabe qué o un hombre que se come una naranja. No quiere pensar en eso, ¿para qué? ¿Para qué algo por dentro? Ya todo pasó... ya no hay sombras ni miedo, muchachos. Ya no hay nada, ustedes deben ser vacíos, sin na-

da por dentro... una noche es igual a otra noche...

—¿Y después de la música? —pregunta Augusto sin dejar de mirar a Olga.

El quiere salir, ya no tiene objeto estar aquí juntos, acuartelados. Es cierto que Pablo dijo:

—Acuartelamiento...

—Yo no creo en acuartelamiento... yo soy un soldado consciente... acuartelamiento es una disciplina que nada tiene que ver con nosotros...

Por lo menos habrán unos días sin actividad. La policía se enfriaba, se hielaba, se le va haciendo verdaderamente sólido el miedo y comprende nuestra disciplina... la disciplina del foco... el foco es la raíz y eso se entiende... Pablo dijo que quería hacer esta operación con todos los jefes de las UTC, para que saliera una operación limpia. Ni un muerto ni un herido de lado y lado. Porque Pablo piensa que las cosas se pueden hacer así. Por eso no es posible. Tienes que matar —mira a Olga—, tienes que matar —mira a Cristina—, o te matan a ti, te sacan el pellejo y hacen un tambor o te cortan las manos como en las guerrillas y hacen un collar y se lo cuelgan en el pecho aunque esté hediondo y tengas una estrella dorada en los hombros. Y luego el ministro declara que es una mentira y la gente piensa que es de parte y parte. No es de parte y parte. Nosotros no le cortamos las manos a nadie...

—Aquí nadie quiere hablar...

Anoche hubo un herido y por eso no fue una operación limpia como quería Pablo. Pero él sabe hacer las cosas con un herido. Y lo hará bien. Esto de la disciplina de cuartel es lo único que no entiendo. Vámonos de aquí. Arturo prefiere esperar. Y espera la muerte si es preciso. Se acuartelan quienes tienen cuarteles y se ayudan unos a otros. Pero nosotros no tenemos ayuda... ¿Quién nos ayuda a nosotros? ¿Quién viene a darnos una mano? ¿Quién es tu hermano? Dejenme hablar. Yo no hablo nunca. Si te acuartelas, te aculas a una situación y en la táctica revolucionaria no hay que acularse en ninguna parte. Salvo en las masas. Esto no es disciplina. Es parte de la ruleta rusa que jugamos todos...

—Eso es malo —dice Augusto Ruiz...

—Tenemos órdenes —se excusa en voz baja Luis Martínez.

—Se puede bailar por lo menos —dice Olga y levanta el rostro de Fanón.

Augusto observa a Olga, pero ella vuelve a la lectura. Un recuerdo para Pedro Armas, el herido y Luisa que siempre andan juntos. El podría andar con Olga. Arturo, su hermano no diría nada porque a Arturo solo le importa la disciplina o caminar sin hacer ruido, montar el arma en un movimiento de muñeca, ocultarse, esperar, saber que las piernas y el índice responden, saber que un carro está bueno por el sonido del motor... esperar, esperar...

—Y aunque le importe, ¿qué? ¿entregar la vida es poca cosa?

Ella en la noche con él. Se tocan, se miran, sonríen, le dice ella:

—¿Te sientes en forma?

Apretar la metralleta entre las manos y responder:

—Sí...

Tiembla ella y tiembla él. Ella en la noche con la metralleta apretada entre las manos, entre los senos —que tú no has tocado todavía—, como un niño recién nacido. Tocarla y protegerla, cubrirla con el cuerpo en una ráfaga. Las manos de ella, su voz:

—¿Tienes miedo?

Y uno romántico guarda silencio y oye las ráfagas muy cerca.

Y ella insiste:

—¿Estás herido?

Luis Martínez se traga un gajo de naranja mira los ojos de Cristina intensamente y dice:

—Romántico. Tú eres un niño. Se te puede decir tonto esta noche. Las balas no son románticas, aunque ames a una mujer... eso es terrible...

Y Cristina tiene ganas de besarlo delante de su hermano.

4

Enseña a pintar en el Consejo Venezolano del Niño. Busca en sus cuadernos la magia de la infancia.

—Me creen un imbécil porque busco en los niños...

Pintan en los muros, en los brocales, en las paredes sin dueño definido, donde no se sabe si la propiedad es privada o colectiva y la gente no se siente ofendida, intervenida por figuras grotescas.

Los niños se arman con enormes brochas y pinceles, mezclan la pintura directamente y Carlos Guillén se limita a indicar la forma de trabajar el fondo sin manchar las formas.

Comprende que los niños interpretan el quehacer de los mayores y se resisten a ese confinamiento exclusivo e inofensivo de la infancia.

—Los niños intervienen en todo con una simbología limitada, escasa, pero intervienen. No existen fronteras. Siempre expresan lo que quieren, no importa cómo y para quién y con qué objeto y si eso puede ser entendido por alguien. El se expresa simplemente y esa es una ley importante.

Así piensa mientras camina por la calle a la salida de las oficinas del Consejo Venezolano del Niño donde lo amonestan por un mural y lo llaman en tono despectivo, pintor.

Le dicen:

—En un muro céntrico de Caracas, los policías disparan contra los niños: unos corren, otros quedan tendidos en la calle o se esconden detrás de los árboles, sin embargo, hay una flor bella cerca de un niño.

Y una niña se asoma desde una ventana y los disparos son gruesos y gordos y negros, con brocha, de trozos de soles y dejan grandes manchas de sombras en los pechos infantiles, en las paredes, en los árboles, en una antena larga de televisión. Y los disparos son negros con agujeros negros en la piel, menos negra, mestiza —que es bueno para el mestizaje y la conciencia de que somos una mezcla, pintor, pero tienen disparos pintados en el pecho, pintor—, y los disparos no son buenos ni son de los niños, pintor.

Lo increpan, lo aturden, lo acusan y él está cansado, parece vencido ante los señores que se van retirando hasta quedar solo en la sala con el profesor. Pero a él no le importa nada ni los disparos de la pintura infantil ni las palabras de la amonestación.

—Así lo pintaron ellos —responde al funcionario y los bigotes se quedan paralizados en una sonrisa de cansancio, porque no debe sonreír, pese al cansancio y a la falta de voluntad.

Cuando descubre que están solos, reconoce al viejo funcionario, buen amigo en la prisión. Entonces era maestro de escuela y no se había graduado de abogado que es la aspiración de todos los maestros de escuela después de quince años de ejercicio profesional. En

la prisión enseñaba a los campesinos analfabetas y se le podían perdonar sus teorías sobre la educación, la democracia y la revolución. Porque hablaba de la revolución como todos los presos. La revolución que prende en uno en la prisión y se hace de uno y se convierte en la palabra favorita. En la mujer que tú manoseas con la amargura de no poseer a ninguna hembra por donde se te cuelen los instintos de creación.

Un viejo conocido que había alfabetizado a más de cien campesinos y aprendía inglés y contabilidad, cuando no jugaba dominó, o descubría que la impotencia era un cuento si sabía aplicarse perfectamente el principio establecido de la función hace el órgano o que Freud era un hombre eminente en un breviario.

La revolución...

—Hay que matar mucho para hacer la revolución. La revolución no se puede parar en muertos más o muertos menos. Una revolución no se puede hacer con eso que tú pintas, pintor, ¿comprendido?

Muchas cabezas rodando por el suelo. ¡Cabezas! ¿Comprendido? Descartar métodos primitivos. La revolución tiene útiles antiguos cuando hace revoluciones antiguas, pero si es moderna debe usar instrumentos de nuestro tiempo. Nuestro tiempo exige ponerse a tono. No quedarse atrás. Ni la hoguera ni el garrote vil ni los ochocientos pasados a cuchillo en La Guaira en la guerra de Independencia. Eso es primitivo, edad antigua. La revolución como hecho moderno, nuevo, de nuestro tiempo, debe tener sus instrumentos modernos. Su máquina, su electrónica, su cibernética:

—Funcional, ¿entiendes, pintor? FUNCIONAL...

La guillotina de la revolución francesa: palancas, garruchas, filo a bisel —en un programa de un dolor más breve—, verdugo, manos atadas a la espalda, cesta de recepción, aserrín para la sangre, presión sobre el cuerpo para evitar convulsiones, etc., corresponde a un desarrollo de la física de las palancas donde el más alto grado se eleva en la ciencia Suiza hasta el reloj en un ingenio superior a las máquinas de tejer. Hoy se impone la guillotina eléctrica, de transistores (y cuidado si estoy atrasado para este siglo revolucionario), con computadoras, contadores como los de las prensas o las pizarras del béisbol, si es que relaciones públicas (la revolución es un hecho público y crea relaciones de comunicación de masas), no ha inventado ya medios de mayor difusión.

—Próxima guillotina eléctrica (transistores), con contador, funcional. Madera: negativo (eleva mantenimiento y costos de producción). Moderna. Ahora pienso en IBM, pintor... La revolución es un hecho moderno...

Y Marcos Robles lo miraba tratando de descubrir la impresión de las palabras y se quedaba agotado en su rincón del calabozo hasta caer dormido con la mano en el cuello como escudo ante la cuchilla electrónica de la guillotina circular, IBM que podía cortar perfectamente (después de la revolución) rebanadas de carne, de queso o de jamón.

También decía:

—Podemos seguir por caminos distintos, pero tenemos los mismos objetivos revolucionarios. —Y lo repetía en los días de tristeza en la prisión, para sentirse el dueño del mundo en un rincón del calabozo—. Tú, como comunista, debes comprenderlo así. Hay caminos y muchos, pero somos orbitales y el objetivo está en la órbita, pintor...

Ahora como funcionario es redondo y sabe entrelazar las manos sobre el escritorio, en el límite preciso de la barriga que no baja en los baños turcos semanales donde paga mil doscientos bolívares anuales y se reúne con poetas y generales exhibiendo su interior de nailon que le cubre el ombligo abultado, redondo y azul, pese a las gorduras.

Escritorio ejecutivo, ojos que se tornan blancos cada fracción de segundos, ademanes precisos hacia el teléfono y un recuerdo de la cárcel que no viene a la medida de nada. Se inclina y la panza solamente permite que el hombre levante la cabeza y lo mire por la nariz:

—Usted sugirió algo en el mural, algo le dice a los niños —usted, ted, ted, siente en los oídos de la prisión, pintor, la guillotina eléctrica—. Los niños son inocentes, pintor y no me puedes echar esta vaina, a mí que soy tu hermano y me he tenido que batir con cuatro directores gorilas... gorilas que pudieran ser carceleros, ¿comprendido?

—Esto se parece mucho a S.N. —dice en un murmullo Carlos Guillén.

—Usted sugirió algo, no me lo va a negar... dígamelo. Queremos cosas alegres —suaviza la voz, parece una disculpa—. Una fiesta de color y alegría en esos muros...

Aconseja. Es el Consejo Venezolano del Niño: dirigir la infancia, orientarla. La Constitución habla de la patria potestad. Es la rehabilitación, la incorporación a la sociedad... la sociedad, ¿entendido? la familia con gato y tinajero, como digo yo... Hacer ciudadanos para la democracia. Gato y tinajero...

—Tú comprendes, verdad? —ahora le dices tú, como en la prisión y cambia el tono de voz—. Huérfanos, infancia abandonada, niños en semifamilia o en sub-familia. Hemos luchado. Antes los niños no pintaban porque no había democracia. La democracia inventó la pintura infantil. Y por eso ahora los sacamos a pintar, a descubrir su propio mensaje. Niños de los cerros que nunca antes habían pintado. ¿En la dictadura? Nunca. Alegría, alegría, esa debe ser la pintura de los niños. Niño que no sea alegre no es niño y se atiene a las consecuencias. Un policía ve un niño pintando esas cosas o letras y dispara. No tiene otro remedio. Es lógico, ¿verdad? —Por un instante Carlos Guillén se encontró de nuevo con el compañero de prisión de la guillotina eléctrica.

Enseñaba a leer a los campesinos en la prisión, estudiaba inglés y contabilidad cuando la función no hacía el órgano e inventó la guillotina eléctrica con computador eléctrico de los hechos modernos.

Es más grueso ahora y el abdomen voluminoso frota la tabla del escritorio cuando gira en la silla y lo mira por la nariz. Traje gris claro, corbata blanca con un punto gris debajo del nudo, tiene el anillo de novio en un dedo de la mano izquierda —porque odia los anillos y la sortija del grado de bachiller. Carlos Guillén no oía ni sentía nada en medio de enseñar a leer a los campesinos, no había democracia que pintar, seguir por caminos distintos, la revolución como hecho moderno, con una guillotina moderna y la mano como un escudo en el cuello mientras dormía para evitar la guillotina. Era el Marcos Robles de la guerra que se llenaba de ilusiones, como él con las candidatas a reinas de Venezuela y las cinco últimas del certamen anual de Miami.

Abandona el alto edificio. En la esquina mira el aviso luminoso muerto, vacío y cuadrado, con las letras sin vida en el aire. Los

policías y los guardias nacionales lo miran descaradamente al pasar y tiene cara de comunista que ha fracasado con una bomba en las manos.

—No se me olvidará nunca: la revolución es un hecho moderno.

La guillotina IBM.

Los niños que pintan y la democracia... La alegría:

—¡Maldito sea la alegría!...

Y quiere poner otra palabra: que se impone, que se dice es democrática, pero no puede y grita mientras descubre los ojos de las gentes sin comprender:

—¡Maldito sea la alegría!...

Los carros, la gente en las colas de las paradas de autobús, los vendedores de mercancías y billetes de lotería en las aceras, los por-dioseros y los borrachos del bar de la esquina no comprenden cuando un hombre pasa al lado y dice algo sobre la alegría mirando el suelo.

Se va directamente al barrio "23 de Enero", pero realmente no sabe a dónde va. Camina entre los guardias en las esquinas y los policías en parejas y para los policías puede ser un sospechoso, un colombiano indocumentado o un italiano que puede aflojar un verdín sin muchas complicaciones.

El lo sabe.

Entra a una bodega y el dueño lo ve largamente y él dibuja algo en una bolsa marrón y toma otra para seguir dibujando cuando el dueño —un portugués— le pregunta que quiere tomar:

—Un ron...

—Marca...

—Cualquiera...

Y desde allí puede contemplar largo rato las paredes de los edificios del barrio "23 de Enero" y descubre los agujeros de las balas de distintos calibres y los viejos impactos oscurecidos y cubiertos por el polvo, tatuados de lluvia, hongos y líquenes en medio de los otros impactos grises, recién abiertos donde se asoma el sol en los últimos meses.

—¿Y los muertos? ¿Y los heridos? ¿Y los niños que pintan? ¿Acaso no han sido involucrados sin comprender nada? ¿Dónde está todo esto?

El bodeguero portugués lo mira asombrado y se introduce un trozo de camiseta en el pantalón: interroga con los ojos expresivos

de los portugueses que siempre lloran con uno en los bares y se anima con una palabra (porque éste como es nuevo puede ser policía):

—¿Otro ron, mi...?

—Una flor entre los tiros que maldice la alegría y el color.

Y el portugués diligente trae la botella y se toma la libertad de servirse una copa y chocar los cristales con un "salud", mi don, de botiquinero que mira a la calle cuando pasan las escolares y se justifica ante la mujer gorda de la trastienda ofreciéndole un dátil sin semilla de California.

—No tenemos hijos y me gusta ver los niños cuando salen de la escuela...

Pero Carlos Guillén ya está en la puerta con las bolsas y sus dibujos en las manos. Camina por las veredas del barrio. Quiere ver el mural de los policías y los niños para olvidarse de la guillotina electrónica, la democracia que inventó la alegría de los niños, la pintura mural y la patria potestad de la Constitución.

Y por segunda vez piensa en la S.N.

Pero siente en la boca el cobre del ron y por un instante recuerda al bodeguero sin hijos que le ofrece un dátil sin semilla a la mujer gorda que hace chorizos en la trastienda. Ha podido responderle:

—Yo tampoco tengo hijos...

Pero entonces se habrían bebido la botella para olvidar por unas horas la S.N. y los hijos ausentes en el sexo.

Se detiene frente al muro. Reflexiona.

—No. Los agujeros de las balas de la S.N. han sido cubiertos con cemento y pintura. Se han marchitado y están fríos. Abajo están las ostras de cemento de las esquiras y se pueden mirar como fósiles de un género que ha desarrollado una especie nueva pese a los murales de los niños.

Hay paredes ahumadas por la llama de los cauchos, de la basura, de los colchones viejos, de las bombas molotov que no cayeron sobre los carros de asalto. Y hay letras negras también:

"PUEBLO" (FALN)

Armata y espera (4)

Un letrero viejo, gastado:

"Abajo el gobiernito" (4)

Y siempre:

"VIVA CUBA" (4)

"Te vengaremos, Ramón" (4)

Y en las paredes de enfrente los murales de los niños: trenes, policías, circos, payasos, niños muertos, ojos, gatos, soles casas con jardines y chimeneas, muchachas con crinejas, patrullas con luces rojas, cebras, cuatros, ostras, bombillos y una ametralladora que apunta a una ventana donde una niña saluda con un pañuelo rojo.

Pero nadie puede acercarse al mural. Está prohibido y dos policías con ametralladoras cumplen la orden y miran de tal manera que dan ganas de sentarse en el suelo a contemplarlos.

—Soy un sospechoso, sin lugar a dudas...

Y uno de los policías que cuida el mural no lo pierde de vista.

Camina y mira. Espera los impactos en la espalda. Por fin se confunde con la gente que camina lentamente en las veredas para tomar el fresco y vuelve a la bodega donde el portugués que ya ha descubierto quién es, le dice al oído que la revolución es como su mujer y Carlos Guillén le grita que le sirva otro ron que es lo importante. Bebe y mientras siente el ardor por la garganta vuelve a la calma.

—Sí, la revolución es un hecho moderno... Dame otro ron, portugués...

La mujer gorda se asoma lo ve y simula tomar un dátil sin semilla con las manos blancas y brillantes por la grasa.

Amanda su mujer también pinta. Pero sobre todo enseña a recortar figuras de papeles de colores y luego pega en cartones. Figuras de colores en miniatura que no pretenden competir con la pintura de Carlos.

—Porque Carlos es un genio... y sobre todo con dos rones...

—La S. N. —repite Carlos y bebe el trago que le da su mujer—. Ya tenemos cicatrices y heridas sobre las cicatrices. Pero para todo el mundo es normal, es lógico, ninguna Constitución en el mundo habla de las cicatrices, sería de mal gusto... Amanda se incorpora y camina a su lado. Imita sus grandes pasos por el cuarto. Se empeña en interrumpir sus pensamientos, sus recuerdos, porque él no piensa, recuerda simplemente. Sabe con exactitud que está muy lejos. Los grandes círculos interminables de la prisión. Porque se ha quedado estaciona-

do el cerebro, embutido, trancado. Sin fin y ni en sueños dejan de girar los círculos del infierno que lo impulsan a este andar por el cuarto. Ella quiere sacarlo de los círculos:

—Mira —le dice mostrando un cuaderno.

Oyen una ráfaga distante, pero puede ser muy cerca. Amanda se adhiere a su cuerpo. Sabe como sufre en cada ráfaga:

—Como si dispararan dentro de mi mismo, de adentro hacia afuera —había dicho una vez.

Pero no acepta un siquiatria.

Tiros sueltos, secos, en aproximación. Sirenas y cornetas de vehículos.

—Persiguen a alguien —dice en voz muy baja. Y agrega para calmar a su mujer—. No es nada.

Y lo traiciona su propia amargura:

—Así es toda la noche: persiguen a alguien. La gente se acostumbra y no es nada. Algunos duermen en el suelo y oyen los impactos de los vidrios rotos. Pero no es nada...

Llora un niño asustado, enloquecido. Menos mal que no hay niños. Mira, la gente se asoma a los balcones como él. La gente quiere ver.

—Mataron a uno —dice el italiano en italiano. Pero él se vuelve a su mujer y le dice:

—No es nada... dame otro ron...

5

Empieza el registro. Un policía le dice a Evencio:

—Ya tenemos bastante, mi distinguido...

—Bastante son todos —responde Evencio.

—Si, mi distinguido...

Evencio es distinguido y se distingue cuando camina con su paso impecable entre las filas y le grita al sargento:

—Vamos a rodarlos a todos, mi sargento... después de las doce podemos rodarlos a todos, es reglamentario... misargento...

Pero el sargento salta de un lado a otro, resoplando.

—A mí no me encuentran nada —dice un hombre a su vecino de fila—. Ni con radiografía.

A un viejo silencioso y cansado, vestido de negro, le encuentran una brocha en el bolsillo superior del saco. Evelio la exhibe a la luz de los focos pilotos. Celebra con un gruñido de fiera el hallazgo y grita:

—Misargento, un pintor de letras. Y hasta se camufló como un diputado, mi sargento, con flux negro... pintor, hijo de puta, misargento...

—No señor... yo no soy pintor...

—Y lo niega el vergajo, misargento... Un pintor, dije...

—Pues no soy pintor —insiste el hombre vestido de negro tratando de encontrar un testigo en la fila—. Yo soy dompayer, umpire, árbitro, midistinguido... de beisbol...

—Un pintor y a callarse... una brocha es para pintar paredes... ya vas a saber si hay gobiernito o no... ¿Tú eres de los de Gustavo Machado o de los de jurunga muerto?

—No, mi distinguido...

—Silencio... coño...

—Yo soy dompayer, mi distinguido... esa brocha es para limpiar el jon... usted sabe el JOM...

—Y dice yanqui gojom, misargento...

—El jom, el plato —gesticula como si limpiara el jom con la brocha en los pies del distinguido Evelio. Pero se oye la voz del sargento como un trueno:

—Distinguido... ¿qué discutes? Pásalo de una vez... Tú como que de distinguido no tienes sino las tiras...

Y en medio de protestas, gestos de barrer y limpiar el polvo del suelo, lo empujan hasta los autobuses.

Pantaleón Lista abandona a "sombras" y camina a lo largo de la fila. Hay más luces en el cerro.

—Los disparos —se dice y apura el paso—. También los perros. Primero los disparos. Después los perros. Ahora es distinguido y se frota las tiras con saliva para que le brillen como si fueran viejas... Ojalá llueva —dice en voz alta.

—No hijo. Se me cae la pintura, corazón —dice "En una tarde gris", volviendo la cabeza—. Y una puta sin pintura es media puta, micielo...

Los hombres se apoyan en la pared y tosen y escupen. Las mujeres del cabaret se sientan en la acera y abren las piernas para sentir

el fresco de la noche. Una pareja llega y se mira desconcertada. No saben si volver sobre sus pasos o seguir e incorporarse en las filas.

—No te muevas —dice la mujer—. Nos pueden matar por la espalda... Y es un escándalo mayor...

Pantaleón Lista oye y mira a otro lado.

—A mí no me importa nada, pero tu... —responde el hombre.

Pantaleón sigue a grandes pasos con los ojos clavados en las luces de los cerros.

Alguien hace un chiste en la fila de los hombres:

—Los dejaron en calzoncillos... eso es todo.

—Aquí no se ríe nadie —grita Evencio.

Y Celio un policía de Coro, negro y alto, repite:

—Nadie...

Y Pantaleón se sonríe cuando piensa en Celio que marcha como un soldado-zamuro, cuando hay marcha. Y si mañana hay pernocte, le digo al sargento delante de ellos: ¿Por qué no jugamos a la ruleta rusa, misargento?

Y después "Sombras nada más" si es que entonces me recuerda de civil que es lo decente en un cabaret decente con orquesta.

Las sirenas entran y salen de la zona de percepción con sus pequeños barridos de luz roja en el techo.

Rocío en las hojas altas de los árboles y la escasa hierba de las grietas. Olor a gasolina quemada, a alcohol digerido, a perfume de cabaret y a sudores ácidos. Las radios de las patrullas funcionan a gritos:

—Un Panamá-39... Panamá-39 en la prolongación de la Avenida Roosevelt... Si Panamá-39... hay muchos... dos autobuses... ¿Entendido?

—dido, dido...

—Panamá...

Un vendedor de lotería que va al mercado ve la gente y vocea sus números. El vende temprano en el mercado de Coche. Pero hay gente y puede salir de su mercancía aquí mismo. El sargento le grita algo.

—Aquí está mi cédula y mi carnet... —dice.

—Que cédula ni que cédula, a la pared...

—Yo estuve en Guasina... y soy del partido...

—A la pared... Guasina no existe...

—Aquí está el telegrama de Rómulo...

—A la pared...

Llegan nuevos policías. Baja la tensión. Ladran los perros y hay más luces en los cerros. Sopla un viento frío y el sargento suda y salta y rechina los dientes. Pero toda la gente está sentada en las aceras y algunos duermen tranquilamente hasta que les llega el turno del registro y el salto a los autobuses negros.

—Uno quiere disparar a los perros y a las luces en los cerros —dice Pantaleón entre dientes.

—¿Y por qué no lo haces? —le dice "en una tarde gris"— ¿Eso dispara o es de juguete, mi cielo? Te gusta "Sombras" y yo te ayudo...

Ordenan entrar en los autobuses. La gente arrastra los pies. Las mujeres en un autobús, los hombres en otro. Es más decente. Los policías forman dos filas para mirar mejor los rostros de la gente.

—Cualquiera de estos puede ser —comenta Evencio buscando los ojos del sargento.

—Todos son sospechosos —grita el sargento.

—Ya veremos allá, desnuditos, vergajos —rectifica Evencio—. Alguno confiesa... porque para confesar, ni un cura...

—Alguno de estos maricones —dice Celio asomando el cañón de la metralleta como un pico de zamuro.

—Así es siempre...

Pantaleón Lista espera que entre la última mujer y sube al autobús. Se detiene en la puerta como si contara a las mujeres. "Sombras" está en el último lugar. Camina sin mirarla tocando los asientos con la mano derecha y mirando el rostro de las detenidas. "En una tarde gris" le guiña un ojo y le dice:

—Yo te ayudo... mi cielo...

"Sombras" le hace espacio entre dos putas más y se acomoda en un rincón. Sonríe. El se sienta indiferente y le sube el calor de sus piernas hasta las orejas.

—Le digo: ¿Por qué no jugamos a la ruleta rusa, misargento?

Y después "Sombras" que hace tiempo la necesito. Siente las piernas de "Sombras" forradas de seda y se le llena de sangre la cara sudada. Ella le susurra:

—¿No cree?

Sombras después de la ruleta. En la cama, carajo, y el sargento con un tiro en la sien entre ron y cerveza esperando la ambulancia...

—Espérame...

—¿Mañana?

—Un día te caigo... uno no sabe nunca cuando...

6

La madre de Arturo Ríos silenciosamente trae café. Es una anciana de pelo corto, moteado de blanco y ojos apagados y turbios, medio muertos por la ceguera. Se inclina cuando da el café a Arturo y dice en un hilo de voz:

—No me gusta eso...

Arturo descubre los pies de Olga apoyados en la espalda de Augusto. Sonríe a su madre cuando ve el vestido negro de su hermana por encima de las rodillas carnosas y trata de encontrar su rostro reflejado en el café.

—No hay remedio, vieja... esa es la ley: un hombre y una mujer, la ley más sencilla y más antigua que se ha venido cargando de prohibiciones...

Cristina oye cuando la madre dice:

—No me gusta eso...

Y mira por un agujero de la ventana un panorama mínimo de la calle mientras encuentra las palabras adecuadas para ayudar a la madre a salir de la antigualla de no me gusta eso, dicho casi en secreto, con temor, como si ellos no pudieran andar por allí como cualquier mortal para llenarse de alegrías e ilusiones en un segundo. Los muchachos salen juntos y no es una cosa del otro mundo. Ellos no salen nunca —¿y para qué ocuparse de esas cosas? Es cierto que se sientan en el diván y ella apoya sus pies en las espaldas de Augusto y cada cuarto de hora lee en voz alta una frase de Fanón y parece meditar y odiar cuando descubre que la violencia es la diosa de los oprimidos de la tierra.

Si, es cierto y no tenemos un vecindario que hace cruces de envidia como en un pueblo cuando descubren a dos jóvenes que van del brazo por la acera de enfrente.

—Aquí las cosas fueron distintas...

El padre murió y no volvieron a salir nunca. Yo no sé como es la noche en el centro de la ciudad. Descubro algunos ruidos y me imagino ese andar sin sentido para ahuyentar el miedo que desde siglos es el signo primario de la noche.

—El padre murió aquí, en esta misma casa...

Y la madre bajó el Corazón de Jesús del marco de la puerta para colocarlo sobre su pecho, a falta de crucifijo bendito, y luego lloró sobre la urna negra que dejaba ver los nervios de la madera, pese a la pintura y el barniz.

—Era muy bueno el padre cuando estaba borracho... bueno y sano no.

Cuando no bebía era un hombre taciturno que se sentaba al lado de la radio a oír las noticias sobre la guerra y le acariciaba el pelo a ella que era la mayor, cuando estaba entre sus piernas. Era la guerra de Corea con un general tuerto y chino que lo hacía exclamar cuando lo mencionaban en su nueva táctica del acordeón contra el yanqui invasor:

—Ese es el hombre que necesitamos, pero es chino...

Y gruñía palabras ininteligibles para que le sobara las piernas que ya no eran las mismas después del servicio militar y las campañas interminables por montes y sabanas para perseguir y siempre perseguir lo interminable. Después fue la guerra de los árabes y se murió cerca del radio acariciándole los pelos largos mientras ella dormía tranquilamente entre sus piernas y hasta le cortaron el mechón de pelo que se fue en las manos crispadas a la tumba. Y ella se creía importante acompañando al padre en el largo o pequeño viaje de la muerte. Ella lo recuerda perfectamente. Y cada día se le hace más importante su recuerdo. El se emborrachaba y se colocaba el sable del abuelo en la cintura y empezaba a marchar por toda la casa delante de una tropa insignificante, formada por ellos, Cristina adelante —tambor mayor y vanguardia—, Olga en el centro y el pobre Arturo —pequeño y de botas ortopédicas— en la retaguardia que siempre se quedaba atrás para burla de todos porque dejaba sangrar a los heridos —dos osos de felpa, un perro y una muñeca— antes de llegar al puesto del practicante que era la madre haciéndoles tragar trozos de carne semi-cruda, como le gustaba a él, porque son proteínas vivas que lo hacen crecer a uno y pensar como carnívoro que es lo importante en el mundo. A veces venía un vecino y al

padre le daba pena, pero seguía marchando y le daba vasos de ron al vecino para que siguiera la marcha del pequeño batallón del patriotismo, como decía él.

Y después, poco antes de dormirse, casi en el último trago, llamaba a Arturo con un grito terrible de viejo militar:

—¡Comandante!

Arturo corría y se refugiaba entre sus piernas:

—¡Tome el mando! Me llegó la hora, mi mayor...

Y entonces le colocaba el sable largo, plateado, de león en la empuñadura —copia de aquel que le regalaron al Libertador en el Perú y que anduvo con él y el abuelo en la guerra de entonces—, en el débil cinturón del niño para que lo arrastrara por toda la casa y luego llorara a la hora de ir a la cama porque quería dormir con el sable debajo de la almohada.

Arturo se paseaba por la casa y él gritaba muy alegre:

—Anita, ven acá... Te voy a decir mi testamento: este muchacho irá a la Academia. No te olvides. Te vigilaré para que cumplas...

Es de los buenos. Mira como arrastra el sable. Parece un gallo de pelea. Ni las espuelas de un viejo caballero producen esa música. Pero que no salga a la calle con el sable hasta que no sea cadete. Entonces sí. Ahora está prohibido y antes no...

—Porque uno heredaba eso del abuelo y era suficiente para ser Coronel...

Y Arturo se atrevía a decir dando vueltas con el sable a la cintura:

—Pero yo he visto a un hombre con sable por la calle...

—Sí —respondía el padre—. Pero no con un sable como éste... Hay sables que no son nada, hijo. Este sable viene de la guerra de Independencia y la Guerra Federal... Yo también me lancé a una carga con él... está negro de sangre y de odio, pero no está manchado... No aceptes nunca otro sable... Ni en la Academia...

—Anita, ven acá... Te voy a decir mi testamento: que no use otro sable en la Academia, porque no es lo mismo... Es testamento, Anita... Yo vivo en una casa alquilada, Anita, pero tengo un sable, ¿cuánto vale? Es la copia del Libertador y eso se olvidó y ahora son más rectos... los sables... yo lo prefiero así... es testamento porque él no entiende todavía...

Y de pronto decía el padre:

—Vámonos de aquí —como si quisiera ir muy lejos—. Quiero ir a sentarme donde pueda dar una batalla.

Y saltaba al carro con el sable en la cintura —y hasta la madre iba— a casa de los tíos, donde había un general respetable y retirado que tenía una casa sin sable porque no era el heredero de la estirpe. Y allá se sentaban —porque —como decía la madre— podían romper algo y portarse mal mientras el padre se paseaba por la sala de los tíos con el sable en la cintura y bebía cualquier cosa y gritaba a su hermano, el general que era un hombre que sabía beber sus cuatro copas para ver borrachos a los demás:

—Carlos, te voy a decir mi testamento...

Murió y no salieron más de noche. De día un poco por allí, al piano, a la tía que borda en un asilo y a unos soldados que ahora son plomeros y lo invitan a los bautizos y los cumpleaños y le dan ron y le dicen:

—Te acuerdas, mi coronel? Yo me iba quedando ciego entonces...

Pero un día los tíos encabezados por el general hablaron realmente de la herencia (para ti el sable, para mí dos casas en Maracay y a Félix la casa de empeño) y no volvieron a visitar a los tíos.

—Los tíos de ustedes son mis soldados —dijo el padre una noche de sable y marcha.

Estos otros me saben a mierda y no son tíos.

—Anita, este es mi testamento: si alguna vez no puedes nada, reparte los muchachos entre mis soldados...

Y un soldado habló por todos:

—Sí, mi doñita, se lo agradecemos...

—Augusto podría salir con nosotras de noche. La tía Cloto se quedó solterona. El es bueno y alegre. A Arturo no le gustó salir con nosotras. Dice que es peligroso.

Y Arturo dice a la madre muy quedo:

—No hay remedio, vieja... Ellos se quieren. Un día se casarán. Eso no es un peligro —sonríe y le pasa el brazo por el cuello.

Pero la madre insiste:

—No me refiero a eso —dice la madre—. Ya lo sé. No soy tan vieja. Muy joven sabía que no se puede prohibir a la naturaleza. Me refiero a lo de anoche... hubo un herido. Se complican mucho la vida... Si tu padre viviera...

—El sable... pero, ¿quién te lo dijo?

—No importa... las madres siempre tenemos un presentimiento. Y nunca es bueno...

Entonces mira el Corazón de Jesús sobre el marco de la puerta y vuelve los ojos cansados al sable del abuelo en la pared...

—Hace tiempo no te pones el sable...

—Eso sólo cuando estoy borracho... pero no quiere decir nada hoy...

Sale de la sala y dice entre dientes:

—Todas las madres tienen un presentimiento. Ojalá sea mentira...

Arturo ve su paso lento y pequeño y luego la sombra inmensa que cubre todo el marco:

—¿Quién se lo dijo?

—¿Qué?

—¿Quién se lo dijo?

—Yo se lo dije —responde Augusto—. No podemos engañar a nadie. Ni a tu madre... Esto que hacemos no es la mentira de siempre. Yo no entiendo la verdad como un secreto...

—Hay cosas secretas por principio —responde Arturo afirmando la voz en cada sílaba—. Un secreto es una verdad oculta. Desde que murió papá empezó a morirse concientemente...

Cristina interviene:

—¿Por qué no discutimos eso de la verdad?

—Porque eso no es lo importante —replica su hermano.

—No importa —insiste Cristina—. Ella sabe más de lo que supones. Hasta los hierros los ha visto. El otro día descubrió las metralletas y me llamó alarmada y me pidió que sacara esas cosas del demonio mientras limpiaba. Podemos discutir. La verdad no se puede ocultar.

Pero Arturo dice tajante:

—No existe la verdad. Esa es una mentira religiosa...

Y el rostro de Luis Martínez se anima y deja de recortar rombos de la cáscara de naranja con un cortauñas...

—Yo soy el camino y la verdad y la vida —recita Cristina con los ojos brillantes mirando la profundidad de un Luis Martínez que se acaricia los pelos cortos de la barba para oírlos sonar entre los dedos.

—Bueno, hasta Biblia, —dice Augusto—. ¿Qué dice Franz Fanón? En esta casa uno entra con una metralleta y sale con una sota-na. Hay que tener cuidado.

Pero nadie hace caso de sus chistes y Olga se levanta y se dirige a la puerta:

—Yo hablaré con ella...

—Si nos vamos los tres hermanos, matamos a la vieja. Ella no aguanta, pese a la verdad y la vida y Jesucristo y ese Corazón de Jesús que vigila mi ajedrez y juega conmigo una partida silenciosa. Pero esto no es un juego. Hay gente que no entiende así —y mira intensamente a Augusto. Hay mentiras importantes que permiten avanzar. Pero yo entiendo que la verdad es un error en potencia llena de esclavitudes.

Pero Olga gira en la puerta y se encara a Arturo.

—La mentira es dejarnos en casa sabiendo la verdad. La próxima vez iremos. Ya sabemos manejar eso... ¿No es suficiente para conquistar el dominio de la verdad? —pregunta remarcando las palabras y tirando los brazos torneados y azules a la cara de su hermano.

Arturo se levanta con mucha calma, pero toda su atención parece fija en el tablero de ajedrez. Y cuando todos están en silencio empiezan los acordes de la Quinta Sinfonía de Beethoven. Y entonces recuerda que hay un anuncio contra el cáncer que comienza con los toques de la esperanza, del mañana, de la conquista y la aventura de la Quinta Sinfonía. Una señora con un alto peinado de peluquería, como un guardia real y con insignias del cáncer atravesado por una lanza, vestida de seda cruda floreada a la última moda y el rostro de quien lucha contra un dragón, pide una contribución contra el cáncer que nunca llega a la cuarta parte de la inversión en la cuña que se transmite por la televisión. Pero es una cruzada contra el cáncer y maldito sea el cangrejo del almanaque y el hospital gratuito donde tú vas a descubrir el cáncer en tu cuerpo para que te prohíban fumar y beber y desear la mujer de traje de seda cruda de la propaganda contra el cáncer. Y uno se pregunta: ¿En dónde se corresponde la Quinta Sinfonía con el cáncer? La salvación y la felicidad de la salvación que no pudo gozar Beethoven cuando quiso decir todo su amor llamando a una puerta imaginaria que no tocó nunca...

—¿Y por qué pienso ahora en el cáncer y en Beethoven? —se dice Cristina con los ojos ensimismados en el tocadiscos y los dedos del profesor de música español y judío que usaba un traje gastado de casimir brillante por la grasa. Una señora vestida de seda cruda con un alto peinado de guardia imperial inglés que juega a la canasta y bebe té a las cinco de la tarde con cáncer y Quinta Sinfonía, como si Beethoven fuera el autor del cáncer porque puede decir que se atreve a hacer un almanaque con el rostro del músico un poco más alegre y menos lleno de melancolía, realmente con la extrema esperanza de andar por la calle con un brazo de plástico y unas tetas de cartón.

—No es cuestión de ir o no ir —dice Arturo—. La vieja no puede quedar sola. Yo se que un día estaremos todos en esto. Los de la Universidad también aunque paguen un FAL todas las semanas y se excusen con la cuota. Ustedes irán. Pero hay que discutirlo con Pablo. El es el jefe, hasta ahora. Esto no es una fiesta. Las cosas no son así.

Augusto dice:

—Hay otras parejas en la brigada. Esto no es un romance, lo sé. Pero la guerra debe abarcarnos a todos. O somos la vanguardia de algo que se quiere sostener para que semanalmente nos den un FAL los profesores universitarios que gozan contigo cuando estás borracho.

Olga sale. Luis Martínez observa atentamente, oye, mira, parece concentrado en cortar la cáscara de naranja y formar filas de rombos de aproximación como en un combate, en una marcha en el rombo del reglamento de la compañía de fusileros que ella ha visto entre los papeles de su hermano. ¿Por qué Luis Martínez no dice nada? Cristina piensa:

—¿Por qué no habla? Siempre se come una naranja y mira con el blanco de los ojos.

Pero Luis Martínez ahora piensa en Augusto y Olga. El sabe sus planes secretos.

—Yo la quiero de una manera rara —le dijo detrás de una pared de ladrillos sin cocer, una tarde, casi de noche ya.

Y como era de noche y recordaban la familia, Luis Martínez entendió al principio que se refería a su madre.

Habían tomado el barrio El Guarataro para desfilar con uniformes y armas en una acción de propaganda. Canciones, vivas a los comunistas, a Fidel, a Cuba, a las cuatro letras y mitines relámpagos donde se blandía una metralleta en una mano y una pluma en la otra (trabajo y fusil). La gente miraba desde los balcones, los bares y las escalinatas. Se formaban grupos a comentar y discutir sobre la importancia del desfile y a veces gritaban con el coro de estudiantes. Crecía el entusiasmo cuando aparecía la bandera roja en la vanguardia para dar una orden. La madre de uno de los muchachos que desfilaba venía riñéndole en voz baja desde la acera y Luis Martínez que era el jefe sentía cierto rubor y el deseo de pedirle al muchacho que abandonara la fila y le pasara el arma a su ayudante. Luis Martínez pensaba hacer un discurso más adelante.

—Esto es un servicio voluntario. No una recluta. Es un servicio a la voluntad de todos. No es contra la voluntad de nadie... —pensaba el discurso con las mejillas encendidas.

Y el muchacho aferrado a la metralleta miraba hacia adelante con una indiferencia de soldado. Era un niño avergonzado que deseaba ardientemente desaparecer, caer muerto en una zanja, sentir una patada en el corazón o una bala perdida.

—Salte de allí, desgraciado —decía la madre con voz de española, apurando el paso para no quedarse atrás— ...salte de allí... condenado y algunos en la acera y en los balcones sonreían:

—Es jodido, el carajito, ¿quién es?

—El rubio...

Y otros que le decían a la mujer:

—¡Déjalo, vieja!

—¿Quieres un maricón en tu casa?

—Es un macho, vieja... Déjalo...

—Así comienzan los generales también...

Y una discusión:

—Comenzaban...

—Todavía lo gobierno, es mi hijo —y la madre se decidió y lo tomó de un brazo.

—No te lo dije: es el rubio...

—Dame el arma. Mañana hablamos. Ve con tu madre, eso es bueno —dijo Luis Martínez y empezó su discurso—. Este es un servicio voluntario...

Una voz potente lo interrumpió:

—Dámela... A mí no me viene a buscar nadie...

Y Luis Martínez no sabía si darle la metralleta o continuar el discurso. Si se la daba era un acto demagógico de un aplauso, pero no tenía sentido.

Hace un año justamente. Luego se retiraron a los puntos defensivos. Estallaban petardos en algunas esquinas. Prendieron unos cauchos y la policía no llegaba todavía. Mientras esperaban la policía y el grueso de la tropa se dispersaba, él y Augusto comprobaron los puntos críticos, las brechas de escape y se acomodaron lo mejor posible detrás de la pared de ladrillos sin cocer. Augusto le contó:

—Yo la quiero de una manera rara...

Luis Martínez pensó que se refería a su madre, pero no dijo nada. Esas cosas no se dicen y tampoco creía distraerse en la observación a la vereda —desde arriba hasta la calle— abajo, donde las luces impedían distinguir perfectamente a un hombre, a un perro o a un niño. Podía llegar la policía de un momento a otro y debían esperar que salieran del círculo de luz donde sí se podían apreciar perfectamente las sombras.

Y Augusto continuaba:

—Aquí deberíamos estar juntos... los dos. Ya ella sabe todo. La enseñé yo...

—¿Tu madre es joven? —preguntó Luis Martínez.

—¿Tú eres bolsa? Yo no hablo de mi madre, hombre...

Arturo no quiere. Dice que es un elemento de distracción que todo será para cuidarla a ella, descuidando lo demás. Yo soy de los que cree en el amor y las balas, viejo. Pero Arturo no cree, dice que las balas y el amor resultan una mezcla fatal...

—Pero no es así... si sé defender mi cuerpo yo la cubro con mi cuerpo y nos salvamos los dos...

—El bolsa eres tú... es lo mismo... tú eres un romántico de mierda...

—¿Y tú no?

—Sí, yo soy un romántico yo solo... este romanticismo no admite compañías, por lo menos en la acción...

—No entiendes. Yo no la quiero acostada en un diván. Eso es tonto, ¿entiendes? Así he tenido varias muchachas... eso es vacío... La quiero aquí, al lado, conmigo, disparando...

—No entiendo...

Disparó la policía desde la calle. Ellos esperaron que sonaran algunos petardos en las esquinas. Los policías venían avanzando por las aceras, pegados a las paredes, encogidos, mirando hacia los techos como dice el reglamento (POV de motines en los barrios o combate en localidades y el sargento se revienta los sesos preguntando qué son localidades). Cuando estaban cerca, Augusto y Luis Martínez descargaron sus metralletas y los policías corrieron en todas direcciones hacia la calle sin importarles las aceras y las paredes del reglamento. Un sargento los insultaba y disparaba al aire, a la calle, al cielo, a las casas y dejaba oír su voz de trueno:

—No corran, mis maricones... no corran mis maricones... sean machos una sola vez...

Volvieron los policías, pero ellos habían desaparecido mientras oían los petardos a lo lejos y los primeros perros que ladraban asustados girando en redondo en una persecución de mosquitos desconocidos.

Y cuando llegaron al refugio, Augusto insistió:

—Tú no entiendes. Pero yo la meto en las cuatro letras. Fíjate: hoy hubiera sido un buen día de entrenamiento: fuegos artificiales. El sargento también traía gente nueva, que le huye al ruido... ¿Entiendes?

Luis Martínez se acerca a Cristina...

—Yo no sé si es una ley, pero hoy la gente se quiere así, de otra manera. No es una cosa nueva, pero a la gente le gusta buscar el peligro para amarse. Amarse, raptarse, dejarse perseguir: luz roja y peligro, amantes, saltar, caminar, pasear, solamente pasear tomados de la mano, gritar:

—Viva el amor —y que la tribu lo expulse a uno y lo confine donde es más fácil la muerte.

Mira a Cristina directamente, el rostro oscuro, el pelo negro enmarcando la cara y la sonrisa triste, el vestido blanco y esa manera de contar las cosas del padre con el sable y la guerra de Corea lo llenan de miedo y esperanzas cuando exclama:

—Pero también se puede salir...

Coloca los rombos de cáscara de naranja en la mesa, en fila india, ¿se puede hacer fila india con rombos?

—Pero, ¿para qué hablar de todo esto? Cuando los jóvenes nos encerramos voluntariamente, nos hace daño...

Se miran un instante y Cristina siente la necesidad de abrazar a su hermano. Le acaricia el pelo, toma el caballo para darle patadas a las otras piezas de ajedrez y arranca de la pared el sable y se lo coloca entre las manos con la alegría de llenar de aire el traje blanco en forma de "A" que no gira y se le embucha en los senos. Entonces exclama para todos, pero abraza a su hermano:

—No te preocupes más... Eso pasa...

7

Amanda sabe que no pintará esta noche y da vueltas a su alrededor. Trae otro trago y se apoya en el hombro y huele al tabaco y los aceites de la pintura fresca junto con el ron a medio digerir en la boca que ella distingue perfectamente. Le pasa la mano por la barba de dos días y siente la noche de la barba en sus manos una y otra vez hasta que unos perros ladran cerca y lejos y recuerda que él una de esas noches de terrorista imaginario le ha dicho:

—Cuando los perros ladran hay persecución, allanamientos o recluta...

—¿Cómo lo sabes? —le ha preguntado ella para interrumpir sus recuerdos.

—La noche es así y tiene sus signos. A veces estoy seguro de saber más de la noche que de ti misma. Hubo un tiempo en que viví más con la noche que contigo. Y nunca he podido pintar la noche. El pintor es un hecho del día, salvo excepciones, se entiende...

—¿Por qué no me hablas esta noche de la noche?

Pero suena el timbre y al mismo tiempo tocan a la puerta con los puños y Amanda oye disparos y no puede evitar que le salte el corazón y las manos se le llenen de sudor y de frío y los ojos le blanqueen saltones y negros antes de pasarse las manos por los cabellos. Entonces dos rayas se abren paso en la frente, pero no tiembla, aunque sus manos le cubren los bigotes y la boca para decirle en una voz muy fina, de niña asustada:

—¡No abras! —Tiembra la voz porque no puede evitarlo y se le endurecen las piernas en las rodillas—. Recuerda lo de Cobra Casas,

el cubano... Cobra Casas —insiste—, que tanto me has contado... lo mataron como un perro ante su mujer y sus hijos... Puede ser lo mismo cuando suene la cadena de la puerta —agrega sin respiración—. A él lo mataron así, ¿recuerdas?

Cobra Casas y su mujer casi desnuda y un niño que cree en el ogro de los cuentos que viene a llevarse la princesa mientras dispara fuego por la nariz o la lengua —¿qué importa?—, para matarlo a él, a su padre que le compró ayer una falda roja y negra a la madre con los colores del 26 de julio de Fidel y el Moncada. La falda de la revolución cubana. Y Cobra Casas o Cuba Casas abre la puerta y suenan los disparos enormes de ogro para caer tratando de mirar a su mujer y su hijo en el gesto de siempre de los moribundos que tratan de ver a su mujer y su hijo sin poder articular la frase célebre de viva la revolución cubana y Fidel, cuando los yanquis dieron la orden de empezar a matar a la revolución cubana todas las noches si era preciso. Cae y lo levantan y sangra, para comprender que es mejor arrastrarlo y dejar, un camino largo de sangre por las escaleras. Cualquier animal deja un rastro de sangre cuando lo sacrifican... por las escaleras, cuando la cabeza sonaba por los escalones largos mientras ella llamaba y llamaba a los teléfonos ocupados, descolgados, que no respondieron nunca a una frase que nadie entendió:

—Estaba dormido todavía... cuando lo (no lo mataron...)

—Tú sabes como lo mataron... yo no sé... No abras... puede ser lo mismo... lo mismo...

Carlos mira por el balcón: cuatro o cinco estrellas arriba entre las nubes transparentes. Las estrellas allí, pero tocan la puerta y nada ocurre allá arriba y su mujer le habla de Cobra Casas, el cubano que le compró una falda o un vestido rojo y negro a su mujer para que celebrara la revolución de Fidel en una orgía de color y flores ese 26 de julio en la Plaza Bolívar.

Pero sonríe y no es nada, pese al viento frío que le penetra por el cuello y se le convierte en miedo en las manos y la voz cuando le dice a su mujer:

—No es nada... —y repite su expresión habitual mientras se aferra fuertemente a las manos de su mujer—. Algún amigo para buscar conversación o un trago: así es el miedo... Tú te llenas la vida de miedo y tienes miedo...

Pero Amanda no entiende. Mira la puerta, la muerte, los disparos fatales. Así llega la muerte también. Coba Casas cae de bruces y lo arrastran por la escalera y la mujer grita sin saber si es la muerte aún o está comenzando la muerte. Lucha con los policías y se le manchan los pies con la sangre de su marido. Después sale en los periódicos y pueden ser los mismos. Ellos andan por allí protegidos, con un carnet distinto y le grita al oído:

—Son los mismos...

Los mismos policías de Coba Casas con carnet...

Pero suena el timbre y el tambor de la puerta.

Así llega la muerte también. Se cuela con el aire por todas partes, por las hendiduras de la puerta, por las voces, porque la muerte dice palabras de amor o de odio cuando empieza. Y aquí empezó la muerte ya.

—No abras... es Coba Casas... es la muerte...

Pero sólo dijo:

—No abras. Son varios... Oigo sus pasos... No quieren hacer ruido para no despertar a los vecinos...

Y afuera los golpes en la puerta:

—Carlos, abre...

—Es una amiga... la voz es conocida...

—También las mujeres, Carlos...

—Es conocida...

Pero piensa:

—También la voz de la policía es conocida. Yo la conozco. En siglos ha sido la misma voz. Y siempre es primitiva, imperiosa, elemental y uno la interpreta así, exactamente como ellos quieren. Un policía que te dice: atención... oído, personal... caliente, manteca, yo soy el cabo... o Marilyn lleva las fritangas...

Camina hacia la puerta y Amanda su mujer lo toma del brazo fuertemente:

—Que sea, lo que sea, a los dos... corremos la misma suerte... —dice Amanda.

—Quédate...

—Recuerda: no tenemos hijos...

—Tú puedes tener hijos...

Pero realmente es una voz amiga:

—Soy yo, Pablo... Si no estás da dos golpes a la puerta...

Carlos Guillén tira su mujer a un lado y abre la puerta de un tirón y aparece Pedro que apoya sus brazos sobre los hombros de Luisa y Pablo. Amanda y Pablo se miran un segundo antes de sonreír. Le toca la punta de los dedos.

—¿Eres tú?

—¿Qué pasa? —pregunta Carlos Guillén.

—Cierra la puerta —ordena Pablo con voz apagada—. Hemos hecho mucho ruido esta noche...

Amanda se asoma al balcón, ve en todas direcciones (los italianos se han ido) y descubre que todo está en silencio. Pablo afirma:

—No hay nadie. Antes de venir hemos dado varias vueltas. Eso debe estar solo. Le dieron en una pierna.

Carlos le ofrece el trago que tiene en las manos.

—Perdona... esta vez entramos por la ventana...

—¿Tú crees que has entrado por la ventana? A uno se le mueren las cosas, pero no las entrega, no las da... La revolución no es un hecho concreto y simple...

—¿La revolución y tu mujer?

—Hace poco maldecía otra cosa, pero ahora maldigo al IBM... A las computadoras, ¿comprendes?

8

El timbre. Golpes en la puerta. voces apagadas y siseos se mezclan con la Quinta Sinfonía. Cristina salta, mira por el agujero de la ventana y trata de decir algo con los dedos. Los muchachos se levantan automáticamente con las manos en los bolsillos. Toda la atención está en la calle, los ruidos y los gestos de Cristina. Y el timbre suena por encima de un Beethoven que casi llega al silencio puro:

—¡La policía! —susurra Cristina, medio ahogada.

Los rostros se tornan blancos entre las sombras y mil formas de temblar se apoderan de las carnes y los huesos para sentir la piel encogida en algunos lugares, las pupilas reseca y una oleada de fuego en la cara.

—No prendan la luz —dice Luis Martínez—. Busca los hierros.

Arturo corre a un cuarto lateral que tiene una cruz de palma

bendita seca y empolvada en la puerta y sale al instante con tres metralletas. Los tres corren a la escalera que da a la azotea empuñando fuertemente las armas: un dedo en el seguro y otro en el gatillo. Luis Martínez pisa en falso y se apoya en la espalda de Augusto para recuperar el equilibrio. Llegan arriba y jadean un poco hasta comprender que Arturo no ha subido. Buscan la salida prevista de antemano. Y Arturo no llega. Ya han estudiado varias veces esta salida.

—Si llegan, escapamos por la azotea hacia los escombros. Lo importante es salir de la casa.

No encerrarse, no atraparse uno mismo entre cuatro paredes. Escapar. Una conclusión general: el deber de todo revolucionario es escapar, saltar, huir, buscar la calle, la gente, el aire, los cerros. Y aquí, donde la bola cayó como una bomba y dejó unos escombros es el lugar ideal.

Desde arriba indican a Arturo que suba. Grandes gestos con los brazos, con la cabeza, con los pies, con los ojos, con una palabra que se forma en los labios, pero no se pronuncia:

—Sube.

Y un heroísmo es subir y no quedarse con los ojos llenos de tierra de los héroes. Nosotros tenemos tiempo todos los días para el heroísmo.

—Sube...

No se atreven a hablar. Pueden oír y la puerta sólo resistirá unos minutos. Arturo desde abajo niega con la cabeza. Con la mano indica que sigan adelante:

—No puedo —se atreve a decir—. Las muchachas y la vieja... sigan, ya nos veremos... ¡corran!

Olga ha llegado con la madre al pie de la escalera y lo empuja suavemente:

—Vete... te van a matar...

Debe subir para quitar la escalera y dejarla arriba.

Los ruidos de la calle más fuertes. Los policías gritan a coro. Las sirenas de las patrullas empiezan a aullar y muchos otros carros tocan la corneta.

Una voz autoritaria y fina, grita:

—No toquen las sirenas, carajo...

Otro dice:

—Alarma general...

Y un táctico:

—Perdimos la sorpresa...

La casa a oscuras y las cosas sin relieve apenas se distinguen. Las manos frías de Cristina tratan de introducirle los brazos en la manga de la chaqueta.

—Sube, hermanito... eso nada más, sube, hay tiempo...

—No puedo, —afirma con voz seca.

Cristina insiste y le dice algo del sable negro que dejó el abuelo del abuelo y el padre y nosotras nos defendemos solas, porque somos mujeres y a veces es más fácil vivir así, como mujeres y una tontería el heroísmo del sable con la muerte.

Arturo vacila cuando oye las palabras ininteligibles de la hermana y mira hacia la azotea. Ya no hay nadie allí: sólo las sombras interminables hasta los pequeños puntos estelares. Pero vuelve hacia la puerta y dice como para justificarse ante sus hermanas y la madre:

—Se han ido ya. Eso es lo importante.

Ve a la madre y las hermanas suplicantes, torturadas por el dolor y el miedo. Oye las voces de los policías por última vez y una ráfaga seca, que salpica de madera y olor a pólvora el zaguán, le permite gritar a todo pulmón a sus hermanas y la madre:

—Péguense a la pared...

Entra al zaguán decidido a abrir la puerta y ganar tiempo mientras las camaradas huyen hacia la calle.

Abre la puerta y los policías le dan en la cabeza, en los hombros, en todas partes, con sus armas. No entiende nada. Oye un ruido intenso hacia adentro que estalla en los oídos buscando salida. Y un grito de la madre.

—¿Qué pasa? —alcanza a decir mientras esquiva inútilmente los golpes (tira los puños en todas direcciones)—. ¿Qué pasa? —grita—. ¿Qué pasa? —y esta vez siente algo de sal en la lengua y un frío eléctrico en la boca de un cañón de pistola que le rompe las encías.

Un Digepol, se destaca enorme, entre las sombras de gruesas patillas grises, gruñe y mofando sus frases con un acompañamiento de golpes de metralleta en el pecho:

—¿Qué pasa? ¡Un angelito! ¿Dónde están los otros? ¿Dónde están las armas?

—¡Rápido! No dejen escapar el resto de la pata, Carajo!...

Los policías se inclinan, en pasos de combate, otros se arrastran por el suelo y gritan:

—¡Cúbranme!

El policía de las patillas es el jefe:

—¿No hay luz aquí? ¿Cuidado con una emboscada? —descubre a las hermanas y la madre pegadas a la pared—. ¡Esas también! ¡Coño, querían sorprenderme!

Pasos, tropel, gritos, llaves y dinero que suena en los bolsillos, luz (¿no hay luz?), coño, mierda, carajo, putas, maricones, al suelo, choques de armas, junto con la Quinta Sinfonía de Beethoven en la casa a oscuras. Y policías que empujan y se atropellan y se pegan adrede y se insultan para enrostrarse el miedo con palabras enormes y útiles en un asalto.

—No me pises, coño, ¿tienes miedo?

—Ahora si entras, vergajo...

Dos policías con camisas a cuadros rojos, amarillos y negros toman a Olga, apoyan las rodillas en las nalgas y le aplastan los senos con los brazos. Ella salta, pateo, el pelo golpea en los ojos de los policías, muerde a uno en la oreja y el otro la golpea fuertemente con el puño entre las cejas. Otros dos realizan la misma operación con Cristina (sombras de manos en el vestido blanco y en las formas huidizas de los muslos). Arturo logra escapar de las manos de los policías, pero otro se lanza a sus piernas como un obstáculo y cae. Cuando trata de levantarse otro le descarga la metralleta en la espalda a lo largo de la columna (como dice el reglamento, para que quede inútil) y Arturo realiza algunas convulsiones anormales, mientras sus manos se aferran al cemento del piso y lo arañan hasta que brota la sangre en los dedos y cae pesado y torpe, flojo, con varias fuentes rojas que en la zona de los pulmones forman burbujas y globos que estallan con lentitud de coágulos.

La madre corre a cubrir a su hijo con su cuerpo pesado y queda a gatas para no aplastarlo y dice en el hipo del llanto inesperado:

—Te mataron —y se oye su voz en un segundo de silencio. Y levanta las manos ensangrentadas, se araña y se mancha el rostro, cierra y abre los dedos y se las muestra a los policías hasta que prenden la luz de la casa y grita:

—Asesinos —un hipo— ¡Asesinos!

Y toda la noche, asesinos, mientras los policías gritan, corren de un punto a otro sin comprender, buscando en la casa o tomando posiciones absurdas, detrás de las matas ornamentales, que permiten aplicar el reglamento.

Olga y Cristina lloran y se debaten entre las manos de los policías que les oprimen las nalgas y los senos. Un policía joven, vestido de azul se retira y vomita en un rincón sobre una palma. Vuelve al grupo tapándose la boca, mira con los ojos idos, y arquea con un gran ruido. Pero uno que bebe agua fría dice riendo:

—Tienes que acostumbrarte... Esto es de hombres...

El hombre de patillas grises se le acerca.

—¿Dónde serviste tú? —pregunta.

El policía vomita de nuevo sin responder y otro agrega:

—Tienes un estómago de señorita, ¿tú como que eres del contry?

—Esto es de hombres —medita el primero en voz alta.

Entonces descubren la escalera y suben a la azotea gritándole a la noche. Cristina parece desmayada entre los brazos de sus captores. Su cabeza cuelga y los cabellos le cubren el rostro. La madre en silencio sigue sentada al lado de su hijo muerto y con los dedos le peina los cabellos y se mira las manos. A veces toca las perforaciones de la frente. Olga, suspendida entre los policías, sin llorar pedalea en el aire y su vestido roto en el vientre deja ver en un tajo su ropa interior y las piernas que contemplan el policía que vomita en la palma del rincón y otro que simula estar agachado y en posición de combate, justamente a sus pies.

Rompen los muebles. Sacan todo de los cuartos. Al fin descubren el sable y en secreto se lo dan al hombre de patillas que lo examina a la luz de una lámpara y dice:

—Esto no vale... es de la independencia... Para el museo...

Un policía viejo y negro trata de levantar a la madre. Le habla dulcemente, muy suave como a un pequeño animal doméstico y por fin la levanta y la conduce al diván de Olga. El policía se sienta a un lado y se queda con los ojos en el vacío mirando la luz parpadeante del Corazón de Jesús de la puerta. La madre dice:

—Mi hijo... ¡Asesinos!

Y el de patillas grises le susurra al oído al policía negro y viejo:

—Que no se acerque al muerto...

El policía negro y viejo baja los ojos como Jesucristo en señal de asentimiento.

—Es un sable que sólo sirve para el museo...

Y de pronto se interrumpe con un sonido extraño y áspero la Quinta Sinfonía de Beethoven y sobreviene un silencio de minutos, con ruidos de cosas que se rompen y caen al suelo seco y duro de los fusilamientos.

—Por aquí escaparon, Inspector —grita uno desde la azotea.

Y la madre reacciona porque recuerda cuando les trajo café y él le dijo eso de la ley más antigua y el sexo. Se levanta y el policía negro y viejo, de palabra suave, le dice decentemente:

—¡Síntese, señora! Yo tengo órdenes...

Ella dice, asesinos, e indica la sala. Con las manos se encomienda a Dios y el policía viejo y negro la acompaña, la lleva del brazo. Ella dice:

—El Corazón de Jesús... alcánceme el Corazón de Jesús... en el pecho... como el padre... y el sable...

—El sable no está, señora...

—El sable...

—No está...

—El sable en la mano... el Corazón de Jesús en el pecho... debo ponérselo: esa es la ley...

—Esa es la ley —dice el policía viejo y negro—. Si señor... —y piadosamente se hace el signo de la cruz.

9

—Si algo hay que romper aquí es el silencio... —dice Pablo.

—¿Tú crees? —pregunta Carlos Guillén.

—No hay nadie. Antes de venir hemos dado varias vueltas en redondo. Pero no encontramos un médico amigo... y la sangre... ya ves...

—Aquí no hay que romper nada —Carlos Guillén sonrío con miedo—. Yo tengo miedo ahora, pero es natural. No nos veíamos desde hace un año.

—Dimos varias vueltas...

—Ya lo has dicho varias veces y mi miedo es por otra cosa

—Carlos Guillén le entrega un vaso de ron—. Toma, bebe... yo creo que no lo prohíbe el reglamento. No te preocupes de lo demás. Amanda se ocupará de todo. Ella sabe de eso.

Pablo sólo dice cosas inconexas de hechos pasados y presentes. Sus palabras suenan como una excusa y quiere confesarle sus dudas de una vez.

—Un año sin verlos y ahora vengo con un herido. Pero me dije:

—Al menos debe colaborar con esto... él no cree en lo que hacemos. Vamos a salir de dudas... Perdóname la duda...

—Bebe —dice Carlos Guillén levantando el vaso de ron a la altura de los ojos... Ya nos arreglaremos...

—Está herido en la pierna. Hay muchas patrullas esta noche. Pensé en ustedes.

Pedro los observa y entiende algunas explicaciones, pero otras parecen un código entre los amigos. Descansa su cabeza sobre las piernas de Luisa. El techo gira ante sus ojos y lo aplasta cuando se rompen las placas y las vigas y siente el polvo en las pupilas. Cierra los ojos y empieza a girar él mismo y Luisa y el diván hasta que se recupera.

—Herido y acostado en un diván —toca las piernas de Luisa y agrega—. Estoy acostado sobre las piernas de Luisa...

—No te preocupes, camarada —le dice Carlos.

Amanda apaga la luz del techo y prende una lámpara en el suelo.

Pablo insiste:

—Es en la pierna.

Amanda mira de nuevo por el balcón. Desierto. Los italianos de la cafetería del piso bajo se han ido y no se oye una sola palabra de Mussolini como todas las noches cuando gritan frente a un helado con voz monótona, siempre interrogante, arrugando mucho el rostro en fuertes expresiones de dolor, de miseria, de espanto o de alegría. Y se fueron a casa satisfechos para volver el día siguiente con un nuevo Mussolini soñado en la noche al lado de la mujer.

—Amanda sabe de eso —dice Carlos—. Ya debiera ser médico, pero no me dejaron preso unos años más.

La prisión es una enfermedad incurable que necesita más de mujer que de médico. Y las paredes y los apartamentos contribuyen a renovar la prisión. ¿No es cierto? Al menos tú te salvaste con la vieja fórmula de no sentarte a descansar, a esperar que pase el cadáver del vecino.

Amanda hierve agua en la cocina. Poco a poco se hace dueña de la situación y eso le gusta a Carlos.

—Quizás me sienta mejor después de esto —piensa.

Puedo volver a ser yo mismo. No sentirme frustrado por un letrero que no teminé (y rasga una tela fina y blanca en tiras de vendaje). Amanda lava la herida y Luisa la observa atentamente...

—Antes me gustaba mucho la medicina —dice y sonríe a Luisa. Vimos y tratamos todos los heridos del 23 de Enero del 58... muchos agujeros así...

—No me duele —dice Pedro.

Amanda le sonríe y le replica:

—Eso es malo. Una herida debe doler.

—Pero a mí no me duele... somos distintos...

Amanda sonríe de nuevo y lo mira a los ojos. Palpa la herida y descubre la entrada y la salida de la bala. Los bordes hinchados empiezan a endurecerse. Pero lo más importante: no tocó el hueso.

Toma una aguja con hilo dental y le dice:

—Ahora te va a doler un poco, aunque no te guste...

—Somos distintos —y apreta los dientes.

—No es lo más indicado —dice Amanda y ordena a Carlos—. Hierve la inyectadora. Tiene suerte. La bala salió. Ahora lo importante es la infección...

Luisa asiente, y repite mentalmente:

—Tiene suerte...

Otros no han tenido suerte. Una sola vez, una noche, un segundo y quedan tendidos en la calle con rocío en las pestañas y el pelo. Una sola vez.

Pablo y Carlos entran a la cocina. Mientras bebe observa a Carlos. El mismo rostro húmedo, el pelo en desorden cayéndole en la frente, la boca entreabierta para respirar un poco, el mismo bigote largo y canoso. Pero, ¿por qué pienso encontrar algo distinto en él?

—¿Cómo fue?

Carlos tiene los ojos fijos en la llama de la hornilla. Le gusta el color azul de la llama de gas. Azul y algo más que azul, peinada por los agujeros de la hornilla.

—Asaltamos una alcabala móvil de la policía.

Carlos vuelve el rostro. Arruga toda la frente interrogativamente. Una arruga vertical, primitiva, entre las cejas.

—¿Cuántos?

Pablo bebe de nuevo. Frota el vaso entre sus manos. El ron tiene un sabor amargo mezclado con su saliva.

—Ninguna. Los desnudamos. Cinco metralletas y cinco revólveres solamente. De reglamento. Ahora las metralletas son de reglamento también. Era una operación limpia.

Los desnudadores desnudos, expuestos a los ladridos de los perros. Se sentían avergonzados.

—Yo no sé si era mayor la vergüenza por las ropas o por las armas. Quizás un policía se siente más desnudo cuando se le despoja de sus armas. Es un problema que deben resolver los moralistas.

Quedan en silencio mientras hierve la jeringuilla. Miran distraídamente las llamas, el ron, las manos, cada uno en sus propios pensamientos.

—Pero, ¿tú crees que un policía pueda ser objeto de un estudio de moral?

—¿Acaso no hablan de una ética policial? Todo tiene ética...

—Puede ser problema para un siquiatra... pero ya esto hirvió lo necesario. Lástima que ese muchacho no pueda beber ron, por la penicilina. Sería interesante...

CAPITULO III

La ruleta rusa

1

La grieta en la pared baja desde el techo hasta el suelo sobre la pintura lechosa y descascarada. Y las arañas en los días tranquilos tejen una tela donde se columpian los hijos de las arañas en los días de mayor calor.

Cuando comenzaron a demoler las casas vecinas, entre grandes ruidos de construcciones que se desprenden solamente para chocar en el piso. la pared se abrió en silencio y los restos de pintura, de yeso y cemento caían tímidamente cuando todo dormía y era imposible descubrir su presencia en la oscuridad. La casa temblaba con los golpes de la bola demoledora y la abertura se hacía mayor y descendía en arabescos y ramificaciones nerviosas hasta abajo. Y el hombre dijo a su mujer:

—Carajo, que abuso... aquí le tumban la casa a uno en la cabeza. Voy a protestar... yo merezco ciertas consideraciones, María, ¿no es cierto?

Pero se asomó por la grieta a la casa vecina para hacer el memo correspondiente: altura, profundidad, anchura, grado de penetración en la estructura y comenzó a ajustarse los lentes al aire de cristal rosado y lleno de ansiedad, de impaciencia, limpiaba los lentes empañados por la telaraña y el sudor, apoyaba las manos en la pared para evitar las sacudidas de su cuerpo y pensaba:

—Carajo, que memo ni que memo... que bueno es tener una grieta.

Hasta se puede formar una compañía: Grietas Asociadas Venezolana S. A. (GRIAVENSA) que permitiera el lujo de las grietas hacia las casas vecinas con sistemas especiales de lentes y espejos para particulares o para instituciones respetuosas como las organizaciones de serenos. Y quizás otras policías también. Una idea y anotar una idea en la libreta para concretarla y verificar costos y cotizaciones.

Margarita López trepada sobre una silla mira por la grieta. Sus manos enmarcan perfectamente el rostro en la pared para mirar mejor y evitar las luces adyacentes (podría inventarse un suplemento lateral de material plástico o cuero anti-luz para evitar la dispersión de imágenes). Inmóvil, apenas respira para no tragarse el polvillo y la tela de araña. Le arden los ojos y la madre regaña.

—Bájate de allí, muchacha... es una mala costumbre mirar en las casas ajenas —y se seca las manos en una vieja falda floreada que le sirve de delantal.

Mala educación. Porque hoy no hay urbanidad ni moral y a la gente le gusta llenarse de indecencias. Es baja, se llama María, con el pelo teñido de caoba y un rostro maltratado por cosméticos mal aplicados o que no se corresponden según las leyes del cosmético a su color, a sus proporciones y al tamaño de sus ojos o su boca. Y siempre el carmín está arrugado en los labios y mal distribuido o en la cabeza de murciélago que forma un lunar de pelos que en su tiempo fue su sexy.

Mala educación y quien sabe lo que ve esta muchacha por allí, que no debe ser nada bueno, porque es una casa que vive llena de hombres, aunque solamente hay un hombre en la casa y dos muchachas que no salen porque ¿para qué van a salir? Llena de hombres y se seca las manos en la falda para santiguarse con un Dios-me-perdone dicho con una saliva mecánica que se llena de burbujas. El hombre dijo que iba a protestar, pero no protestó ni ha cubierto la grieta porque él ve también y dice que es experimental para un negocio de grietas (GRIAVENSA) que es mejor que los periódicos, las novelas policiales, la TV, el cine, el dominó, la cruceta, el ajile y las píldoras anticonceptivas, juntos. El ve porque hay dos muchachas que como Margarita (una mala costumbre que no le puedo quitar), andan en pantaletas y sostenes en el patio. Y hasta sin sostenes porque es saludable la libertad, el aire, el movimiento y es per-

judicial la opresión que marchita y aja antes de tiempo. Es viejo este Luis Rey, pero vagabundo.

—¡Bájate, te digo! —gruñe.

Porque él mira por allí antes de irse al trabajo —Serenos S. A. (SECA), porque era sombrerero cuando se usaban sombreros en Caracas y no había entrado al Partido y todo tiene que ver con la cabeza que es hembra y no tiene que ser seso su contenido). Sube a la silla, observa largo rato, escupe (ahora escupe), mueve la cabeza a los lados y se baja nervioso, agitado, triste, cuando la mira entrar en la cocina y alegre cuando ella regresa y él explica que es un invento mejor que SESA y el terrorismo y que ya es tiempo de pasar de lo experimental a los hechos ahora que comienza a caminar la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy (después de su muerte).

Ella tiene una Virgen de la Coromoto en el cuarto y él tiene al lado —pero en el centro de la pared— su concha de tortuga con el Escudo Nacional de grandes cuernos de la abundancia que no sólo arrojan piñas y mangos sino torres petroleras, ladrillos de oro, engranajes de hierro de la industria y el progreso que se ganó en un toneo de dominó del Partido. Pero él no quiere colocar la concha en la grieta y ella tendrá que traer la virgen para que se encuentren con ella cuando vengan a la tentación y pecado. Aunque no es el mejor lugar para una virgen, y más si es de la Coromoto que es patrona.

Ella sabrá —se dice en voz baja— que no es por nada malo que la pongo en la grieta. Ella es humilde y...

—No me gusta eso —dice en voz alta.

Ahora es la hija con los ojos dentro de la grieta. Y hasta las arañas le pueden tejer una tela en las pestañas o confundirla con otra araña negra de mil patas y el cuerpo del ojo agitándose negro y blanco en un vientre de animal que se volvió ojos para disputarle la grieta de la inmundicia de sus hijos. Pero menos mal que es de buen agüero la tela de arañas porque a David una araña (a David o a cualquiera) le tejó una tela en la boca de la cueva antes de ser rey y majestad y perseguido de filisteos y gigantes (que menos mal, desaparecieron los gigantes). Si le tejen una tela de araña las arañas, será su buena suerte porque está en la Biblia.

—La Virgen de Coromoto, moto... —porque pasa una motocicleta por la calle y se oye un alto y un tiro—. Moto...

Y el hombre no dejará que ella coloque allí su concha de tortuga con el escudo nacional barnizado.

—Eso es sagrado —dice.

Como si la virgen no lo fuera.

—Tú no sabes nada del progreso, María...

Pero cómo se ganó la concha de tortuga en un torneo de dominó o en una rifa como dice cuando está muy borracho, es otra cosa.

—No me toques esa tortuga —dice—. Ese es un símbolo.

Y cuando se bebe dos tragos más asegura que faltan algunas cosas importantes que salten del cuerno de la abundancia para inundarlo todo con la problemática de la idiosincrasia nacional. Además la Virgen de Coromoto no fue mecanógrafa, ni taquígrafa, ni aprendió inglés en treinta días.

—Porque nosotros los adecos inventamos entre otras cosas, la mecanografía y el secretariado comercial. Y eso falta en el escudo de la tortuga por un olvido del gran artista que ha tratado de entender el progreso de nuestro tiempo.

Y otro trago para decir:

—No era, María, yo te lo aseguro como gerente SESA, la Virgen de la Coromoto, mecanógrafa y si lo era, no era graduada...

Ella nunca se asoma en las casas ajenas.

—Es de mala educación, ¿cuándo?

Y todo lo comenta, lo recuerda lo intuye con su pelo corto, sus cosméticos explotando en el rostro, caminando por toda la casa, sin dejar de hacer algo con las manos.

Y esta niña sigue en la pared hipnotizada, embrujada. Con el daño en el cuerpo porque tal vez está desnudo el muchacho y eso le hace mal en los pezones de señorita que comparte la idea de dejarlos en el aire para la libertad de volar dentro del vestido como un pájaro.

En un instante lo comprende todo cuando por fin oye el timbre y los golpes en la puerta vecina. Alguien quería escapar seguramente. Pero, ¿escapar de qué? Ella oyó los golpes en la puerta cuando miraba con atención el escudo de la tortuga en la pared con el pro-

fundo anhelo de descubrir el mundo de la tortuga mientras se encomendaba a la Coromoto. Y Margarita saltó de la cama y se trepó en la silla como si la llamaran a ella también. La madre da una vuelta por la cocina y regresa con la obsesión de una telaraña negra que cuelga en un ángulo y la maldición del polvo de la demolición, la falta de agua, los apagones y un fiscal que insiste en la mudanza cada dos días aritméticos con un cuerpo de planillas de diversos colores. Y ella responde siempre:

—El está en Serenos S. A. (SESA) —y el hombre vuelve aritméticamente.

Por fin reacciona con su hija y apela a la violencia porque la muchacha no oye. Siente en los labios el polvo de la demolición y tira de la falda de su hija con fuerza. La falda cruje en las costuras de la cintura, se rasga algo y se desprende. Las piernas de Margarita redondas, limpias, cobrizas y temblorosas quedan al aire. Pero ella no siente el aire frío en el azul profundo de las junturas de las piernas cobrizas ni oye la voz de la madre regañando o gruñendo el dios-me-perdone de las piernas de su hija, dios-me-perdone. Pero ella no se mueve de su puesto de observación.

—Baja, muchacha, estás desnuda... puede venir tu padre y gente —y las piernas al aire, limpias, redondas y cobrizas que dan gusto de madre.

No siente. Los ojos fijos en la grieta. La madre busca una escoba y la golpea debilmente. Ella tiembla, se encoje, pero no baja. Oye una ráfaga. Gritos y llantos confundidos con voces de hombres. Silencio y la voz de la mujer otra vez hipando. Las piernas de Margarita tiemblan separadamente, en cualquier parte bajo la piel y hasta el propio cobre de la piel se debate en espasmos rítmicos, aritméticos.

Margarita mira a su madre que levanta el palo de escoba. Se murieron las palabras ya. Cuando salta de la silla, Margarita siente la debilidad en las piernas. Queda frente a la madre que levanta la escoba por encima de sus hombros y se apoya en la pared.

—Lo mataron... —dice con una gran tristeza—. Mamá, él me pidió un beso... pero no se puede, ¿verdad?

La madre empieza a temblar y tira la escoba con asco. Abraza a la hija y mira a la grieta.

—¿A quién mataron?

—Lo mataron, ¿tú no oyes? —Pero se mira las piernas desnudas, toma la falda y entonces siente frío y aire y voces para gritar—. La falda...

—¿A quién mataron? Pueden matarte, hija y, ¿qué hago?

La Virgen de la Coromoto es fuerte, de cartón, pero más fuerte es la concha de tortuga y no te matan, dios-no-lo quiera ni la Virgen-Coromoto. Porque hace tiempo la concha de tortuga —no la Virgen de Coromoto que nos protege— debe estar en esa grieta. Aunque no le guste al hombre.

—Si quiere ver mujeres, ¿para qué son las putas, entonces?

—Vamos a ver, ¿a quién mataron, hija querida? Sosiégate... Tú eres una muchacha buena. No me lo digas por Dios, dímelo por Alí... Tú quieres a Alí... ¡Dímelo!

—Mataron a Arturo. La madre debe estar herida también. Se retorció en el suelo y después no se movía más. Mamá él me pidió un beso... pero no se puede, mamá... no se puede... la vida no es así como la tuya... un beso.

La madre se lleva las manos a la cabeza para no hacer nada y exclama:

—¡Pobre madre! Ese es el destino. Está escrito: nunca tendrá un hombre en la casa. Arturo era bueno, hija, ¿te pidió un beso?

Margarita se arregla la falda y entra al cuarto. Busca algo en los libros, en el armario, entre cajas de cintas y bombones y no encuentra nada. Sale al corredor, camina frente a la cocina y ve a la madre con las manos en la masa de maíz iluminada por el fuego del gas.

Y la casa está en silencio cuando se oyen los ruidos de la casa vecina. Luces mínimas, lámparas de adorno. La oscuridad de una casa que se ve por última vez. Porque te vas y quieres recordar los platos plásticos pequeños con flores que colocó la madre junto contigo cuando llegaron a esta casa que sería la definitiva, según el hombre. Y hasta la concha de tortuga a todo color en el lugar más destacado de la casa te llena de nostalgia y de miedo. Toma un bolso y se dirige a la calle. La madre deja la masa y el fuego de la cocina para seguirla con pasos nerviosos, inseguros, tímidos. Margarita quiere un rostro inexpresivo y angustioso de Betty Daves. Pero se ha recogido el pelo en una cola de caballo alto que baila sinuoso en

las espaldas. La cola de caballo negro —de zorro— cae sinuoso, flexible y sugerente en las espaldas...

—El fue... por el teléfono... yo lo vi (GRIAVENSA)... dijo (SESA). Pero él no es mi padre, ¿verdad?

—¿A dónde vas? estas no son horas de salir —y la madre trata de retenerla.

—No debes salir...

Eres una niña pese a que él te pidió un beso, y tú no se lo diste, ¿verdad? El es un muchacho bueno, yo sé, o era si lo mataron, y los policías están en las calles con sus armas apuntando en todas direcciones.

—Te pueden matar, hija... Y entonces, ¿qué hago?

Y hasta sin culpa te matan o te agarran en la noche, muchacha, y tú no sabes nada todavía... y hay cosas que no se saben nunca, hija...

Margarita siente ganas de llorar y se contiene con una frase entredientes:

—El fue... casi todos los días se asoma por allí y habla de una nueva sociedad anónima... El odiaba a los muchachos... Y espiaba a las muchachas como yo...

La madre se cubre la cara con las manos y siente el calor de los cosméticos que empiezan a rodar con las lágrimas.

—Es un vagabundo... yo lo sé, pero él no hizo eso, hija. El te quiere...

—Me quiere para decirme: esta muchacha es puro sexo, cuando está borracho...

—No, hija. No me dejes sola...

—Me voy a la calle...

—Yo te lo busco... déjame vestirme...

—¿A quién?

—A Alí. Yo te lo busco, si quieres...

—Eso lo haré sola, mamá... tú sabes que es así...

La madre no se atreve a decir nada. Ella se irá a la calle, buscará a su novio, y él es bueno y la trae de nuevo a la casa antes de que llegue el hombre borracho y con hambre.

—Pero esa falda, hija y esos policías... no es lo más conveniente...

—Eso no importa...

La madre se refugia en el rincón de la cocina, de pronto camina hasta el cuarto y le dice a su hija de paso:

—Yo iré contigo, hija, es mejor...

—Pero mamá, mataron a Arturo, ¿tú no comprendes? Un día matan a Alí también...

2

Luis Martínez y Augusto Ruiz corren por la azotea, tratan de ver y distinguir las cosas en la semi-oscuridad, se detienen unos instantes y sólo distinguen los rudos pasos de la sangre en los oídos tensos y sordos. Algunos rayos de sol se pierden en los cerros, abajo hay luces y tientos que empiezan a brillar débilmente. Saltan a otra azotea y caen sobre botellas y cajas vacías que ruedan en todas direcciones produciendo sonidos gigantescos, incalculables por el miedo:

—Estas malditas botellas —dice Augusto.

Algunos niños que juegan en los patios de las casas vecinas miran sin comprender. Luis Martínez se inclina con el índice en los labios:

—Jugamos a la guerra como ustedes —dice en voz baja.

Los niños empiezan a perseguirse unos a otros imitando disparos y silbidos de balas y apuntando sus dedos hacia las azoteas.

—Los niños...

—No me gusta correr ante los niños.

Saltan a una pared, bajan por un árbol y Luis Martínez no puede evitar una expresión de miedo:

—No hagas tanto ruido, maldito sea...

Corren entre los escombros. Aprovechan las sombras para ocultarse. Augusto Ruiz le dice a Luis Martínez:

—No dispaes... yo sé cuando...

—Yo también sé —responde secamente Luis Martínez—. Sigue adelante.

Se miran a los ojos y Augusto no comprende por qué sonríe Luis Martínez.

—Quizás es el miedo —dice entredientes—. Sigue... para lo demás hay tiempo...

—Sí, hay tiempo...

—No te hagas el jefe conmigo, ¿entiendes?

Ruidos y sombras en movimiento arriba. Pueden ser los árboles, los gatos asustados, las ratas, el sudor en las cejas y las pestañas, los policías, el miedo que ve visiones.

—O Arturo y las muchachas...

Ellas quieren venir. Se limpia el sudor de la frente...

—Arturo ya debía estar aquí...

—No viene —dice Luis Martínez.

—¿Y si salgo a buscarlo?

—Es una tontería...

Tal vez entonces vendría Olga. Deben estar en la azotea, pero no saben hacia dónde corrimos nosotros.

Luis Martínez repite:

—Es una tontería... no es necesario un curso universitario para huir. Eso es elemental, instintivo y uno lo hace racional cuando lo planifica.

Siempre lo mismo. Uno no debe dudar. Llegan: huir y disparar. El quedó allá con ellas. Disparar si es necesario. No quedarse. No le harán nada a la vieja y las hermanas. Así ha sido hasta ahora. Empujan, insultan, vejan, violan, rompen, revuelven y uno huye. ¿Por qué no viene? No debió quedarse. Esta no es una guerra de posiciones. Arturo lo sabe. Posiciones en la guerra que se hace con los reglamentos de la guerra del 14. Arturo lo sabe. El tiene la experiencia de Carúpano. Se quedaron en una guerra desigual, de posiciones, de trincheras, de esperar que el sol se oculte para un movimiento de finta que se sabe de antemano. Allí uno se puede quedar y matar hasta que lo maten. Sin esperanzas, sin razón, porque tú te quedas esperando la muerte como una necesidad vital del heroísmo.

Hay que huir. No esperar la muerte sembrado a la tierra. Para ellos la cosa es distinta porque pueden esperar refuerzos inmediatos y vienen y cercan toda la zona y se clavan en la tierra para que no te muevas y hagas la guerra que ellos quieren.

Carúpano... él lo sabe: te cercan y te destrozan lo poco que tienes.

—¿Y qué hago yo aquí detrás de este árbol? Carúpano...

Corre hacia los escombros, aprovecha las paredes a medio caer,

los árboles. las sombras y por fin oye un silbido que lo orienta hasta Augusto Ruiz.

—¿Qué te pasa?

—Yo te lo dije... para eso hay tiempo...

Corren en zig-zag evitando los montones de basura y de piedra. Oyen una ráfaga del lado de las casas. Se echan al suelo y esperan, atentos a las sombras y los ruidos.

—Puede ser Arturo —dice Augusto.

—No viene...

Oyen ladrar los perros para descubrir a los policías. Se levantan y caminan hasta oír las voces distantes de los policías.

Luis Martínez tropieza con algo y cae. Se levanta y maldice. Se parapetan tras un montón de cascajos. Una ráfaga cercana y un cuerpo pesado que cae sobre una plancha de zing.

—No dispaes... puede ser Arturo...

—Yo estoy seguro que no viene. Además, los policías no saben nada de nosotros...

Pitos de policías, cornetas y sirenas. Algunas voces se levantan y caen pesadas en el suelo.

—Sí, no saben. Pero debemos salir de aquí antes de medianoche. Uno de nosotros debe parar un carro.

—Yo iré...

—Espérame tres minutos. Si no regreso, te vas solo...

—No debes regresar a la casa, ¿okey?

—Yo no voy a regresar. Quiero saber si los policías están detrás de Arturo. Puede necesitar ayuda...

—No vas a regresar... es una tontería...

3

Luisa está acostada al lado de Amanda. Respira acompasadamente y adopta una posición de persona que simula dormir tranquilamente. Pero tiene unas ganas terribles de dar vueltas y dejar caer un brazo hasta tocar el suelo frío de granito que le devuelva la certidumbre de la tierra. Le duelen los brazos y los hombros, sin embargo, permanece quieta, tranquila, como si durmiera. Apreta los labios y los párpados fuertemente para abrirlos de repente y encontrarse con un techo blanco

donde se proyectan sombras de monstruos quietos y sólidos. Oye la conversación de Carlos y Pablo sobre Zamora, el viejo guerrillero de nariz aguileña que tiene los ojos y los pómulos de un Pablo hambriento en la prisión. Ella sabe algo también. Ese petróleo de Pablo que se enciende en un mechero de gas y la mitología griega. Y de beber ron, y de las noches en que se puede dormir sin tocar a la mujer, porque —aunque no lo dice— tiene las manos manchadas e impuras y se debe lavar como en la Biblia con lejía y cenizas a falta de jabón. Y de que ellos —los jóvenes— sienten miedo una o dos veces y luego la vida es normal, tranquila, mortal. Aunque hayas matado gente y mirado el punto negro que se forma en la noche.

Te dicen:

—¿Por qué bebes ron?

Un comunista no bebe ron. Y eres un juez de nuestra sociedad corrompida y por eso mismo un santo, inmune a los pecados. Tú eres un justo y un justo no bebe ron...

Dan ganas de llorar y de gritar al mismo tiempo.

Saltar de la cama en ropa interior y desnudarse para que resulte más fácil mirar en el interior de uno que se va llenando de inmundicias.

—Oye, despierta, yo no puedo dormir —grita de pronto y Amanda salta y la mira sin comprender.

Yo soy comunista. Pero no puedo dormir ni bebo ron. A mí no me importa un agujero en el rostro cuando disparo. No me importa que sea gris o negro o índigo o azul. El arcoiris no me importa. No me importa que el agujero sea pequeño como el hocico de un niño negro recién nacido. Yo no lo veo en las sombras dar vueltas hasta que cae o se arrodilla implorando a un cielo que no existe. Ni me miro las manos en la luz, en la noche o en la lámpara o los sueños que no soporto. Estoy tranquila y no bebo ron para hurgar en mi conciencia.

—Despierta... Yo también tengo una historia que contar como Zamora o la gente que anduvo con Zamora...

Vivían en Los Eucaliptus. El padre era severo. Muy fuerte, muy alto, callado, puro, y cuando le corría el sudor por el rostro se le formaban grandes ángulos en los pómulos verdosos. Nunca leía la Biblia antes de bañarse porque se traía el polvo de la calle, las inmundicias, los esputos microscópicos de la gente que tose y camina regando

el cuerpo de amarguras. Eramos cuatro hermanas. Las cuatro cargábamos el agua para el baño cuando él llegaba del trabajo y se sentaba a acariciarse la frente y el pelo mirando al suelo. Hay que bajar al pie del cerro y cargar el agua hasta arriba, hasta las cuatro tablas del baño, clavadas y remendadas. Y él se bañaba y leía la Biblia en silencio con los puños cerrados y se le veían los tendones de fuertes cables tensos en las manos. El lee la Biblia en silencio y los vestidos se cosen y se recosen para que nadie reconozca el viejo vestido recosido, punteado en la moda de turno de la pobreza vergonzante. En la noche oyen nítidamente a la madre y al padre cuando hacen crujir las maderas.

—Se oye...

Crujen las maderas del camastro y la imaginación juvenil y los dedos de las manos entrelazados en las piernas sudadas y calientes.

—Hay que ser fuertes... porque estamos allí, en el mismo lugar de la cama, al lado, y se siente no se sabe qué porque el rancho empieza a girar junto con los ojos.

—Se piensa, sin embargo, en el Príncipe Azul. Tú no has pensado nunca en el Príncipe Azul?

Los cuentos de hadas: castillos, mármol negro, blanco, jaspeado, gris, cortinas, amplias escaleras cubiertas de pesadas alfombras carmesí, manjares, ¿qué son manjares? se pregunta una, ya en la magia de las mil y una noche deformada. Vives en un rancho, pero la fantasía te lleva a un castillo encantado con príncipes y princesas y hadas y gnomos y enanos. Desde lo alto del cerro podíamos ver el castillo de un banquero que quiere hacer ver que vive como un príncipe. Así son los castillos. Después, Don Quijote entra a la casa también y ya no se resiste. Así son los castillos de la infancia y de la juventud. Don Quijote está loco allá adentro y quiere volar y vuela en el caballo que tiene una clavija.

Se piensa, sin embargo, en el Príncipe Azul. ¿Es azul realmente? Lo esperas. Lo adivinas en los pasos de la gente que sube o en la palabra mágica que te dice un muchacho en la calle. Lo imaginas cuando alguien pasa por la escalinata vestido de limpio o cuando viene el hijo del bodeguero. El Príncipe Azul y una se duerme feliz con Sherezade empezando otro cuento. Un policía llega y toca la puerta. Una piensa:

—Tocan la puerta —saltas —nadie toca la puerta—, bailas con otra hermana, te miras los ojos en el espejo, los grandes ojos y te pasas la mano untada de saliva por el rostro limpio—. ¡Puede ser el Príncipe Azul!

Las hermanas gritan de contento y te arrebatan el espejo para limpiarse la grasa de la nariz con la tela del fondo.

Pero abres la puerta y solo es un policía que toca la puerta y pregunta por el padre o el hermano. Y el hermano escapa sigilosamente por la parte de atrás.

Y una ríe al principio, porque no entiende, hasta que se echa a llorar y espera de nuevo que vuelva a tocar la puerta el Príncipe Azul.

4

En el centro de la sala el ataúd negro, pulido, despidiendo débiles destellos de luz. Las velas recién encendidas en los candelabros alumbran en círculos inquietos y primitivos. Margarita limpia el rostro de Arturo con una toalla mojada. Los agujeros morados, oscuros en la frente y el pómulo derecho quedan limpios al contacto de las manos. El cabello tieso, acartonado por la sangre coagulada, se levanta en puntas de erizo. La boca entreabierta, congelada, como si quisiera decir algo: reír, quejarse, gritar, maldecir, escupir, besar ese beso imposible del aire. Pero Margarita no ve, mecánicamente pasa el trapo mojado por la frente y no hay lágrimas en sus mejillas pálidas, teñidas de amarillo terroso y de arrepentimientos. Frente a Margarita, apoyando los codos sobre el ataúd, la madre de Arturo, tiembla ausente, en silencioso hipo milenario. Contempla el rostro del hijo ido, seco, que está muerto, como el padre en este mismo sitio, donde ahora trataron de cerrarle la boca con el mismo pañuelo y Margarita sentía que se le desmayaban los brazos y dejaba caer la toalla en el cajón. Y la boca seguía abierta, pese al pañuelo del padre, que cerró la boca del padre, sonriente porque antes de morir pidió el sable y se lo dió al hijo ahora muerto y todavía con deseos de gritar.

Si le hubiera dado el beso no tendría la boca abierta de ansiedad. Un beso que no es nada y no marchita y no duele. El venía por la calle una noche y ella estaba en la puerta de la casa. El le dijo:

—Siéntate conmigo en la acera...

—Bueno —y salió y se miraron y miraron las estrellas que se dejaban ver entre las copas de los árboles. El le mostró la pistola y apuntó las estrellas. Y cuando guardó la pistola le dijo:

—Dame un beso...

Ella miró otra vez las estrellas y apuntó con el índice. Si le hubiera dado un beso no tendría la boca entreabierta y anhelante.

—Tonto...

Un beso no se pide. ¿Se pide un beso?

—Ni la libertad tampoco...

Sabías que la libertad se conquista y no sabías que un beso también se conquista, se toma, se arrebat, con fuerza, porque a veces es más difícil un beso que la libertad...

—Tonto...

Tu apuntas las estrellas, tú te juegas la vida por la libertad y las manos se te quedaron frías en las piernas de la felicidad que no supiste conquistar, esa noche.

Se seca una lágrima con la toalla disimuladamente y tiembla de frío.

Ella le había retirado la mano temblorosa y torpe.

—No. Eso no, Arturo. Tus hermanas están en la ventana —dijo volviendo el rostro asustado.

Y él se quedó contemplándola sin decir una palabra y mirando de nuevo, buscando entre las hojas, las estrellas.

Tonto. Ahora soy una mujer por ti y nadie lo sabe aquí. Esta misma noche me he entregado en nombre tuyo, quizás era igual contigo, muerto o vivo. Con un muerto también. Y nadie lo sabe. Porque pueden matarlo así, sin un beso, sin una caricia correspondida y sin apuntar las estrellas.

Y le estruja las heridas de la frente fuertemente mientras trata de cerrarle la boca.

—Dame un beso...

La libertad se conquista, tú lo sabías perfectamente cuando apuntabas las estrellas con la pistola. Tú venías y yo te veía llegar y a veces me decías:

—Siéntate conmigo en la acera...

Y yo te decía:

—Bueno...

Y te tomaba de las manos para evitar que llegaras más adentro...

Margarita entrega a la madre un mechón ensangrentado. Ella no comprende. Lo mira entre sus manos con los ojos apagados y de pronto se lo lleva a la boca lo toca con la punta de la lengua, simula un sollozo y dice:

—Está muerto...

Margarita la abraza y la besa.

—Dame un beso...

Tres policías entran en la sala y la llama de las velas parpadean y proyectan sus sombras sobre el rostro del muerto. Con movimientos rápidos dejan las metralletas apoyadas sobre los candelabros y colocan la tapa de la urna. Luego caminan alrededor del muerto y miran a los estudiantes de brazos cruzados en el pecho sentados en la sala.

—Como el padre...

Un policía vestido de civil se queda en la puerta y apunta la metralleta hacia los estudiantes. Empiezan a oírse monosílabos, palabras sueltas, hasta que crece un rumor de voces entrelazadas, tímidas y audaces:

—Asesinos...

—Que se vayan...

—Ya está muerto...

—Comemuertos...

—Le tienen miedo a los muertos...

—Adecos, asesinos...

—Arturo, te vengaremos...

Y una voz por encima del rumor:

—Betancourt, asesino...

El policía se retira al patio interior. Los jóvenes de ambos sexos, en silencio, se reúnen alrededor del muerto. Rostros llenos de vida y deseos de vivir, pálidos y tristes algunos, duros y terribles otros. Un policía entra cada cierto tiempo y los rostros se endurecen a la luz de las velas. Todos quieren adoptar un rostro triste y feroz a la vez. Las muchachas en un rincón rodean a Olga que solloza en silencio.

—Esta misma noche hay que matar un carajo de estos...

Margarita regresa al grupo con el trapo ensangrentado entre las manos. No sabe qué hacer con el trapo. Alguien se lo quita. Ella lo mira con rabia:

—Lo mandaremos al próximo Salón Oficial de Arte —dice el pintor suavemente en su oído—. Como un cuadro.

Lo dobla y se lo guarda en la camisa.

Ellos se sorprenderán. Está pintado con sangre... Pero será un premio.

—Esto es lo único que tenemos que pintar. Es un cuadro de verdad, pintado por ellos...

Margarita le dice:

—El está muerto y yo no le dí un beso...

—No importa... puedes besar el cuadro... ¿okey?

5

Aquí nos acomodamos de cualquier manera. Amanda se ocupará. No te preocupes más.

Amanda inyecta a Pedro en el brazo. Nadie habla. Hay un silencio de motores lejanos, disparos y ladridos, de recuerdos intensos y fugaces.

—Ella es la novia de Pedro —dice Pablo indicando a Luisa.

Las mujeres se abrazan, se miden. Luisa sonríe cohibida. No sabe como comportarse.

—¡Novia! —repite mecánicamente y se dice—. ¿Qué pensará esta gente de una novia?

—Es cuestión de una semana. Mañana lo inyectamos otra vez.

Pero reposo absoluto —mira a Pablo y a Luisa a la vez—, ¿entendido?

Luisa asiente y se ruboriza. Reposo absoluto y él había dicho "el resto de la noche juntos". El tiempo no perdona. Uno no tiene tiempo de nada. Después me hieren también y reposo absoluto de una manera ambigua porque es una novia o algo así que anda de día y de noche con el novio y todo el mundo se imagina lo que quiere de una, que es una mujer realenga, medio-puta, medio-revolucionaria, media-mujer de todos a la vez o por turnos. La escopeta que es una puta de la carretera y se acuesta con dos camioneros por noche.

Pero Pablo la toma de las manos, se las acaricia, las apreta y le da la confianza necesaria para sonreír y evitar la amargura de sus pensamientos.

—Ya sanará y entonces sí será verdad toda esta mentira.

—No me duele —insiste Pedro débilmente soportando el dolor y la fiebre.

—Dilo honestamente... podemos darte un calmante...

—No es necesario... somos distintos —pero se incorpora y toma las manos de Amanda en un gesto infantil, débil, medio borracho por la sangre perdida.

Amanda le acaricia el pelo y lo acuesta de nuevo en el diván. Los ojos de Pedro se tornan blancos, pero se esfuerza por sonreír y contrae todos los músculos de la cara.

—No lo dejen levantar —susurra—. El dormirá aquí mismo. Nosotros dormiremos en la cama. No se emborrachen. A Carlos le hace mucho mal esa liga de ron con Pablo.

Y Carlos:

—Siempre es lo mismo: a Carlos le hace mal. Pero yo creo que a ella le hacen más daño mis borracheras.

Porque uno se emborracha con ron y se cree en un prostíbulo y abraza a la mujer de un amigo y la confunde con una puta. O se cree el payaso del circo o el paracaidista que grita "Gerónico" y se lanza del segundo piso o de la mesa del comedor. Es lo mismo...

Pablo se despoja del grueso chaquetón negro y las dos metralletas que cuelgan de sus hombros. Deja las armas en el piso, sin ruido, con ternura. Entrega a Carlos el chaquetón:

—Es de los obreros de la Siderúrgica de Matanzas. Da demasiado calor, pero oculta bien las armas. Me la mandó mi hermano y a mí me gusta usarla porque es negra, del color que usan los vietnamitas del sur en los arrozales y de noche.

En las hombreras de la camisa de Pablo las correas han dejado marcas de sudor.

Pedro se incorpora y gruñe:

—Déjame la mía...

—No es necesario...

—Yo estoy herido. Esa es la ley...

—No es necesario. Yo estoy aquí... La ley es vivir.

Carlos sonríe. En las novelas y en las películas el herido pide un arma y se queda solo para vender cara la vida, salvar a los demás, cubrir la retirada. Un esquema que no corresponde. Está fuera de lugar.

—Pero forma parte de un afán de heroísmo más poderoso que el deseo de vivir.

A uno le gusta ser héroe. A ti te gusta, Pablo, —como a mí— no me lo vas a negar. Desde que empiezas a oír, en la niñez oyes hablar de los héroes. A caballo. Aquí, en nuestro país no hay héroes a pie. Y cuando no se puede hacer una estatua a caballo porque la colecta pública ha sido pobre, es preferible erigir un busto y que la imaginación complemente, ponga caballo blanco o bronce, levantado sobre las patas traseras. Mi padre decía: las estatuas de los héroes a caballo son una gran mentira, porque un caballo cuando se levanta en las patas traseras afloja la cincha de la silla. Y eso no ocurre con los caballos de bronce.

—Tenemos el heroísmo en los huesos, en la sangre, a flor de piel que se eriza hasta en los joropos llaneros de los conjuntos no llaneros que vienen a la ciudad.

Hay que ser héroe hasta bebiéndose un trago de ron. Y beberse un trago de ron para ser héroe y llevar siempre una navaja abierta en el bolsillo a falta de otra cosa acorde con nuestro tiempo.

Pero Pablo atiende a medias porque mira al viejo retrato del General Ezequiel Zamora colgado en la pared. Escudriña en los ojos semi-cerrados del guerrillero traicionado, malherido y descojonado por los oligarcas que no temblaron ante el héroe de la tierra y de la justicia. Arrugas grises y negras por el sol y el viento. El había sido el modelo de Carlos en la cárcel. Muchas horas recibiendo el sol, el polvo y el viento en los ojos porque así tienen que ser los ojos del guerrillero de la imaginación. Cerrar un poco los ojos ante un rayo de luz que se filtra por la ventana. Y Carlos lo pinta casi sin esperanzas. A este general de la tierra que usaba kepis militar sobre el sombrero de pulpero y paisano de Villa de Cura, porque el kepi no tapa el sol como el sombrero. Carlos decía entonces:

—Un testimonio. Nosotros y las huellas de él aquí estamos. Fuera de nuestra familia, nadie se acuerda ya de nuestra prisión. Aquí estamos con Zamora y todos los demás.

Todo parecía quieto, inmóvil, estancado, muerto en el país. Habían matado a algunos en la calle y llegaba gente todos los años a la prisión. Uno mandaba saludos a la familia con los que llegaban

y volvían al año siguiente con recados familiares. De la calle apenas si venían ruidos de motores y gritos de niños que jugaban junto al muro y hacían preguntas infantiles a los guardias. Ese muro alto con garitas en las esquinas por donde no podía pasar ni la voz ni los gritos de los locos. Y él, sentado de modelo y Carlos pintaba los ojos y hacía una que otra frase cursi, torpe:

—Parece asomado a un mundo que apenas podía verse entonces. Quizás nosotros veamos mejor después. Entonces a este país sólo había llegado algo de Proudhon ... Y fue lo más avanzado de la Guerra Federal...

—Ezequiel Zamora, mora, mora —con el viento de 1860.

El viejo agrarista de nariz aguileña y bigote grueso que le cubre todo el labio superior y parte de la boca que hoy reproduce su figura solamente en el rostro flaco, curtido, cubierto de los pelos de los campesinos. Era a mediados del siglo pasado. La tierra, los generales negros preñando a las hijas de los generales blancos dueños de tierra. La guerra de los esclavos, de los manumitidos, de los que se bebieron la juventud, la libertad y el heroísmo en la pulpería del caporal favorecido que no fue a la guerra y se quedó en el pueblo recibiendo las vajillas y las joyas de los desplazados, de los desheredados, de los perseguidos. La guerra de los sin tierra, sin camisa y sin poder que se quedaron solamente con la lanza llena de sangre un día en el rincón de los trastos inservibles. Una guerra agrícola y pecuaria, porque era un país agrícola y pecuario. Caudillos agrícolas y pecuarios para hacer la guerra así, con la tierra, con el ganado, con los pastores y los campesinos, de su propio tamaño. Y triunfó esa guerra, aunque mataron a Zamora para no repartir la tierra, para quedarse con el botín, para levantarse estatutas con los restos de los cañones en desuso. Después del petróleo han querido hacer una guerra agrícola y pecuaria. Primero contra Gómez y fracasaron los caudillos que no se convirtieron en héroes y apenas llegaron al folklore de unas andanzas mágicas donde era posible desaparecer y convertirse en una mata de cambur.

La silla presidencial de Gómez no era una silla de montar, era de petróleo. Por eso fracasaron todas las guerras contra él. Los caudillos se sorprendían porque habían hecho todo bien, como en otros tiempos, y sin embargo, el cielo seguía oscuro y las estrellas seguían brillando para Gómez.

—La guerra de hoy tiene que ser la guerra del petróleo. Zamora, ser como Zamora, pero en el petróleo. Descubrir el fuego, muchacho, en un mechurro de gas y ver a Rockefeller danzando en el fuego primitivo como entonces se vió colgado de un farol al oligarca que temblaba y no podía encomendarse a la calva de San Pedro.

Pero Carlos sigue pensando en la prisión. El diálogo de la prisión con una guillotina IBM y computadoras y la función hace el órgano, la calle, los niños y los gritos de los niños cuando juegan junto al muro.

Luisa llega y trata de acomodar mejor a Pedro. Seca el sudor de la frente. Los mira, rechaza un ron porque ella no bebe ron y quiere dormir.

Zamora pálido, famélico, mira desde la pared otra pared oscura y roja donde se estampan las sombras en movimientos lentos.

—Yo lo cuidaré —afirma Pablo a Luisa—. Espera, muchacha. No dormiré todavía. Acuéstate, estás cansada y yo sé que en la noche el cansancio te llena de temores y pensamientos absurdos.

Carlos Guillén examina la pintura suya del guerrillero. Manchas negras y grises, ojos semicerrados, hondos, profundos como un hueco por donde parece asomarse a un mundo nuevo, distante, enorme.

—Tal vez —dice distraído—. Pero ¿qué tiene que ver Zamora con esta guerrita de ustedes? No puedes decirme otra cosa, pese al ron que lo deforma todo: esta es una guerrita y si se extiende a la calle, concluye en un mísero y pequeño apartamento.

Y entonces los dos regresan a los recuerdos de la prisión. En la tarde los niños juegan junto a los muros de la cárcel. Bebe ron porque no se puede recordar la prisión de otra manera como no sea para amargarse y sentirse medio muerto, medio-vida, medio-andanza. El le ha dicho a Pablo:

—Jamás llegarán a saber que nosotros oímos sus gritos, sus juegos, desde un mundo de esterilidad y de miedo. Porque estamos muertos. ¿Recuerdas? Estamos muertos...

—Yo no estoy muerto, Carlos...

—Pero empiezas a morir lentamente y no te resignas. Tu eres el inmortal de la metralleta, del juicio superior, de los valores descubiertos y eso es ya parte de la muerte.

Ahora insiste antes de las palabras de Pablo:

—¿Dónde estarán ahora?

—¿Quiénes? ¿Los muertos? ¿Los pensamientos de entonces?

—No. Los niños entonces jugaban junto al muro de la prisión.

—Deben ser unos hombres ya.

—Eso lo sé, son unos hombres... ¿Y qué?

—Este, Pedro, que está herido allí y se repone en tu diván, es uno de ellos...

—Mentira...

—¿Tú crees que yo puedo mentir?

6

Ellas no resistieron más. No tenían esperanzas. Andaban todo el barrio antes de que llegara el padre a bañarse y leer la Biblia con los puños apretados y hablaban con una muchacha vestida de rojo, pecadora. Pecado... ¿Qué es el pecado? preguntaban las hermanas.

—El Almagredón... vendrá el fuego y arderá todo menos nosotros, los testigos, porque somos testigos y por la ley está prohibido con los testigos.

La muchacha vestida de rojo, decía:

—Yo soy la testigo de mí misma. De mí doy cuenta yo —y se reía sin temor ante mis hermanas aterradas—. Vivir, sólo vivir, eso es lo importante. ¿Para qué quiero ser testigo de mi vecino? ¿Llevarlo a un juicio, decirle que sus ojos son infieles porque ha visto el cuerpo desnudo de una mujer o un hombre?

Y no quería hablar más. Sólo decía de pronto entre risas:

—Yo soy cómplice y no quiero ser testigo de nada... Si viene algo, que venga...

Contaba películas y cosas agradables de muchachas que fueron un día a Los Angeles, como ellas, y se levantaron por encima de los demás, sin ayuda ni testigos.

Ellas no resistieron más. No tenían esperanzas en Los Angeles o un muchacho de moto y chaqueta que subiera por las escalinatas en nombre del Príncipe Azul de los sueños. Se vaciaron en la boca dos tubos de veneno para ratas cada una. Se lo vaciaron y dejaron una carta escrita con letras distintas, a veces escribían con la mano izquierda y dos tubos de veneno para ratas que seguían allí al lado de la foto autografiada de Tony Curtis. Siempre andábamos juntas las

cuatro. La otra es puta y va al Torbes, al Salón Bolívar y La Perla de noche. Eramos cuatro y mi hermano, el único macho que cuando ya no pudo encontrar nada se fue a Guayana a buscar diamantes o se murió de buzo en un ramal de La Paragua o el Caroní.

El padre era severo. Leía la Biblia después del baño porque era testigo de Jehová. Iba al "Salón del Reino" y nos llevaba y nos hacía cantar mientras mirábamos a la calle tratando de descubrir el Príncipe Azul en un muchacho rubio que tenía una motocicleta Indian. Al Salón del Reino. Al cine no. ¿Acaso hay un cine que se llame así? ¿El Salón del Reino?

Almagedón.

El fuego consumiendo a los mortales, una bola como la del tirano, unos quejidos ensordecedores en medio de un juicio interminable donde las espumas de los moribundos se levantaban hasta el cielo y ponían en peligro el incendio celestial. Los testigos no, porque somos testigos y hemos anotado en un lugar las inmundicias de las gentes.

Ellas decían en la carta:

—"¿Cuál es nuestra vida aquí? Ya no podemos vivir más en el rancho y cargar agua para que el padre lea la Biblia. En este rancho está el pecado. Lo hemos descubierto. Nos duele esa miseria..."

Y esperar los policías todos los días para hacerse pasar por el Príncipe Azul, porque descubrieron que nosotros lo esperábamos y queríamos verlo para besarlo o dejar que nos besara y rompiera el encanto o los maleficios que imperan en los cerros.

Yo no lo podía creer. ¿De dónde sacaban mis hermanas todo eso? Ellas reían y bailaban en el cuarto a escondidas del padre que leía la Biblia y en voz baja amenazaba a los vecinos con el Almagedón. Ellas se pintaban el rostro más oscuro que la piel de bronce a escondidas del padre. La madre no importa. Nos duele la miseria, es cierto y a nadie importa. Yo no sabía nada porque saltaban conmigo cuando sentían los pasos de un príncipe azul que se dignaba entrar en la miseria del rancho. La amargura y ellas se reían y se retocaban el rostro en el pequeño espejo, con saliva o los duros frotamientos de las manos en las mejillas que debían teñirse de rojo.

La carta decía:

—"Que papá vuelva... hace mucho tiempo que no vamos al Salón del Reino. Papá ahora no cree. Y quizás por eso nos han desalojado siempre. Papá ha construido muchos ranchos y siempre nos desalojan. No queremos ver otro desalojo ni a los perros que saben mordernos en las piernas y las nalgas porque no somos blancas... es muy duro ser testigo..."

Ellas nunca dijeron eso. Yo no sabía nada. Siempre andábamos juntas y no sabía nada y sólo una vez nos dijo la muchacha de la falda roja que había perros entrenados para comerse las nalgas morenas y respetar las blancas que podían oler y dejar de lado, sin tocar porque son del amo, del Señor, del dueño, del gerente, del ejecutivo, de la mierda que mis hermanas no comprendieron, ni mi hermano tampoco.

El padre trabajaba en la Ciudad Universitaria. Barría los pisos con un ancho cepillo y pasaba cinco o seis sacos de aserrín por el granito que debía quedar brillante, reflejando la sombra morena del padre o los números de las pizarras. Callado el padre, veía el brillo del piso en la madrugada cuando iba a amanecer científicos, profesor, iluminado, brujo, recetador de remedios para el hígado a los otros hombres que barrían el piso silenciosamente y doloridos. El hablaba con los estudiantes. Se bañaba y leía la Biblia para replicar a los estudiantes. Y un estudiante vino a casa. Habló conmigo. Me dijo muchas cosas y mis hermanas decían:

—Es el Príncipe Azul... No lo toques...

Salimos juntos y yo no volví al Salón del Reino...

La carta decía:

—"que papá vuelva..."

Ellas dos murieron y los periódicos se robaron las únicas fotografías en vida y publicaron la carta. Llegaron los estudiantes con urnas y flores. Se sentaron al lado de la madre y dijeron que las masas sufren la tragedia de entender solo con las urnas y las flores.

Y también fue la policía. Tomaron las huellas, las fotografías como quedaron y trataban de descubrir en sus piernas un signo de violencia y se guiñaban los ojos con sonrisas lascivas.

—Muy buenas... unos hembrones —oí decir.

Después se las llevaron junto con el padre que debía ser testigo y parte. Y más tarde nos entregaron los cadáveres. Pero el padre se quedó porque era testigo, ¿testigo de qué?

—Tiene que explicar por qué se suicidaron —dijeron en la P.T.J.

El les habló del Salón del Reino y el rancho.

—¿Por qué llaman a eso el Salón del Reino? —preguntaba un policía culto, medio abogado, perito en problemas sociológicos.

La policía declaró a la prensa de un caso extraño. Los extremistas y sus víctimas. No es pasional. Es pasional. Bajos valores morales. La ética del cerro. Los testigos se suicidan. El cine, la TV. No sé cuántas cosas más. El camino de las ratas. Dijeron tantas cosas que los sociólogos asomaron sus teorías sonoras irrefutables: en el rancho está el crimen y la capital no puede suicidarse. Muy objetivo, ¿verdad? Así se tenía la solución de un caso doble que duró tres días en los periódicos, un poco más que una gripe en el hipódromo.

El rancho. Tenemos un buen rancho, sólido, con bloques de cemento y una puerta decente. El padre compró la puerta en una demolición. Estaba alegre ese día y empezábamos la casa verdadera por la puerta. Dijo que era una puerta de "Quinta", de madera legítima, pura, sonora. Tenía un pequeño telescopio incrustado en la madera para ver sin ser visto. Podíamos ver por cualquier parte del rancho, por todas las hendiduras, las junturas, el boquete de la ventana, pero a mis hermanos les gustaba ver por allí, por el telescopio. Sólo nos faltaba el timbre para ser decentes verdaderamente. Una buena puerta. Y verdaderamente era la puerta mejor del barrio Los Eucaliptos, pese a los policías y los bodegueros que tenían sus ranchos allí. Sonaba bien cuando la tocaban o decían las buenas noches las gentes vecinas que odiaban nuestra puerta. Nosotros, las cuatro, la limpiábamos con grasa para que brillara con el sol. Era envidia lo que tenían por la puerta y al padre le gustaba la envidia.

El padre habló de todo esto a los policías, a los periodistas, a los sociólogos que tienen los policías y a un historiador que quería ser académico con una tesis sobre el rancho como factor de la independencia nacional.

Y cuando regresó el padre a la casa ya las habíamos enterrado.

Los estudiantes y los Testigos de Jehová cantaron sus himnos de estudiantes y Testigos de Jehová.

Y cuando el padre leyó la carta, lloró silenciosamente y no habló durante un mes que estuvo borracho. Parecía que se había muerto algo

en él. Ni se bañó siquiera. Mi hermana y yo cargábamos el agua y el agua permanecía tranquila en las pilas de hojalata. No tocaba el agua y bebía ron. La madre se sentaba con nosotras y nos contemplaba largo rato. Eso era todo, nos contemplaba con una gran tristeza.

—Ya yo no trabajaba en la textilera. Iba al cine con él. Y le sugería que pasáramos por el Salón del Reino. El era el estudiante. El príncipe azul para mis hermanas.

Luisa caminaba en ropa interior por el cuarto. Las gruesas piernas duras, de cobre, admiradas por Amanda que se ha levantado y la acompaña a lo largo del espejo y las sombras.

—El Salón del Reino... ¿Por qué llaman eso el Salón del Reino? Mis hermanas murieron. Entré al Partido por él. Y luego nos pasaron a las cuatro letras, las cuatro FALN, entiendes.

Mi otra hermana es puta. No va al Salón del Reino sino al Salón Bolívar, a La Perla y a El Torbe hasta que se muera en la navaja de alguien o de la sífilis, pese a una hija.

—Ella me da lástima. Es muy bonita y a veces nos acepta a nosotros. Y la tratamos como una reina porque es una Reina.

—Todo el mundo cree otra cosa de nosotros dos. Para todos yo soy una media-puta, medio-mujer de todos. Pero no es así. Todavía no es así como la gente piensa cuando nos ve juntos... Eso será dentro de una semana, después del reposo, porque ya es algo establecido entre nosotros y no entre los demás.

Amanda tiene ganas de llorar.

—¿Comprende si lloro? —se dice—. Esta muchacha es dura. No llora y hace unos instantes estaba tranquila y sonreía.

—Las dos necesitamos un trago esta noche, ¿no crees? Es preferible hablar de Zamora...

—Sí, es preferible. Eso pasó hace un siglo —y poco nos duele ya...

7

Margarita sale y la madre:

—Espérame...

Pero la puerta suena fuertemente cuando cierra y de los rincones y el techo caen partículas de pintura y estuco sin mucho ruido.

Los carros policiales están a lo largo de la calle. Parecen carros fúnebres, un séquito mortuario de un personaje importante. Civiles con metralletas, chaquetas de cuero, camisas a cuadros y cigarrillos encendidos, parapetados detrás de los árboles, apuntan sus armas hacia los techos de las casas, las hojas de los árboles y las nubes más bajas. La miran pasar y la siguen con los ojos. Margarita sabe que en ese instante no se les escapa el menor movimiento de sus senos, de sus piernas abultadas y las caderas que reciben el pendular de la cola de caballo. La dejan pasar quemándole el vestido con los ojos. Pero no le importa. Por un rato camina empujando con los pies un envase de hojalata vacío hasta que queda chato, aplastado bajo las ruedas de un carro. Pasa la calle y ya no hay policías y empieza distinguir voces, canciones, gritos de niños que juegan y mujeres que regañan o dan instrucciones a sus hijos. Un señor respetable le sostiene la pata a un perro lanudo para que orine y no se contagie la gonorrea en los árboles. Aprovecha un instante en que ha logrado dominar todo el panorama para suspenderse los senos. Los faros de los carros y la calle iluminan su falda a cuadros ceñida al cuerpo como un guante. Un conductor asoma la cabeza calva para verla mejor, silbar y chasquear los labios. Otro invoca a su madre y golpea la puerta con el paño, pero ella sigue indiferente, sorda, tranquila y no siente nada en las piernas y las sienes. Apenas si baja la cabeza para descubrir las rayas de la acera. Antes hubiera sonreído un poco para provocar una frase picante, grosera o inofensiva. Sin embargo, ensaya caminar de otra manera, con un paso menudo, afirmando perfectamente el pie en el suelo y siente de todas formas el vaivén en las caderas y un pequeño temblor en la cola de caballo.

—Al fin y al cabo no me importa —se dice.

En el Liceo todo está iluminado, despierto, vivo, sonoro. Busca por los pasillos donde han estado juntos. Se le acercan con cualquier motivo y ella pregunta o saluda sin calor, sin ver a la gente, sin oír porque en el Liceo se le ha llenado la cabeza de disparos, de muchos corriendo entre columnas, riendo o pidiendo silencio, atención, no moverse para que ellos no puedan distinguirlos desde la calle. Cuando llega a la cancha de deportes, aparece Alí, sudado, sonríe, hediondo a pelota de basket y a zapatos de goma. Intenta abrazarla y Margarita lo esquiva y él no entiende. Lo lleva a un rincón y ella

habla muy bajo, sin emoción, sin levantar las manos expresivas ni reír al final de cada frase, como lo ha hecho siempre. Y así desaparece la sonrisa de Alí y se le empiezan a sudar las manos y el rostro se le pone tenso por las arrugas insignificantes que comienzan a aparecer en la frente. Se frota los pies en la manga del pantalón y suda a chorros.

—Muerto... ¿tu sabes? muerto. Mi papá... yo lo vi. El se asoma y habla de GRIAVENSA como un hecho y tiene planos escritos en una libreta con diversos aparatos dibujados.

Alí no encuentra ninguna frase adecuada y le toma las manos. Se orienta mirando a su alrededor: algunas luces de neón en los corredores, titilan, oye el pito del juego de pelota, los gritos de los jugadores y siente la piel blanda bajo los pantalones sucios.

—Vamos a ver... cálmate un poco —dice ausente—. Lo mataron.

—Yo lo vi caer y como se torcía en el suelo. Luego no se movió más y brotó la sangre... ¿Eso es suficiente?

Por el suelo corría la sangre más oscura que el piso y arrastraba un trozo de papel, como un barco, arrugado y sucio. Un barco en la sangre hasta encallar en la alcantarilla negra, de hierro que cuando lavan el patio forma un remolino de cucarachas, yerba de escoba y un trozo de papel como un velero.

—Ni siquiera gritó aunque levantó la cabeza...

Y Alí reflexiona, pero no se atreve a decir la frase:

—Muy natural, muy normal... te matan y corre la sangre por el patio y se forma un río en miniatura por donde navega un barco de vela insignificante.

Y ella insiste:

—Esa es la meta, ¿verdad? Mi papá... ¿comprendes? El objetivo...

Movilizar todo el Liceo, llamar por teléfono, avisar a la Federación, una cinta negra en todos los murales y una convocatoria urgente. Un entierro en forma, brigadas, coros.

—No es tu papá... tu misma me lo has dicho...

—La policía puede llevárselo... ya lo han hecho con otros... —dice ella antes de seguir con el padre—. Desde hace quince años es mi padre, ¿entiendes? Yo lo conocí en la Cárcel Modelo. Mi madre le fue a decir que su mujer —una amiga— lo había abandonado.

Pero Alí no la oye porque grita a todo pulmón:

—¡Mataron a Arturo! Lo rodean y ella se retira. Alí habla con algunos y quedan solos. Se sientan en un aula.

—Hace quince años él estaba preso... Cálmate.

Alí le pasa la mano por el pelo.

Quince años y colas de cigarrillos y todas las voces de la tierra en una sala de visitas en la Cárcel Modelo. Ella era una niña. El padre estaba preso. Empezaba a caérsele el pelo porque no hay sombrero con pelo y ella comenzó a pasarle las manos pequeñas entre los escasos cabellos grasientos con olor a kerosene y romero. El usaba kerosén con romero para que no se le cayera el pelo y la besaba y miraba a la madre con ojos tristes, apagados, con sueño y oía palabras y monosílabos incomprensibles, pero que se traducían en suspiros y respiraciones agitadas y levantarse de la silla y caminar dos o tres pasos para volver con cierta tranquilidad y tomar las manos de la madre. Entonces, quizás no se le arrugaba el carmín de los labios y tenía vivo el murciélago de pelo en el rostro que era su sexy. Y no lo vio más por mucho tiempo hasta que un día regresó a la casa y durmió con la madre y cerraron la puerta y ella se quedó sola llorando en otro cuarto sin comprender llamando a la madre toda la noche. Ella lo odió y lloró unos días más junto a la puerta de ellos. Y un día sin saber por qué volvió a pasar su mano pequeña por la cabeza calva y reluciente.

—Llena de kerosene y romero para evitar la caída de un pelo que no existe ya y se quedó en las cárceles.

Alí la toma del brazo, salen del Liceo. En el parque los niños juegan entre sí, con los policías y los héroes. Rebotan sus pelotas de las cabezas de las estatuas:

—¡Defiéndete! —gritan.

Y las pelotas pegan en las estatuas de los héroes como una bola grande y redonda de cañón de la independencia. No hay que pegarle en la nariz porque la pelota salta loca en una dirección imprevista y se pierde el juego. Es mejor la frente de los héroes y esquivar un policía de uniforme que corre de una estatua a otra defendiendo las estatuas para impedir el juego de los niños con los héroes. Gritan los niños y el policía amenaza avisar a las patrullas vecinas que están en

un procedimiento cercano en El Conde. Faltas de respeto que no dejan tranquilos a los libertadores que tanto se jodieron en la guerra.

Pero los niños corren y gritan mientras lanzan sus pelotas de bala de cañón realista (y el policía es patriota y prefiere sentarse al pie de la estatua del Negro Primero por solidaridad).

—¡Defiéndete, héroe! —dicen los niños y el policía corre de estatua en estatua.

Jóvenes sentados en sillas plegables con libros entre las piernas dicen cosas a las cargadoras y sirvientas que giran incansables alrededor de las estatuas, los faroles y los árboles. Diez heladeros reunidos en un torneo de campanas mientras llega el camión-madre de los heladeros que los recoge a esa hora. El caramillo del amolador que se retira en su bicicleta para llegar temprano al bar a beber cerveza. Los ruidos de las motocicletas para llamar la atención de las sirvientas y sentir el motor en las nalgas y el sexo con poderes extraordinarios. Todo se mezcla en la cabeza de Margarita: saludos, palabras de chofer sobre repuestos caros, la rama se cae, los niños y los policías, un saludo y la noticia de la muerte de Arturo, estudiantes que se levantan a mirarla y rostros descompuestos:

—No puede ser...

—¿Cuándo?

—Yo lo acabo de ver... por aquí pasó, ¿verdad?

Pero Margarita no quiere hablar y desvía los ojos hacia las estatuas y los niños.

Nada. Sencillamente, lo mataron.

Siguen, atraviesan la calle. Ella le oprime el brazo:

—En los escombros no hay nadie —dice.

Alí comprende algo.

—Hay policías. Si lo mataron están allí...

—Ya se fueron. A esta hora no se atreven a entrar en los escombros. Sólo hay perros hambrientos y ratas. No me asustan las ratas. No me asustan las ratas...

Calor, fiebre y un sudor extraño en el cuerpo. Se le enfría todo el cuerpo, pero siente cierta inquietud en las piernas y en los senos. Debe tener la cara roja.

—Hoy no se puede...

—¿Tienes miedo...?

Lo más un cine, las manos, las piernas, los labios y ella le saca las manos siempre. ¿Por qué?

—Pueden matarte... —dice ella con calma.

Alí desconcertado suspira profundamente.

—A él lo mataron. ¿A ti no te matarán un día? No hay tiempo. No tenemos tiempo...

—¿Por qué?

—No seas tonto... Te pueden matar. El me lo dijo un día... Yo no lo creía. Pero es verdad... ¿Comprendes?

Te matan y los últimos movimientos son sobre la tierra, dura, estéril, seca, que se moja con tu sangre y eres un reptil y arañas el piso con las uñas hasta perder las uñas y la piel, ¿entiendes?

Margarita recoge un periódico viejo y Alí ve la parte posterior de sus muslos cuando se inclina. La cola de caballo barre la espalda y a la luz de un farol abre el periódico con fotografías de muchachas lánguidas de la pequeña burguesía que cumplen año, reseñas de baile, algunas modas, avisos de la Creole con aditivos mágicos, viajes, la mejor manera de comerse un pescado con vino blanco, los muebles imperio de una familia honorable que ha logrado combinar un tinajero —herencia de familia— con una televisión. Y Margarita sonríe e indica los escombros con tristeza y con miedo.

Pero lo toma de un mano y le dice:

—Esta noche, ¿entiendes?

El se deja llevar hasta los escombros y le arrebató el periódico con una decisión inconsciente, instintiva.

—Pueden matarte —le susurra al oído con aliento caliente y seco—. El me pidió un beso una vez. Pero le dije que eso se conquista como la libertad.

Ladra un perro y ella le oprime la mano sudada y temblorosa. La oscuridad es total, apenas se ven los trozos de vidrios en los cascajos. Buscan un lugar escondido entre las paredes a medio caer. Restos de locales de bares, de bodegas, de corredores extensos de mosaicos rojos y murales con españolas y majas.

—Yo no quería que fuera así...

—Pero así es. No es cuando uno quiere...

—Sencillamente no quería —protesta Alí lleno de temblores.

—El me pidió un beso y yo le dije algo de la libertad... Hoy lo mataron sin la libertad y sin el beso... ¿Es justo?

8

—La gente entra en el Salón del Reino y es distinta en el Salón del Reino, hay cierta luz y las palabras se vuelven solemnes o pecaminosas en voz baja...

No es como en el cine. ¿Acaso hay un cine que se llame así, el Salón del Reino? Mirar de una manera especial y caminar despacio y sentarse o arrodillarse con temor, con un dejo de miedo y con odio imperceptible hacia la sociedad y sus cosas. Hay que odiar y amar al mismo tiempo y al principio nadie entiende.

—Yo nunca he hablado de esto. He dicho algunas cosas a Pedro y Pablo y Pedro se sonríe. Pero Pablo me mira con ojos de místico indígena.

—Hay que hablar alguna vez. Carlos habla solo cuando está borracho o bebe al lado de Pablo... un trago te hará bien.

Pero ella no bebe y le dice que se siente bien y que pueden volver porque Pedro está bien y repite las mismas cosas que decía en la otra herida: coeficiente, curva de nivel, ángulo, altura y mil veces Luisa multiplicada por un número infinito que se pierde en la inconciencia.

—No se queja, ¿para qué?

Estudia ingeniería y todo se vuelve canales de riego y un sistema especial para los médanos de Coro porque es coriano. Y nunca se separa de Luisa: ella es la esperanza de los hijos y de no morir solo en una calle anhelando un beso o las manos de la amada. Eso dice cuando piensa que la muerte es un accidente de trabajo en la conquista del poder, en la tragedia del poder a la vuelta de la esquina.

—Se han comprometido a tener hijos después. Como lo pensábamos nosotros después del 23 de enero: una docena... perdón...

—Yo no puedo tener hijos —dice Carlos con amargura—. Es preferible tenerlos cuando se puede. Yo tengo que hablar con ese muchacho. Los hijos ya... después... estás vacío porque los hijos se quedan en la cámara de tortura, en las manos de un bárbaro que está sobre las bases profundas de la cultura occidental y del progreso...

A uno lo torturan. Te rompen la piel y luego profundizan en la carne, hasta descubrir que tienes huesos formidables para que suenen cuando se quiebran en tus manos. Y los testículos, hasta descubrir en las profundidades el epididimo y destrozarlo con los propios puños. Y la naturaleza crea su propio mecanismo de defensa: no hijos. ¿Para qué? Yo sé que los riñones no tienen que ver con los hijos. Eso lo discutimos una vez, me convenciste, me ganaste, leímos en los libros de fisiología de los estudiantes de medicina, pero yo no tengo hijos. Debe ser de la naturaleza de mi familia. ¿O funcionó ese mecanismo de la naturaleza? Yo sé que el epididimo juega un papel importante, distinto a la uretra, si es que realmente es exacto lo que digo.

Pablo trata de cambiar el tema. No está de acuerdo, pero no discute. No tienes hijo y yo no puedo ni perdonarte por eso. Ahora las heridas son distintas. Te meten un tiro y ya no caminas nunca y andas en la universidad mediante una silla de ruedas y nadie sabe si eres un héroe o un ayúdame a ser útil de la campaña posparálisis infantil que tiene sus ricos y sus pobres en este país.

—Son tiros. Esta es la segunda herida de este camarada, que tiene suerte. Otros se quedan en un segundo insignificante sin poder doblar la esquina donde suponían estaba el poder con sus laureles y sus barbas. A este muchacho nunca le han dado en los huesos y no tiene huesos como dice Luisa que todavía no ha podido tocarlo una noche hasta hacerle crujir los huesos.

La otra vez fue en el barrio Lídice de Caracas. La policía preparaba un cerco al barrio. Informaciones de soplones, de policías propiamente dichos, de gente de Acción Democrática, de la Cobra Negra, de un chofer de alquiler italiano y del dueño de un Salón de Belleza que peina a las señoras con sus dedos suaves de homosexual. Procesarlo todo. Y después enviar a los yanquis que lo saben todo con su comunidad y sus voluntarios para la paz en el beisbol, el fútbol y Lincoln que le gusta tanto a los demócratas latinoamericanos. Primero jugaron beisbol en las calles y hablaron de la comunidad como voluntad colectiva para hacerse una vida mejor al estilo americano que no es la mejor pero que permite descubrir un signo de poder y de confianza en la sociedad moribunda. Luego preguntaron.

—¿Por qué se llama Moscú esta calle? —Y simpáticos, sonrientes, bebedores de coca-cola, brindadores de chocolates a los niños y mazca-goma, se fueron al grano— ¿por qué se llama Stalingrado aquella?

—Por la guerra musiú. ¿Tú no sabes que hubo una guerra?

—Muy importante. . .

—Curioso —dijo la rubia de vestido transparente que con el sol permitía ciertas delicias inalcanzables de piernas blancas y yanquis. Y la inocencia de las preguntas menudearon. Entraron a algunas casas y palparon el radio, la televisión y leyeron en voz alta los nombres de algunos discos. Preguntaron si les gustaba el beisbol, las rositas de maíz, los policías negros o los policías blancos, Kennedy o James Dean, Fidel o la Chunga o Josefina Backer. Y hablaron de una revolución cubana sin comunismo o con comunismo, pero sin Fidel y el Ché que es argentino y nada tiene que ver con una revolución del Caribe. La revolución cubana sin Fidel. Y al fin propusieron cambiar el nombre de Stalingrado por Volgogrado porque ya lo hicieron los rusos y como dice el ex-Presidente Betancourt ya eso está periclitado, fuera de moda.

—Sí, fuera de moda —dijo una de las muchachas.

Hasta los rusos ya lo han hecho —ratificó la otra del traje transparente a la luz tropical de nuestro sol.

Eso es ir a Disneilandia y entrar en la fantasía de los cuentos de hadas y el terrible oeste que construyó un país próspero y grande como lo quería Walt Whitman que hoy mismo diría que su capitán era Lyndon B. Johnson sin mayores astucias latinas.

Muy interesante. Curioso.

—Nosotros hablamos de revolución en la comunidad como no hablan los comunistas que no juegan beisbol y beben vodka, eso que hace daño y tiene un sabor a yodo y no es como el ron, y esta muchacha que cumple años el próximo mes y le daremos una fiesta como madrina del club de los yanquis, de los malos, ¿entendido? Los malos que jugamos beisbol y queremos hacer una escuela y que esta calle se llame desde este momento Volgogrado y no la cosa estúpida Stalingrado que se murió con Stalin. . .

—Los niños tienen muñequitos e historietas completas del Pato Donald. Porque mañana queda instalada una máquina de hacer rosi-

tas de maíz sin comunismo ni fidel ni el ché que es argentino y llenar la ficha para incorporarse a la paz de la calle Volgograd como comunidad respetable, honorable de alimentos para la paz y la vida simple sin complicaciones ni comunismo que es duro y complicado.

Regalaron el equipo de jugar beisbol. La muchacha de vestido transparente dijo a otra:

—¿Te gusta mi vestido? Yo te puedo enviar uno por correo y será Nueva York aquí en la calle Mos... Volgograd... que es mejor...

La gente tomaba las cosas, mientras miraba a la rubia del vestido transparente que se ponía contra el sol, y reían con inquietud. Siempre es así y después llega la policía y cambia el nombre de la calle con unas letras grabadas en metal. Y la policía ocupaba los barrios e iban de casa en casa y se llevaban a los jóvenes solo para interrogarlos.

Pero la misma tarde que salió la policía de Lídice llegó Pedro Armas con la UTC. Escogieron un buen lugar para la emboscada, cerca del barrio de policías que viven allí y algunos se quitan el uniforme antes de subir. Esperaron una hora. Solo borrachos prostitutas y personas decentes. Mujeres que regresaban del trabajo y pasaban por sus hombres en los bares. Los perros ladraban, olían las armas hasta cansarse y se retiraban a la puertas de sus casas. Una hora.

—Tendrán que subir en helicóptero de ahora en adelante —decían los de la UTC y Pedro pedía silencio.

Un policía miró a todas partes antes de entrar en la calle empujada. Llevaba lentes negros aunque era de noche y faltaba poco para amanecer. Tropezó, se quita los lentes y descubre a poca distancias ciertos movimientos que de no ser de perros, son hombres de las FALN. Desenfunda el arma y dispara varias veces.

Pedro Armas dice a los demás:

—Ese no es. No disparen...

Pero siente en la pierna derecha un impacto caliente, de picadura de insecto grande y cae.

—Retirarse... Váyanse... Es mío...

Alguien trata de hablarle, pero él sólo responde:

—Váyanse... esto es mío.

Los muchachos se retiran y ambos quedan parapetados a cierta distancia.

—Le llevo ventaja —piensa—: una metralleta y la altura.

Nunca he fallado desde una altura así...

Se toca la pierna y siente algo caliente como un pájaro entre las manos.

—Me dió este bolsa...

Se levanta y oye perfectamente el ladrido de los perros cercanos, las luces que se apagan y un ruido de rejas en los bares. El policía le dispara otra vez. Es un duelo. Coloca la metralleta en tiro a tiro y avanza. El policía avanza también. Y a él se le paralizan los dedos de miedo.

—Me cago en Cristo —grita.

Y el policía salta ensangrentado y rueda hasta la cinta negra de la calle...

—Vamos —grita—. Pero todos se han ido ya. Está solo, sangrante y apenas puede apoyar los pies. —¡Vamos!— repite—. Ese se murió —y cuando da dos pasos más siente las manos de alguien en los brazos y vuelve la metralleta, pero le sonríen y una voz ronca le dice:

—¡Vamos! —y los perros ladran de nuevo y un borracho le dice:

—¿Te dieron, campeón?

Se toca la pierna: una quemadura, los huesos —pero no le duele. Arde un poco sí y se siente un hombre cuando los dos lo llevan cerro arriba y discuten si echarle kerosén o ron, llevarlo a casa de un médico que no pregunta y vive en el Manicomio.

Se dice que hoy cosas justas y cosas injustas. Buenas y malas. El poder necesita y tú sumas o restas.

—Yo le digo que a veces hay cosas que no tienen una explicación simple, de suma y resta. Maniqueístas. Que uno en ocasiones duda. ¡No puede hacer nada, se ahoga en un vaso de agua o se tira por la cuesta equivocada y luego la sube otra vez y comienza de nuevo. Pero te contesta qué dicen los demás. Hay gente que se ocupa de la filosofía, de la ideología, de las ciencias y tienen un laboratorio. Yo actúo. Después habrá tiempo. Ellos dicen que hay que liquidar al imperialismo ¿qué hay que hacer? Yo pregunto. Cuando luchábamos contra Pérez Jiménez éramos más jóvenes, ¿qué preguntábamos entonces?, ¿qué hay que hacer?, ¿dónde comienza esto? Lo demás no nos importaba. Ahora me preocupa el acto de apretar el gatillo y resolverlo todo allí, en la arena que no hemos pisado.

—Muchacho, apreta el gatillo, eso es todo...

Parece decir uno.

—Muchacho, apreta...

Para entrenar, para formar un ejército revolucionario, para lograr armas, para hacer un soldado de nuevo tipo, valiente, consciente, justo, está bien. No existe otra manera de hacer un soldado revolucionario. Pero no se puede creer que los policías son los platillos del tiro al pichón, y la diana del sacrificio y el tiro al blanco de sus cascos con una cinta azul.

—Yo te perdono, soldado revolucionario —dice Carlos. ¿Pero quién más te perdona?

—Yo no quiero tu perdón ni el de nadie... Somos así... Así seguimos. Nadie será sacrificado injustamente, aunque van a caer varios inocentes... Los policías a quienes declaro inocentes ante tí, que eres la justicia, la vida, el camino, la nada...

Pero no existe otra manera de hacer un soldado. ¿Cómo lo haces? y más todavía: ¿Cómo lo armas?

Uno mismo tiene que hacerlo. O se te muere el soldado en las manos, en la mujer y las ganas de luchar. Si tienes ganas de luchar, no pintes, no escribas, no digas un poema, no me pidas que me duerma al lado de mi mujer o de una puta. Todo eso se muere si quieres venir. Estas armas son pequeñas, pero uno se siente grande, gigante, inmenso cuando las tiene en las manos para conquistar el poder. El poder, ¿entiendes? Ahora eso es lo importante...

Uno se pregunta. ¿Tú crees que está bien este camino de la guerra? Podemos hacer un combatiente, un hombre que mata o que muere sin importarle nada, sin gritar siquiera la palabra poder cuando muere. La palabra te quiero, te adoro, te multiplico y te diluyo en la nada que es el poder cuando no se sabe hacia dónde se va. Pero debes comprender de una vez que la guerra aquí es la guerra del petróleo, de la andanza del petróleo, de sus yankis, de su cadena fina que se tiende en las exposiciones, en el farol y la canasta. Se le da más importancia a una canasta que a la perforación de un pozo.

—Te piden la carátula del Farol y tú la das... eso no es nada, es cultural y decente. Yo no dije nada en la reunión, pero no tengo nada que ver con las compañías petroleras, con el farol y la ayuda a las granjas que tienen recursos renovables. Si tienes una economía petrolera, debes hacer una guerra petrolera y eso no se puede expresar

en El Farol. Ese es un esquema simple. Pero es apenas un punto de partida y mis soldados no entienden que se han muerto defendiendo el petróleo, el hierro, una compañía yanqui que ha incluido en su inventario a los dirigentes sindicales que reconocen a los tigres del imperialismo no en el papel sino en sus casas donde se alimentan dulcemente.

Tú preguntas:

—¿Qué les parece la guerra del petróleo?

Y te responden:

—Yo no sé... Cuando haya que hacerla, la hacemos... y le tiran un bocado de carne grande y sangrante al tigre.

9

Luis Martínez corre, evita un hueco, un tanque de agua vacío, un árbol, una zanja, los montones de cascajos y salta a una tronera entre dos muros. La calle parece desierta, vacía, sin ruidos, muerta. Las luces de la calle solitaria alumbran el asfalto reseco, tostado, polvoriento.

—Desviaron el tráfico —se dice entre dientes. Lejos observa las luces de los carros cruzando en la oscuridad o en la imaginación. Puede ser la imaginación.

—Hemos debido suponer. Devolvemos y disparar. A lo mejor era Arturo. Deben estar allí.

Pero llega Augusto ahogado, le falta el aire y tose sin voz ni aliento definido.

—¿Y el carro?

—No ha pasado nadie. Desviaron el tráfico. ¿Y Arturo?

—Arturo se quedó. Los policías buscan en los escombros. ¿Qué te parece? seguimos por la calle... esconde la metra, si estás de acuerdo...

Corren por la calle estrecha muy cerca de los escombros. Luis Martínez solo ve manchas de colores a su alrededor. Colores que estallan amarillos y negros, rojos y azules con un dolor profundo en el costado derecho. Respira con dificultad, con deseos de caer, de beber agua y no encontrarse con los murciélagos grandes que le golpean la cara y el hígado.

—Espera —dice con la boca reseca y se sostiene en el hombro de Augusto con la lengua reseca, arenosa y erosionada.

—Sigue caminando. No podemos parar. . .

—No puedo. . . me ahogo. . .

—Estás muy pesado, Luis. No sirves para la guerrilla.

Doblan una esquina y los escombros quedan atrás, vacíos, quietos, llenos de sombras, iluminadas por una luz quieta, débil, fija, instantánea, de gruta del renacimiento.

—Los policías no se atreven a entrar muy profundo en los escombros. A lo mejor Arturo está allá. . .

—No viene —dice Luis Martínez jadeante—. Ya te lo dije.

—Me cago en la ostia. ¡Acuartelamiento! Hasta que lleguen ellos. . .

Una mujer se asoma en la ventana y levanta un brazo redondo y jugoso por encima de los cabellos negros y largos, extendidos y `chorreantes, después del baño. Se peina las dos alas enormes del pelo y dice:

—Entren. . .

Le parece a Luis Martínez con la boca seca que quiere chuparse los cabellos y decirle te amo en las axilas mojadas y calientes.

La mujer se recoge el pelo húmedo en la nuca y apaga la luz para que la silueta se refleje en el espejo largo y negro del cuarto. Y él le dice a Augusto:

—Vamos allá. . . es lo mismo. . .

—No. Debemos salir de esto. . .

Cuando venían de Lomas de Urdaneta fue así y él estaba cansado y las luces le entraban y le salían por los ojos.

En una mano la pistola 22 y en la otra un recipiente de gasolina. No habían podido entrar en las veredas de los superbloques de Lomas de Urdaneta y las manos parecían diluirse en gasolina en cada vaivén y en las rocas salientes e inevitables. En las azoteas se había agotado la gasolina —quedaban algunas bombas molotov y él salió por gasolina junto con Augusto Ruiz y no pudieron entrar porque los policías, estacionados cerca de las alcantarillas, impedían cualquier ascenso. Antes de llegar abajo habían sacado todas las alcantarillas y fijado los cables de los postes. Y los policías se ocupaban de saltar, maldecir,

gritar y decirse maricones cuando intentaban colocar las alcantarillas electrizadas en las zanjas.

—Pega corriente, mi sargento. . . usted no cree, pero pega. . .

—Grita un policía y se parapeta detrás de la patrulla que deja girar su luz roja en el techo.

Y le pusieron corriente.

—Estos carajos le pusieron corriente, mi sargento —grita otro que se atreve a tocar las rejas y ganarse las tiras de distinguido. . .

—¡Me cago en la corriente! —grita el sargento saltando hacia la reja.

Apoya las dos manos y la electricidad lo hace saltar hacia atrás con un coño en los labios que retumba en todos los edificios de Lomas de Urdaneta.

La gente ríe desde las azoteas y los apartamentos. Algunos le gritan:

—¡Echale agua, sargento. . . !

—¡Métele el culo. . . !

Y entonces ellos venían con la gasolina y se esforzaban para no reír porque los policías empezaron a disparar sus armas en todas direcciones y hubo que esconderse bajo un basurero y tomar rumbo al cerro que permitía la entrada por otro camino. Luis Martínez veía chispas de cansancio y sentía sed.

—Si se pudiera beber gasolina —dijo—. Un tigre en su tanque y sentir los ronquidos y la audacia del tigre hambriento con gasolina en el estómago.

Pero tienen que correr por el cerro para evitar las patrullas y él se acerca a los labios la boca del recipiente de gasolina cuando siente las manos fuertes de Augusto en la nuca.

—¡Corre! —le dice— los perros muerden. . .

—No aguanto. . .

Se pega a las paredes de los ranchos y una mujer alisándose el pelo con un cepillo le dice casi al oído:

—Entra, no hay perros. . .

El apenas la mira desconcertado y con los ojos rojos de sed, implorantes, temerosos, infernales cuando miran la pistola en la mano. La mujer desaparece y abre la puerta casi desnuda, pero no tiene tiempo de mirarla ni gritarle a Augusto nada hasta que se sienta y la ve

fuerte, redonda, negra, limpia, olorosa, con dos pendientes de carey hasta los hombros y unos ojos rojos de conejo.

Le trae agua y ron y se sienta con las piernas enormes y negras de monumento antiguo, africano sin bamba, con una sonrisa que dice:

—Guarda la pistola. No es necesario. Te esperaba desde esta mañana. Yo te vi pasar con los otros... pero tú me gustas...

El mira el interior del cuarto desconfiado. ¿Qué quiere esta mujer?

—Quería agua nada más...

Cuando camina la bata transparente deja ver sus formas descomunales, terribles y ¿qué quiere esta mujer? se va quedando a un lado junto con la sed, maldito sea y la mujer que no deja de hablar y saber de su vida.

—Ahora hueles a gasolina, pero no me importa. Se te ha quemado la camisa en los hombros y la manga, ¿tú no sabías? Las bombas molotov...

Y entra al cuarto y le trae una camisa limpia que huele a roble y lo hace pensar en el marido carpintero.

—Es de mi marido. Pero él murió hace dos años y desde entonces te espero, porque los he visto pasar a todos y ya no siento nada sino cuando pasas.

Pero no le da la camisa y se ríe y le trae nuevamente ron y agua y se sienta mostrando los muslos enormes y terribles de negra lasciva y puta.

—Pero ahora no la necesitas. Será para después...

Y él saca la pistola de nuevo porque puede ser una trampa y no comprende nada cuando ella le muestra los senos y le dice tira entre las dos tetas, mi amor y yo sé que tú eres de los duros y de los imbéciles que no entienden cuando una mujer quiere a un hombre.

—Pasa. Te daré algo que no encontrarás en el agua y el ron. Te daré esto y le muestra el sexo caliente y negro, puro, tembloroso y él vuelve a decir:

—Agua...

Te lo daré. Pasa... en el cuarto hay agua.

Augusto lo toma del brazo y lo empuja.

—Esa vieja busca otra cosa...

—¡Una cerveza! ¿quieres?

—Apúrate... No es lo mismo de Lomas de Urdaneta...

Doblan una esquina. Alguna gente en el bar, y Luis Martínez quiere entrar y pedir una cerveza, un ron, cualquier cosa líquida. Augusto no lo deja y lo arrastra semi-borracho por la sed y el cansancio. Los niños juegan con sus bolitas de cristal donde se reflejan los bombillos. La gente del bar se asoma de vez en cuando para apostar por una ráfaga de cinco o de cuatro. O el lugar preciso:

—Es por El Conde...

—Yo soy reservista —afirma otro con la cerveza en la mano—. Es más allá, en Los Caobos. —Y se chupa la espuma de los bigotes negros y partidos por los ademanes.

Luis Martínez insiste:

—Entraremos, a ellos no les importa dos hombres más... una cerveza...

Pero Augusto no lo deja y lo empuja hacia adelante.

—Será mejor cerrar y quedarnos adentro —dice un hombre muy grande con las piedras de dominó en las manos.

—¿Tienes miedo? —Un carajo, las piedras de dominó suenan con un golpe sobre la mesa y por fin una canción se impone hablando de amor y de ojos negros, grandes y terribles.

En la calle se estaciona una camioneta de repartir pan.

—Apúrate —dice Luis Martínez—. Una camioneta...

El panadero entra a una casa y Luis Martínez penetra en la camioneta. Se oculta un poco. El panadero vuelve y se sorprende, va a gritar y la mano de Luis Martínez le tapa hasta los ojos.

—¿Estás loco, musiú...? —le dice al oído.

Un asalto: Augusto saca el cañón de la metralleta por la abertura de la chaqueta y el portugués sorprendido le dice señor, excelencia y mierda de una vez.

Luis Martínez le dice:

—¿Tú no repartes coca-cola?

Y Augusto Ruiz:

—Hacia el este, compadre... Tu sabes... este es un asalto...

El portugués asustado dice unas palabras incomprensibles en su lengua. Luego trata de llorar, pero no llora.

—Me arruinan, me complican, me dan en la madre —con un tono de voz suplicante, moribundo, doloroso.

—Vamos, déjate de pendejadas... puedes perder la vida. ¿No ves? Hacia el este...

El portugués mira en todas direcciones y arranca a gran velocidad. Los niños miran desde la acera y corren detrás de la camioneta gritando:

—Ladrones, putas, portugués —entre el polvo y el humo.

Cuando doblan algunas calles, el portugués sereno pregunta:

—¿Qué parte del este, compadre?

Los muchachos no responden. El portugués mira por el espejo retrovisor y descubre un carro sospechoso para quejarse, llorar y dejar el volante suelto unos instantes.

—Me arruinan. Averiguan y ya no puedo repartir más pan...

—¿Qué parte del este? —insiste.

Un silencio, una droguería, la venta de pinturas Montana, Good Year, restaurant chino, juguetes para decir:

—Cualquier parte del este, ¿entiendes, musiú?

No te preocupes. Sigue hacia cualquier parte. Ya te diremos...

Y el portugués no deja de quejarse y temblar, limpiándose la frente con la mano tatuada de harina y sudor...

—A qué parte...

—El este es el este, portu... y la pistola es la pistola... tú dices...

10

Ella en el lugar que Alí ha barrido con los zapatos. Los avisos de gasolina un tigre en su tanque y miradas lánguidas de muchachas cumpleañeras, de cabelleras sueltas y negras, hacia abajo.

—Sobre el periódico...

Siente la respiración caliente que le quema su bigote ralo, de gruesas pelos dispersos y caídos y el corazón golpea torpemente tratando de salirse y confundirse con los senos duros y firmes. Alí la inmoviliza entre sus brazos.

—Esto es absurdo... matan a uno y todo es absurdo...

Pero ella se debate entre sus brazos hasta lograr al fin subir la falda adherida al cuerpo y sentir todo el calor en las piernas redondas, gruesas, cobrizas, ahora negras en la noche entre los escombros.

—Lo mataron —dice entre dientes.

Tiembla al contacto de la mano húmeda y fuerte. Ella asustada, mira las tinieblas para no mirar nada. Alí la suelta y da un paso golpeándose en la frente con los ojos fijos en una luz distante en el cerro. Margarita se acuesta lentamente sobre los periódicos. Siente en la espalda los trozos de ladrillos y cascajos. Lo mira y llora.

—¿Por qué?

Intenta levantarse pero se abrazan fuertemente.

Un hombre llega a orinar y el orín cae sobre una plancha de hojalata que tiene en gruesas letras la palabra "Farmacia" y salpica el "Turno" rojo, ruidosamente unos segundos. Y luego sobre una piedra para gritar:

—¡Coño! —de sorpresa y mal humor.

Y después más suave sobre una tabla para sentir las punzadas del orín sobre los pantalones.

No respiran, ella trata de evitar ciertas convulsiones involuntarias y un hipo sin respiración que le forma un nudo en la base de la lengua. Un trigre en su tanque...

Le tiemblan las piernas y el hombre se va tropezando con los cascajos y maldiciendo entre coños de malhumor e impaciencia. Al fin la sombra desaparece bajo un farol y vuelven los ruidos de las ratas, los grillos y los sapos. Lejos un perro o un gato hurgan en trastos mantecosos y rancios para mojarse la lengua de saliva hambrienta.

—¡Abajo el imperialismo!

Porque María La Tonina pasa y grita todas las noches a las diez y mira en todas direcciones y recoge el saco, mientras los estudiantes en el parque gritan a coro todas las noches a esa hora:

—¡Muera el imperialismo, carajo...!

Y María La Tonina sonríe, se coloca un nuevo gancho de fantasía en la cabeza y dice:

—¡Muera...!

Margarita la ha visto con su boca pintada, arrugada, vieja y sin dientes en las encías de arriba y le sonríe desde la ventana. Y grita desde la ventana:

—¡Muera...!

Y si no fuera por esto de ahora, gritaría también, aunque no pasara María.

Oye los gritos muy lejos y llora:

¿Qué te pasa...? Ya el hombre se fue...

Margarita respira, busca el aire anhelante y Alí le pregunta con cierto temor en la voz:

—¿Te pasa algo especial...? Dímelo...

—Nada...

Pero éste no comprende nada especial. Lo apreta contra su pecho. No comprende nada especial. Y el padre tampoco comprende cuando le grita a la madre y le toca las piernas o las nalgas:

—Esta muchacha es puro sexo, María...

Bebe un trago, le toca las piernas y agrega con los labios espumosos:

—Puro sexo, carajo...

Y grita:

—¡Carajo —por encima de las demás palabras.

Y le palpa los muslos suaves y le descubre la cicatriz aplastada y brillante de la vacuna.

Alí insiste:

—¿Te pasa algo especial?

—El grita, Carajo y me toca las piernas...

Y suplica con los ojos y la voz de borracho:

—Echame kerosén en la cabeza, mi amor...

Y cuando Alí la huele después, se disgusta y se siente ofendido. Un tigre en su tanque, para decir con rabia:

—Hueles a kerosén. Pablo dice que todos olemos a petróleo aquí, como las putas de Maracaibo.

Le molesta un guijarro en la cabeza, pero no se mueve. A lo lejos una ráfaga, tiros, un perro, el impacto de una bala en un poste cercano y los motores de los carros que pasan por la avenida a gran velocidad. Ella sube más la falda y crujen las costuras.

Cuando cruzan en la esquina los faros de los carros iluminan árboles retorcidos, puertas, troneras, trozos de pared con dibujos ingenuos de flores y toreros en los antiguos bares.

—Había un bar en este lugar...

—¿Qué quieres?

Brillan los ojos de una rata. Vuelve la oscuridad y todo queda quieto en los escombros hasta que cruza otro carro por la esquina.

—¡Muera el imperialismo —se oye más lejos.

Se incorporan. Margarita llora silenciosamente. Baja la falda con cuidado, sin prisa, él la ayuda. Sacude la cola de caballo de tierra y guijarros. Ya no importa.

—Los senos... —le dice él.

Ella se abotona la blusa.

—¿Te pasa algo especial?

No responde. Está en la grieta. La madre regaña dando vueltas. Arturo cae y le pide un beso. Una ráfaga en la espalda. Las manos ensangrentadas y los niños juegan con las estatuas en el parque. Rebotan sus pelotas en colores en las cabezas de los héroes:

—¡Defiéndete!

Y el policía corre tras los niños para defender a los héroes de la artillería realista que diezma las tropas. Puro sexo y muera el imperialismo.

Pero Arturo cae sin decir una palabra. Porque le había dicho aquella noche dame un beso y ella le respondió con la libertad que se conquista mientras miraban las estrellas.

—Vamos a buscar a los muchachos —dice Alí y le pasa un brazo por encima de los hombros—. Iremos a casa de Arturo...

—¡Muera! —se oye a los lejos.

—No lo dejarán velar los policías...

Lentamente, pero sin pisar en falso, salen de los escombros. Ella se devuelve y recoge el periódico mientras Alí la llama y le dice loca. Pero ella forma una bola con la página y él pregunta sin comprender:

—¿Qué vas a hacer con eso?

Ella no responde, deshace la bola, alisa el papel y lo dobla.

—¿No lo quieres como un recuerdo?

El lo toma de sus manos y lo guarda en un bolsillo.

—Iremos todos. No le importa a los policías. Ya lo mataron. No nos pueden matar a todos.

Ella se limpia los ojos con el dorso de la mano.

—No llores más —susurra él cuando llegan a la calle.

—Yo no lloro...

—Lloras por él, que te pidió un beso...

Siguen un trecho en silencio. El la apreta contra su cuerpo.

—Perdóname. . .

Nada especial.

—Sí —dice ella—, ya lo mataron. . .

11

Pablo, sentado sobre un cojín mira a Zamora y a Carlos, pero no tiene sueño. Parece suspendido en un mundo suave, quieto silencioso. Hasta donde hay silencio con los ruidos de los motores, los disparos lejanos y los perros. Aparecen y desaparecen las cosas, opacas o brillantes, luminosas u oscuras en medio de los barriles de basura en la acera. Y los barriles se mezclan con las luces de los carros o una letra de neón que guiña un ojo en el cine. Una mujer se levanta la falda hasta la cintura o más arriba aun. El policía llega hasta los barriles de basura y dice algo entredientes sobre la ruleta rusa.

¿Por qué diría eso de la ruleta rusa?

Nada.

Un policía que habla mientras orina la ruleta rusa y se lleva el índice a la sien del sargento que debe morir como un sargento en servicio.

La barrera policial. Una ráfaga, los policías en el suelo, la luz roja en la patrulla se apaga, los muslos de Luisa duros, calientes, terribles, de prójimo y vírgenes al mismo tiempo.

De pronto se levanta y patea el cojín para caminar por la sala como en el calabozo. De un trago termina el ron del vaso.

Uno tiene una mujer e hijos. Eso no es sobrenatural ni es preciso dejarlo escrito. Pero sientes miedo y se te enfrían las manos y te dan ganas de correr con todo y la mujer y los hijos.

—De correr, de huir, de vivir después de la operación para recordarla hasta en sus detalles más insignificantes y sentirse poderoso sin el segundo de miedo que te paraliza y te obliga a correr al mismo tiempo. . .

De pronto no está aquí: Carlos pinta pacientemente en la prisión y oye cuando a veces se le acerca y le dice:

—Sólo puedo pintar grises. Colores de cemento, de muros. No tengo otro color en el cerebro. Sólo me sale el color de mis sesos.

Se sobrepone, toca la frente de Pedro y camina hacia el balcón: la noche sigue allí entre los bombillos débiles de las calles y la luz de mercurio imponente de las avenidas. Ruidos, perros, disparos, sirenas lejanas, algunas estrellas. Desde el calabozo sólo podía ver una estrella. Después no se ocupó más de las estrellas, pese a sus deseos de niño de convertirse un buen día en militar o astrónomo. Antes sabía sus nombres. ¿Para qué acordarse? Canopus nada tiene que ver con la cárcel, la memoria y el ron.

—¿Para qué acordarse?

Las descubren (Carlos le sirve ron). Les ponen nombres y uno está en la cárcel y ellas brillan o se ocultan sencillamente porque ha empezado a lloviznar. Y se sabe la distancia, el tamaño, la materia que predomina, el grado de calor, la composición de la atmósfera, los esquistos de betún y la vida que negamos o afirmamos rotundamente. ¿Para qué me sirve cuando estoy frente a la pared, desnudo, con frío nervioso, moribundo de miedo, de hambre y de sed, de desesperación y de silencio? Yo no puedo decir entonces:

—Canopus, estrella Polar, Andrómeda, sálvame con tu luz, con tu misterio, empien a disparar sus rayos cósmicos. . .

Se detiene en medio de la sala, saca la pistola del costado izquierdo y baja el martillo con precaución.

—¿Desde cuándo no escribes? —lo interrumpe Carlos—. Tú no puedes dejar de escribir.

Pablo lo mira sin comprender. Es cierto, escribía en la prisión. Es cierto, había que escribir en la prisión y esconder los papeles porque los guardias nacionales y la S. N. los buscaban. Hacer un hueco y enterrarlo todo en el patio, en un día de sol. Sembrar encima un naranjero y regarlo todas las mañanas y medir los pasos de la pared al naranjero. Establecer con exactitud los ángulos con relación al sol y la proyección de las sombras durante el solsticio de verano. Enterrar. Que nadie sepa. Quizás dos. Una novela, una obra de arte sobre un policía porque sólo sabes de policías y presos. Sabes tanto de los presos como de los policías, del policía y la luna y su diente de oro que brilla o se pone verde en la base, del policía que sabe comerse una naranja y esconder las pepas en el cañón de la carabina y del policía que cuando llega a su casa borracho se cree a sí mismo dueño de bar y prostitutas y le dice a su mujer que no sabe tratar a

los clientes como se lo merecen realmente. Y entierras la novela del policía que se cuadra ante un músico uniformado y se maldice y entonces delata al amigo de la infancia que le ha quitado la novia que ambos aspiraban cuando hacían zapatos en un zaguán de una casa a San José. Los poemas no se entierran porque pueden aprenderse de memoria y salir a la calle en la cabeza de los presos que van en libertad. Pero cuando cae el gobierno, tú vuelves a la cárcel con un permiso en el solsticio de verano y a una hora determinada ves la sombra pero no aparece el naranjero y los presos nuevos te miran como a un policía más que busca el oro enterrado de la revolución. No hay nada y un preso comenta en voz alta:

—Encontramos un entierro. Los guardias dijeron que era el oro de los comunistas...

El oro de los comunistas. Y lo único que queda de todo esto es la pregunta que te hace el guardia o el esbirro:

—¿Tú eres el que escribe esas bolserías? Te vamos a enseñar...

Pero Carlos insiste:

—¿Desde cuándo no escribes?

—Desde la prisión... tú lo sabes. ¿Para qué me lo preguntas?

¿Crees que a estas alturas puedo hacer otra cosa distinta a esto?

Amanda y Luisa dejan de hablar en la otra habitación. Pedro se queja en el diván.

—Tal vez se durmieron ya. Esa muchacha necesita un descanso largo.

—Ahora tendrá vacaciones...

Cuando Carlos sirve ron. Pablo dice lentamente:

—No creas que esta noche voy a llorar de ron y de amargura. Ya eso se acabó. ¿Sabes una cosa? El hijo mío cuando juega a la guerra también se coloca un sombrero sobre la gorra militar y nunca ha visto un retrato de Zamora.

Permanecen en silencio un largo rato, se miran, suspiran, y empieza una guerra de monosílabos, de frases completas hasta que Pablo se impone con voz suave. Retomaba una monólogo en voz alta.

Y después uno bebe ron y se anima un poco y mira por el balcón una estrella, las tinieblas, las casas caminando por los cerros. Oye los perros, los disparos, los pitos de las garitas en la prisión.

Hasta que ya no ve, no oye, no siente, no piensa nada. Como un muerto. Como nada. Ni un recuerdo. Y miras con ojos de asesino. Rayados de sangre en la parte blanca, los ojos. Pero no dices nada. Y te tienes que comprender y explicar tú mismo. Porque, ¿quién te explica? ¿Quién te entiende? ¿Quién fuera de tú mismo piensa que tú eres bueno? Así es, uno bebe ron. Y te preguntan mil amigos seguidos una noche de borrachos:

—¿Por qué bebes ron? Un comunista no bebe ron...

Y te juzgan y montan una corte en un bar o un cabaret para sentenciarte y condenarte a cadena perpetua de alcoholismo. Te juzgan, son tus jueces naturales compuestos por la policía, la familia, los amigos, los enemigos, el clero, el historiador y el empleado del Concejo Municipal que contribuye con dos bolívars para hacer la revolución.

Uno no puede responder ante los jueces porque se llena de complejo y amargura.

¿Sabes? el miedo existe. Uno tiene miedo de acostarse con uno mismo. Con lo que piensa, con lo que ve en el techo, en los rincones, dentro del closet, con lo que pueda aparecer de pronto en la puerta del cuarto. Con lo que ve allá adentro cuando cierra los ojos. De pronto saltas con la pistola en la mano porque hay un vestido de tu mujer colgado en la puerta que se levanta de pronto y se echa encima ululante, gelatinoso y gigantesco hasta que ella te dice con voz de sueño:

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Nada... — y eres feliz porque ella está acostada contigo y no se te han llenado los ojos de gusanos, mientras tratabas de conciliar el sueño.

—¿Sabes? el miedo existe, pero te preguntan y tú dices:

—Déjame tranquilo...

Y bebes ron y empiezan a ser normales ciertas convivencias. El miedo existe.

Te acuestas con tu mujer y quieres abrazarla, besarla, decirle sencillamente:

—Yo-te-quiero, ¿sabes?

Ocurren cosas y-yo-te-quiero y se me llena la voz de miel cuando te nombro en combate. ¿Qué más? ¿Existe otro amor?

—Yo te quiero...

La oyes dormir, pero no la tocas. Por una semana no la tocas. Uno está acostado con uno mismo, sin amor y sin odio, con la noche o con la nada de la magia. Y no es que te miras las manos frente a la lámpara o la noche.

¡No es!

No están manchadas. Una vez con las manos rojas de pintura —entonces éramos unos niños, ¿recuerdas?—, me lavaba en una pila al pie del cerro. Habíamos pintado toda la calle principal pidiendo garantías, empleos, libertades públicas, elecciones, libertad de los presos y unas mujeres que molían su maíz empezaron a gritar cuando vieron nuestras manos rojas:

—¡Asesino...!

—¡Policía...!

—¡Criminal...!

—¡Asesinos...!

—¡Mataron un niño...!

Yo quería explicarles. Esto es por ustedes. Luchamos por ustedes. Nos matan por ustedes. Pero no importa. No.

—¡No somos asesinos! —gritaba, ¿recuerdas? y corrimos y nos tiraban bollos de masa, piedras, botellas, envases de hojalata. A muñocito que era el más pequeño lo agarraron y le rompieron la cara, los dientes, las ropas y luego en la S. N. lo torturaron a muerte para que confesara un atentado contra el coronel que entonces era coronel Pérez Jiménez.

Eso no es. Tú llegas. Ella está aquí a tu lado. Pero tú estás solo. No quieres tocarla. Nadie te dice asesino y no recuerdas a las mujeres con sus recipientes de maíz sancochado lleno, en fila, esperando turno para el molino. No te dicen asesino ni a muñocito le han sacado los dientes y entregado en manos de la S. N. Y además, eso no importa ya. ¿Asesino? Sólo quedamos tres o cuatro supervivientes de la resistencia contra Pérez Jiménez. Eso no es. Estás al lado de tu mujer.

—No quieres tocarla, ¿para qué?

Una semana y la ves como duerme y respira con la boca semicerrada formando globos de saliva y despertándose. Precisamente, ella, tu mujer al único ser que has recordado toda la noche mientras

estás en el lugar más peligroso. Y apenas la ves le das la espalda para espiar la noche, la puerta y no cerrar los ojos porque entonces ves lo que no quieres ver. Tú anhelas tu mujer. Estar con ella. Decirle:

—Yo-te-quiero...

Y dame la mano, no me dejes solo. Esta noche es terrible para mí.

Los muchachos no. Ellos son distintos. Sienten miedo una o dos veces y les tiembla el cuerpo. No quieren comer, beben en silencio o quieren poner un disco clásico a todo volumen. Enloquece alguno por unos días si es la primera vez que ve un agujerito oscuro en el rostro cuando dispara. Otros hablan sin parar: como dio vueltas, como cayó, como sintió en la mano el impacto de la bala, como se llevó una mano al sexo y el grito o la mueca o el gesto y el lugar de los brazos tratando de asirse en el aire. Hablan y luego ríen o callan o lloran o se quedan dormidos con las manos en el sexo.

Pero todo pasa.

¿O también sienten esto en la noche, con la novia en el cine o cuando caminan por la calle? ¿Sienten? ¿Qué ven en el cine? Yo no puedo ir al cine.

—Me parece muy duro ir al cine hoy en día.

—A Humphrey Bogart lo mataron en S. N., ¿recuerdas? —dice Carlos.

(Bogart no fue nadie, Carlos, y es cierto: lo mataron en ti cuando te torturaron en la S. N., pero esto es distinto).

Los muchachos creen que uno es distinto. Dicen:

—Tú eres un hombre distinto. Eres frío, duro, calculador, insensible. No se te arruga el rostro nunca. Ni sientes asco. Tú eres distinto...

A mí me lo han dicho y yo sonrío con tristeza, con amargura, con deseos de sentirme herido, medio muerto para gritar como ellos o comenzar a hablar lleno de miedo.

Y uno bebe ron y no toca a la mujer en una semana. ¿Sabes?, el miedo existe.

—¿Por qué bebes ron? —te dicen—. ¿Es una necesidad? Un comunista no bebe ron.

La mujer se da vueltas en la cama y uno también, pero sin tocarla. Oye la respiración toda la noche con la boca entreabierta de yo-te-quiero, mi amor.

—Un comunista...

—Déjame tranquilo...

Carlos lo toma del brazo y lo sienta en el cojín. Se miran por unos instantes. Carlos dice:

—Pablo, debes volver a escribir...

—Señores, he aquí un juez en mi amigo. Otra vez estoy ante un tribunal...

—No seas bolsa, yo no soy juez de nadie...

12

—Firma —Alí le entrega a Margarita un trozo de papel y un lápiz.

Margarita lee con los ojos borrosos, unas letras húmedas y líquidas y descubre los rostros descompuestos, de grandes muecas de los estudiantes. Ellos le devuelven la mirada y le comienzan a picar los senos, las manos, las piernas hasta que se muerde los labios y arregla el portasenos sin importarle los ojos de sus compañeros.

—Yo no firmo...

Alí le arrebató el papel.

—Sólo dice: te vengaremos, Arturo. Nada más...

Se miran en silencio. Ella llora con los labios apretados. —Esto no es romántico —le dice Alí con rabia—. Lo haremos de verdad. Es lo menos que podemos hacer.

—Ya yo me vengué —dice entredientes arreglándose de nuevo los senos ardientes, todavía erectos y duros.

—Es un juramento...

Porque ahora hay que jurar sobre nuestros muertos como en la independencia. Un muerto de nosotros no puede ser solamente una desgracia, debe alentar, empujar, ayudar a elevarnos por encima de la muerte misma.

—¿Tú no entiendes? —pregunta Alí con sus ojos inyectados mirando en redondo a los estudiantes, el ataúd y los candelabros.

Ella se queda sola en el rincón:

—Ya me vengué...

Dame un beso. ¡Tonto! La libertad se conquista.

Y el padre se asoma por la grieta todos los días antes de irse al trabajo (SESA). Sonreía, meneaba la cabeza y anotaba en una libreta con esquemas sobre periscopios. Margarita llegó esta noche y no dijo nada. Estaba borracho sentado frente a la grieta. Ni siquiera dijo:

—Puro sexo, María...

Y ella no pudo responder con las palabras que había pensado cuando regresaba a la casa. Le habría dicho:

—Sí, cierto, puro sexo. Mataron a Arturo, pero tendré un hijo de él... ¡puro sexo...!

Ni siquiera la miró.

—No debieron hacer eso —balbuceaba cada cinco minutos con los labios húmedos de ron.

La madre sale de la cocina y pregunta algo secándose las manos secas en el delantal.

—¡Eso no...! Hacerlos presos, asustarlos.

Bebe, mira la grieta y agrega:

—¡Era suficiente...!

Margarita no pregunta nada. Tampoco comió. Se encerró en el cuarto lloró dos minutos sobre la almohada y se cambió la falda por otra de cuadros oscuros.

—El fue —dice ante el espejo recogiendo el pelo.

Cuando salió, descubrió la sombra del padre con un vaso de ron entre las manos y con los ojos fijos en la grieta. Nadie le preguntó adónde iba a esas horas. La madre se limitó a verla cuando se alejaba por el zaguán oscuro, buscando la tranquilidad y el alivio de sus manos en el delantal.

Alí se acerca solemnemente a la caja mortuoria con el rostro sudado y lleno de arrugas. Todas las miradas están en él. Los estudiantes forman una guardia de honor en las cuatro esquinas del monumento. Alí levanta la tapa de la urna y busca las manos del muerto hasta encontrarlas frías, rígidas, impresionantes, sólidas, secas y deja el papel. Los estudiantes se miran satisfechos. Algunos se adelantan y le dan la mano a Alí.

—¡Muy bien...!

—¡Buen trabajo...!

—¡Ha debido ser con sangre nuestra! —responde Alí con voz ronca.

—¡Este es un juramento...!

—¡No hemos vengado a nadie!

—Las cuatro letras...

Margarita oye desde un rincón.

—Ya yo me vengué...

Ha debido ser con sangre nuestra. El miraba por la grieta puro sexo cuando estaba borracho para asustarlos solamente y llevarlos presos y bajarles los humos de insolencia frente a la resistencia que sí era resistencia contra la dictadura. (La boca entreabierta que no se puede cerrar con el pañuelo porque él le pidió un beso una noche y ella le respondió con la libertad). El estaba preso y ella era una niña que pasaba su mano por la cabeza de pelos escasos, dispersos, marchitos impregnados de kerosén y de romero. Y cuando regresó de la prisión con menos pelo, con los ojos apagados de miedo y sufrimientos se encerró con la madre en el cuarto y ella lloró y esperó y no abrieron la puerta hasta el otro día.

Alí le oprime un brazo.

—No es tu padre... contra él no tenemos nada...

Ella se escapa al patio interior donde la gente de más edad fuma alrededor de la mancha de sangre. Caminan en círculos, se detienen, meditan, se sientan, miran las estrellas cuando entran los policías e intercambian miradas temerosas e inteligentes. Cuando caminan parecen decir, cuidado, no pisen la sangre del muerto. No la pisen.

En la puerta de la casa una comisión policial mixta —con uniformes y sin uniformes—, registra a todos los hombres que entran. Un sargento dice con una voz fina de mujer:

—Debiera venir una mujer para que registre también a las mujeres...

—Esas son más peligrosas, ¿verdad mi sargento?

—Hasta yo puedo disfrazarme de mujer, si me lo permite el reglamento —dice el sargento con su voz fina ahogada por la risa—. Me daría un banquete...

Margarita sale. Los policías la dejan pasar y se golpean con los codos. La falda a cuadros, ceñida, parece negra en la noche.

—Un bombón, mi sargento...

—Un banquete...

Cuando entra a su casa la puerta se cierra con un gran ruido, pero el padre sigue sentado frente a la grieta y la madre le echa kerosén en la cabeza con una esponja.

—Acuéstate —dice la madre—. Eso te hace daño. ¿Acaso tú lo mataste...?

Margarita se afloja la falda en la cintura y se saca el portasenos caliente y sudado. Si la viera el padre, gritaría sin duda:

—Puro sexo, María...

Pero la voz pastosa, ronca con las vocales fuera de lugar, balbucea:

—A uno llegaba a hacerlo preso la S. N...

La democracia es distinta... tiene que ser distinta, ¿verdad?

13

Pablo se sirve un trago y mira el contenido largo rato.

—Luisa es más joven que él —dice—. Hasta hace dos años trabajaba en una textilera. Antes fue Testigo de jehová junto con toda su familia. Dos hermanas se suicidaron. La otra es puta y el hermano menor se fue a La Paragua, donde funge de médico y sueña con los diamantes. El le escribió y le ofrecía un puesto de enfermera en su "consultorio", pero si dejaba los testigos.

—Está a tiempo completo en la juventud y en las 4 letras. Y ha participado en más de diez acciones importantes.

—¿Y el padre?

—Ahora no es testigo. El cree que cuando ella se queda en la calle es para acostarse con Pedro. Prefiere eso. Resulta menos peligroso el amor. La madre sí sabe.

—Es difícil vivir —dice Carlos—. A veces he pensado en buscar diamantes también. Ese muchacho lo hizo y no lo pensó nunca. Tú siempre hablabas con los buscadores de diamantes en la prisión.

En silencio, ambos recuerdan la prisión. Siempre es así. Uno sale de la prisión y la prisión queda en el cerebro petrificada.

—No volveré a caer preso...

—Seguramente prefieres que te maten. Eres un suicida vergonzante...

—No. Pero no me matarán, te lo aseguro. Uno cae muchas veces porque no tiene el valor suficiente para huir, para matar, para abrirse paso con las armas, con las uñas, con las piernas. La mitad de la caída, si no más, se debe a uno mismo. Pones de tu parte para caer. Pero debes estar preparado para no caer preso. Eso es todo. Y no hablo de la primera prisión que la busca uno mismo, la quiere, la desea, la pide como una necesidad adolescente.

Como no nos matan en la prisión, parece un juego de niños al principio: caigo preso y me fugo: es la ley en el ciclo preso-carcelero.

Carlos empieza a temblar, aunque siente el cuerpo caliente por el ron.

—Yo creía como un niño que el 23 de Enero del 58 habíamos acabado con la prisión, con la persecución, con la tortura, con los muertos. Quería vivir en paz. Es cierto, la prisión en el cerebro. ¿No se puede vivir en paz? Sólo a ti te pregunto esas cosas. Ni siquiera he podido tener hijos. Y a fin de cuentas, ¿de qué me sirve la paz? Hoy pinté —como hace 13 años— un letrero en la pared: PAZ. ¿Cuántos más hay que pintar?

—Es mentira esa paz. Siempre nos han hecho la guerra.

Un día te sometes y aceptas su paz, pero no te perdonan nunca. Siempre serás un perseguido, un sospechoso, un enemigo en potencia a quien hay que vigilar, acechar, inmovilizar, perseguir y torturar preventivamente. La paz para ser blanco de sus disparos. ¿Es eso? Yo también quiero vivir en paz. ¿Acaso crees que es buena la guerra? Yo me niego a aceptar la paz de los españoles. Todos queremos vivir en paz. Yo quiero abrazar a mis hijos, a mi mujer, salir con ellos, ¿entiendes?

Es mentira. Tú lo sabías en la prisión. Ellos quieren la paz de llevarnos en paz a la prisión y torturarnos en paz y asesinarnos en paz, llevarse el petróleo y el hierro en paz. Sí... son frases.. Yo creía también que el 23 de Enero había llegado la hora de descansar y dormir con la mujer en paz y no verla de noche acostada a mi lado sin atreverme a tocarla, a amarla y preguntarle si llegó el cartero.

—No hay descanso. Es mentira. Nadie te oye. Nadie cree en tu pintura de la pared en medio de las consignas soeces infantiles, inocentes, rebeldes. La paz se conquista con esto. Es el salvajismo de nuestro tiempo, pero ¿qué otra cosa puedes hacer? ¿pintar paz y acostarte tranquilo? Hay que morirse. La paz tiene ese precio.

Sólo hay paz si me dejo perseguir y torturar tranquilamente. La paz del torturador, del carcelero, del explotador, del vendedor. A José Gregorio Rodríguez lo tiraron en paz por una ventana.

—Tenían hijos, muchos hijos. ¿Y qué? Se lo llevaron a él y la mujer.

Los hijos quedaron llorando. Luego se durmieron. Primero la golpearon a ella junto a él. EL VOTO ES UN DERECHO Y UN DEBER, decía la radio entre la propaganda de un ron, una canción y otra propaganda de ron. Después a él frente a ella llorosa, asustada, silenciosa para no hacerlo sufrir más. Lo golpeaban por turnos. Uno, dos, tres: tu turno y el voto es un derecho y un deber, ciento cincuenta años lo respaldan, al ron y otra canción para que el cuerpo humano se transforme en un instrumento primitivo de percusión y la pacificación del país y vota por otro carcelero caudillo o universitario baboso. Y el ron y la canción se alternan, forman una masa con los pequeños derrames interiores hasta que no oyes más, ni ves más ni sientes más nada en los ojos que se van perdiendo del mundo.

—Lo mismo que a nosotros, ¿recuerdas? También la radio decía en otras elecciones y otras torturas y otros policías y carceleros de la paz, "el voto es un derecho y un deber" y entonces el ron tenía menos años, pero eran ciento y tantos años... lo respaldan, ¿al ron o a las elecciones y la tortura? Siempre elecciones, ron, canciones, torturas. ¿Recuerdas?

—Tú decías: no podré beber nunca más esa marca de ron. Así fue con José Gregorio Rodríguez, pero no salió vivo como nosotros.

—Maldito ron...

Quienes torturan ahora aprendieron perfectamente la lección de sus torturadores de antaño. Aprendieron en su cuerpo, en su dolor, en esa vida que te llena de heridas que en raras ocasiones se cicatrizan...

Y como siempre hay un médico cerca del torturador, te examina, te mira con una linterna en el ojo, te palpa en las costillas, oye el corazón, toma la presión arterial y sin decir una palabra dice que pueden continuar, bajando los ojos y la barbilla y sigue la fiesta del dolor. Pero si ya no funciona nada, niega con la cabeza silenciosamente, como hizo el médico con José Gregorio.

Y lo tiraron por una ventana desde un cuarto o quinto piso. Pero el médico examina a otro y dice con la cabeza:

—Con éste pueden seguir...

Y suicidio para el otro y una comisión del Congreso viene en paz y determina que fue muerto antes de lanzarlo por la ventana. ¿Y qué?

—Señores, para ustedes, la tortura, los asesinatos, las prisiones, el yanqui y el petróleo, el voto, es un derecho y un deber...

Pablo se mira las manos en silencio, se dobla los dedos uno a uno, de un trago se bebe el ron y por un instante deja de temblar.

Carlos dice tímidamente:

—Yo los ayudo como puedo.

Pablo lo toma del brazo:

—No se trata de ayudar. Tú eres un militante. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Antes lo entendías así. ¿Es tu mujer? ¿Ella empezó a quererte por lo que hacíamos en aquella época. Ahora tratamos de hacer más. Por lo menos sabemos el camino. La mujer empieza a quererlo a uno como un héroe. Las pocas cosas que uno hace son heroicas. Después se identifica en todo con uno.

Carlos piensa un largo rato. No puede decirle eso. Le duele. Ni siquiera tienen hijos. Quizás es miedo, simplemente miedo.

—No, no es mi mujer —indica la metralleta con un gesto de la barbilla—. Ya he cargado esas cosas antes y no quiero empezar de nuevo. Estoy cansado. Ya no soy un héroe. Hay otros mejores. Quizás no me comprendas...

—No comprendo...

—Hay que humanizarse para comprender...

—Yo soy un ser humano, dame otro ron...

—La sangre me corrió una vez por las manos. Tengo miedo. ¿Acaso no puedo tener miedo? Tú eres distinto, los muchachos tienen razón. Un ser humano: te duele todo lo que haces. Yo no

puedo hacer lo que me duele. Tú no duermes, eso es lo humano, no sé.

—Yo siempre he tenido miedo. El miedo siempre es importante. Tienes que incorporarte. Dejamos de ser de Acción Democrática, donde fuimos dirigentes. Ahora somos comunistas. Para qué decir las mismas cosas que dicen los comunistas en los barrios y la universidad. Tú entiendes todo eso.

Carlos toma una metralleta del suelo. La examina a la luz de la lámpara.

—Son más livianas ahora —dice.

Y con cuidado la deja de nuevo en el suelo. Camina por la habitación. Tiembla. Pablo lo observa atentamente.

—Ahora no puedo —susurra Carlos como si hablara solo—. Tengo mucho miedo, Pablo. Eso es importante.

—Pero estás de acuerdo con nosotros...

Se sientan en el suelo.

—No tengo escapatoria... Yo mismo abrí la puerta. Eso es todo.

Descansa la cabeza en la pared, cierra los ojos y susurra antes de dormirse:

—Ahora no puedo...

14

Margarita oye desde la cama cuando el padre dice:

—No te vayas, María...

—Yo no me voy...

—Yo te decía algo de la Seguridad Nacional...

Sí, la S. N. Tiemblas paralizado de miedo, con las palabras en la boca, porque es la ley que las palabras comienzan a formarse sólidamente con la saliva espesa del miedo. Esa es la verdad. Primero rompían las puertas de las casas y empujaban y te afirmaban cruelmente que eres el hijo de una puta que al final de sus días se quedó ciega como una perra. Se bebían los refrescos en nombre de la ley y después te rompían la cabeza con una botella vacía o con la plancha que tratabas de esconder debajo de la mesa. Y un rato más tarde

podía sentir uno deseos de tirarse a dormir bajo la lluvia de planazos. ¡Maldita sea!

Ese muchacho me saludaba respetuosamente. Sabía que yo era militante de Acción Democrática, de los viejos, de la resistencia, de los presos que tenía huellas de tortura en la espalda, pese al tiempo, a la playa, al sol. El mapa de la espalda llena de cicatrices y queloides y que me duelen con el frío de diciembre o cuando llueve. Un día se burló de la concha de tortuga con el Escudo Nacional. Dijo que era algo típicamente adeco, folklórico, cursi. ¡Decir eso del Escudo Nacional! ¡Esperé un rato largo hasta que los palos se me fueron a la cabeza.

Era el cumpleaños de Margarita. Ya estaba borracho y les dije:

—Ustedes no saben nada. Estaban todos. Yo sé que estaban todos. Ustedes no saben nada...

Me rompí la camisa delante de la gente, ¿qué me importaba? La mujer del dirigente regional dijo que era de mal gusto en una fiesta de quince años y su tía decía indecente, patudo, ¿qué me importaba? Los muchachos estaban fascinados.

—Sí. Estoy borracho. Miren, grité a todos... ustedes no saben nada. Son unos niños.

Les mostraba en el pecho y la espalda las huellas de las torturas. Las cicatrices, el mapa, los queloides, los costurones de la piel petrificada.

—Y ellos tocaron con sus dedos fríos los costurones de la piel.

Y el mismo Arturo dijo a los demás en medio de un gran respeto:

—Bueno, camaradas, tiene derecho a colgar una concha de tortuga con el Escudo Nacional. Ese derecho está allí —y mostraba mi espalda testimonio, mi espalda que no vale nada cuando me emborracho en el partido y a todos quiero llevar al urinario para que vean mi carnet, mi derecho, mi militancia de hombre.

—Tiene derecho a estar borracho. Eso también se tiene que conquistar en este país.

Nosotros no nos dejaremos torturar, dijo Alí jactancioso... y yo sé que lo decía por Margarita.

Y otro muchacho dijo con razón:

—Torturan a los bolsas...

Pero yo no lo pude aguantar y les dije que la democracia no torturaba y todos oyeron en silencio, con respeto...

—¿Verdad, María? Ellos no saben nada. Yo me rompí la camisa...

Fuertes ruidos vienen de la calle. Gritos de hombres y mujeres. Margarita se asoma por la ventana y toda la calle está tomada por policías vestidos de civil y cascos blancos. Entran y salen de la casa de Arturo. Después mira cuando sacan la urna entre diez policías que se ayudan y se atropellan sin encontrar dónde apoyar firmemente las manos.

—¡Coño... apártense...!

—¡Nosotros podemos solos...!

—¡Mi sargento...!

—¿Qué pasa?

El padre trata de levantarse. Se agarra a una silla que se le escapa de las manos.

—La policía asaltó el velorio...

—Ese es un abuso, María...

La madre de Arturo grita tras la urna. Cristina y Olga saltan a los autobuses por encima de las armas de los policías.

Los policías forman dos filas:

—¡Los hombres en uno...! Las mujeres en otro...! —grita el sargento con su voz fina de mujer.

Gritos y protestas de los estudiantes. Amenazas.

Un policía grita desde la puerta al sargento:

—¿Las velas también, mi sargento?

—¿Qué velas ni qué mierda? La gente...

Empujan a Alí y los estudiantes a un autobús. Empieza el coro de belachau.

Margarita corre hacia la puerta de su casa y la madre le sale al paso en el zaguán:

—No salgas, hijita, te lo suplico...

Abre los brazos en cruz. Y a Margarita se le llenan los ojos de lágrimas.

—Yo soy una mujer...

—Te lo suplico...

Margarita se arrodilla también y abraza a la madre.

¡Abajo el imperialismo, carajo! La boca entreabierta y dame-un-beso, mirando las estrellas entre las hojas de los árboles en una noche fresca.

Lloran las dos cuando oyen la voz de hipo del padre:

—Este es un abuso, realmente. . .

Y camina en zig-zag, con las rodillas flojas y los labios hinchados, fétidos de alcohol, hasta la cama.

—Un abuso. . .

CAPITULO IV

La ruleta rusa

1

Pantaleón Lista no resistía ya a Pilar María Astudillos. Lo siguió por toda la comandancia:

—¡Esos del Congreso. . . !

Brazos y trozos de brazos y rejas y hombres desgñados. Y Pilar María Astudillos le trae una arepa (uno sale con hambre del calabozo) y le recomienda que debe dominar el vicio de la ruleta.

—Yo no la juego sino el Viernes Santo, porque estoy triste, Panta.

Y Pantaleón lo mira con desprecio.

Una vez al año para probar suerte, Panta. Pero tú estás enviado en la ruleta, Panta.

Esa noche los enviaron de guardia juntos. Guardias de dos policías que pueden ponerse culo con culo según el reglamento y resistir a los extremistas. Un sótano con pesadas rejas de acero en la puerta. Era un taller de reparación de radios de patrullas. Silbidos, estertores, música, ruido de muebles eléctricos, ronroneos interminables y voces y chillidos por varios radios a la vez. Los dueños eran cubanos y uno de ellos canturreaba una canción en el ruido mientras trabajaba con un cautín eléctrico:

"Hacerte el jarakiri

con el dedo, muchacha. . ."

Y les dice buenas casi sin levantar la cabeza porque en la canción la muchacha no debe hacerse el jarakiri con el dedo y el dolor de uno que crece sin sangre de ver la muerte tan preciosa en el dedo.

Otro, traje azul-eléctrico de dacrón y lana impulsaba la cadena de un llavero con un mono para arrollarlo en el índice. El bigote negro, recortado con molde en forma de pirámide chata empezaba a moverse sin palabras cuando miraba a los policías críticamente.

—Somos profesionales —dijo—. No nos metemos en política. Además somos extranjeros y trabajamos para ustedes.

"Hacerte el jarakiri
con el dedo..."

Miró a los policías, rompió una gota de sudor en la frente y terminó la canción con un gesto grotesco de miedo y de asco al mismo tiempo:

"...muchacha..."

Tonta cuando el dolor de la herida puede hacerte feliz si quieres.

El de bigote negro preguntó si tenían balas suficientes, si las armas estaban aceitadas y limpias porque él tenía aceite y una radio comunicada permanentemente con la comandancia. Y todo sin dejar de arrollar el llavero en el índice para crisparle los nervios a Pantaleón y subyugar a Pilar María Astudillos que empezaba a buscarse el cordón de servicio en los hombros.

—Hay aceite, si quieren... Hay un hombre permanente en la alarma...

Pilar María Astudillos preguntaba a los técnicos de radio y miraba a Pantaleón Lista para ver sus reacciones.

—Resistencia, bulbo, condensadores, filamentos, mica, cristal, tornillo del volumen...

Oía Pantaleón en medio de los ruidos espaciales.

—¿Esto ahora es transistorizado?

—Ojalá se duerma —pensó Pantaleón.

Soplaba una brisa fresca en la puerta del sótano. El edificio estaba en una colina y abajo se veían las luces de las calles, los faros de los carros y la gente-hormiga caminando o esperando en las colas de los autobuses.

Pantaleón Lista por primera vez en una guardia no sentía sueño. Estaba descansado, como decía el furrier. En el calabozo no hizo otra cosa que dormir aunque habían llegado otros policías a cumplir arresto. Incluso de otras policías sin uniformes, como castigo doble, escrupulosos por la suciedad y los malos olores que emanaban del piso, de las camas y de la mugre de las colchonetas y las paredes. Hablaban o prolongaban un silencio significativo de policías honorables. Se repetían palabras de la jerga del hampa en un torneo de conocimientos, porque los policías cuando están arrestados hablan como los ladrones. Pero él, acostado en un rincón, no hablaba, miraba las grietas, las telarañas y unos círculos interminables, que no significaban nada para él. Adivinaba en el techo huellas de saliva seca de presos-policías o hampones que apostaban escupiendo a un blanco en el cielo-raso que podía ser el bombillo donde habían marcado un diez con mierda. Un policía muy joven de la Digepol, fumaba en silencio sin perder de vista el otro calabozo y la oficina contigua por donde llegaban policías con papeles en las manos y salían con un hombre. Al principio todos guardaban sus secretos de policías arrestados que no quieren complicaciones. Y era un honor hablar después de oír a los demás. Policías honorables que empezaban con la heroica frase de saber cuanto tiempo deben permanecer en arresto por sus delitos.

—A mí me salen veinticuatro horas —dijo uno, negro, de gruesos labios que se lamía una cicatriz en el pulgar derecho.

Tenía los hombros redondos y apretados en la camisa del uniforme. Se lamía el pulgar, daba unos pasos y se suspendía los pantalones con los codos. Pero como nadie dijo nada, agregó:

—¡Maldito perro...!

Mi mujer tiene una perrita. Una perrita lanuda, blanca con una pinta negra en un ojo albino. No tenemos hijos y ella se buscó una perrita. La baña, la cepilla, le pone un lacito en el cuello y la sienta en la cama sobre un hule. Ella quería ponerle una pantaleta de goma, pero la perrita se destrozaba las patas con los dientes tratando de romperla y ladraba lastimosamente. Una noche tuve que pagarle porque cuando lloraba se sacaba una teta y se la daba para que la perra gozara de lo mío.

—Yo la dejaba con la perrita y le seguía el juego... Porque eso es un juego y ella está sola aunque vivimos con dos familias más en la casa.

Es una buena cosa la que existe: ellos tienen hijos y nosotros una perrita que juega con los niños.

—Mi día de pernocte quería dormir toda la tarde y la noche juntas. Le di lo de ella temprano con un botella de anís. Pero un cristiano debe dormir después de cuarenta y ocho horas de guardia. ¿Está prohibido dormir?

Los ruidos de los vecinos, de los carros, de un vendedor de lotería, el pescadero que grita como una mujer que se ha tragado un pargo, la reparación de la calle, los perros raspando con las uñas en la puerta de la casa, la vecina que viene a pagar una cebolla, un niño con un cuatro, la mierda y

—¡A callarse todo el mundo! —grité—. ¿No se van a callar, carajo?

Todas las familias quedaron en silencio, hasta desapareció un poco el ruido de la calle.

—Ellos son mis vecinos, Jesús —protestaba mi mujer—. Tú te vas y yo quedo sola en la casa con ellos. Hay que considerar si quieres que te consideren...

—¿A mí qué carajo me importa? Yo soy policía y quiero dormir —dije—. ¡Anda al carajo con ellos...!

Pero no podía dormir y ellos son nuestros vecinos y gente buena que te prestan dos cucharadas de café o una cebolla si es preciso.

Además, la perrita se quejaba debajo de la cama. Lloraba, pujaba, arañaba el piso, empujaba el colchón hacia arriba, mordía en el aire y chasqueaba la lengua.

—¡Maldita perra! —grité con el revólver en la mano.

La mujer saltó de la cama, se asomó abajo y gritó de dolor:

—¡No puede ser...! es un perro con ella están juntos, Jesús...

Y un grito mayor de mi mujer:

—¡Y el perro es más grande, Jesús...!

Disparé varias veces. No recuerdo. Una de las balas tocó a mi mujer en el pelo y le abrió una raya negra, central, redonda, de túnel rojo.

Los demás policías no pierden un solo movimiento de Jesús. El se levanta, se inclina buscando debajo de la cama de un preso, encoje el índice varias veces con los ojos desorbitados mientras atropella las palabras del cuento y acaricia el pelo de su mujer en otro preso viejo y canoso que se chupa la saliva de los labios. Salta y se arrodilla, se lleva la mano a la cintura para depositar de nuevo el revólver y carga con el viejo entre sus brazos por todo el calabozo hasta que lo tira violentamente en una colchoneta chamuscada, manchada de sangre y saliva. Entonces cargaba a su mujer.

—Pero ella dijo que había disparado intencional, sí señor, intencional para salir de ella y la perrita. Yo le dije: es mejor un atentado: un policía y un atentado. Pero ella no quiso y que yo quería matarla con la perrita que era su hija porque había bebido la leche de sus senos.

Le hace la raya en el pelo al viejo canoso y dice:

—Cuando salga la peino de verdad...

Rieron un poco, sacuden a Pantaleón que duerme en la cama de arriba y le dicen:

—¿Tú oiste?

Pero Pantaleón simula dormir y vuelve la cara a la pared.

—Bueno, con ese tiro ya empezaste a peinarla...

—¡Ah perrita putona, carajo! —una pausa muy larga y luego—. A mí se me fue la mano con la suegra. Y la vieja tiene un hijo del SIFA. Yo creía que era chofer de carrito por puesto nada más. No señor, era del SIFA...

—La vieja me dijo que como ella tenía seguridad de que el mundo se iba a acabar el diez de noviembre, me tenía que poner duro con María Lionza esa noche y pedirle permiso para mudarnos a un altar, pero María Lionza vino en el cuerpo de una muchacha que se bebió dos botellas de ron y cinco latas de agua y se acostó conmigo en Los Teques y cuando pude ver esta mañana era mi suegra y le di duro con el rolo... hasta que llegó mi cuñado y me puso en las muñecas dos ramas de llantén...

El Digepol, demacrado, silencioso, alisándose el traje con las manos y haciéndole la raya a los pantalones nerviosamente, esperó un rato. Eso de María Lionza era un cuento malo. Este viejo ha asesinado a alguien. Miró a las rejas para simular las náuseas, las

pequeñas contracciones estomacales y limpiarse los sudores fríos de la frente y empezó a hablar. Dijo que se había vomitado cuando mataron a un muchacho en El Conde. No pudo soportarlo y vomitó porque era un joven de camisa azul-oscuro que arañaba el piso en cada tiro. Pantaleón Lista volvió la cabeza y lo miró de arriba a abajo para descubrir unas manchas de vómitos en los ruedos de los pantalones y los zapatos.

El policía negro dijo:

—Eso pasa. Yo vomité una vez, siendo muy muchacho cuando matamos un gato blanco. ¿Tú, de muchacho no has matado un gato blanco?

El policía joven de la Digepol no responde y siente otra vez los espasmos y los sudores fríos con un gato blanco en la garganta.

—Sí. Eso pasa —dijo el policía viejo que había golpeado a la suegra.

Después, Pantaleón Lista se durmió porque siempre repetían lo mismo y el negro de la perrita insistía con el gato blanco que se puede matar, pero el negro no porque se te llenan los años de miseria. Y el gato negro es como los espejos que se rompen en las siete vidas. El gato blanco es otra cosa y después que se vomitó los otros muchachos lo hicieron comer los huevos del gato que son ásperos y duros y terrosos.

—¿Tú nunca te has comido los huevos del gato? Gato blanco se entiende...

El Digepol se tapa la boca y aparece una baba verde entre sus dedos.

Pero él no dijo nada de la ruleta rusa. Ya algunos sabían algo por los comentarios de otros policías-testigos que venían a hablarle y demostrarle su simpatía. Era un personaje entre los policías. Era decente, pese a la trampa con el sargento: tenía dos balas en el tambor del revólver y le tocaba disparar al sargento. Se apuntaba en la sien derecha. Probaba con la izquierda. Le daba vueltas al tambor, bebía y apuntaba la luz, la mesonera gorda, un anuncio del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, pero no disparaba mi-sargento-Carmona. Encendió un cigarrillo. Dijo que era bueno pellizcar las nalgas de la mesonera gorda antes de disparar porque podía ser la última vez que tocaba las nalgas de una mujer y le dijo:

—Esto lo hago por ti, Panta. Díselo a mis hijos...

—Pero mi-sargento, ¿usted cree que se va a morir...?

Bebía y apuntaba. Pantaleón Lista esperaba el disparo. Estaba seguro del hilo de sangre y la masa de sesos salpicando la cenicera y el ramillete de servilletas de papel. Recordaba a María La Tonina arrastrando el saco y los pies por el suelo. Luego "Sombras nada más" en la cama, para él sólo, por lo menos para esa noche de ruleta.

—¿Sombras?

Ella vuelve el rostro risueño, negro, bello:

—¿No crees?

Y se sugiere sinuosa a la luz de los focos de las patrullas que no apagan las estrellas de la seda de su traje de curvas.

—Esta noche, sombras y mi sargento, sombras.

Pero el sargento bajó el revólver de pronto, sacó el tambor y apuntó a Pantaleón Lista en la sien.

—¡Dos balas! —y lo miraba con los ojos vidriosos de borracho.

Golpes torpes con el revólver en la mesa.

—Me pensabas matar, vergajo. Lo legal de la ruleta es una bala, vergajo...

Y sombras sinuosa a la luz de los faros de las patrullas le dice:

—¿No cree?

Pilar María Astudillos deja de hablar y le dice:

—¿Qué te pasa, Panta? Estás dormido? Estamos de guardia.

—Sí, estamos de guardia juntos, Pilar...

2

La calle, fluye y se orienta en columnas encontradas de luces, ruidos, voces, gente, olores de mercancías y contactos desagradables. Margarita aturdida se confunde con la gente y Pablo apenas distingue el pañuelo negro y gaseoso que flota en la cabeza. Hombres, mujeres, niños y perros caminan sin sentido, sin un plan premeditado, en silencio u oyendo algo ininteligible: van, vienen, chocan entre sí, se excusan o se miran con odio, sin detenerse o maldiciendo a alguien entredientes. Los hombres detrás de las nalgas de las mujeres volviendo la cabeza. Y viva la carne y la cama que exhibe un maniquí en beibidol transparente.

Una mujer vieja, de carnes aporreadas, con pelo recortado y teñido, bigote negro, caído en guías de agua, pasea dos perritos salchichas sobre los cuales salta la gente o los esquiva maldiciendo sin perder el equilibrio en el filo de la acera. Margarita se detiene a observar los perritos salchichas y el pelo recortado y teñido de la mujer con bigotes de hombre. (Un profesor sabio dice en el Liceo que nos falta la disciplina de caminar en las aceras decentemente, con respeto del derecho ajeno, la ley y las buenas costumbres. Y eso es de una importancia tal que da gusto. Porque si no logramos la disciplina de caminar por una acera, ¿cómo podemos lograr la disciplina de las ciencias? La ciencia empieza en la acera, en la calle, en la manera de cruzar por las esquinas, dice el profesor. Europa sabe caminar por las aceras y les viene de las procesiones medievales de los santos, por donde comenzó la disciplina de la ciencia). Margarita vuelve la cabeza y distingue a Pedro y Pablo en la contemplación de los perritos salchichas que huelen la pared simultáneamente, mientras la mujer de pelo recortado trata de evitarlo con un fuerte tirón de la cadena.

—Yo le preguntaré al policía por la Cruz Roja. Ese es... Seguro, ese es...

Alí, en la acera de enfrente, discute con Luis Martínez sobre una exhibición de artículos eléctricos y precios por cuotas marcados con números grandes, de trazos atractivos, luminosos e inocentes. En aquel lado, el sol estalla en las vidrieras y forma una orla de sombras en la cabeza de las gentes y, por este lado, se camina bajo la sombra al mismo precio. La música de las tiendas invade la calle y un hombretón negro, gordo, sudado y de voz potente anuncia los precios sin altavoces y un pase adelante, no coma cuento, aquí es la cosa porque nuestra ropa interior es un encanto y nos hemos especializado en pensar en la mujer, en su intimidad y no falla. (Garantía contra divorcio). Y si la usa una vez la usa siempre. De la esquina viene el pito de un policía de tránsito. El negro le dice casi al oído con su vozarrón que se oye en toda la cuadra:

—Para sus formas, señorita, infalible, novio o esposo... hemos pensado en usted, en sus formas...

—Sí —piensa Margarita—. Aquí no se puede correr. Aquí queda uno acorralado...

Pero Pablo no quiere. Apenas le ha cerrado la herida de la pierna. Le dice:

—Tienes más sangre que una mujer. Ni con un modess especial.

De ése, siéntase segura, baile, playa, equitación, pero tampax no. Es moderno, no es lo indicado para las heridas como la de Pedro Armas. Porque es un tubo con calibres distintos, especial para pantalones, sin bultos desagradables e indiscretos y culto fálico, fuera de catecismo.

—Todavía tienes más sangre que una mujer...

Y Pedro insiste que es imposible correr entre la gente: no se puede ver correr a un hombre sin pensar en algo relacionado con la propiedad privada (cuatro centavos y una bolsa de naranjas que echas a rodar por la acera cuando tropiezas a aguien). Vuelven la cabeza para ver correr a un hombre. Una emoción fuerte. Te caes, te levantas, esquivas los niños, las mujeres, las mesas de los buhoneros, los vendedores de loterías, los vagos, los pordioseros y las cadenas de los perros que a esa hora han sacado sus dueños a hacer sus necesidades en su poste predilecto.

—Un ladrón —gritan.

Y corres y la gente se aferra a las carteras y la propiedad privada y mil manos te acosan, te levantan, te lanzan al suelo y un ladrón y tan joven y te escupen mientras tú respiras el polvo de sus zapatos, la mugre para decir, soy de las Faln, señores... Las cuatro letras... un revolucionario y te dan un golpe definitivo...

Mentira. No se puede correr en el centro de la ciudad. Hay que hacerlo todo con calma, sin correr y hasta gritando también, un ladrón...

—Yo llevé a Arturo a las 4 letras... a mí me corresponde. Igual harías tú conmigo...

—Sí, no se puede correr...

En el extremo de la cuadra un carro se accidenta. Se interrumpe el tráfico por la calle y la gente comienza a formar una multitud en el lugar. El policía de tránsito insiste con el pito, pero un joven elegantemente vestido hace gestos de fastidio, pide ayuda entre las maldiciones de los demás conductores.

—¡Ahora! —dice Pedro a Margarita.

Ella va hacia el portal donde dos policías montan guardia y

juegan con los seguros de las metralletas. Un sonido metálico:

—Clic, clic, clic...

Al compás de la música de las tiendas. Y el arma de instrumento musical. A pocos pasos una patrulla estacionada donde otros policías llevan el ritmo con los pies.

Margarita tiembla en el último instante. Apenas puede pronunciar las palabras:

—Por favor, ¿dónde queda la Cruz Roja?

El policía levanta el brazo para indicar la calle. Dice algo que acompaña con grandes semicírculos de la metralleta, sonriendo y mirando los senos abultados y libres de Margarita. Después baja los ojos hasta las piernas como si recordara otro detalle de la dirección y ya Margarita no oye. El otro policía se busca algo en la pelvis produciendo un sonido de uñas y tela al compás de la música.

—¿Entiende? —repite el policía y le mira los senos y las piernas.

Ella siente deseos de correr y apreta las piernas rodilla contra rodilla para evitar los temblores y el policía sonríe.

—Muchas gracias —articula Margarita débilmente y da un paso desequilibrado y torpe.

No pudo evitarlo y vuelve la cabeza hacia atrás. Allí y Pablo han desaparecido de la acera. El policía la desea con los ojos y dice algo muy bajo que ella no entiende. La gente se apresura en la acera. Algunos corren. Ella da unos pasos hacia la pared. De pronto extiende las manos cuando ve a algunas mujeres con paraguas o periódicos viejos sobre la cabeza.

—Llueve —dice inconscientemente y se cubre el pelo con las manos.

Una ráfaga corta.

—Llueve —queda partida en dos en sus labios por los disparos.

Los policías se doblan, caen, se tuercen. Allí le arrebató las metralletas y los revólveres.

Pablo grita a los policías de la patrulla apuntando:

—¡Esto no es con ustedes! Ellos mataron uno nuestro...

Los policías se revuelven en los asientos para tomar las armas. Dos ráfagas y los gritos de la gente atropellándose en la acera. Hombres y mujeres se golpean cuando corren en todas direcciones.

Algunos se tiran al suelo. Luis lanza unas hojas impresas sobre los policías muertos.

No hay tráfico, el carro sigue accidentado y el policía y el conductor se han echado al suelo. Luisa corre por el centro de la calle y descubre a la mujer de pelo recortado que cubre los perritos salchichas con su cuerpo.

—¡Tranquilos! ¡Tranquilos! ¡No les pasará nada, gatitos...!

3

Ella entró en el bar "El Cazador". Las puertas batientes sonaron contra el saco y los goznes con voz de loro chirriaron sin aceite. Cautelosa, medio muerta se pasa la mano por los ojos para entrar en la semipenumbra del bar. Entonces le parece oír una alarma de monos y cristofués tranquilos entre los golpes de cubilete. Desprecia una mirada hostil, de serpiente, del dueño del bar que gruñe con la mano estirada en dirección a la puerta. Reptil.

—No se ocupe. No pondré el saco sobre las mesas mugrientas —dice María La Tonina para tranquilizarlo y llamar la atención de los clientes.

El dueño-reptil, redondo de bajezas y palabras serviles, observa a los hombres en las mesas —si hay molestia, si les causa asco—, para dejar caer la mano pesadamente sobre un extremo del mostrador. Nadie tiene una cara de disgusto y se sienta con rabia frente a la máquina registradora.

María guiña los ojos, sonríe llena de poder, arrastra los pies, deja el saco a un lado y gira el tronco en semicírculos. Esta es la selva. Y la gente con dos rones de Búffalo Bill se va para la casa con un venado en los hombros. Cabezas de jaguares, pumas, cornamentas de venados de doce astas, cueros de diversos animales clavados en las paredes al lado de viejas escopetas y machetes de cartón y un mural de perros perdigueros de una cacería de sombreros con plumas, con el nombre inmenso de un pintor que deja su teléfono debajo de la firma. En un rincón una rama seca de naranja con loros, palomas, gavilanes y rey-zamuros disecados, hediondos y polvorientos. La imagen a color y tamaño natural de un tigre de bengala sobre metal que desde donde se mire tiene los ojos clavados en uno

(Debajo la propaganda de una medicina en desuso). A ella le gusta el tigre porque le recuerda la niñez y la medicina que entonces se usaba y que nada tiene que ver con el tigre.

—La cacería, señores, en plena calle de Caracas...

Cuatro hombres en una mesa juegan a la ruleta rusa con los dados (quien pierde debe beberse una ronda de la bebida que ordena cada uno de los participantes. Bonita ruleta rusa. ¡Pum! y un hombre cae borracho entre las risas de los demás que hacen realidad sus ilusiones).

En otra mesa dos hombres hablan acercándose la cabeza en palabras silbantes y confidenciales. Los cuatro de la ruleta beben cerveza, pero estos que se comunican sus secretos seriamente, beben whisky. Y para María son militares a quienes la ropa de civil no les ajusta bien y parecen incómodos en esa indumentaria.

Uno de los dos le dice:

—María, ¿todavía estás viva?

Quizás un viejo conocido, de otra época maría-tetona, maría-tequero, pero es muy joven y sólo pudo ser con su padre. Y un joven conoce sólo la fama y ha oído cuando los viejos la ven pasar y la enseñan con una prolongación de los labios:

—Esa es María, antes era una mujer completa...

—¿Por qué voy a morir? —responde para prolongar la conversación—. Lo más difícil que existe para una vieja como yo es morirse...

Tiene lentes raiban y no usa bigotes.

—Te quedarían bien unos bigotes, muchacho... bigotes negros, cuidados, recortados en una barbería.

Bolívar usó bigotes siempre en campaña, pero en las monedas es feo y lampiño, tal como fue cuando ya estaba tísico y venía de regreso. Cuando yo era... no me gustaban los hombres sin bigotes. Les faltaba algo. Pero a las mujeres no les gusta hoy porque quieren hombres más femeninos, más suaves, más tiernos.

—Un bigote de hombre...

El aludido se lleva el vaso a la boca, se limpia la parte superior del labio, se peina los bigotes imaginarios y sonríe satisfecho.

—El uniforme y unos bigotes, ¿quién te aguanta? Te lo dice esta vieja que una vez supo mucho de hombres. Además no está prohibido por el reglamento.

—¿Por qué crees que soy militar?

—Policía no eres. Los policías hieden a correas, a gorra, a botas sin betún y no tienen remedio ni con Mum. Antes los militares hedían también. Pero ahora han aprendido mucho y la presencia es su fuerte.

Los dos militares se ríen y María agrega:

—Cualquiera lo sabe con sólo verlos sentados, erguidos, sin joroba, aunque un poco caído el hombro del fusil de la escuela.

—Es igual al comandante Ratón en los cuarteles...

Quieren hacerla beber, sería más divertido.

—Yo nunca bebí, ni cuando ejercía, que a la gente le gusta que una beba. Pero lo aceptaban porque me querían entera, completa...

Con los ojos grises encendidos mecánicamente se acaricia las greñas y se sienta cuidadosamente en un ángulo de la silla. Ella y el comandante Ratón eran amigos cuando él no era el comandante Ratón y encontraba balas en los agujeros de las ratas en el cuartel.

Ella vendía en los cuarteles los dulces que hacía la madre. Una niña. El padre era soldado del General Gómez y lo mataron en Carúpano cuando la invasión porque iba con una bandera tricolor doblando la esquina del enemigo. Y ella era una niña que sólo comprendía que la bandera tricolor la trajo Miranda y le comenzaban a salir los senos y a llenársele de carnes, los huesos largos de las piernas. Sentía calor en las mejillas cuando la miraban los oficiales del cuartel. Gritaba:

—¡Dulces... ¡Dulces...!

Porque era la hija de un soldado y los oficiales estiraban las manos hacia los dulces y le apretaban la punta de los senos. Y decían:

—Un limoncito... eso sí es un dulce... ¡limonero...!

Solamente los oficiales, porque los soldados no se atrevían y algunos recordaban al difunto con la bandera de Miranda y la miraban con deseos, sonreían y bajaban los ojos hasta la punta de las botas los que usaban botas o a las alpargatas y el dedo gordo, los más. Ratón era un soldado muy joven y bajaba los ojos hasta la

punta de las botas y le decía a la madre que él podía vender y dejar la niña en casa y la madre creyó que quería sustituir a mi padre y vivir y comer bien con los dulces.

—Me miraba, sí. Pero cuando no estaban presentes los oficiales. Y a veces me cargaba la bandeja de dulces y sonreía sin decir una palabra (entonces los soldados podían cargar paquetes por la calle. Ahora no es de reglamento).

Los oficiales:

—Déjame este dulce... un limón, limonero...

Uno muy viejo, tartamudo, me decía:

—Niña —y me pellizcaba los pezones con mayor fuerza y yo huía llorando.

—En el cuartel San Carlos me dejaban pasar. (Eso que ahora es una cárcel y tienen preso a Gustavo Machado). Y una tarde el oficial tartamudo que me hacía temblar, me desgració... nada más que por desgraciarme creo yo...

Se pasa las manos por las greñas y mira en los ojos del tigre hasta que tiene que volver la cabeza a otra parte.

Ratón lo vio. Venía detrás. Oyó un grito. Corrió y lo vio todo. Sonó los tacones fuertemente (todavía recuerdo la fuerza de sus tacones), se llevó la mano a la gorra, dijo algo así como permiso y se retiró. Desde entonces no anda bien de la cabeza y se coloca las chapas que puede y encuentra con un sentido heroico y se las cuelga en el pecho como medallas o condecoraciones al valor (Orden del Libertador, Francisco de Miranda, Rafael Urdaneta, cordones) y solamente sonríe cuando los oficiales le dicen: "comandante Ratón" y se les cuadran con respeto. También aseguran que Ratón se volvió loco en una de esas noches que asesinan a los presos y a los soldados para luego oír sus quejidos en las noches silenciosas y sin cigarrillos, de las garitas.

—Yo creo que él me quería. Y me desgraciaron. Yo creía que dolía, pero no me dolió, me dio miedo, vergüenza, deseos de morir y dejarme sangrar por esa herida. Pero por esa herida se sangra poco...

Y María guiña los ojos y se ríe para que los oficiales se rían también.

Fue el día antes del alzamiento de los estudiantes del 28. Los correlones que después se han llamado la generación del 28. Hubo algunos disparos, ¿qué sé yo? Soldados corriendo detrás de un enemigo que no aparecía.

Yo estaba escondida detrás, cerca de la quebrada. Lloraba cuando pensaba en la madre, en los dulces, los limones y el limonero y la bandera que trajo Miranda, tricolor y el padre cayendo abanderado en Carúpano. Sentí un ruido, un paso, una respiración: un estudiante de nariz chata, picada, ceniciento, ojos de miope danzando en blanco, me tomó de un brazo y yo grité y él gritó casi loco de miedo.

—Yo creía que él quería también...

Limón, limonero...

—¡No se atreva! —grité.

Pero el estudiante se echa a un lado, trata de huir, no quiere. Era pequeño y gordito y dice jadeando:

—Sálvame la vida.

Ella no entiende. ¿Qué quiere?

—¡La vida! ¡La vida...! —Y los ojos de miope se abren y se cierran sin luz, con mucho blanco.

Cerca de la quebrada había una alcantarilla nueva que había visto el día anterior cuando iba a lavarme las piernas, a quitarme las huellas del mal. Había pensado esconderme allí hasta desangrarme por mi herida, para que pasara el mundo por encima y la madre no supiera nada y encontrarme con el padre ensangrentado también por sus heridas de abanderado expedicionario (porque creía que todo estaba en mi rostro: el oficial, el comandante Ratón y todo lo demás después del taconazo, con las piernas manchadas).

—Tomé al estudiante miope de un brazo y le dije:

—¡En la alcantarilla...!

El vacila y se mira sus ropas limpias. No quiere mancharse el traje, la corbata, el sombrero, los zapatos de dos tonos.

—¡Aquí —le digo—. ¡La vida...!

Pero ya el estudiante estaba adentro, en el fondo oscuro, mugriento, entre los olores, con el silencio que hacen los sapos cuando se les interrumpe su canción.

—Y yo fui a la quebrada a lavarme de nuevo entre las piernas. Me sentía asquerosa...

Los dos oficiales beben whisky al mismo tiempo, ordenan otra ronda y quien debía llevar bigotes dibuja una quebrada con un trozo de hielo y las formas de una mujer desnuda.

—El estudiante de la alcantarilla como un sapo. —Dice.

—Se parecía un sapo —dice María.

El otro agrega bajando la voz:

—Y no te ha mandado a llamar ahora. Tú eres de la generación del 28, María...

—Yo no soy de la generación del 28...

—Sí. Debe llamarte ahora...

—No. Ahora vendo periódicos. Ya no tengo nada que vender. El cuerpo se acabó, muchacho.

Abre el saco sin prisa, pero sin dejar de ver al dueño que espera una señal de los oficiales para sacarla. En el saco suenan cosas diversas.

—Cualquiera puede vender periódicos, dirán ustedes. Pero esto es otra cosa. No son periódicos del año 28.

Los dos hombres indiferentes oyen los ruidos de la ruleta rusa de los dados de la otra mesa. María insiste.

—Son periódicos contra el sapo, ¿entienden? contra la generación del 28.

—Contra los degenerados —dice el oficial que le faltan los bigotes...

—Sí, contra ellos.

4

Como la iglesia estaba abierta, Pablo entró en la iglesia. Puertas de caoba oscura, labrada en paneles romboidales: con clavos piramidales y antiguos de crucifixión, quizás ya la última palabra de la muerte en la cruz. Olor a parafinas, aceites a punto de freír, murciélagos y ratones que no forman parte del culto, pero también habitan en esa atmósfera quieta, inmutable, de eternidad solamente comparable a las cámaras de tortura (pero aquí el sacrificio es simbólico y uno es un espectador o un testigo de algo que ha ocurrido

por milenios y que la humanidad debe llevar por los siglos de los siglos, Amén). Un viejo purgatorio anónimo y retocado cada vez que quiere diluirse en el olvido de las cosas que se esfuman, quema a la gente en pinturas fosforescentes rojas, azules y violetas en un acto de justicia celestial eterno, inapelable para que el dolor se constituya en el monarca que rige la vida entre los hombres. Y como si fuera poco, imágenes del viacrucis que agotan todas las formas de tormento interior y exterior, donde tal vez se establecen las normas de la cuestión, inspiración de los verdugos, los aprendices de ese arte todavía vigente hoy.

Un Cristo amarrado con nailon en una columna trunca (a uno le amarran las manos a la espalda para torturarlo). Y cuando las esposas italianas no alcanzan —porque los presupuestos son deficitarios—, lo amarran con una cuerda de nailon que penetre en las coyunturas y estrangula los huesos. Aquí usan una columna trunca y todavía no se había inventado el método moderno de las manos a la espalda para que no te puedas espantar las moscas, rascarte la nariz o lanzarte desesperado contra el torturador buscando la muerte. Se ha avanzado. Con las manos atadas a la espalda, mira el purgatorio y siente el fuego que comienza a ascender por las piernas para lamerle la barbilla.

Desde allí puede ver con facilidad la casa de enfrente.

El viejo Ramos decía en su mensaje:

—“Frente a la casa hay una iglesia. Puedes entrar. El cura es un hombre bueno que a veces comparte conmigo su vino dominical de consagrar. Además, desde allí puedes ver...”

Luego, dentro de un cuadro rojo y tembloroso, una palabra:

—¿Recuerdas?

Un viejo tipógrafo siempre escribe en recuadro alguna palabra importante que a veces quiere decir como “¿recuerdas?” todo un mundo, unos sueños, unos años, unas vidas donde la valentía, el miedo, lo bueno y lo malo, el hombre y la miseria se imponen a la pequeña existencia del acorralado, el perseguido, el justo.

—¿“Recuerdas”?

Frente a la casa hay una iglesia. Como para que uno vea las cosas sagradas de la iglesia y se encuentre a sí mismo entre las altas naves imponentes y tristes donde el aire no circula y se mezcla

con los aceites quemados, las parafinas, los murciélagos y los ratones que no forman parte del culto. El incienso apenas se distingue sutilmente entre los demás olores.

Tienes ganas de fumar y aunque no hay gasolina, "Prohibido fumar", porque el tabaco fue una invención de los indios que tampoco conocieron el vino y los primeros curas de la conquista, cuando se les agotaban sus provisiones, tenían que hacer el sacrificio con chicha de maíz y el señor entendía el sacrificio.

¿Recuerdas?

Dió varias vueltas a la manzana (normas de seguridad). Sol que deleita y declina con gente que regresa del trabajo. Muchachas en uniformes escolares que tratan de sacarle partido al uniforme de amplias faldas. Es de tarde.

—La hora rosa —piensa—. ¿Para qué decirlo?

Siempre puede ser la última tarde, la última muchacha que ves, el último sol capaz de producir la tarde. Y siente la confianza de la pistola pesada en el bolsillo de la chaqueta.

La hora del rosario: mujeres con velos y breviarios. Las de más edad no miran a su alrededor y a paso de soldados se aferran al brazo de las más jóvenes que miran discretamente en todas direcciones. Una mujer —que no se olvida nunca— con el velo apretado entre los dientes, se esfuerza por introducir un gato en la cartera.

—¡Tienes que oír misa también! —dice con furia y sonrío a Pablo, para gritarle al gato al oído por una pequeña abertura de la cartera—. ¡Blasfemo! ¡Pagano persa!

El gato con los ojos muy abiertos y luminosos tratando de mirar en la oscuridad de la cartera con respiración anhelante y escasa en el polvillo de los cosméticos.

Los perros callejeros caminan olisqueando las paredes, buscando el lugar adecuado para dejar su mensaje de amor, hasta llegar al portal de caoba y levantar la pata. El sacristán español ahuyenta a los perros en una mezcla de incienso, latín y castellano:

—¡Vaderretro-perro-sarna! —grita meciendo con furia el depósito de incienso. Golpea algunos en el hocico y agrega sin dejar de mirar en todas direcciones—. ¡Hostia!

La casa de enfrente está totalmente iluminada.

—La S. N. —piensa y apresura el paso hacia la iglesia.

Dos hombres cruzan la calle con las armas en la mano,

—¡Párate, carajo...! ¡No corras...!

El entra en la iglesia. Los zapatos no hacen ruido, pero siente los pasos de los santos y el viacrucis. Oprime la culata de la pistola. Se puede pelear entre los santos y algunos ya lo han hecho porque tienen en la cabeza puñales de cobre o apuntan hacia donde indica el dedo de San Juan. Sale por la otra puerta donde unas señoras se despiden del párraco que les recuerda una fiesta de la virgen. Vuelve la cabeza y distingue cuando los hombres se guardan las pistolas, se persignan y simulan mojarse el dedo en una pila de mármol.

No era viejo entonces el viejo Ramos y pudo saltar esa vez después de encender todas las luces.

Ahora mira la casa de enfrente desde el purgatorio.

—Hay una sola luz... Está solo...

Pablo oprime la culata de la pistola porque se le han enfriado las manos con los recuerdos y realmente siente que la cabeza comienza a arder entre las llamas.

—Quizás por el calor del purgatorio —se dice sonriente.

Atraviesa la calle: aire con gasolina quemada, aceite pulverizado y polvo, el perfume de una mujer de tacones altos, carne a la parrilla y un hombre y una mujer detrás de un poste. Antes de tocar, el viejo Ramos abre la puerta. Se abrazan en silencio. El viejo se limpia algo en el rostro pero sonrío con ojos tristes. Habla muy bajo, sin pausas, aspirando el aire por la boca.

—¿Cómo has envejecido, muchacho. La cárcel no perdona, ¿verdad?

Uno entra joven. No importan los años. La dignidad no deja envejecer ni engordar. ¡Que vengan años de 14 meses! ¿Qué importa? Seguir de pie. ¡Meses de cuarenta días! ¿Verdad? La revolución no tiene edad, no se marchita, no le nacen arrugas ni se le cae el pelo y las carnes como a la gente. Un revolucionario lleva en sí el signo de la inmortalidad.

—¡Muera la amargura! ¡Abajo el pesimismo!

Pablo quería decirle desde el principio:

—Lo siento... era un hijo mío también...

Lo pensó en la calle, en la iglesia, mientras lo abrazaba y se limpiaba los ojos. Pero el viejo Ramos no lo dejaba hablar.

—¿Recuerdas? Antes vivía también frente a una iglesia.

Te siguieron y escapaste por la iglesia aquella vez. Uno se acostumbra. Y no es que me guste ver a la gente entrar a la iglesia y observar como se santiguan antes de acomodarse la liga de las medias detrás de la columna del Cristo amarrado con nailon. Eso no tiene importancia. A nosotros nos amarraron con nailon también, pero desnudos, con las manos a la espalda. Pero eso no tiene importancia ahora.

Un viejo conspirador (ya en retiro, dice), se queda con las cosas formales en todos los actos de su vida. Una sola luz en la casa: no hay peligro. Puedes entrar. Y siempre en un primer piso para saltar por la ventana, si hay tiempo. O para salir disparando. . .

Uno llega a la iglesia cuando hay poca gente y toma del agua bendita un poco en el dedo. Una que otra mujer sentada o alisándole con un cepillo el terciopelo a los santos.

—¿Cómo se llamaba aquella muchacha? ¿María? ¿Carmen?

Ella llegó y se sentó a mi lado. Le di las granadas y fue hacia el confesionario. Apenas se veía un bulto de pecados oscuros y las bombas desaparecieron entre sus vestidos mientras el cura decía con una voz profunda que hacía retumbar los vidrios:

—Dime, hija mía, ¿cuál es tu pecado?

—¿Cómo se llamaba? Ya se me olvidan hasta los nombres de la gente que nos acompañó entonces.

Sonríe con los ojos tristes y arruga toda la piel del rostro amarillento, ceniza, colgante.

—Era otro tiempo, ¿verdad? A mí me gustaban las iglesias para estas cosas porque son solemnes, imponentes, respetables, donde lo sabio es ser humilde.

—Yo no bebo, pero como tu bebes, traje ron. Yo sé que te gusta el ron. ¿O ahora no bebes? —dice con un tono alegre mientras destapa la botella.

Pablo sabe que en cualquier momento va a hablar de su hijo muerto.

—Pero bebe, hombre. . . quiero verte beber. Yo ni siquiera eso he podido hacer nunca, ¿verdad? Prohibido olvidar, evadirse, llenarse de alcohol como un patrono feliz. Porque declaramos que somos distintos al resto de los hombres, pero queremos trabajar toda la vida

por el resto de los hombres y resultamos extraños para ellos. Prohibido beber y se te va formando el repudio a todo lo que es común a los mortales por los cuales luchas para ser inmortal. ¿Pesimismo? Amargura. Pero deja esa cara de tristeza. ¿Cómo decíamos entonces? Un revolucionario nunca está triste, ¿verdad?

—Cuando uno se descubre revolucionario, redentor, predestinado, la imaginación debe llenarle la vida de alegría.

¿Cómo hablar de su hijo? —piensa Pablo.

Bebe por mi salud.

—¿Cómo te llamas ahora? Quizás cometí un error. El papel iba a tu nombre. Y he pensado todos estos días en la violación de un secreto. Me perdonas. . .

—No tiene importancia. Ahora soy Pablo Morey. . .

—Morey, ¿aquel muchacho aindiado de Guasina?

—El mismo. . .

—Es un nombre que te queda bien. . . Me dijeron que este era el mejor ron. . . bebe, pues. . .

5

Pedro llega dando traspiés y empujando a Margarita.

—¡Rápido, entren! —grita Pablo.

El carro parte a gran velocidad con un fuerte chirriar de cauchos que ahogan las palabras de la gente en las aceras.

—La encontré pegada a la pared, inmóvil, con los pies atornillados a la acera —dice Pedro jadeante, muy pálido, tembloroso, mirando destellos rojos y azules— ¡Corre! No resisto el dolor.

Trata de sonreír para calmar a Luisa y con los labios apretados entre los dientes dice:

—Creo que ahora si necesito una toalla de menstruación, muchacha. . .

Margarita trata de resistir largas descargas convulsas al lado de Alí. Temblores intermitentes, cortados bruscamente a fuerza de rigidez. Inconscientemente busca en su cartera. Su rostro va y viene entre colores rojos y grises. Se le hinchan las venas del cuello y los senos parecen estallar en partículas duras de porcelana. Mira por la ventanilla del carro: las gentes, las vidrieras, los carros estacionados a ambos lados de

la acera y el negro que afirma que su casa se dedica a la mujer con mil amores, empieza a girar entre las piezas íntimas de las mujeres y los postizos que ofrece cuando ella apreta los párpados con fuerza y se le forma una cruz roja en la frente, con dos perros salchichas y una mujer con bigotes negros de hombre.

—Aquí cambiamos de carro...

Y Margarita abre los ojos para llorar silenciosamente.

—¡No puedo! —dice con voz cortada.

—¿No puedes qué?

—¡No puedo nada...! —repite—. ¿Acaso debo poder?

—¿No puedes qué?

—Espera, Alí... vamos a la casa. Déjala que llore. Eso le hace bien...

Margarita apoya el rostro en sus propias manos. Luisa le acaricia los cabellos suavemente. Niega con la cabeza algo que piensa y no dice. Margarita se abre la blusa. Se siente ahogada.

—Se me van a reventar...

—¿Te vas a desnudar aquí? —le dice Alí con brusquedad.

Margarita se abotona de nuevo la blusa y vuelve a cubrirse el rostro con las manos.

—¡Déjala tranquila! —dice Pablo tajante.

—Y se siente culpable, inhumano, bestial por unos instantes porque solo le preocupa llevarlos a la casa. No debió traerlos. Es una especie de cuartel general, de depósito, de refugio secreto. Ni a los heridos leves debe traerse. No se sabe lo que puede ocurrir después de la primera acción. Y sabe que Pedro y Luisa piensan lo mismo.

—No tenemos más remedio —dice en voz alta—. Esta es una casa secreta. Todavía muchos combatientes vienen aquí con los ojos vendados. Hasta Luis Martínez y Augusto Ruíz vienen aquí con los ojos llenos de algodones entre los lentes oscuros. Y para ellos es ridículo, cursi, tonto.

—Se ve que seguimos siendo cursis en algunas cosas, como los adecos.

Un día Luis Martínez le dijo:

—Para qué necesito estos lentes. Yo sé donde queda la casa... ¡es ridículo!

Y eso ocurrió después de la visita de un empleado de sanidad.

—De aquí llamaron para una inspección sanitaria —dijo— ¿Hay muchas ratas, no?

—Déjeme ver —respondió Luis Martínez reclamando los papeles que traía el empleado en las manos—. Pase adelante.

La dirección estaba en los formularios.

—¿Está seguro que es aquí?

—Seguro. Allí está la dirección...

—Pero nosotros no hemos llamado a nadie —dijo Augusto Ruíz—. No tenemos ratas. A veces una que otra puta, sí, pero no tan ratas... —agregó con simpatía. El hombre lo mira y sonríe.

Antes de abrir habían tratado de recoger algunas cosas. Pero en los rincones quedaron amontonados uniformes, mochilas, cascos, radios, medicinas y un brazalete de las FALN pisado con un florero sin flores.

—Bueno, entonces, yo me voy —dijo el hombre dando un paso hacia la puerta.

—¡Siéntese! —dijo Augusto tomándolo de un brazo—. ¿Cuántos son ustedes?

—Yo solo... En la moto traigo las trampas para cazar las ratas vivas. Se usan en experimentos...

—Nosotros somos del servicio de inteligencia de las fuerzas armadas... Sifa, ¿entiendes?

—Hay que llamar al jefe —dice Augusto guiñándole un ojo a Luis Martínez.

Después de un rato reaparece con una botella de ron y sirve un vaso al empleado de sanidad.

—No puedo beber en horas de oficina, señores —dice éste débilmente.

—Con las ratas hay que beber ron, dan asco. Un funcionario de sanidad debe saberlo perfectamente. Es un antídoto a todo riesgo...

El hombre bebe un primer trago con manos temblorosas y se muerde la rata de la lengua con angustia.

—En horas de oficina...

—La oficina está en un edificio con unos señores, unos escritorios y archivadores y ficheros. Yo anduve con Sanidad en Barinas cuando la alarma de la fiebre amarilla y los guerrilleros. ¿No recuerda?

Bebe un trago largo y lo recuerda perfectamente en la fiebre amarilla de los monos difíciles de atrapar. Y habla de su mujer, de sus hijos, de los venenos y trampas para ratas y la inteligencia de las ratas y los ojos de las ratas cuando mueren envenenadas, como si lo acusaran a uno de un crimen inexplicable para ellas que nada saben de sanidad y el Ministro que recibe una condecoración por su labor raticida en la nación. Se ríe y cae en la tristeza de los tragos de ron y los temores de sentirse atrapado no se sabe dónde ni por qué como una rata más. Una ratonera donde se hacen experimentos con ron y después no se sabe si uno es pariente lejano de las ratas sometido a experimentos que no le duelen nunca con el ron.

—Ustedes no son del Sifa nada —dice de pronto—. Ustedes son de las FALN, no tienen tipo de Sifa. Ustedes son gente decente. ¿Me van a decir la verdad?

Nunca he querido tanto a las ratas como en este momento. No, ellas no me complican la vida. Yo ando en una moto con unas trampas y las ratas son mi manera de vivir. Vivo por ellas, ¿entienden?

—Ustedes son unos muchachos de las FALN.

Augusto monta la metralleta:

—Ya lo sabe, compadre...

—¡Ya lo sé!

Luis Martínez le dice con calma:

—No te pasará nada si te portas bien...

—¿Y no me estoy portando bien?

—Hasta ahora sí...

—Ya me he bebido casi una botella. ¿Eso es portarme bien? Yo nunca le he dado ron a una rata... Me porto tan bien que bebo en horas de oficina...

—Eso es verdad... Pero te falta mucho todavía...

6

María guarda silencio con las manos dentro del saco porque ellos han empezado a hablar del Cuartel San Carlos. Antes del año 28 y el año 28. López Contreras, un tísico que no se muere cuando comprende que todo ha fracasado. Un golpe de estado frustrado y una leyenda alrededor del hijo de López Contreras a quien se le atribuyen cualida-

des extraordinarias en un desastre oscuro que nadie ha investigado a fondo. María la Tonina y el Comandante Ratón forman parte de la historia del Cuartel San Carlos, donde todavía hacen guardia los difuntos del año 28 para asustar a los soldados en las garitas cuando no silban en tono bajo alguna melodía lejana que viene con el viento. Y en la cuadra vieja todos se llenan de miedo: dicen que a una hora determinada de la noche se oyen los ayes y los gritos de los soldados que murieron dormidos, macheteados y que todavía no se han dado cuenta que están muertos definitivamente desde hace años. El "San Carlos" se llena de ruidos cuando todo está en silencio y los pasos de los soldados en las garitas se detienen de pronto para volver a sonar apresurados, torpes, con una canción que se vuelve a silbar empezando por cualquier parte.

Ellos beben otro trago. A quién le faltan los bigotes de Bolívar dice sonriente:

—¿Qué periódicos vendes, María?

—Yo no vendo cualquier periódico. Antes no vendía cualquier cosa. Eso lo puede hacer cualquiera...

Ellos sonríen y miran en todas direcciones. Los cuatro hombres en la otra mesa juegan a la ruleta rusa con los dados y ríen cuando alguien pierde y se bebe todas las copas pedidas. No les importa nada. Dentro de poco dirán que se beberá media botella de ron quien pierda para llevarlo a los límites de la muerte.

Sin embargo, hay que estar seguros. María es inofensiva, pero sigue siendo ingenua (aunque ya se le secaron los limones hace mucho tiempo).

—Vendo esto: periódicos clandestinos. No cualquier cosa, ya lo dije. La Negra Estela vende periódicos ordinarios y tiene sus hijos en la escuela y uno ya está a punto de entrar en la Universidad. Yo no. No tengo hijos. Varios abortos, nada más y eso no va a la escuela.

María entrega dos sobres a cada uno:

—"Tribuna Popular". Ustedes la conocen. Antes era más grande y yo entraba fácilmente a los cuarteles y se la vendía a los oficiales para que supieran cuándo estaba en peligro de golpe la democracia...

Ellos miran al dueño.

—El dueño sabe que no es marihuana. El sabe. Por eso a veces no me deja entrar. Un día me dijo:

—¡Sal de mi negocio, vieja sucia! Eso es más peligroso que vender marihuana en público. Este es un bar decente: aquí se habla de perros de caza, de escopetas y de putas. ¡Y tú ni siquiera para puta sirves ya...!

Y sin responder una palabra me senté en el suelo y le dije que se callara porque me daban ganas de orinar.

—Sí, es más peligroso que la marihuana —dice el joven sin bigotes mientras extrae la cartera.

—Yo no aumento el precio. Algunos lo hacen. Pero eso es bolsa negra. Y desacredita...

—¿Y tú eres comunista, María?

—No tanto, hijo... Pero me siento tranquila cuando hago estas cosas. Antes ni cuando rezaba me sentía feliz...

De la calle viene un leve ruido de cornetas, pasos, golpes en los postes y alguna gente camina apresurada frente a la puerta de "El Cazador".

María se levanta y con la mano en la oreja trata de oír mejor y distinguir los ruidos que ya le son familiares. Los oficiales beben whisky tranquilamente. El dueño del bar cierra la puerta y enciende las luces.

—¡Ya pasará! —dice y limpia con un paño la mesa de los oficiales—. ¡Siempre me traes mala suerte, vieja sucia...!

Uno de los oficiales dice:

—Ahora no dejan vender dulces en el San Carlos. Para evitar los limoncitos.

Allí están algunos presos importantes. Yo conozco a Gustavo Machado, ¿quién no conoce a Gustavo? El me quiere mucho y me dice "señora", "vieja querida", ¿quién más lo puede hacer si no él? Era el director de "Tribuna Popular". Ustedes saben, y siempre hablaba con nosotros los pregoneros como la gran familia de "Tribuna"...

Los gritos interrumpen a María. Oye atentamente y se dirige a la puerta:

—¡Abreme, sargento! —dice al dueño.

Los cuatro de la otra mesa la miran pasar. Y uno dice:

—María, ¿por qué no juegas a la ruleta rusa con nosotros?

Mira a los demás, guiña los ojos, toma los dados, los tira en la mesa y agrega:

—Quien pierda se acuesta con ella, ¿de acuerdo?

Y todos ríen a la vez:

—¡Esa sí es una ruleta de verdad...!

—Abreme, sargento, debo salir...

¡No puedo! Se mete la gente y la policía. Yo no soy político. Lo mío son las escopetas, los perros y las putas, vieja sucia...

Uno de los oficiales dice:

—Abrele...

María sale. Siente el aire de las puertas cuando se cierran violentamente a sus espaldas. Curiosos en las aceras, en las puertas de las casas, en los balcones de los edificios, carros a gran velocidad. Ella camina entre la gente, se abre paso, pregunta, no ve nada.

Oye disparos y por fin puede ver la gente que cruza la calle cuatro cuadras más allá. Los choferes de los carros indican el lugar de los disparos y se desplazan a gran velocidad.

—Unos estudiantes en el silencio...

Una mujer fea, de mediana edad y cuerpo proporcionado y europeo se asoma a la puerta de la tienda y dice a los curiosos que se le acercan:

—Ahora vienen y nos desnudan. Siempre es lo mismo.

Y repite cuando alguien duda:

—¡Nos desnudan! Yo le he dicho a las muchachas que usen short debajo, pero pueden mandarlo a quitar también... Y entonces una nunca sabe.

La gente ríe en la acera cuando un viejo dice:

—¡Vamos a ver dijo un ciego! Tal vez salvo la tarde con ustedes, muchachas...

Voces, gritos, hombres que llegan jadeantes y sudados para hacerse espacio entre los curiosos de las aceras. Gritos fuertes de policías —circulen y:

—¡Abajo el gobiernito!

—¡Yo sabía! —se dice María—. ¡Tenía que ser por esta zona...!

—¡Viva San Juan...! ¡Viva la Plaza de Capuchinos...!

Disparos y humo en el silencio y un poco más allá un carro en llamas. Se forma una multitud que mira hacia el humo a la espera de no se sabe qué, pero que debe ocurrir de un momento a otro.

—Mataron un estudiante...

Tres jóvenes irrumpen en la Avenida San Martín. Dos interrumpen el tráfico. El otro sube a la base del semáforo y la camisa roja brilla con el sol.

—¿Por qué usa una camisa roja? —se pregunta María—. ¿Por qué son tontos, camisa roja?

Pero no hay tiempo para pensar. La gente en la acera y los balcones prestan toda su atención al muchacho de camisa roja que echa el cuerpo hacia adelante. Sostenido en el poste levanta el puño cerrado, de cartel contra el imperialismo, y mira el sol:

—Hoy es el día —dice— de la Juventud Comunista...

María oye unos disparos muy cerca.

—Bájate, muchacho, ya lo sabemos —grita.

Desde un balcón grita una muchacha:

—¡Ya llegan... te van a matar...!

Suenan unos disparos desde la acera.

—¡No tengo tiempo! —grita camisa roja.

Y los tres corren en la misma dirección, hacia la subida del cerro.

—Muy malo —dice María a un vecino que no sabe quién es.

—Los matarán a los tres —dice la mujer de la tienda que tiene dos años esperando la operación desnudo que nunca llega a San Juan.

Un muchacho cae herido en una pierna que arrastra. Tres policías sin uniformes lo engañan. Uno trae una pistola en cada mano y las dirige en todas direcciones: la gente en la acera, en los balcones, en las nubes, en el aire. Nadie se mueve en la acera hechizada en la película de pistoleros donde lo más importante es la muerte.

El catire de las dos pistolas grita, ruge, murmura, rechina los dientes, para quienes están más cerca:

—¡Por fin te encontré! —grita y toma al muchacho de camisa roja por el cuello.

María se vuelve a la gente y dice:

—Hay que hacer algo...

—¡No lo mates, catire Bracho! —grita otro de los policías.

Los muchachos con las manos en la nuca miran a la gente en la acera.

—¡Media vuelta...! ¡contra la pared! —grita el catire Bracho—. ¡Y ustedes también! —grita a la gente en la acera. Pero nadie le hace caso y alguien grita:

—¡Estás equivocado!

Los muchachos dan media vuelta y quedan de espalda a la gente:

—Estamos desarmados —grita camisa roja.

Y el catire Bracho le introduce una de las pistolas en la camisa buscando apoyo firme en la piel, en la carne, en los huesos.

—¡No lo mates, catire Bracho! —dice a media voz el otro policía.

—¡No seas bolsa...! ¡Tenemos carta blanca: disparar primero! ¡Esto es mío...!

Disparar primero es lo mío y Bambarito no te salva porque te pueden disparar después.

María grita desde la acera de enfrente:

—¡No lo mates, Catire Bracho...!

El vuelve la cabeza y amenaza con la pistola en semi-círculos veloces, destellantes, enormes en sus manos sudorosas.

Y un coro que no se puede identificar con precisión rebota en la acera:

—¡No lo mates, catire Bracho, lotes, mates, cho! —el eco de la pared y los oídos.

Dos disparos al mismo tiempo y camisa roja se desploma. La gente se pega a la pared contra la pintura. Algunos se lanzan al suelo y gritan:

—¡Dispara contra nosotros...!

La mujer fea corre hacia el fondo de la tienda.

El catire Bracho se vuelve y dispara las pistolas al aire, sopla en el cañón y apunta a los otros dos jóvenes.

—¡Disparar primero...!

—¡Asesino...!

—¿Quién dijo asesino?

La gente empieza a dispersarse en silencio. Algunos vuelven la cabeza temerosos.

—Esto es una mierda —dice María—. ¡No se vayan...! ¿No quieren ver más?

La sangre de camisa roja comienza a extenderse por la acera hasta llegar a los zapatos del catire Bracho.

¡No se vayan...!

7

—Yo iba a ser radio-técnico, pero le tenía miedo a la electricidad. Todos decían: el hijo de "Zamuro Eléctrico" tiene que ser radio técnico...

Un porvenir, distinguir entre el misterio de las ondas, la voz humana y captarla, logrando la independencia y el estudio en su propia casa.

"Zamuro Eléctrico", mi padre que no era radio técnico, pero subía a los postes con dos cinturones y cambiaba los bombillos quemados o tiraba una nueva línea o cortaba la luz en las casas que no pagaban correctamente a la compañía. Y los muchachos admiraban como subía a los postes y colgaba en la cruceta de los postes una mano de cambur que consumía mientras trabajaba. Pero a veces la corriente lo trataba mal. Sobre todo cuando llovía y a mí no me gustaba la lluvia por eso, porque se quedaba pegado con la lengua trabada y había que bajarlo y extraerle la lengua con unas tenazas de hierro.

—Y yo le tenía miedo a la electricidad. La cara que tenía después que lo bajaban así, de los postes, me asustaba aunque los muchachos no perdían detalles y hasta sugerían que era mejor darles un golpe en la espalda para que vomitara la lengua o el bombillo que se había tragado con el susto.

El hijo de "Zamuro Eléctrico". No me gustaba que me dijeran "zamorito", sino así, simplemente el hijo de "Zamuro Eléctrico". Y yo le cargaba la caja con los hierros y el cinturón con los alicates, las tenazas, los taipes y los aisladores.

En Punto Fijo, aprendí el oficio con un graduado por correspondencia de la Universidad, Escuela o algo así. El trabajaba para los americanos, para las compañías y tenía su propio taller. Reparaba radios, cocinas, planchas, neveras, lavadoras, máquinas de coser o de escribir, en fin, todo, hasta relojes —y eso que no era relojero—,

y las americanas lo querían y a veces lo mandaban a buscar para acostarse con él. ¡Un porvenir!

—Porque a las americanas les gusta el tipo como uno, Panta. Pero lo bañan primero y lo perfuman y le echan talcos hasta en las orejas: un conejo que se alinea para que resulte un plato apetitoso —Pilar guiña un ojo, ríe, mueve las manos como si echara talco y se le esponja la nariz.

—Te bañan, Panta...

Del interior del sótano, junto con los ruidos de las radios en reparación, viene la voz de bajo del radio-técnico.

"Hacerte el jarkari..."

con el dedo..."

¡Qué barbaridad!

—¡Ojalá se duerma!

Pero a Pantaleón Lista lo envuelve la monotonía de la voz, de las palabras que suenan distantes y las figuras borrosas de las sombras y los árboles a la entradas del callejón de la colina. La modorra del policía que ya se cansa de esperar, sentado a las puertas de un sótano, la llegada de alguien sospechoso. Pero sólo ve la mujer blanca que bota basura en bata blanca y mira el reloj. La mujer viene y bota la basura y lo entalca hasta en las orejas y como "Sombras" le dice al oído:

—¿No cree?

Porque no pudo ser esa noche de la ruleta y seguramente se quedó esperando a las puertas del cabaret, hasta que él llegara, vestido de civil como corresponde en estos casos.

"Hacerse..."

...la ruleta con el dedo, por la nariz o por la boca. La ruleta con el dedo: ¡Pum! Y oye la perrita debajo de la cama cuando empezó a disparar y le abrió una raya de humo con el dedo en el pelo de "Sombras" acostada en la cama, sinuosa y de sedas en las caderas que lo llenaba de temblor, hasta en el talco de las orejas.

En la tarde hubo brisa y las mujeres blancas, extranjerías, pasearon los niños y los perros por la calle ciega. En la carretera principal que sube a la colina, los carros bajan a gran velocidad y las mujeres explican a los niños y a los perros que no se puede llegar hasta allí. La mujer blanca, en bata blanca, besa a su marido des-

pués de ver el reloj y le entrega amorosamente el depósito plástico de basura. El lleva su brazo izquierdo por la cintura de la mujer. Y seguramente lo entalca y lo perfuma.

—Un hombre sin mujer se pudre por dentro...

Y la mujer blanca y el hombre esperan el ascensor y se besan delante de ellos que no son personas, que no son nadie, que no importan porque son policías que los cuidan a ellos también.

Pero Pilar María Astudillos no deja de hablar: las luces en la calle ciega no son suficientes y un bulto cualquiera puede llegarte hasta las narices.

—Yo dejo esto y me voy, Panta —muestra la metralleta. Este es mi pellejo y los cubanos tienen sus canciones y su radio. Y uno se muere aunque nos aseguren en una compañía. Porque tú sabes que compraron un seguro colectivo contra todo riesgo (así aseguran las empresas también). Y nadie quería venderlo. ¿Quién quiere vender un seguro a la policía? A uno lo matan y le dan la plata del seguro a la mujer y le ofrecen otro policía asegurado para que se acueste con ella.

—Y no ha pasado nada... pero el mejor seguro es dejar esto, ¿no te parece, Panta? Si fuéramos más. La instrucción dice que si a uno lo hieren no debe moverse ni dejar que lo muevan. El cabo Luis se salvó por eso.

Lo hirieron los extremistas. Uno se acercó a él con la pistola en la mano, recogió la metra y el cabo pensó que era para rematarlo y le gritó al muchacho:

—Remátame, pero no me toques. Déjame aquí mismo.

Como llovía, el extremista le dijo que quería protegerlo de la lluvia arrastrándolo hasta un portal. Pero el cabo Luis repetía:

—¡No me toques...!

Y se salvó.

—Yo creo que uno se salva como te digo. Le dejamos esto a los muchachos. Es lo que quieren...

Pilar María Astudillos lo mira y lo interroga con sus gestos.

—Si uno pudiera hacerse la ruleta con el dedo —dice Pantaleón Lista con los ojos fijos en el edificio, donde entró la mujer blanca con el hombre.

Pilar María Astudillos lo mira en la oscuridad con la boca abierta y babosa, sorprendido y salta del asiento para colocarse en cuclillas, delante de Pantaleón.

—¿La ruleta con el dedo? —se lleva el índice a la sien derecha y hace "PIM" con la boca y ríe con sus dientes pequeños y rosados—. ¡No sirve, chico! La ruleta es la ruleta y tiene sus leyes en la suerte de cada uno, en lo que está escrito... te llevas el dedo ¿y qué?

Oyen algunos disparos a lo lejos y quedan en silencio.

—Pum o pim y uno no se muere, Panta... ni se muere nadie y no se sabe hacia dónde está la suerte del dedo esa noche...

Otro tiro.

—Bueno, ya eso empezó esta noche —dice Pilar María Astudillos tratando de distinguir un bulto en la oscuridad del cerro.

—Lo importante de la ruleta es, que uno de la rueda que la juega, se muere esa noche. Eso es lo importante. Lo demás... fueron cuatro tiros...

Y los disparos interrumpen sus palabras y guarda silencio con el índice en la boca y la cabeza estirada hacia un lado, tratando de encontrar algo nuevo en el aire.

—Persiguen un carro...

—Sí, un carro —confirma Pilar—. A nosotros nos pueden atacar desde la carretera, que es una buena salida para subir el cerro...

Pantaleón arranca un tallo tierno de hierba y se lo coloca en la boca.

—¡Ojalá nos ataquen de una vez para salir de eso!

Pilar vuelve a mirarlo sin comprender. Pudo salir loco del calabozo porque se coloca el casco blanco, que brilla en la noche y es fácil distinguir desde la distancia.

—¿Tú estás loco, Panta? Esto no es la ruleta. La ruleta es un gusto que uno se da. Aquí no hay para dónde correr...

En el sótano el radio-técnico sigue con su canción y sus ruidos de acompañamiento.

Pilar toma de un brazo a Pantaleón para hacerle una confidencia.

—Además, Panta. La ruleta es la ruleta, como te digo, pero éste es un gusto que se dan otros, ¿entiendes? Un gusto de ellos.

Te pones un nombre, te lo ajustas, parece a la medida. La personalidad cambia con el nombre que te das. Acero, yo soy duro, estalinista, un personaje de novela que se enamora de una muchacha bella. Y uno busca la muchacha bella en las calles que pasa, sin encontrar nada parecido. Uno es infantil. No por los nombres, se entiende.

—Yo ahora tengo un solo nombre. Ya no necesito otro. Antes tenía tres nombres, ¿recuerdas? Los hijos se confundían. Y los más pequeños sólo supieron mi nombre verdadero cuando cayó la otra dictadura. O la misma, como tú dices, la dictadura del petróleo que alterna sus agentes en el poder. Durante mucho tiempo se confundieron y era un problema en la escuela también. Decía: no tiene importancia el nombre: de todos modos son mis hijos.

Pablo permanece inmóvil. Todos los músculos en tensión. Los ojos fijos en los ojos del viejo.

—Quizás ahora hable del hijo muerto...

Y si no lo hace, salto y lo tomo por el cuello para decirle que no siga dando vueltas. Se bebe un trago y el viejo sonríe. Se levanta ágilmente de la silla y se acerca a la ventana. Los brazos tomados fuertemente a la espalda. Mira por la ventana hacia la iglesia, sin dejar de hablar, pero ausente, ido, más allá de lo que dice. Y de pronto vuelve todo el cuerpo hacia Pablo y hace un gesto para indicar la puerta:

—Una noche vino. No se sentó. Caminó de un lado a otro.

Miraba las grietas de la pared, los cuadros de Darío, un vaso en la mesa, ese retrato mío que dice tan poco de mis años actuales, porque Darío me pintó así, como el revolucionario puro, siempre joven (Darío me pintó para la eternidad de la revolución, cuando yo estaba moribundo y había que dejar un testimonio, ¿recuerdas? Un testimonio). Se tiene que decir que un hombre que fue así, puro, se murió en la cárcel, lo dejaron morir o lo mataron, ¿qué importa la forma? Hasta donde yo sé, si hubiésemos tomado el poder entonces, nos llamarían los carniceros y no el viejecito del dos, que antes de entrar a su casa, pasa por la farmacia y se lleva una bolsa de remedios para el estómago, la tensión y el corazón. ¡Un viejecito bueno!

—Pero te decía que vino y no se sentó. Caminaba, se asomaba por la ventana y por primera vez le dije: bébete este trago, hijo. Pablo no dirá nada por un trago más o un trago menos, ¿verdad? Pero él apagó la luz y me dijo en voz muy baja, ronca, temblorosa, con esa voz que sólo tenemos nosotros los perseguidos:

—Me pueden ver...

Y yo le dije que lo podían ver mejor si apagaba la luz. Pero no me hizo caso y pensé que podía ser para llorar ante mí, sin la vergüenza que dan las lágrimas cuando estamos acosados.

Pablo estiró los pies porque el viejo le dijo, bebe, sin darle tiempo a lamentar, con la frase preparada y sentida:

—Lo siento por tu hijo, viejo...

—Miraba las cosas como si fuera por última vez. Tú lo decías:

—Siempre miro las cosas como si fueran por última vez. Tú, que entonces eras poeta, porque ahora no eres, ¿verdad?

Pero uno, sin ser poeta, a veces ve las cosas así, ¿recuerdas? Yo le decía: "siéntate, hijo. Me pones nervioso. ¿Quién te puede ver? Además, estás conmigo. No camines más". Caminaba igual que nosotros en el calabozo, acorralado, enjaulado. De un lado a otro, sin sentido, mirando al suelo o las paredes y el mundo gira en el suelo o las paredes. Los animales en las jaulas de exhibición también son así, parecieran protestar, dejar ver su fuerza y su impotencia...

Me dijo:

—Yo no quería molestarte, viejo. No tengo derecho a traerte una nueva preocupación. Sé lo enfermo que estás y como te duelen estas cosas. Pero tengo miedo. No me importa que me maten, eso no es. Pero me quieren matar como un choro, como un gangster.

—Yo no soy un gangster. Eso decían de ti también. Yo he seguido tus pasos. Si tú hubieras seguido, andarías hoy junto conmigo. Pero tú nunca sentías miedo de que te mataran como un gangster.

Iba a visitar a los hermanos.

—Quería saber de tí, pero sin venir a verte para no mezclarte en nada.

Oigo unos disparos muy cerca. Corro. Siento una ráfaga de viento en la chaqueta. No tenía armas. Cuando visito la familia ando sin armas.

—¡“La Zorra”! Es ¡“La Zorra”! —gritan a mis espaldas, a unos cincuenta pasos.

Vuelvo la cabeza y los policías avanzan pegados a las paredes y disparando.

—No es conmigo... Yo no soy “La Zorra”.

Y me detengo y miro a mi alrededor. Pero estoy solo en la calle. Algunos niños que las mujeres tratan de arrancar de los balcones y las puertas de las casas.

Y los policías me disparan a mí y gritan:

—¡“La Zorra...”!

Y la gente me ve correr, entro a una casa, salto varias cercas, me rompo las manos con los alambres, no me detengo, salgo a otra calle. Y me cambio la chaqueta porque el forro es de otro color.

—¡Mira —me dice—, me agujeraron la chaqueta aquí, muy cerca, casi me dan! Pero eso no importa. Quieren matarme como “La Zorra” y yo soy comunista. Eso no es extraño que un hijo tuyo sea comunista, ¿verdad? Quiero pedirte algo, viejo. Tú puedes hacerlo: si me matan, declara que no soy “La Zorra”. Nadie dudará que soy comunista si tú lo dices. A tí te respetan.

—Eso es absurdo —le dije debilmente y le llené de nuevo la copa—. Bebe, hijo, te lo pide tu padre...

—Es la segunda vez en quince días. Y no sé cuando será la última vez.

El viejo Ramos camina de un extremo a otro de la sala. Deja descansar el pulgar en el agujero que dejó el disparo en la chaqueta de su hijo. En algún momento se lleva la mano a los ojos. Pablo no se atrevía a cambiar de posición.

—Era un niño. Yo era el padre, es cierto. Pero, ¿qué había hecho yo por él? Lo vi cuando nació, era muy fuerte, era un toro, tenía pelos hasta en la frente y con los ojos abiertos, parecía sonreírme cuando me lo acercó la enfermera. Después volví a verlo de año en año. Me perseguían duro, me querían matar. Yo era Acero entonces. A los nueve años entró a trabajar en una bomba de gasolina para ayudar a la madre y los hermanitos. Dormía en los asien-

tos de los carros. Yo no podía ocuparme de ellos. La policía lo seguía a todas partes para dar conmigo. Tú lo sacaste de la bomba de gasolina. Lo llevaste a otra parte para que no lo siguiera la policía. Hace diez años justamente. ¡Lo mataron ya!

—Yo le decía que trabajara contigo. El no me decía nada. No trabajaba contigo, ¿verdad?

Se apagaba ronco y se levantaba en algunas palabras.

Cuando lo mataron, Carlos Andrés Pérez me llamó desde el Ministerio.

—Tu hijo está muerto en la morgue del Hospital Vargas —me dijo.

—¡Ya sé! —respondí.

—Te llamo para preguntarte —agregó—, si te conviene que demos a la prensa la información con su nombre o con otro. Podemos enterrarlo con otro nombre. Eso no es problema para nosotros. Tú dices.

Yo estaba mudo de rabia. Mis otros hijos me tomaron por los brazos y me trajeron una silla para que no cayera.

—¡Eso me dijo ese cretino! Yo no sé qué respondí. ¡Con otro nombre! Sólo eso les preocupaba: ¡mi viejo nombre de revolucionario! Una magnífica consideración. ¡Con otro nombre, mi hijo, el comunista, el revolucionario, aquel que siguió mis pasos hasta un punto que yo no pude llegar!

Respira profundamente y apoya los brazos en el espaldar del sillón.

Pablo se levanta. No sabe qué hacer. Camina hacia la ventana y mira hacia la calle hasta que logra ver la pareja que sigue tras el poste, entre grandes promesas de amor o de odio.

—¡Lo mataron ya!

9

No puede beber en horas de oficina, aunque el ron sea aprobado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social con una licencia. Las ratas no esperan. Si tú bebes, las ratas hacen de las suyas.

—De todos modos le dan al Ministro su condecoración por las ratas...

Pero ahora habla de nuevo de los hijos. La mujer está loca desde octubre del año 60 cuando los tanques y los carros de guerra cercaron el barrio "23 de Enero". El foco de la insurrección y un general hacía sus planes de batalla e instalaba sus baterías en los lugares estratégicos. Como ratas. Enloquecida. Y él se emborracha para dormir y no sentir a la mujer que no duerme y pasa toda la noche descubriendo disparos para cubrir a los hijos con su propio cuerpo y los colchones. Por poco los ahoga y ellos gritan asfixiados y saltan sobre el padre asustados, hasta que caen rendidos en el suelo y duermen sobresaltados, temblando, llenos de frío y de miedo.

Mataron muchos niños esa vez.

—Ustedes lo saben...

Las balas atravesaban las paredes de los super-bloques, silbaban, caían frías en los vidrios, en los espejos o en la pierna de la niña y la muñeca.

—¿Ustedes no han visto una muñeca mutilada por una bala de fusil?

Sí, de fusil y la niña gritando por su propia pierna, con lo que quedaba de la muñeca.

—No duerme... habla muy bajo como si se escondiera de alguien, del hombre con los binóculos y los planos en las manos. Está loca. Y yo tengo que dejarla sola con los niños que no van a la escuela ni al parque y andan a gatas en el piso.

Bebe y se limpia los ojos con el dorso de la mano y los labios con la lengua que se le seca y se torna pastosa en cada nueva frase.

—Yo tengo un hermano que es de ustedes... del Partido —y entrega su cédula de identidad y los retratos de la mujer y de los hijos—. Ahora está muy descompuesta, pero era así, de joven. Ahora esos ojos le saltan de un lado a otro y cada segundo los pasa por la ventana como si esperara la muerte.

Cuando llegó Pablo el empleado de Sanidad estaba completamente borracho fuera de las horas de oficina.

—Déjenme ir a marcar la tarjeta a la oficina, siquiera. Yo vuelvo. Ustedes no pueden matarme a mí. Déjenme ir a marcar la tarjeta.

—Vamos a ver si es cierto lo de tu hermano —le dice Pablo—. Puedes beber otro trago. Ya vuelvo...

—Marcar la tarjeta y vuelvo. Yo soy un hombre de palabra. ¡Palabra de honor! Marco en el reloj y vuelvo. Si no marco me botan del trabajo.

Insiste unos minutos más con las mismas palabras:

—¿Creen que estoy borracho?

Se bebe un largo trago y se queda dormido.

Pablo regresó en la noche. El empleado de sanidad estaba dormido. Su cabeza descansaba pesadamente sobre una mochila.

—Es cierto. Fui a ver a su hermano. Está seguro que no delatará nada. Yo debo entregárselo ahora. Su mujer está loca y los hijos corren a gatas en el apartamento como unos animalitos asustados. Me esperan aquí. No se muevan...

—Es una tontería adema: ya sabemos la dirección de la casa.

—Pero no se muevan...

Cuando entran en la casa, Pablo repite:

—Es una casa secreta. A los ojos de los vecinos debe aparecer como una fiesta o algo así.

—Si —repite Luisa—, es una casa secreta.

Pedro, sentado en el diván, descubre la herida. La venda y los algodones están completamente mojados. Luisa desprende algunos algodones que se pegan con la sangre coagulada.

—Ahora sí necesito esa toalla de menstruación. Un modess —dice entre muecas de dolor—, el tampax no sirve ni para esto ni para señoritas...

Pero nadie se ríe.

Margarita se sienta y apoya la cabeza en una mesa. Parece dormir.

—¿No puedes qué? —le pregunta Alí.

—Déjala que descansa —dice Luisa con rudeza.

—Ella debe regresar a su casa —indica Pablo—. Aquí no puede quedarse. Pueden empezar a buscarla: un rapto, un secuestro. La Policía Técnica Judicial, retratos, color del último vestido, estatura, etc. Además el padre tiene una compañía de serenos. ¿Cuántos serenos nos han visto ya?

—¡Yo no quiero volver a mi casa! —responde Margarita casi a gritos con los ojos hinchados y llenos de lágrimas.

—Debes regresar —dice Alí.

—No puedo...!

Le tiembla todo el cuerpo. Se avergüenza de ella misma cuando tiembla. Mira a Pablo con cierto terror en los ojos. Puede contarle. El ve por la grieta, anota en una libreta, hace un plano, se emborracha y dice que no debieron hacerle eso. Y desde entonces está borracho. Contar a Pablo, pero no se atreve. Arturo le pidió un beso y ella le dijo algo de la libertad y ahora tiembla. No quiere llorar pero le brotan las lágrimas. La metralleta sonando en sus oídos y la lluvia golpeando el pavimento, mientras la mujer vieja, de bigotes y pelo recortado, cubre los perros salchichas con su cuerpo.

—La madre cubrió el cuerpo de Arturo con su cuerpo —dice y nadie entiende el hilo de sus pensamientos.

Tiemblo en medio de grandes esfuerzos por no temblar y por poco se cae de la silla, en una sola contracción epiléptica. La madre no sabe que es una mujer. Y los policías se doblaron y retorcieron, poco después de indicarle con la metralleta donde quedaba la Cruz Roja, mirándole los senos y las nalgas.

—Arturo me pidió un beso una vez (miraba las estrellas y las apuntaba con la pistola entre los hojas de los árboles. Estábamos sentados en la acera. Pero la libertad y el amor se conquistan, siguen un mismo camino).

—¡Ah ¿eso es? —dice Alí con cierta alegría—. ¡Eso no tiene importancia...!

Este no comprende. María pasa a las diez de la noche y grita ¡Abajo el imperialismo! Y ella está allí en los escombros con Alí. Pero solo por Arturo. No comprende. El padre... échame kerosen en la cabeza y puro sexo, María cuando está borracho.

Y Alí se estremece. No sabe qué hacer y salta a su lado y la abraza y le acaricia el pelo y le levanta el rostro conmovido, pálido, con deseos de echarse a llorar también, para sentirse niño inocente que no sabe entender nada de la vida todavía, pese a que ha matado a un hombre ya.

—¡Todo lo que nosotros hacemos es justo! —dice Alí acariciándole el pelo—. Es justo, yo lo sé. Pero eso se comprende con

el tiempo... para ti es duro. La primera vez es duro... pero es justo también...

Pablo lo toma por un brazo, le apreta fuertemente y lo deja para empezar a caminar de un extremo a otro de la sala.

—¡Déjala! —dice—. Ya le pasará. Ustedes realmente se aman y eso es bueno ahora. Generalmente pasa así...

Luisa —pensativa, triste—, peina a Pedro con sus dedos.

—Sí —dice—. Así pasa siempre... No te desabotones más la camisa...

Es una ley, uno empieza a vivir siempre débilmente.

—¡Se te ven los senos, muchacha...!

10

El Catire Bracho salta a la calle blandiendo las pistolas. Ha matado tres hombres y tiene derecho a saltar y esgrimir las pistolas contra el mundo. Ese es su derecho, dice en el desafío de su rostro sudado, rojo, con mechones oscilantes, de pantalla en la mirada terrible, fiera, alerta, irresistible. Desde la acera la gente camina y lo mira de reojo. Ningún carro se detiene y el catire Bracho realiza todos los gestos grotescos y piruetas aprendidas o improvisadas al instante, disparando las pistolas mecánicamente hacia el cielo en señal de alarma, de ¡pare! Maldice, corre, salta, dispara contra el semáforo, iluminado con la idea de detener el tráfico borrando la luz verde a tiros, pero todo sigue igual. Y grita.

Una camioneta de repartir pan se detiene a pocos pasos. Bracho corre y entra ¡al abordaje! golpeando los vidrios, el codo de un italiano y la corneta suena de un golpe seco.

—¡Póngase a la orden de la autoridad! —y encañona al italiano—. ¡La autoridad soy yo...!

El italiano protesta y desfigura su rostro en gestos negativos. Pero el catire Bracho amenaza y le introduce el cañón de una de las pistolas en la boca y el italiano cede con los ojos en blanco y en negro girando, descompuestos para encontrar una salida de las órbitas, que sólo dejan caer unas lágrimas.

Vuelve a recoger a los heridos. Oye algo. Da alguna patada al muchacho de camisa roja, menos brillante por la sangre y el polvo.

—¡Vamos, levántate...! ¡No te hagas el muerto...!
—Está muerto —dice el otro policía con voz temblorosa.
—¿Qué sabes tú de muertos? ¿Acaso has matado antes? ¡Tú eres un novato...!

—Está muerto —insiste el policía.

Bracho da otro puntapié a camisa roja e insiste:

—¡Camina!

Lo arrastra por un pié. La sangre se extiende en un rastro polvoriento con olor a orines y sebo, ya negra, sin vida.

—¡Abre la puerta de atrás! —ordena al italiano.

El italiano se traga una protesta sorda, pero habla de su pan blanco, puro, incontaminado. Dice algo de las manchas de sangre en el pan. ¿Quién comprará un pan manchado de sangre? Y hace una mezcla en su lengua de pan y mantequilla hasta que el catire Bracho lo golpea en el hombro con la pistola. Y abre la puerta de la camioneta y con sus manos expresivas muestras el pan blanco, rubio, negro, sin contaminación de sudores y sangre y rastro de acera con polvo. Y no resiste y dice una maldición poco cristiana en italiano.

—¡Mejor pan con sangre! —grita el catire Bracho—. No necesita mantequilla —y ruge buscando el público con una risa extraña y convulsiva.

Entre los tres policías tiran los muchachos en la camioneta. Uno cae sobre una cesta de pan y el italiano levanta las manos al cielo, se toca el costado del corazón y se encoge de hombros cuando escupe en la acera.

—¡A la jefatura más cercana! —grita Bracho.

—¿Dónde?

—¡A San Juan...!

Los dos policías se sientan al lado del chofer y Bracho sube al techo de la camioneta. Avanza por la calle a gran velocidad. El catire Bracho dispara al aire desde el techo de la camioneta.

—¡Mueran los comunistas...! ¡Viva el gobierno! —grita entre los disparos.

La gente se concentra lentamente en el lugar de la sangre. Algunas mujeres se cubren la boca, los ojos, los oídos, los senos, como para no gritar, no ver del todo, no oír nada a su alrededor.

La sangre a medio coagular se extiende en suero blanquecino. Unos se van y otros llegan en silencio. La mujer fea de cuerpo hermoso que hablaba del desnudo y de los short llega muy triste con una vela encendida y dice:

—Perdona el pensamiento...

María se arrodilla. Un obrero trae unos cartones en la mano. Introduce sus dedos duros y ganchudos en la sangre y pinta en los cartones. La gente curiosa sigue los trazos de sangre. (Es difícil pintar con sangre, pero se pinta con calma y con la premura de algo que se coagula en los dedos).

"TE VENGAREMOS.

VICTIMA DE

BETANCOURT".

Pega los cartones en la pared, sobre los pozos de sangre y se va sin decir una sola palabra. La gente comienza dispersarse. María sigue arrodillada ante la sangre. Los carros disminuyen la marcha para ver mejor.

—¡Una loca arrodillada en la acera...!

—¡Es María La Tonina...!

—¡Se terminó de volver loca la vieja puta...!

Un hombre pone la mano en el hombro de María. Ella no se mueve. La mano la presiona. Vuelve la cabeza. Es el militar sin uniforme que le faltan los bigotes de Bolívar. Se levanta. Camina con ellos hasta el carro, estacionado frente al bar "El Cazador". El sargento dueño del bar le grita:

—¡No te mataron, vieja sucia...! siempre me traes mala suerte...

—¡A tu puta madre, vergajo...!

Camina con el saco danzando entre sus piernas.

—¡Así los mataron! —dice al militar que le faltan los bigotes—. Así mataron a Luis Ramos que tenía una camisa roja...

Se va sola. Baja la cabeza ante un grupo de hombres. Luego piensa:

—Alguien se comerá ese pan...

Mejor que mantequilla.

—¡Abajo el gobiernito...!

En la casa aún oía las palabras confusas de Margarita (disparos, sangre, convulsiones, dame-un-beso apuntando las estrellas con la pistola y abriéndose la blusa torpemente). Contra su costumbre, subió tramo a tramo las escaleras con cierta pesadumbre. Siempre subía de dos en dos los escalones. Sus hijos lo habían visto desde la ventana. Gritaron en una discusión y salieron a su encuentro. Uno en cada pierna para cabalgar y gritar:

—Papá...

—Yo lo vi primero...

—Yo...

Pero no manifestaba todo su sentimiento paternal con los hijos. Un padre que pretende extraer una sonrisa de sus cavilaciones. Entran en la casa y él se mira las manos limpias porque se las había lavado con esmero antes de entrar. Pero se veía las manos, distraído, cuando las posaba en las cabezas de sus hijos.

—Tonterías intelectuales: las manos están limpias. Tiemblan, es verdad, pero están limpias —piensa.

Siempre hay un tribunal, un juez, uno mismo condenando las pequeñas caricias que debe a los hijos. Sentirse contaminado de algo duro, terrible, difícil de evitar porque no hay otro camino para hacer y forjar a los hombres predestinados. Lo difícil es la derrota que aun no se ve y está lejos, aunque se nos ha ido lo mejor en los primeros sacrificios.

Uno de los hijos le muestra un barco. Un regalo del abuelo que había venido varias veces a buscarlo para hablar de la vieja prisión o simplemente para verlo tranquilo un instante.

Distraído mira el barco sin comprender, aunque el hijo le explica todo lo que hace el barco por el mar de la sala y pita tres veces. En la prisión siempre hay un barco en la pared. Los presos pintan un barco y viajan en el mar de la pared por todo el mundo, adivinando puertos y piernas y licores o la presencia de un camarada que espera las armas del barco para continuar la lucha hasta el final. Nazim Hitmet viajaba en un barco dibujado en la pared. Y llevaba una rama de ciruelas y su pipa y sus cuadernos y sus frascos de remedios. Un barco o un caballo, un avión, un pájaro en las paredes de la prisión para salir, para viajar y acercarse a otros

mundos, menos reducidos en el horizonte de los muros grises. (En Guasina un preso decía: "me iré volando como el gavilán" y volaba porque le subía la fiebre en su gavilán que desafiaba los vientos y las armas largas de los guardias). Un barco o un grito. Con un grito se viaja una pequeña distancia extra-muros. Se viaja en un poema.

—Tonterías intelectuales de los presos... para vivir —se reprocha sus propios pensamientos—. Y no son tonterías porque así se puede soportar. Y un preso se muere o se consume de amargura, sin sus sueños.

Cárgame de caballito.

Lo subió a las piernas y por unos segundos cabalgó en el llano silencioso de la imaginación. En la infancia su padre no lo subía de caballito en las piernas. Era un tío herrero que le había dado una escopeta pequeña. El padre no. Era zapatero y tenía las piernas cansadas en la tarde, cuando regresaba a casa lleno de dolores diseminados en todo el cuerpo.

Cárgame a mí.

—Después...

Carmen, su mujer, se sentó a su lado.

—Vino Ezequiel y me entregó una libreta azul. Me dijo que no debía caer. Por primera vez lo vi muy inquieto y misterioso. Te confiamos todo el Partido, me dijo y la carga encima.

—Sí. Es todo el Partido...

Pablo descansa una mano en sus piernas. Se la mira de reojo.

—Llamó Carlos Guillén y el muchacho de radio... pero no dejaron ningún mensaje. El teléfono está controlado descaradamente.

—Hoy ha sido un día difícil —dice Pablo.

—Cada vez que sonaba la puerta los niños gritaban: papá, papá. A veces creía que te había pasado algo...

—¿Qué me puede pasar ahora? Ya me ha pasado todo...

Le acaricia las piernas y sonríe.

—También vino papá. Quiere hablar contigo. Está muy preocupado.

Le hubiera gustado abrazarla y besarla junto con los hijos. Pero permanece en ese estado contemplativo, de cansancio, de preocupación de hombre contaminado que se refugia en el cansancio.

—Un barco...

—Se los trajo papá...

—Yo te hablaba siempre de barcos en las cartas...

En la prisión teníamos muchos barcos pintados en los muros. Yo te lo decía. Y pensaba que un día podríamos andar juntos y navegar con Julio Verne o Hemingway y pescar, que tanto me gusta y nunca he pescado. En mis cartas salíamos a navegar juntos y a decirnos cosas hermosas que sueñan los presos en la soledad y en la nada de las noches en blanco.

Ella se pasa una mano por los cabellos negros y lo mira asustada.

Pablo se queda en el barco que los niños hacen rodar acostados en el suelo y lo llevan a sus pies como un puerto. Carmen lo mira con su pupila negra y pequeña y Pablo la contempla sin decir palabras: la nariz recta, fina, perfecta y la boca siempre sonriente. La frente amplia despejada, luminosa y los labios carnosos. No ha cambiado nada.

El estaba preso. Por primera vez la vio en un retrato. Se quedó mirando el retrato un largo rato, como si no existieran rejas ni presos ni guardias ni una amenaza de muerte. No podía separarse del retrato y no oía nada a su alrededor. Hasta entonces decía algo confuso sobre la vida de un revolucionario:

—Un revolucionario debe ser un hombre solo. Sin compromisos familiares...

—Un revolucionario no es un hombre común...

—Un revolucionario no es el hombre de todos los días...

—¡Abajo lo cotidiano!

—Los revolucionarios somos locos para distinguirnos del resto de los hombres...

Y todos los jóvenes repetían lo mismo en la cárcel.

¡Un revolucionario! Y ante la fotografía de Carmen débilmente recordaba sus propias palabras.

—Somos gente fuera de todas las leyes humanas o divinas y, sin embargo, somos mortales y lloramos y nos llenamos de llagas, de amarguras, de vacilaciones... como cualquier mortal.

Un mecanismo de defensa y de impotencia de preso, como se dijo después que se descubrió que la pureza consiste en luchar como cualquier hombre normal.

La fotografía de Carmen lo hacía reconocerse ridículo repetidor de afirmaciones ajenas.

—Es mi hija —dijo el padre de Carmen a su lado.

Pero él no oyó. Después de tres meses de encierro en los calabozos de castigo —desnudo en el agua de los calabozos de castigo—, deliraba con la fiebre. Hablaba solo. Casi todos sus pensamientos en voz alta, sin control, hasta que se convertían en una masa incomprensible de orígenes del cristianismo, unidad y lucha de contrarios y un barco que navegaba de Guasina a la guerra civil española en el naufragio del agua del calabozo de castigo. Apenas podía tenerse en pie. Y sentía cierto placer en la enfermedad.

¡Estar enfermo!

Un preso debe estar enfermo siempre. Es un recurso.

¡Volverse loco!

Es bueno volverse loco. Es bueno volverse loco y salir de la cárcel para seguir loco o proseguir la lucha. Jesús Alberto Blanco decía en la prisión:

—Estoy demasiado viejo para volverme loco. En el Castillo de Puerto Cabello sí tenía edad para volverme loco. Ahora, aquí, ¿quién puede afirmar que no tengo gota?

Y de todos modos lo mataron sin volverse loco y con gota.

Pablo se recuerda a sí mismo, ¿se puede uno recordar a sí mismo? Uno se reconstruye todos los días en el recuerdo. Entonces era un hombre con una larga melena y unos ojos hundidos entre las órbitas, con los pómulos indígenas apuntando en la piel, mirando el retrato de una joven desconocida y bella que no conocería nunca. Y la fiebre todas las tardes porque había que tener fiebre. Y todos creían que estaba tísico, para tener un tísico entre los presos, que es algo importante. Y había cierto orgullo en él. Porque quería morir en la prisión y conservarse puro, íntegro, terriblemente justo en la muerte.

Vio el retrato unos segundos y luego los ojos quedaron empañados por la oscuridad del cansancio y la fiebre.

—Es mi hija —repitió el padre de Carmen que se empeñaba en sacarlo del pesimismo de la enfermedad y de la muerte.

Luego se le iluminó el rostro. Podía ser una esperanza, su hija distante:

—Ella puede escribirte. A ti no te escribe nadie. Sólo tu madre...

—¿Escribirme? —las letras y las cartas danzando en el delirio de la fiebre.

Un pobre preso se muere en la prisión. Alegrías de tísico. Ella en la calle, su novio, sus alegrías, ¿escribirle a un pobre preso desconocido, moribundo?

—Alegrías...

Pero escribió. Y ella respondió con una letra infantil, débil, formal. Cinco años. Todos los meses una carta.

—Usted... —porque para ella era un hombre viejo, cansado que le hablaba de libros, de palomas, del sol, con la importancia de descubrir el mundo.

—¿Cómo es el sol allá?

Yo quiero encender una hoguera en la playa y mirar las llamas y acostarme a dormir en la arena. Por lo menos una vez. Nunca lo he hecho (y cuando miraba a mi alrededor los cuatro cigarillos encendidos de los compañeros de calabozo en un rincón, era una hoguera de gigantes en la playa del suelo frío o vaporoso).

Un hombre medio loco en la prisión que se empezó a levantar del suelo, del pesimismo, de la muerte.

—Yo miro las palomas volar muy alto, por los tejados y se quedan en los muros para mirar a los presos con sorpresa.

Frases torpes, insignificantes. El cerebro en contacto con cosas simples, elementales: vida o muerte como la mayor profundidad de todo.

—Vida o muerte. ¿Qué más?

Cinco años así y una carta mensual.

—Un revolucionario debe hacer una vida normal, como cualquier mortal... esa es la ley nueva.

Pero es difícil.

Presionó con su mano en la pierna de Carmen, quería besarla, abrazarla con los hijos, decirle simplemente:

—Yo te quiero...

Peró le miró las piernas redondas, perfectas, cobrizas y sólo pudo decir:

—Un hombre normal... eso es todo...

¿Durante cuánto tiempo para él las bombas de su padre fueron un orgullo? ¿Cuántas veces me lo preguntó? ¿Cómo se figuraba las explosiones que no hicimos, como no fueran en experimento? Dos hombres volaron en pedazos, incluso uno con su hijo y a la mujer se le salieron las entrañas, ¿recuerdas? El tributo que hay que pagar en una revolución son los pioneros. Y después nadie se acuerda de nada y roban y asesinan igual. Razón tenía Potino, en la cárcel, cuando decía que nosotros sólo éramos etcétera de un movimiento que se iba a avergonzar con nuestros recuerdos, con los hechos, con unos sucesos que siempre intentamos y se quedaron como en el nacimiento de la creación —según la Biblia—, en la nada. Te golpearon y después les duele cuando te abrazan suavemente para no molestarte las espaldas que reflejan dolores de la antigüedad de las cosas que no se quieren recordar.

—Sí, ese es mi pesimismo, mi amargura que no encuentra satisfacción en el dinero, las mujeres o el aguardiente (no lo digo por ti, que lo has encontrado todo: mujer, una mujer que amas, el aguardiente que bebes por tantas cosas inexplicables y tu lucha que no te deja tiempo para la amargura). Te abrazan, hermano-querido, éste es uno de los buenos, con veinte de éstos yo gritaría también en los hechos ¡abajo el imperialismo! Y te invitan a unos tragos, a comer en un restorán de lujo, una parrilla argentina y a decirte que el primer whisky se anuncia en la televisión... hermano querido...

Se lleva las manos al corazón y bebe una pastilla produciendo gestos de negación con las manos cuando Pablo abre mucho los ojos y lo toma por los brazos.

—La gente se transforma, Pablo, ¿me dijiste Pablo, verdad? cuando todo es fácil y gente de la oligarquía te ofrece su casa, te envía un regalo de navidad, o fuera de navidad, y te habla de vinos que no conoces y tienes que preguntar a protocolo por los vinos. Yo los he visto... ¡Viejo querido!

Se sienta en el sillón unos segundos y luego vuelve a caminar por toda la sala.

—Perdona... Te hablaba de mi hijo que no pudo trabajar contigo todo el tiempo como eran mis deseos. Porque para mí si

trabajaba contigo era como andar conmigo. Tú sabes todo lo que yo sé. Siempre luchamos juntos contra el romanticismo. Y el resultado no siempre fue igual. De mí dicen, estos hombres-restorán, que sigo siendo romántico porque vivo mal, frente a una iglesia y concilio con el cura después de misa, cuando él quiere beber solo, sin reproches, sin conciencia, fuera de la vigilancia de las señoritas puras que tienen más de cincuenta años. Yo soy el puro para ellos, pero que estorba.

Le indica a Pablo que beba y le sirve otra copa de ron.

—Perdona. Mi hijo me ha vuelto loco... un día vino y me preguntó —hace dos años justamente—: viejo, ¿Cómo eran las bombas que ustedes hacían en Acción Democrática?

Le expliqué. Hice varios dibujos. Le hablé de los muertos que no siguieron las normas de seguridad y que hoy nadie recuerda. (Siempre que hablamos de bombas decimos demasiadas cosas. Porque todo giró durante nuestros diez años en hacer una bomba perfecta, en fabricar, probar, enseñar a la gente la estructura de seguridad de la bomba, para nada útil. Nos sentimos orgullosos de saber, como no sabe nadie, de bombas, salvo los españoles que nos enseñaron. ¿Dónde están los españoles anarquistas ahora? Hice dibujos y fórmulas que él copió y se guardó en el bolsillo. Llevaba el saber de siglos de destrucción que solo han heredado los anarquistas españoles. Los viejos anarquistas, ¿recuerdas? Medios-locos que no querían beber contigo porque había presos que no comían en las cárceles del mundo y de Franco. Eran días de amenazas de golpe de estado. La democracia estaba en peligro, se moría. Un asalto al poder de un mayor que quería ser general primero y millonario después, como siempre. Un día se cumplirá la ley que tú siempre has defendido: esa gente de uniforme hará la revolución, ¿recuerdas? Era una fecha fija de golpe y mi hijo me pedía unas fórmulas mágicas para defender la democracia, la pérdida, la puta democracia. Me parecía bueno eso de las bombas. Era bueno que un hijo mío defendiera lo que yo había soñado: la maldita democracia. Pero mi otro hijo, militante de Acción Democrática, como yo, también me hizo la misma pregunta: bombas, viejo. Tú conoces de bombas. No sabía si llenarme de alegría, de miedo o de tristeza...

Suspira, cierra los ojos, se inclina sobre la mesa y se levanta con la barbilla en las manos resacas, cuarteadas, negras de venillas o de pólvora vieja incrustada en la piel.

—Comprendí que estaba viejo, pensando en estas cosas. Uno se pone viejo cuando comprende la tristeza. No te olvides de eso, ¿tú no estás triste, verdad? Aun bebes ron y eso te mata, pero te salva de la locura o del miedo.

Con los codos apoyados en el marco de la ventana mira salir la gente de la iglesia. Hay una profunda ansiedad en su rostro reseco y pálido, de pieles caídas en profundos pliegues y arrugas. Pablo sabe que no mira nada en la calle ni oye los ruidos de los carros y solamente ordena unos pensamientos y unas ideas que muchas noches se le mueren a mitad de camino y se pierden en la oscuridad del tiempo y de las frustraciones.

—Pero te he quitado mucho tiempo ya... Y eso es imperdonable en la clandestinidad...

—No. Yo vine a hablar contigo... toda la noche...

Piensa que podía decirle todo de una vez:

—No hablábamos desde la cárcel... hace diez años, la última vez que nos vimos y nos pasamos dos horas juntos, sin decirnos una sola palabra de importancia, como no fuera tu salud y la mía que empezaba a ser como la tuya...

Pero el viejo ya no oía nada. Y brotaban las palabras roncadas, bajas, guturales:

—Ya sí como lo mataron y como festejaron su muerte... Tú querías que yo lo oyera de tus labios, ¿verdad?

El catire Bracho en el techo de una camioneta de panadero echando tiros para celebrar su muerte y dando vivas a Betancourt y al gobierno. Dos pistolas disparando contra Gustavo Machado que está preso en el San Carlos. Para celebrarlo en una película de vaqueros, en el oeste americano de la conquista de la tierra de los indios de la frontera, en una camioneta Opel gritando y disparando. La furia contra el viento y la gente que se refleja en el viento o en las sombras de los árboles.

¿Para eso perdí tantas veces la vida? ¿Para que un cretino policía fuera Ministro, mientras esperaba su turno en una ciudad de Centro América? Ese imbécil que a veces te dice, te acuerdas

cuando estábamos juntos en la Doge, cuando tan poca gente honorable fue a la Doge?

—¿Cuántas veces hemos muerto nosotros en la prisión, en la tortura, en la calle, en el hambre, en la clandestinidad? ¿Dime, para qué? Tú lo comprendiste. Para eso, montar en una camioneta Opel, como en un caballo y gritar con las dos pistolas llenas de humo y el hijo de uno muerto entre las cestas de los panes. Para eso se quedó mi estómago, mi corazón, mi mujer, mis piernas entre los muros fríos y húmedos de las prisiones.

—Yo trabajé por eso, ¿verdad? Para celebrarlo con putas y restaurantes donde se descubría el coctel de camarones y la langosta como alimentos.

Dice que comprenda que no lo deje hablar. Pero que ésta es una noche que le pertenece por entero.

—¿Me perdonas, verdad? El tribunal no me aceptó una testigo. Conoces a María. Claro, sí, la conoces: ella vende los periódicos de ustedes. Antes, en la dictadura, vendía los nuestros, ¿recuerdas? Pues a ella no la aceptan como testigo. Le dije al juez, ella ha sido más digna que tú, togado servil, y me echaron del tribunal. No la aceptaron porque no tiene cédula de identidad ni nombre definido, ni profesión y anda por las calles de Caracas con un saco al hombro y tiene credencial de pordiosera y no de ciudadano, de gente honorable, solvente, rentista, ¿qué es solvente, realmente? María lo vio todo. Ella y miles, pero el catire Bracho y sus amigos han visitado a todos los vecinos amenazándolos si dan testimonio. María dijo que no le importaba nada y que ella iría al tribunal, al Presidente de la República y algo que no entendí: al mismo sapo si es necesario. Pero es una vieja puta que ha dejado de ser puta para vender los periódicos revolucionarios y nadie entiende, porque aquí la revolución es cosa prohibida y no como antes, la doctrina de un movimiento.

Camina de un lado a otro hasta que se detiene frente al retrato que le ha hecho Darío, para exclamar en un grito que se oye en la iglesia:

—Es una mierda, ¿verdad?

María tiene una dignidad que ninguno de nosotros hemos podido entender. Quizás tú lo entiendes. Tú eres distinto a nosotros.

—Lo enterramos... Eso fue todo lo que logré de mi hijo: su cadáver...

Fueron los muchachos y muchachas de las FALN con sus coros, sus armas y su extraña manera de expresar la muerte o la vida en sus canciones heroicas, en sus rostros, que me decían tanta tristeza, que se me salieron las lágrimas sin poderlo evitar. Tú sabes lo que significa llorar para uno. Eso no lo entendemos sino nosotros, los que hemos dicho que lo mejor es la muerte que la vida infamante. Entonces lo comprendimos. Ahora es un hecho real. Una verdad, pero, ¿de qué vale la verdad?

En el velorio la policía quería dispensarlos a tiros, echarles mano, en fin, tú lo sabes mejor, cantaron sus canciones: dame tu fusil, esta mañana es larga pero dame tu fusil, tu muerte, tu heroísmo y tu novia que no se quedará sola un solo instante, mientras uno de nosotros viva y camine contigo por el parque. No sé qué decían, pero era eso lo que pensabas tú mismo cuando te lanzabas a un ataque sin esperanzas y sin miedo, ¿recuerdas?

—Ellos le cantaron las mismas canciones de la cárcel. Estalló un coro, se levantó una voz:

—Tú eres el héroe o la mierda, no sé. Eso me parecía cuando me sentaba a la cabecera del muerto.

—Soy muy duro: soy un revolucionario, pese a mis años. Aunque estoy viejo soy un revolucionario. Pero se me salieron las lágrimas otra vez. ¡Viejo sentimental! ¡Blando, mujer de nuevo rico: carro nuevo, peluquería de señoras, sábana grande, aprendizaje de rosbif para la fiesta del cura con los huérfanos y los padres de los huérfanos.

—Yo no quería llorar. Yo era Acero, el duro, Stalin, el viejo nombre de combate admirable.

Viejo tonto llorón, ¿para qué sobrevivo?

—¿Para llorar por la culpa de ustedes, ratas de restaurantes?

Se me salieron las lágrimas, pesadas, oscuras, amargas y por eso dije:

—No te lloro, hijo— dije en el cementerio casi sin ver nada a mi alrededor.

Todos los padres revolucionarios han dicho la misma frase cuando le matan un hijo. Se me salían las lágrimas. Viejo tonto, me decía.

—¿Qué digo yo ante mi propia muerte? ¿Puedo acaso llorar ante mi propia tumba, ante mis despojos? Era mi hijo: yo mismo y sentí verdaderamente cuando me cayó la tierra encima... así era yo a los 18 años... la pistola, la retirada disparando, saltando, con la seguridad de sobrevivir, de esa cosa extraordinaria que es la inmortalidad. A mi padre lo mataron en el Táchira cuando invadía a Venezuela para liberarla de Gómez. Entró y lo mataron y lo colgaron de un árbol para que sirviera de escarmiento. Y comienzan a decirle a uno el hijo del muerto del camino. Y hasta hiedes a muerto. Y la muerte de tu padre cuelga de una cuerda siempre en los momentos de angustia.

¿Qué digo yo?

Estoy muerto. Morí en la cárcel hace algunos años. Tú te metiste a comunista y por eso no has muerto, te sobrevives. Yo vivía solo en mi hijo, el comunista...

La policía esperó a la salida del cementerio. Posición de combate: unos apoyados en las esquinas asomando una parte mínima del cuerpo y los cañones de las armas. Otros tirados en el suelo, en medio de la calle o en las islas de la avenida, se arrastraban hasta los pequeños brocales o los troncos de los árboles. Desviaron el tránsito entre pitos y amenazas. Un plan de batalla, un dispositivo de asalto.

—¡Qué heroicos! Ni un muerto se puede enterrar. Da asco.

Grité maldiciendo, la vida, la muerte, la democracia que se me estira y encoge en el corazón a patadas.

—Yo los vi como entre nubes, figuras moviéndose en el polvo, en el tiempo, en la noche, no sé. ¿Para esto luchamos y dejamos los huesos, los pulmones, el corazón, la vida en las cárceles, en las calles y en los campos de concentración?

Mi hijo está muerto. A veces no me atrevo a decirlo: lo maté yo. Soy uno de los padres de la criatura. Tú lo entiendes perfectamente: el monstruo, le dimos todo lo humano que pudimos y nos resultó una criatura diabólica que se volvió contra nosotros mismos, como en tantos cuentos de retortas medievales.

Caminaba por la calle. No veía nada a mi alrededor. Quizás me siguen algunos familiares o la policía. El monstruo. Oigo disparos. Pero no importa. Yo no sabía si eran disparos reales o imaginarios. No sé.

—¿Por qué ando por esta calle? Allí estaban ellos, ¿recuerdas?

Yo aquí. Guanipa más allá (entonces te llamabas Guanipa, ¿verdad?). Varias veces me encuentro a mí mismo en ese lugar como si buscara algo perdido. El monstruo, ¿recuerdas? Disparamos. Yo sé que disparamos y corrimos de un árbol a otro, maldiciendo los perros. Siempre lo mismo. En sueños, dormido o despierto, siempre lo mismo. Disparamos y corrimos. No sabíamos si habíamos quedado muertos en la calle.

—Pero ahora estoy muerto. Antes pensaba muy bien: matan a mi hijo y salgo como en todas las novelas de los comunistas y ocupo el lugar de mi hijo: nuestra vieja moral revolucionaria, aprendida en libros y era de esperarse de Acero, el duro que siempre estaba disparando y corriendo contigo en las mismas calles. Pero estoy muerto. Soy un despojo, ¿qué busca un muerto entre los comunistas?

Pablo se decide a tomarlo por el brazo con firmeza y sacudirlo para rescatarlo de la muerte:

—Pero tú no estás muerto —afirma con voz ronca—. Posiblemente estás cansado, amargado, dolido y te crees ya sin salida.

—Matan a tu hijo y ya no crees en nada, en nadie y tú mismo te empeñas en apagarte hasta quedar solo en la oscuridad.

Pero el viejo apenas lo oye.

—Yo sé que la revolución no es un hecho individual. Al menos eso nos enseñan desde que nos iniciamos como revolucionarios. Pero yo vivo la revolución individualmente. Ella vive en mí y está muerta. Yo no tengo fuerzas para alimentarla. La revolución quizás obedezca —al menos como hecho individual— a rituales de sacrificio humano y ya yo no tengo poderes, ni fuerzas suficientes, para exigirlos, o para realizarlos con mi propio cuchillo de oxidiana. Los muertos de la pasada dictadura no son únicamente aquellos que enterramos. Todavía hay muchos que andaban por las calles. Es bueno reconocer la propia muerte de uno. Pero es verdaderamente algo muy difícil de aceptar. Es terrible. A nadie le gusta morir y menos política-

mente. Se asesina para eso: para no aceptar la propia muerte, la traición que es lo mismo...

—No, tú no estás muerto. Lo demuestras con lo que me dices ahora...

Pero ya no oye tampoco al viejo Ramos. Recuerda sus propias palabras de la cárcel. Cuando renunció para militar en el Partido Comunista:

—Yo no quiero vivir más entre los muertos. Ustedes están muertos, son cadáveres, pudrición, inmundicia.

Porque murieron en las torturas al convertirse en delatores, en la conciliación del campo de concentración, cuando solo aspiraban a ser policías, torturar, enriquecerse y comer y dormir bien. Se murieron entonces.

El viejo Ramos habla quedamente con él mismo, un murmullo ronco, fluido, mirando con ojos apagados, los ojos encendidos de Pablo que apresura un largo trago para no caer en la amargura.

—Ayer hablé con un viejo amigo —¿amigo?—, hoy en una de las más elevadas posiciones de gobierno. Uno de esos que se fue al exterior y regresó a la hora de la cosecha. Tú lo conoces. Otro que se murió y se empeña en sobrevivir, en el engaño eterno de creerse predestinado, a la espera de su hora.

Cuando me vio llegar a su oficina, me dijo con su voz chillona:

—¡Ah! ¿Eres tú? Yo sé a lo que vienes, viejo. Yo también espero que me traigan el cadáver de mi hija de un momento a otro. Es de la juventud comunista también... y están locos. Tú sabes que esa es una enfermedad de la que se muere en este país...

No terminé de oír su filosofía sobre el destino de nuestra juventud. Le di la espalda y sólo dije en la puerta:

—A mi hijo ya lo mataron...

Sólo quería pedirles que no protegieran al asesino como lo estaban haciendo. Y que lo entregaran.

Pero tiré la puerta fuertemente y salí a caminar por la misma calle que no me abandona ni de día ni de noche.

Entonces me decía estas palabras:

—¿Para qué hablar con un hombre así? ¿Son hombres, realmente? ¿O es verdad que creamos el monstruo?

Margarita no quería volver a su casa:

—¿Para qué volver?

—Esta es una casa secreta, ¿entiendes?

Se abría la blusa mecánicamente —rodeaba los botones con los dedos, los sacaba fuera del ojal— y cuando le brotaban los senos se cubría instintivamente al oír las palabras avergonzadas de Alí:

—¿Te vas a desnudar aquí?

De pronto empezó a decir cosas inconexas, a exaltarse, a llorar, hipar y a descubrir la soledad. Hablaba de la grieta, del padre babeándole las piernas a la madre cuando se arrastraba por el suelo borracho (porque esa fue una borrachera extraña en la que no se encontró de pronto dueño del mundo, de los grandes negocios y de las consultas que le hacían los viejos-ricos y no dijo ni una vez: puro-sexo, María). Que habían cubierto la grieta con la Virgen de la Coromoto, aunque la madre decía que no era el mejor lugar para una Virgen de la Coromoto, que debía tener su altar en la parte más limpia de la casa. Y Arturo tendido en un charco de sangre. Y resultaba extraordinario que no hablara de los policías de esa tarde. Solamente dijo:

—No podía caminar...

Pero ella no vio a quiénes se revolvían en los asientos de las patrullas y abrían la boca, con fuerza, para masticar el aire y la sangre que dejaba de ser salobre en medio de la muerte. Después se abrió de nuevo la blusa sin atender las palabras de Alí y caminó por el cuarto mientras decía:

—Cuando uno ve la sangre coagulada en el ojo...

Pero entonces tampoco se refería a los hechos de esa tarde. Caminaba entre frases inconexas.

La sangre negra lloraba como un ojo que no ve. Y el otro ojo semiabierto, semidormido, semicerrado, pero que no ve. Y la barba le crece y se le quedan motas de algodón, como adornos de arbolito de navidad, en los países donde la nieve es una ilusión que hay que inventar de mil modos distintos. Arturo no ve. Todos reunidos a su alrededor, pero no ve. Y la boca entreabierta pese a! pañuelo (Alí le dice a Pablo al oído: ella limpiaba su rostro con una toalla).

—El me había dicho: dame un beso... quiero besarte, decía el muerto con la boca entreabierta pese al pañuelo del padre (y apuntaba las estrellas con la pistola).

Ella se ofendió y le dijo muchas cosas y pensó otras.

—Tonto. La libertad... un beso...

Y Arturo no le dijo nada.

Ya no podía decirle nada. Y los policías lo arrastran por el piso. Primero por el piso y un rastro de sangre. Y después se llevan la urna, la madre, las hermanas y los parientes y amigos. A ella no, porque se quedó con su madre en el zaguán y el padre se arrastraba hipando, borracho, tratando de beberse el kerosene que se le chorreaba por el pecho. Y todos entran en los autobuses negros como en una urna colectiva junto con la urna individual de Arturo. Realmente, el único, con una urna propia, a la medida, un traje. Y ella disputó toda la noche con la Virgen de la Coromoto el lugar en la grieta para ver un papel sucio, manchado de sangre que rodaba —haciéndose el barco de vela— por el patio. Los candelabros alumbraron la casa solitaria hasta que las velas se consumieron solas, sin muerto.

Y todo quedó en esa penumbra tranquila, inmóvil, de profundos ruidos interiores, antes del amanecer, ante un sol que angustia, que provoca temblores y miedo.

Caminaba con los senos al aire. Pablo apenas veía sus pies en el piso, arrastrándose, sin zapatos. Pero Allí sintió vergüenza, le salió al paso y la tomó de un brazo fuertemente:

—¿Te vas a desnudar aquí?

Y Luisa peinando con los dedos a Pedro:

—Ya le pasará...

14

Pablo dice otra frase para continuar sus pensamientos en voz alta, ante los hijos y la mujer. (La casa que un día soñó en la desolación de la clandestinidad y la cárcel, que es un hogar roñoso, donde uno empieza a ver platillos voladores con el hambre y la desesperación por la libertad).

254

—Cuando entiendo algo de la felicidad no la puedo disfrutar... A menos que exista una manera que uno no ha descubierto todavía...

Es un tema que solamente discute con Carmen, su mujer. Y a veces agrega:

—Considerar el amor como una esclavitud es la primera mentira del matrimonio moderno. La revolución y el amor no pueden separarse nunca. Sería una revolución irreal, fuera del mundo que entendemos y justifica la revolución... Pero Carmen lo interrumpe.

—Mi papá quiere que escribas de nuevo...

—Ya no puedo escribir... mis amigos dicen que el odio no me deja escribir, pero es mentira. Uno se convierte en personaje de sí mismo y es difícil desalojarlo después para dar paso a algo distinto al héroe que te vas formando por dentro...

—Nadie te impide escribir sobre ti mismo. Tú encontrarás la fórmula —sugiere Carmen—. Algo donde el personaje y el autor se confundan cuando el autor lo crea una solución verdadera... Eso lo sabes tú. Además, siempre dices que nadie sirve...

Los niños se duermen en sus brazos.

—Yo haré lo que tú digas. Pero puedes hacer las dos cosas a la vez. Tú has dicho que un personaje debe vivirse plenamente antes de escribir sobre él. La realidad complemento de la imaginación o la imaginación complemento de la realidad. O todo junto y llega un momento en que no sabes dónde comienza la imaginación, donde termina lo real, lo verdadero, aunque todo lo hayas vivido, en sueños, en la calle, en cualquier parte que se viva...

—Tú tienes razón. Pero ahora no puedo escribir, ¿qué digo? ¿Acaso todavía se puede decir algo?

—Lo que tú cuentas siempre de una manera distinta a tus amigos. Eso es suficiente...

Sigue un largo silencio entre los dos. No se atreve a decirle el yo-te-quiero tan simple que se le forma en los labios y en los ojos. Parece hueco decir en el siglo XX yo-te-quiero. Acuestan a los niños y regresan al diván. El le toma las manos, se las acaricia, sin verla, respira profundamente. Piensa comenzar a decirle algo que los una definitivamente. Pero no dice nada. Se frota la frente y yo-te-quiero anda allí y puede tocar las palabras y el tono de la voz

255

y el siglo XX que antes de la mitad convirtió a la humanidad en un ser inofensivo y triste después de Hiroshima.

—¿Y si yo me voy contigo a las guerrillas?

—¿Qué guerrillas?

—En un campamento hay lugar para nosotras...

—Tú sabes que apenas sobreviven y yo no creo en la guerra campesina. Esa no es la vía en nuestro país...

—¿Y en las urbanas? Hay mujeres en las urbanas...

—¿Y tú crees que no eres de las guerrillas urbanas? Lo que sabes, lo que guardas, nuestros secretos, ¿no son un acto de guerrilla urbana?

—Hacer algo más. Yo puedo. Antes lo hice. El 23 de Enero, por ejemplo.

—La guerra en la ciudad no es solamente disparar. Es muchas cosas más. Lo espectacular es apretar el gatillo. Pero es más valiente lo que tú haces. Además, hay mucho tiempo todavía... Sólo los muchachos que iniciamos creen que el poder está a la vuelta de la esquina. Pero esto es largo. Ahora lo único que hemos logrado realmente es entrenar a algunos y alertar al enemigo.

Hay tiempo.

Hace once años me iban a fusilar y no tenía hijos. No te conocía siquiera. Eramos extraños uno al otro. Un hombre que hablaba de palomas y del sol sin saber por qué, simplemente por la fuga de imágenes en un medio donde la muerte era la verdadera idea fija, real, que se manifestaba todos los días, sin treguas del enemigo para que comprendiéramos que éramos seres insignificantes, que no podíamos elevarnos del suelo como las palomas o el sol.

Hace once años. No te conocía y me iban a fusilar.

—No quedará nada de mí...

La obsesión de que siempre debe quedar algo de uno y ya no creía que los ejemplos se convertían en algo perdurable. ¿Quién se acuerda hoy del viejo Ramos? Era el duro.

—¿Quién? Pero ahora estamos juntos y tenemos los hijos y la vida me ha enseñado, por lo menos, a descubrir mi propia amargura. Yo quiero olvidarme de la prisión, pero no puedo.

Ante los demás soy fuerte, sin sentimientos, duro: el viejo Ramos, Stalin. Repito a Franck Fanón y no duermo de noche. Todos empiezan a repetir a Fanón, a sentir a Fanón... sólo el odio prestado de Fanón. Y algunos muchachos ni lo han leído siquiera. Pero es obligado citarlo, saberlo, extenderse sobre una frase y descubrir la revolución en el último autor, pese a que la revolución es tan vieja como la humanidad misma. Nadie descubre la revolución. Pero con Fanón se descubre la justicia de nuestro lado: matar, odiar, sentirnos nativos de algo concreto, indígenas, cargadores de carbón en un puerto, aunque se produzca petróleo o hierro. Fanón te dice simplemente: odia y tú te llenas de arrugas el rostro y cierras los puños.

—Yo mismo...

En el Congreso viene un grupo de turistas. Mujeres viejas con sombreritos blancos, amplios vestidos de lino o algodón, cámaras fotográficas en las manos, husmeando en el aire a un nativo, un ser extraño, de piel morena, si posible con una pluma en la cabeza, para la emoción del party. Hombres con pantalones cortos, gorras blancas y panamá, con enormes anteojos de arcos de carey y finas narices llenas de venillas de ceniza. Una que otra muchacha norteamericana con pantalones cortos ceñidos que llaman Bermudas de Truman, y piernas huesudas, de poca carne y escaso sol. Andan entre los monumentos. Buscan los héroes de los nativos, las estructuras que han hecho como Nueva York o Chicago. Se toman fotografías ante las estatuas. Es divino el trópico de bolsillo de los catálogos de turismo a color, aunque distintos y decepcionantes. A veces le ponen sus gorras o sus sombreros a los héroes y se ríen y se toman fotografías con un ¿qué tal, viejo? en inglés, que el héroe no entiende, pese a que el guía traduce maquinalmente. Van al Capitolio, buscan un senador o un diputado nativo y se toman fotografías y film de 16 mm. con él que sonríe y les dice dos ay espikenglish y les cuenta el chiste del zamuro venezolano y el trinitario con toda la gracia de su popularidad. Los diputados o senadores sonríen, miran a los porteros y dicen con tono patriótico:

—Todo sea por el turismo —se encogen de hombros y se justifican—. Y por la alianza para el progreso.

—Yo pasaba por el Congreso...

Venía una oleada de turistas con sus grandes narices y sus colores de tostado blanco, a base de sol y cremas. Me rodearon:

—¡Un nativo! —gritaron a mi alrededor.

Me ofrecieron dólares para que me dejara tomar fotos con ellos. (Una muchacha me daba el número de su teléfono en el hotel y una hora cero donde podía salirse del programa).

—¡Un nativo...!

—¿Indio? —preguntó uno muy culto que sabía español.

—Civilización...

—Cultura Maya... sacrificio...

—¿Estar cerca reservación? —preguntó el sabio que sabía castellano y mostraba un libro de Acosta Saignes, recién adquirido en una librería de la acera del Teatro Nacional.

Pero no podía soportar los gritos de una vieja que saltaba en sus patas de tara blanca:

—¡Un nativo! —y trataba de agarrarme con sus dedos largos y huesudos de mecanógrafa ejecutiva, de una compañía matriz, que cargaba con un ramo de flores dado por las secretarias de la compañía subsidiaria.

—Entonces grité como un salvaje. Traté de morder a la joven (a las viejas era asqueroso). Se asustaron y corrieron hacia el guía. Me abrí paso mostrando los dientes. Arrebaté una cámara y la rompí contra el piso como un salvaje que no quiere como en las películas de Disney que me tomen el espíritu en un papel. Y corrí por el pasillo del Capitolio tratando de tirarles el busto de un prócer civil, mientras oía las palabras de infame, salvaje y la más joven que gritaba:

—¡Me gustan los salvajes! ¡Muerden!

Y después Frank Fanón y el odio. La raza por encima de todo: africano humillado, hombre fuerte en la cuna del hacendado: yo te mato en nombre de tantos horrores...

—Fanón que quiere que yo odie junto con él. Porque Fannón sólo sirve para el odio, para que sientas que la justicia es sólo odiar al enemigo y matarlo. ¡La justicia!

Carmen se arregla el vestido ajado por la mano de Pablo y le dice al oído:

—Vamos a caminar un rato por la calle. No puedes continuar así... Tú eres el justo...

¡Fanón!

—Demasiado me humillaron en las cámaras de torturas de S.N. y en el campo de concentración, para odiar así, de una vez. Se me acabó la capacidad de odiar. Yo no odio a nadie. Los muchachos para andar conmigo deben odiar. Yo sé que debemos hacer las cosas así, aunque no duerma más.

Nunca he venido contigo al parque. Es distinto, ¿verdad? La última vez que vinimos fue cuando te dije que era necesario que nos fuéramos a casa como marido y mujer: yo quería terminar con la bohemia.

Estrellas, bombillos iluminando los bancos y las matas y maderos, autobuses que cruzan veloces por la esquina. Un indio en la estatua con su arco y sus flechas y un policía que te dice:

—Perdone, su cédula de identidad...

Ese es el parque. Una diversión. Y te miras las uñas y miras las uñas de tu mujer para descubrir de pronto que se han gastado y no son las mismas de cuando le dijiste por última vez que la amabas y que se fueron para la casa como marido y mujer para terminar con la bohemia.

Tú te levantas del banco a traerle a tu mujer una hoja verde y una pequeña flor roja, pero el policía que vigila te llama con un pito y te dice que no se puede estar en el parque a determinadas horas de la noche aunque sean un hombre y una mujer que sólo harán cosas malas cuando lleguen a su casa y se acuesten en la misma cama.

—¡Maldito policía! —dice Pablo en voz alta.

—¿En qué piensas? —pregunta ella mirándolo a los ojos.

—Si yo viniera con la pata, este policía me diría señor y se arrodillaría ante mí y diría algo sobre la muerte. Cuando yo te escribía no te decía nada de esto y no íbamos a tener gemelos en el primer parto, eso fue después. Entonces me decía:

—No podré conocerla nunca ni decir todo su nombre, porque estoy condenado al fracaso, a la desolación, a la muerte de quedarme con mi mano entre las piernas...

—Pero ya me conocías, entonces...

También pensaba que nunca conocería tus hijos, aunque fueran de otro. Todos decían que era estéril. Hasta tu papá. La tortura no era en vano: te sacan los hijos o te dejan en los riñones o donde sea, un hijo eléctrico. Yo sé que por allí estaban los hijos y corrían y gritaban y se levantaban de la nada que le dejan a uno después de la tortura. Hijos, ¡cuánto lo siento! Soy el padre. El hombre hosco que dice sólo palabras gruesas, que se llena de furor cuando no comen un pedazo de carne.

—Papá... ¿Por cuánto tiempo, papá...?

Y no me atrevo a tocarlos y no te toco a ti. Estoy contaminado de algo que me quema.

Tus manos, sólo tus manos que se quedan tranquilas entre las mías para no encontrar nada y contaminarse de dolor, de amargura, de miedo, de yo-te-mato como la fórmula mágica de la seguridad personal. Porque tienes que matar a alguien para sentirte seguro, dueño de ti mismo: un hombre.

—Papá —dicen los hijos.

Y después nada: una camisa, un cuello, el cinturón con la pistola o el cuchillo y el hijo que se va detrás de las huellas del padre, para vengarlos llenos de odios, pero sin comprender exactamente nada.

—Tenemos un hijo así —dice Carmen.

—Yo lo sé...

—Quiero hacer todo lo que tú haces. No se parece a ti porque le tiene miedo a los perros y esto no es una lucha contra los perros...

Un día te vas. Desapareces. Ya no puedes andar libre en la ciudad. La ciudad es pequeña como la cárcel, estás acorralado. Y hay que saltar el muro, ¿hacia dónde se salta el muro? ¿Qué hay detrás del muro? Las brigadas de las UTC no crecen. Siempre son las mismas. Salvo cuando hay bajas dolorosas. Las guerrillas en las montañas tampoco crecen. Sólo correr, huir, esconder el bulto de uno mismo. En cambio el enemigo crece, se desarrolla, adquiere experiencia, tiene recursos poderosos y asesorías de la misión militar yanqui. Hay algo que no marcha bien. Debemos crecer solo nosotros,

según la fórmula mágica, según el recetario que nos viene de otras revoluciones triunfantes. Mientras el enemigo se debe descomponer, caer en crisis, morirse. Algo no marcha bien. Hemos hecho de todo. Nadie se nos suma y por el contrario casi todos nos aíslan, porque nosotros mismos hemos despreciado a todo el mundo y queremos quea sean más puros que nosotros.

—Nadie quiere reconocer que hemos fracasado...

—Ezequiel dice que no ve la manera de retroceder...

—Yo tampoco. Pero debemos transformar esto en otra cosa. Quizás la guerra del petróleo, aunque no es la hora todavía. Yo no sé...

Hemos formado algunos buenos soldados. Eso es todo.

—Yo no puedo seguir en la ciudad y no creo en la guerrilla rural. A veces me pregunto ¿qué hago? Salir de la ciudad, dejarlo todo. ¿Irnos a alguna parte a descansar mientras siguen matando a quienes has alentado? Quizás tú como mujer lo comprendas mejor que yo.

Tenemos algunos núcleos en las montañas. Unos buenos, otros malos. Pero hay que salir del ruralismo y nos hemos desgastado en la ciudad. La guerra en la ciudad es una guerra de imaginación, de creación, distinta en cada operación ¿Y qué podemos crear ya? El enemigo puede hacer un nuevo manual de combate en localidades con las sorpresas que les hemos dado aquí. Y lo que se reglamenta se convierte en rutina, en hábito.

—¿La guerra del petróleo? Eso es algo nuevo que no se ha inventado todavía: puede sorprender.

El petróleo, ¿en oriente? Hay un buen núcleo allí, ¿el petróleo de oriente? Ellos pueden operar sobre el petróleo, pero seguirían en el ruralismo innecesario. Allí hay un objetivo claro, pero la aplicación de los medios, la operatividad no están claros. En Falcón, ¿Por qué Falcón? ¿Por José Leonardo Chirinos? ¿Por Zamora o Gustavo Machado? Deben llegar al petróleo e inventar algo nuevo sobre el petróleo. Eso hay que verlo directamente. Hace poco me enviaron un mensaje de los muchachos de allá:

—No te dejes matar en la ciudad... aquí te esperamos...

Y les respondí:

—No me esperen. A mí me gusta más el petróleo que a Rockefeller.

Pero tal vez no lo entiendan todavía. En Lara, Argimiro está en todas partes. Pero no entiende lo del petróleo, él piensa sólo en Miraflores. Y Luben está en alguna parte de la montaña. Luben será la leyenda nacional más importante dentro de algunos años. Pero solamente eso. El no lo sabe. Es sólo acción, acción y es el guerrero más extraordinario en los últimos cien años. Hay gente que como Luben nació para la guerra, pero no la sabe hacer todavía.

¿A dónde ir?

Aquí están los hijos, la mujer y la muerte o la prisión. Pero parece que aquí se terminó la guerra para mí.

—Sigo en algo que no creo y eso es peligroso a mi edad...

El le toma las manos de nuevo y se las acaricia. Quizás sea la última vez que la vea. Será difícil y esa ha sido siempre una buena razón para la guerrita de la ciudad. Uno hace algo y puede ir a la casa y ver a los niños, aunque no puede acostarse con la mujer porque pesa mucho la conciencia cuando se llena de...

—¿En qué piensas ahora?

—Yo-te-quiero... Quizás esta sea una separación más larga. Será muy duro. Los niños te preguntarán. Ya los niños están grandes. Yo quería jugar con ellos esta noche, pero no pude, soy muy tosco ya. Me parece tonto oírlos decir, papá, con alegría y no sé qué hacer. Yo-te-quiero. No sabes cuánto significa esto para el justo, como tú dices que soy. ¿Eso será suficiente para que ellos comprendan?

—Nunca me habías hablado así.

—Hoy es distinto...

—Es como un testamento de un revolucionario que se muere...

—Yo volveré. Un testamento transitorio. Pero un día tendrás que seguir sola. ¿Recuerdas aquella frase que te dije un día?

—Yo me gano la vida a riesgo de mi liebtard o mi vida... tengo una profesión rara en esta sociedad. Una profesión perseguida por la oligarquía, el imperialismo, los poderosos, los propietarios. No sirve a su crecimiento, a su desarrollo, a sus ganancias. Es la vieja profesión de asesino de una sociedad para dejar nacer a otra. ¿Lo recuerdas?

—Te lo dije la misma noche de bodas. En la cama cuando no se podía pensar sino en cosas dulces, en palabras bonitas, en halagos. No me salió sino esa frase. Una definición de uno mismo. Entonces gozábamos de libertad, de tranquilidad, de paz, de acostarnos a resolver un problema que me había planteado la tortura, que generalmente nos hace pensar en la esterilidad. Pero te pregunté también: ¿por cuánto tiempo esto? ¿Un año más? ¿Cuánto tiempo? Fue poco tiempo. Menos de un año. Ahora te pregunto: ¿Por cuánto tiempo nos separamos?

—No pienses en eso. No es necesario que me digas nada. Yo sé que es así. A lo mejor mañana seguimos juntos indefinidamente y puedes pelear con los muchachos.

—Tal vez. Pero tómallo como una despedida...

—Desde que nos conocemos todas las noches ha sido una despedida. Y vuelves al día siguiente...

—Ahora me buscan. Con otro nombre y un retrato hablado, pero me buscan.

—Por eso será que mi papá quiere hablar contigo... Oyelo...

En silencio, ve las grandes sombras que se elevan hasta las copas de los árboles cuando un autobús se aleja con mucho ruido. El policía no los pierde de vista.

—Ha sido un día terrible...

—Te estás matando con eso y el ron...

El le dijo a los policías de la patrulla una verdad:

—Esto no es con ustedes... ellos mataron uno nuestro...

Quizás no oyeron. Estarían aturdidos por la ráfaga de Pedro o pensaban en los hijos o la mujer o los tragos en el día de pernócte. O no pensaban en nada porque dormían en el semi-sueño permanente de los policías con sueño. Intentaron tomar las armas mecánicamente: esa es la primera reacción. El no les dió tiempo (mueve el índice en la pierna de Carmen apretando un gatillo imaginario). Se revolviéron en los asientos y se estiraron y uno de ellos trataba de masticar el aire y la sangre que empezó a salirle por la fuente luminosa de los dientes.

—Vámonos de aquí. Yo quiero un ron...

—En la casa, pero eso te matará...

—Siempre me muero antes de beber un ron...

—Cuando nos casamos bebías por las torturas...

—Ahora bebo por todo... No se puede soportar la civilización de otra manera...

Pero vuelven los policías a revolverse en los asientos del carro y uno de ellos mastica el aire y Margarita se abre la blusa para dejar salir dos conejos blancos y saltarines, porque vio el barco de papel navegar por la sangre iluminada de candelabros sin muerto.

—Terrible...

—Por eso no querías tocarme..., ¿verdad?

—Sí...

—Tócame. Yo lo comprendo sin pensar como Fanón. Yo sí odio...

La abraza y el policía se levanta del banco y camina cerca.

—Vámonos. Estoy viejo —dijo Pablo—. Empiezan a dolerme los muertos...

Se levantan. Miran el monumento del indio con el arco entre las manos.

—Además, necesito un trago.

15

Desde la ventana, en la tarde, era un buen espectáculo contar a los hombres que entraban a la iglesia. Después discutía con el cura sobre la fe perdida, las nuevas cosas que ha inventado el hombre de nuestro siglo y con las cuales tiene que competir la iglesia. Y el cura decía que no era un torneo lo que estaba planteado. La iglesia será eterna y ese bar cerrará y las putas serán vírgenes en el juicio final. Los bares no son eternos y pagan alquiler e impuestos, mientras que la iglesia no. Y el cura se bebía su trago de vino revuelto con ron para combatir a un librepensador que le aconseja a las putas que visiten al cura.

El viejo Ramos dice todo eso mientras mira la iglesia desde la ventana. Y luego sigue con un tono bajo el diálogo trunco:

—Y anoche vino el catire Bracho con dos esbirros más. Golpearon la puerta con la culata de las armas. Patearon, se cagaban en mi madre. Hablaron entre ellos de romper la puerta con las defensas del carro si no les abría. Me llamaban viejo bolsa y abrí

con la intención de matarlo. Pero entraron como he visto entrar la policía tantas veces. Me empujaron (me faltó coraje para sacarle el arma que cargaba en el bolsillo. Temblaba, era un hombre lleno de furor y de miedo). El catire Bracho con el revólver en la mano decía:

—¿Por qué no abrías, viejito? (viejito, dijo y yo seguía sereno, con la serenidad del hombre común).

Miraba en todos los rincones como si buscara algo perdido o escondido en mi casa. Dijo que tenía una orden de allanamiento confirmada por un juez verdadero, abogado y todo, compañero de partido. Y luego algo inexplicable para ti. Me dijo:

—Si sigues molestándome, viejito —seguía diciéndome viejito—, te voy a matar como maté a tu hijo, La Zorra... Y tengo carta blanca con eso. Porque me respalda el partido.

Luego golpeó la mesa.

—Aquí rompió la mesa con la culata del revólver y yo no dije nada. Me amenazaba con el cañón del revólver que mató a mi hijo. Así lo dijo también. Ni siquiera se me salieron las lágrimas de impotencia, de vejez, de miedo. No dije nada (la respuesta era mi revólver en el bolsillo, pero estaba frío, en una mano fría de muerto).

Y después dices que no estoy muerto. Tú me conoces. Sacaba el revólver con una agilidad increíble, tenía los ojos privilegiados de la naturaleza para disparar al instante, sin ver, sólo ante un ruido, pero seguía con los brazos cruzados en el pecho como un gran recurso de dignidad ofendida.

Y después dices que no estoy muerto.

Pablo bebió, se levantó y comenzó a caminar por la sala. El viejo Ramos se sentó cansado en el diván. Parecía sumido en el vacío, en la nada del sueño, en el recuerdo de sí mismo con la pistola en la mano y su voz ruda: hay que matar...

—Podemos matarlo, viejo —dijo Pablo después de caminar en silencio—. Es fácil. Los muchachos quieren.

Pero el viejo Ramos seguía en un mundo extraño. Los ojos grises miraban en un punto indeterminado de la pared. Unas campanas y los pasos de Pablo suenan en la habitación fuertemente. En la calle los ruidos de los carros saliendo del estacionamiento de la

iglesia. Tacones de mujeres en la acera. Lejos suena el timbre de un cine y las palabras sueltas de la gente en la acera. Y la música alegre del cine invita a pasar, a tocar una muchacha, a sentarse tranquilo con las manos entre las piernas.

—Y después dices que no estoy muerto. Esta mañana vendí el revólver para pagar el alquiler del apartamento. Después de todo, ¿qué puedo hacer con un revólver? ¿Matar? ¿A quién? El catire Bracho anda por las calles y a mí no me nace matarlo porque estoy viejo. ¿Prolongar esto con un revólver? A cuarenta años de haber comenzado esto he sacado dos cosas en claro: un hijo muerto y la certeza de que un día me encontrarán muerto en la cama (¿recuerdas? no pensaba morir así. Era el duro que se iba a morir en la calle un día ¡Mentira!). Seré el único en la familia que muera en su cama. Mi padre murió colgado en la frontera. Y yo llegué hediendo a muerto a la escuela.

¡La cama!

Antes dormía dos horas. Ahora sé que no dormiré más. ¿Pero qué importa ya? Primero los carros, los perros, las sirenas y los disparos en la noche. Las mujeres que pasan con un ruido de tacones en la acera o con su risa alegre, alcohólica o verdadera. No es la noche en blanco (la juventud, la policía, una muchacha, pero tienes la pistola en el bolsillo y te llenas de coraje, de valor natural, para romperle la cabeza a alguien y descubrir de pronto la revolución haciendo cosas extrañas, fuera de texto, de reglamento, de fórmula. La revolución desatada, al fin libre, imaginaria, dentro de su fantasía, de creación, encontrándose en el sueño).

Pero uno se acostúa con la muchacha de todas formas. Eso es inevitable. Uno corre o dispara: se hace el bobo, es don nadie con una pistola en la mano. Uno corre o dispara y es un héroe a quien le han llenado la piel de cicatrices (eso es lo justo con los héroes).

—Pero uno sale impotente de la tortura, pese a los médicos amigos de la prisión y a los tratadistas. Además, no necesitas otra cosa con la impotencia. Y quieres probarte y no te puedes acostar tranquilo con una mujer, con una puta que trabaja por minutos y tiene un cabrón que toca la puerta cada cuarto de hora para cobrarte en dólares. Y los niños que lloran en el edificio te recuerdan

la tortura y la mujer y te caes de impotencia y de miedo sin saber qué hacer.

Y la puta dice:

—¡Ay hijo! tu estás fuera de modelo: necesitas lavado, engrase y cambio de aceite.

No. No es una noche en blanco. ¿Quién dijo eso? Ojalá fuera una noche en blanco. Estás en un prostíbulo de Panamá o Barranquilla con una señora honorable que se metió a puta desde la llegada de Colón, pero que aún llora ante ti lágrimas de honradez, de forzamiento, de venta prematura, de hijos abandonados. Noches en blanco: nada. Un hombre acostado en una cama mirando el techo. Como dices tú:

—Mirando la huella que dejó en el techo la mirada de otro preso, ¿verdad?

Lo deja un instante, el viejo Ramos entra en el dormitorio. Antes de irse se lleva el índice a los labios en señal de silencio. Un mueble se abre con mucho ruido (goznes viejos y golpes con los puños, ¿patadas?).

—¿Recuerdas?

La pregunta en ocasiones sin sentido comienza a formar una mano larga que en el viejo Ramos se transforma en acero, en torniquete que penetra en la cabeza para extraer cosas simples que se vivieron un día y se murieron.

—Ojalá no renazcan ahora...

Este viejo lo abandonó todo. Hasta la revolución que era su única atadura con la tierra. Ya forma parte del cielo, ¿se murió realmente? En la noche vienen los recuerdos: los muertos, los tiros, la carrera en la cama, la fatiga y no duerme. Si bebiera, el ron se llevaría los muertos y los tiros, pero se volvería loco, como me ocurrirá un día a mí, cuando me salve de la amargura.

—¡No!

—No son noches en blanco...

Yo lo sé, no son en blanco ni en negro, la película empieza en un hombre que cae y se transforma en uno mismo ante el torturador o cuando huyes y la rama del árbol que está por caer, se desploma con mucho ruido sobre tu cabeza. Y abres los ojos y ves de nuevo la huella que dejó la mirada de otro preso.

El viejo regresa con un pesado bulto alargado: papel negro de petróleo, impermeable, grasiento. Deposita el bulto negro en el diván con mucho cuidado, como si se tratara de su hijo:

—Me queda esto: un viejo fusil y una metralleta, ¿para qué sirve un revólver? Llévelos. No se lo dije nunca a mi hijo. Me quedo con esta chaqueta agujereada de mi hijo, el comunista, me da calor, me llena de alegría y de tristeza al mismo tiempo. Un calor que ya no comunico —sonríe con amargura—. Una metralleta y un fusil, ¿qué más? Es lo único que me queda: el botín de un viejo revolucionario, avariento. Ustedes fundaron unas fuerzas armadas: hacen cosas muy malas, pero harán cosas muy buenas. Están aprendiendo (¿dónde está Luben? a mí me gusta ese muchacho, mi hijo siempre me hablaba de él). Yo confío en ustedes igual que confié en ti cuando eras un niño y te dí una pistola, ¿recuerdas?

—Bébetelo un trago por mí, ya que no lo puedo hacer porque la vieja revolución lo prohibía... El fusil es para Luben, era mi antiguo fusil...

Uno siempre tiene un fusil. Aunque sabe que está muerto, siempre guarda un fusil. ¿Para qué? Ilusión, puro sueño, fantasías, ilusiones en un día que no llegará para mí. Lo limpias, lo tocas como algo vivo que una vez formó parte de ti mismo y latió con tu corazón en mil ocasiones distintas que dejaste pasar como una mujer sola a quien no te atreves a decirle que la quieres tanto. Es extraño. Esto es para matar y uno solamente le comunica la vida. Nunca cuando tomas un fusil en la mano piensas en la muerte, siempre es la vida, lo nuevo, el parto (un médico con el bisturí tampoco piensa en la muerte, sino en la vida. Es extraño). ¡Un fusil! Sientes que estás derrotado y tocas el fusil y te llenas de esperanzas. Fantasías para una tarde mirar por la ventana cuando sale la gente de la iglesia con la mano apoyada firmemente en el fusil. Un día el cura me encontró así y me dijo que era la mejor manera de un libre pensador ver salir a la gente de la iglesia. Los dos comprendimos perfectamente aunque no soy lo que el llama un librepensador.

Un fusil.

Y lo limpias. Ustedes formaron unas fuerzas armadas. No lo hicimos nunca nosotros, ¿recuerdas? Podía ofender al ejército que tenía el deber de liquidar a Pérez Jiménez. Ustedes formaron eso:

a veces hacen cosas que a mí no me gustan, pero yo no soy un juez y no es posible hacer cosas buenas todo el tiempo. Hacer, eso es lo importante para un revolucionario. No hacer es contrarrevolucionario. Hacer... aunque a veces hacer es destruir.

Vuelve a la ventana: la noche, la luz de los carros y el alumbrado público se empañan en sus ojos grises. Viejo, enfermo, un despojo de la guerra, el corazón, una úlcera, el cerebro, los nervios, ahogado, perdido, distante, dice:

—Vendí el revólver para no pegarme un tiro. Es contrarrevolucionario matarse. Preferible matar a alguien.

—Este era mi maestro —se dice Pablo y bebe un trago que el viejo Ramos le da en una ceremonia de ojos caídos.

¿Recuerdas? La pistola en la mano, los ojos, los gestos, los brazos: no temblaba nunca. Caía, se levantaba (yo no soy un hombre robot, un hombre suiche, yo pienso aunque tengo una úlcera en el duodeno).

—Ustedes son las FALN. Las 4 letras como decía mi hijo. Ustedes son distintos. Mi hijo tenía razón: inventaron un medio distinto a los partidos. Seguramente entre ustedes hay gente que quiere ser policía, torturador, ministro que es lo mismo. Eso es inevitable. Sobre todo cuando se tienen las armas en la mano. Serán policías, no lo dudes y cuídate. Y sin embargo, son distintos. Nosotros teníamos más cosas e hicimos menos: 14 fábricas de bombas, éramos los maestros del niple rayado y se nos murió la mejor gente en la prueba. Ustedes son distintos, ¿verdad?

—¿Por qué estoy tan viejo ahora? ¿Por qué no soy mi hijo?

El rostro triste, pálido, de arrugas profundas y oscuras alrededor de los ojos, en la frente las carnes caídas enmarcando el mentón, le servía un trago a Pablo y lo miraba en silencio. Quiere reír con amargura, pero apenas abre la boca y deja ver los dientes gastados.

—Ustedes están formando el ejército nuevo...

—Pensamos que este ejército sirve o servirá a la revolución. El mismo ejército: las FALN los incluye a ellos como parte principal. No te olvides de eso, viejo...

—Yo lo sé...

—Toma esto como mi contribución: un viejo fusil y una metra...

—Es un gesto, el mejor gesto.

—El mejor gesto era irme con ustedes. Les doy las armas para que se maten...

—Eso no lo ha hecho nadie...

—Lo bueno era irme con ustedes. ¿Por qué estoy tan viejo, ahora? —repitió como si le faltara el aire.

Miro por la ventana y sé que estoy viejo. Eso es tuyo, Guanipa y perdona que te llame por el viejo nombre.

—No importa...

—Ahora estoy muy viejo... Ya no puedo...

CAPITULO V

La ruleta rusa

1

Cuando cae la lluvia en el rostro, ¿qué importa? Las gotas ruedan por la piel para borrar y lavar las facciones. Te borras en la oscuridad de la lluvia, te esfumas en el agua, la pintura de la piel se diluye en las olas diminutas de las charcas de tu rostro porque quieres ser el hombre-invisible. Pero empiezan a sonar los zapatos rítmicamente y te llevas una canción en los pies que succionan y aplastan el agua con la suela.

Pablo, sin protegerse, llenándose con el hombre-invisible, camina por la acera. La chaqueta impermeable le cubre hasta la cintura y los hombros se enfrían con las gotas, pero el pecho y la pistola no se mojan y eso es lo importante.

—Si las facciones se deslizaran como la arena, ¿qué importa? El rostro quedaría liso, distinto cada vez que la lluvia cayera. Necesito otro rostro, que nadie me diga, que tal, amigo...

Y volver a ser un extraño que no signifique nada y se necesiten meses o años para encontrar otro que tal, amigo, en una calle, en un vecindario o subiendo una escalera con un pan en la mano (en la prisión, cuando hay una gran tempestad o simplemente comienza a caer la lluvia, los presos piensan con razón en la fuga. Sin rostros, diluísos en el agua, quizás invisibles en las densas cortinas protectoras, apenas convertidos en sombras. Por eso la lluvia y la fuga empiezan a formar un nuevo ordenamiento vital en el perseguido).

Se había quedado hasta que se fueron todos de la casa. Lo apreciaban realmente. Todos quieren andar con él para protegerlo, para ver más. Hay que ver más que los demás cuando a uno lo persiguen. Tener cuatro ojos. Reaccionar, ser grato, oír todos los ruidos sin dejarse oír. Descubrir primero las salidas. Cambiar de hábitos, de casa, no ver a la mujer, perderse, diluirse, ser un hombre normal. Apagó las luces, pero estaba por dormirse en el sillón cuando oyó las primeras gotas en la calle y los pasos apresurados de la gente que le huye a la lluvia como si se tratara de una fiera. Uno se tiene que beber un trago cuando entran las lluvias, si es que realmente entiende algo de lluvias. Luis Martínez —que ya había salido de la casa secreta—, entró de nuevo, le ofreció el trago, dijo algo de la lluvia, la soledad, las sombras y concluyó:

—¿No te vas ahora?

—No me voy ahora...

Luis Martínez es valiente, callado, solitario y tiene una pistola en el bolsillo que dispara a la velocidad de mascarse el chicle que mastica cuando está nervioso.

—Yo no tengo nada que hacer ahora —dice Luis Martínez.

—¿Y Olga?

—La vi esta mañana en la Universidad. No la veo hasta las diez. Hay tiempo...

—Sí, hay tiempo...

—Además llueve y yo sé que la lluvia te transforma...

—Sigo igual. Ojalá me transformara la lluvia. Me quedo para nada —replicó Pablo.

—A mí también me gusta quedarme para nada...

—Para nada —repite Pablo distraído.

Sentarse o levantarse del sillón y dar unos pasos sin sentido por la sala, a oscuras, sin poder distinguir el humo del cigarrillo. Para encontrarse con uno mismo. ¿Quién es uno mismo? Rehacerse en la oscuridad, en la noche, en la nada y luego irse a la casa y decirle a la mujer:

—Creo que en adelante nos veremos muy poco...

En un tono de cosa sin importancia, de apagar el televisor porque no le gusta la película y es bueno bañarse a esa hora antes de irse a la cama.

Sí, en adelante, unos meses o un siglo insignificante.

Y la besas en una despedida incómoda, sentimental, dura, de no saber nunca con precisión si regresas y te diriges al cuarto donde besas los niños dormidos, de respiración pausada y triste del sueño. Pero no te atreves a tocarle las manos a los hijos y te vuelves a la mujer y le dejas el reloj para que no te corten la mano por el reloj y le dices yo-te-quiero y la besas una vez más para salir a encerrarte en la desolación del hombre duro que lo abandona todo y no contarle a nadie que te hacen falta y que quieres ir a un parque con ellos.

Para nada...

Pero en la imaginación la mujer te mira tratando de comprender que no se trata de la desdicha, aunque no vuelvas nunca.

—Pero, ¿para qué adelantarse a eso? Hasta ahora es un retrato hablado y nada más...

El cortejo fúnebre salía de una funeraria del centro de la ciudad. La misma que se anunciaba por la radio y daban ganas de morirse porque es la mejor y más sentimental, sin sucursales y bajos precios, se ocupaba de todo, con entierros de 150 bolívares en adelante y consulte nuestros precios y compare nuestro equipo (muérase con un personal especializado y equipos modernos y consultenos sin compromiso y no se deje sorprender). Un cajón fuerte y pesado entre candelabros plateados con gente vestida de negro alrededor. No podía rescatarse de la funeraria: se necesitaban muchos hombres (personal especializado), mucho ruido y luchar con la policía, los agentes funerarios y quizás con algunos familiares.

Habrían gritado:

—No respetan ni a los muertos...

—Desalmados...

—Inmorales...

Cierto, la policía lo mató, pero después de muerto lo respetan y consideran como algo sagrado. Por lo menos hasta este momento de la funeraria, los candelabros y la gente vestida de negro encabezada por uno de los ejecutivos de la empresa que es el primero en recibir el pésame de ley.

Había que convencer con pocas palabras y las puntas de las metralletas. El Francesito le dijo a Luis Martínez en el bar:

—Es mejor dejar salir al cortejo. Ellos mismos lo llevarán a la Universidad.

Luis Martínez era el jefe de la UTC y de la operación rescate. Masticaba su chicle lentamente y parecía meditar:

—Es mejor —asintió Luis Martínez—. Pero nada de tiros. A ti te gustan los tiros...

—Eso no es malo...

—Ahora es malo y no quiero tiros, ¿entiendes?

—¿Y si hay que disparar?

—Esa es cosa mía, ¿entiendes?

Esperaron algunos minutos. La madre del muchacho no llegaba. Debía estar en la Universidad. Los familiares la habían dejado en la casa para evitar los gritos y las acusaciones contra la policía en medio del llanto desesperado de una madre que pierde el hijo. Esos gritos impropios de personas decentes que no pueden gritar ni arrancarse los pelos y mojarse la pechera con lágrimas.

—Es mejor evitar —le dijo un hermano que trabajaba en un banco del gobierno—. Nosotros nunca hemos sido escandalosos con nuestros muertos...

Y como le habían suministrado fuertes dosis de calmantes ella oía las voces lejanas, sin importancia vital para ella cuando insistían en la dignidad humana y la decencia contra los gritos de dolor y desesperación que son inhumanos y tienen un sentido animal y primitivo de ceremonia fuera de tiempo. Y la dejaron encerrada en la casa junto con la abuela. Allí la iban a recoger las muchachas de la Universidad. Ella estaba de acuerdo y allí podía gritar a su muerto con todo el dolor que sentía, pese a los calmantes.

Una cola de largos y pesados Cadillac negros, de entierro, con choferes de entierros, negros, de rostros tristes. Patrullas policiales, carros particulares y de alquiler cerraban la caravana mortuoria. Los habituales de los bares salieron a las puertas con sus cervezas o sus rones en la mano, pero decentemente escondidos a la espalda. El dueño del bar bajó piadosamente el volumen estridente de la sinfona y ordenó silencio con el índice en los labios. Cuando era un muerto oficial, bajaba la reja de acero y los parroquianos miraban detrás de la reja con su cerveza o su ron sin beber hasta que pasaba el cortejo fúnebre.

Cuando el carro de la urna dobló la esquina, Luis Martínez saltó en el estribo y se sentó al lado del conductor. En otro carro, encabezando la caravana, iba al resto de la brigada.

—¡Sigue a la Universidad! —dijo al conductor—. ¿Sabes el camino o te lo indico?

El chofer hizo bailar un poco los ojos blancos y dijo en voz baja:

—Esto va para el cementerio. Atrás viene la policía...

Luis Martínez le empujó la Browning en un costado:

—Y esto es una pistola. A ti no te importa el camino... sigue ese carro nuestro...

Luis Martínez tocó la corneta dos veces y el carro de la brigada se lanzó a gran velocidad por la calle abriéndose paso con una sirena. Los Cadillac y los policías no podían seguir el cortejo. Algunas coronas de flores se caían y se deshacían en la calle. Todos los vehículos se hacían a un lado para dar paso. En la puerta de la Ciudad Universitaria, Luis Martínez dijo al chofer:

—¡A la Plaza del Rectorado...!

El chofer lo miraba de reojo y empezó a hablar de su trabajo: veinte años enterrando gente, la amargura de ganarse la vida enterrando gente sin comprender nada de la muerte.

—Tú no tienes la culpa —dijo Luis Martínez—. Déjanos aquí. Nos quedamos con el muerto.

El chofer no entendía. Dijo que era responsable del muerto:

—Ese muerto es mío...

Pero ya no lo oye nadie porque ha empezado el mitin, las canciones, los gritos. El belachao de la despedida y se oyen algunos disparos hacia la puerta sur de la Universidad. Seguía el cerco policial por esta zona. Y cuando la madre llegó a la Universidad el silencio sólo se interrumpía por los disparos, los impactos de las balas en las estructuras de acero y uno que otro grito lejano. Levantó la tapa de la urna y tocó el rostro del hijo, lo miró un instante y gritó algunas palabras ininteligibles, ahogadas, roncadas, sin sentido en el silencio interrumpido por las balas. Luego lo miró con calma y dijo para que la oyera el muerto, su hijo:

—¿Te mataron como un perro tonto, hijo?

Las muchachas hacían esfuerzos para contener las lágrimas. Algunos lloraron y otros comenzaron a hablar sin oír sus propias palabras.

—¿Como un perro tonto?

El quería ver de dónde disparaban y si salía humo de las armas o fuego. Venía con el grupo. Los muchachos se protegían en el edificio nuevo de la parte sur de la Universidad. Los policías y la guardia nacional batían el edificio con una cortina de fuego permanente y las balas arañaban las paredes. El dijo a las muchachas:

—Yo voy a ver...

—¡Te van a matar...!

—Yo no estoy disparando...

Y subió por la escalera exterior: tres pasos solamente y cayó.

—¿Te mataron como un perro tonto, hijo?

Lloró en silencio en medio de las voces que contaban la muerte de su hijo.

—¿Dónde está el chofer del carro fúnebre? —preguntó el Francesito a Luis Martínez.

—Se fue. El no tiene que ver con esto. Nosotros mismos lo llevaremos al cementerio.

—No has debido dejarlo ir... es un error...

Luis Martínez mastica el chicle violentamente, lo interrumpe y lo toma de un brazo fuertemente:

—¿Qué te pasa? Yo soy el jefe aquí...

—No he dicho nada...

—¡Se fué...! ¿Okey?

Los estudiantes se decían cosas fuertes en voz baja, con alguna sonrisa amarga en los labios:

—Oye, ¿cuándo te cantamos el belachao a ti?

—No te preocupes... yo te cantaré...

Otros mostraban un sitio en la pared de los retratos de los mártires universitarios:

—¡Allí está su puesto...!

—O el tuyo...

—Ya veremos quién cae primero...

La madre contaba la vida de su hijo.

El no era malo. Bebía su leche antes de salir de la casa y le

daba un beso en la frente. Se levantaba temprano y limpiaba la jaula de los canarios y silbaba con ellos una canción triste. Una vez le preguntó cuando estudiaba inglés:

Mamá, ¿cómo se pronuncia Connecticut?

Te mataron como un perro tonto... ¿Cómo se pronuncia Connecticut?

Pablo sintió con satisfacción las primeras gotas en el rostro, la lluvia empezaba a dibujar y desdibujar las facciones del hombre invisible en la noche. El agua fría y pegajosa le penetraba por la ropa y en los avisos luminosos se forman grandes aureolas multicolores, borrados por la lluvia. Se palpa la pistola en la cintura, debajo de la chaqueta impermeable:

—No. No se ha mojado...

La lluvia arrecia y deja percibir el sonido de sus pasos y la canción del agua en sus pies. Tampoco oye a su lado a Luis Martínez, pero éste lo toma del brazo y le dice al oído:

—No. No se ha mojado... está seca...

2

Todo parecía igual. Nada extraordinario. Apenas la sensación de un traslado. Podía afirmar que se trataba del mismo edificio, los muebles convencionales de las policías y los mismos rostros redondos con expresiones diabólicamente infantiles. Los policías se hacen y se sienten los diablos entre ellos mismos y los presos. Se entra como siempre por los buzones abiertos en las rejas o los puertas de acero. Puertas blindadas, grises, con marcas de balas en pequeños costurones o cicatrices del metal. Salivas envejecidas y negras en los lugares predilectos donde se escupe en la acera o las paredes. Mugre y óxido a la altura de la mano cuando se inclina y se apoya para penetrar por los buzones. Grasa y polvo de miles de manos pringosas, sudadas y a veces sangrantes por la presión de las esposas en las muñecas.

Primero empezó a matar el tiempo contando las luces y mirando los bombillos asomados por los boquetes de las pantallas oscurecidas por los insectos. No quería ver mas nada. Le parecía suficiente las luces (los ojos del techo siempre mirando un suelo sucio veteado

por trapos de limpieza untados de creolina para descubrir una intención higiénica). Los policías de guardia ni siquiera se dignaron mirarle el rostro. Escupieron simplemente, según costumbre, ante cada preso roñoso y sin importancia que pasaba el buzón sin esfuerzos, sin esposas y con cierta rutina. Un ritual y la saliva se aplasta muy cerca de los pies y uno piensa que lo salpican en los ruedos o los zapatos.

Realmente no hay nada extraordinario. Y Carlos Guillén cruza las piernas y repasa los objetos de la sala de recepción que se llama "Receptoría" en letras góticas y un fondo que imita los letreros en los caminos.

—Nada extraordinario —se repite—. Todo parece igual... la S. N.

Las sillas de hierro, frías, quizás húmedas, made in usa, para que se enfríen las nalgas y se sientan temblores de abajo arriba y culminar en estremecimientos en los hombros. Los escritorios manchados, con una capa de sucio que asciende desde las patas. Los bancos duros, de madera, con iniciales de presos, fechas, palabras sueltas, coños y signos grabados por los policías y los presos, en una polémica a muerte, interminable (tal vez sus propias iniciales ya borrosas debajo de las nuevas letras. Y mas borrosas todavía las letras de presos de tiempos mas remotos, de los orígenes, del principio, de los presos-pioneros, de otros presos para unos policías pioneros también. Y sin duda, en algún banco su estudiante entre rejas con sus ojos fuera del rostro y la palabra libertad medio iniciada).

—Los mismos bancos... quizás coloniales y un esclavo grabó aquí mismo su madre querida del tatuaje rojo que le hizo otro esclavo...

Un retrato de Rómulo Betancourt, un acta constitucional en pergamino y orla de rollo heráldico, Bolívar a caballo-blanco y diversas fotografías y diagramas de revólveres, pistolas y bombas pegadas o clavadas en las paredes.

—Ahora no está Pérez Jiménez luciendo su uniforme blanco de gala adornado de oros y medallas... falta el general, es cierto...

Porque en la SN era Pérez Jiménez, a quien tampoco pudieron hacerle el retrato a caballo por ser rechoncho y fofo —como Betancourt—, le llenaron el pecho de cordones de oro, como a éste le des-

tacan la pipa de cachiporra o de black-jack. Sin duda era otro edificio. Lo había cedido una compañía petrolera. Pero, ¿cómo se parecen las instalaciones policiales y las oficinas de las compañías petroleras? Alguien dice que en Venezuela solo cambian los nombres de las policías con el nuevo gobierno. Los uniformes también, los retratos, las camisas a cuadros, pero los muebles no. Son los mismos y siempre saben donde encontrar los viejos instrumentos de tortura.

Desde la madrugada le dijeron:

—Siéntese allí —y le indicaron un banco de alto espaldar de dos tablas, con nuevos remiendos de madera, lustroso de grasa y suciedad.

En La S. N. sentía miedo. No había frío, pero le temblaba todo el cuerpo. ¿Acaso se necesita mucho o poco frío para sentir miedo? Convulsiones que trataba de simular moviendo los pies rítmicamente. Y un dolor en los riñones y el frío en los huesos y el cerebro ardiendo. Ahora no sentía miedo, ni frío ni calor. ¿Qué le importaba esta policía? ¿O cualquier policía que le importaba ya?

—Bueno, siempre importa —se dice.

Duerme sin dejar de oír las voces de los policías sin uniformes que pasan frente a él. Entendía en medio del sueño, cuando los más curiosos preguntaban muy cerca:

—¿Quién es?

Y la antigua respuesta que tanto significado tiene para los esbirros, siempre era la misma:

—Está a la orden de la superioridad...

Eso de ser a la orden de la superioridad que es entrar en una categoría subhumana sin clasificación en los textos de ninguna filosofía conocida y volver a caer en el sueño tranquilo y subhumano de la receptoría. Apenas le llegaba un escaso ruido: voces a intervalos, gritos, silbidos y ladridos lejanos. Los perros de las quintas vecinas que aún no se acostumbran y ladran cuando oyen los gritos. Esbirros impacientes y duros golpes de puertas y carros que arrancan con fuertes chirridos de cauchos le interrumpían el sueño para descubrir olores a café, a pan tostado, a crema de afeitar y sudores y desodorantes de policías que pasan muy cerca.

Después todos los ruidos de las policías del mundo en el sueño. Cadenas de esclavos, potros, celdas subterráneas, crujidos de cuerdas

y máquinas de madera para estirar los huesos y las coyunturas en la guitarra del cuerpo. Siente las carnes tensas en el sueño. Y duerme en la gestapo la imagen de películas y descripciones de prisioneros que sobrevivieron o dejaron sus diarios de moribundos. La gestapo y el FBI, Franco, las torturas de Argelia, junto con la S. N. y se despierta con la idea de oír sus propios gritos cuando se siente la frente cubierta de sudor.

—La gestapo... ¿Qué tengo yo que ver con la gestapo? A los caribes le marcaban la frente con un hierro candente. Ahora algunos policías usan tatuajes. Y la SN utilizaba maquinitas eléctricas de la General Electric o de la Westinghouse, o modelos especiales, sin marca de fábrica, experimentales en Venezuela, para el FBI.

En la tarde el movimiento de policías es mayor. Entran y salen marcando el paso, con grandes ruidos, golpeando las puertas. Gritan, se llaman entre sí cara-de-poceta, boca de jarra, pata-de-croche, ojos-de-sapo y saludan con buen humor de taconazos o palabras soeces acompañadas con rostros feroces. Algunos se quejan de las guardias que siempre son un sedante para los policías con sueño que bostezan ruidosos o cantarines.

—Se han olvidado de mí —piensa por un instante.

Pero luego rectifica:

—La policía nunca se olvida de uno...

Cuando lo miran sin dejar de caminar hacia el escritorio del Jefe de Cuartel —según letras en placa de material plástico—, parecen confundirlo con otro policía, un supernumerario, o un nuevo en el cuerpo.

—Lo peor es que a uno lo confundan —piensa.

Dos esbirros traen un loro dentro de una jaula de alambres. Jaula y loro quedan sobre el escritorio del Jefe de Cuartel que mira interrogante al loro y los esbirros.

—¡Preso! —dijo uno calvo y ronco—. Cuando íbamos a cumplir el procedimiento en la casa, el loro gritaba:

—¡La policía...! ¡La policía!

—Estaba en la ventana —dijo el otro—. Es un loro campanero...

—¿Y la gente? —preguntó con el rostro congestionado el jefe de cuartel—. ¿Y la gente?

—No había nadie. Se fueron. El loro avisa... es un loro campanero...

—¿Y qué procedimiento vamos a hacer con el loro?

—Se puede interrogar —respondió debilmente el calvo ronco—. Este loro sabe mucho...

—¿Cómo lo van a interrogar?

—Se interroga...

—Interroguenlo ustedes mismos en el calabozo de castigo: ¿Cómo te llamas lorito? ¿Dónde están tus cómplices lorito? ¡Rápido! ¡Váyanse con el loro a otra parte! ¡Imbéciles! ¡Electricidad con un loro! En las bolas de un loro —golpeó la mesa fuertemente y concluyó—. Maricones deben ser estos carajos. ¡Un loro campanero!

Los esbirros desaparecieron con la jaula y el loro, mientras el jefe de cuartel repetía un loro, lorito, dame la pata... lorito real...

Y todos los policías reían se burlaban, gritaban tomándose el sexo entre los dedos:

—Este es un black-jack de loro...

—Mejor es esta constitución nacional que no deja marcas...

Un esbirro gordo, tuerto y negro que era fotógrafo en La Guaira comentaba que en una casa de putas en Muchinga, tenían un loro entrenado para gritar cuando llegaba la inspección sanitaria:

—¡A lavarse! ¡A lavarse! —y solo callaba cuando le echaban agua.

Carlos Guillén de nuevo apoya los brazos en el espaldar del banco y se duerme con una sonrisa infantil. Ya en pleno sueño oye la voz del jefe de cuartel:

—¡Un loro campanero!

—Si, mi sargento...

—No me digas mi-sargento...

—Hay loros campaneros...

Pero Carlos Guillén ya está dormido.

3

Luisa adivina el rostro de Pedro Armas a su lado. Todo es negro y surgen pequeños puntos brillantes, opacos, insignificantes que ni siquiera dan oportunidad de descubrir las sombras. Los ojos no pue-

den descubrir ni un relieve, una silueta, pese a que el cauce seco y pedregoso de la quebrada está rodeada de árboles torcidos, no pueden distinguir los fantasmas vegetales inclinándose indecisos y temblorosos ante lo desconocido. Rocas y raíces brotan de la tierra y los pies se doblan, se tuercen, resbalan y parece una eternidad. El viento ruge entre las hojas, nada mas. Pedro fuma con los ojos clavados en las tinieblas. Algo de la boca y el mentón se ilumina con la brasa del cigarrillo. El uniforme verde le quedó perfecto. Ella misma lo planchó y le prendió la estrella plateada de subteniente. Un subteniente que se hizo un corte de pelo alemán, de erizo, como en la escuela, porque es un recién salido de la escuela. Pablo protestó cuando vio la estrella:

—Puede brillar en la oscuridad. En la oscuridad cualquier cosa es un punto luminoso. Por eso las armas nocturnas deben ser negras, aunque uno unta de saliva la mira para no perderla de vista. . . .

Pero no brilla. Ella toma distancia en la oscuridad y no brilla la estrella en el uniforme. Sonríe satisfecha: es difícil ganarle la partida a Pablo.

—Pablo a veces se equivoca —piensa con una sonrisa infantil—. Y no se le escapa un solo detalle. . . Cantos de grillos y pájaros nocturnos, ruidos extraños, recién oídos y un deseo irresistible de andar por la calle entre luces y avisos luminosos, saltarines en un lenguaje que agobia a la gente hasta dejarla aturdida, medio muerta, llena de ansiedad. Pero prefiere la calle, la ciudad, el mundo. Resbala y se aferra al brazo de Pedro. Los mosquitos zumban, truenan, ladran en los oídos y huyen sin picar.

—Es bueno el repelente —susurra.

—Me marea el olor. Lo pueden descubrir a uno por el olor. . .

—Pero no te pican. Además, somos guerrilleros de la ciudad, con repelente. . .

Pablo había dicho:

—No hablen. En el monte las voces se oyen muy lejos y uno tiene la tendencia a hablar en voz mas alta que la acostumbrada. No importa el repelente. Hay subtenientes que usan repelentes. Dicen que no se pueden negar a los adelantos de la civilización. Al menos no hacen ruido matando plagas. Pero hay que acostumbrarse. Los muchachos no usan repelente en la montaña. . .

—Todo por ti. . . a mi me da vergüenza usar repelente —dice Pedro—. Es una vergüenza. . . Quizás Pablo lo aceptó por consideración a ti. . .

—¡Protesto: yo soy igual a cualquiera! Así me lo ha dicho siempre.

—Pero fue por ti. . .

—Estás disgustado por las piedras, eso es todo. . .

Un plano general de Malariología estaba extendido sobre la mesa, sostenido por dos granadas de mano: estaba marcado el gasoducto, la carretera, las casas dispersas, los vecindarios, los cultivos, las quebradas secas o las fuentes de agua y los drenajes. Los dos explosivistas observaban y oían con una gran seriedad en sus rostros infantiles. Concentran toda su atención en los planos, pero no dicen nada. Luisa piensa de pronto:

—Nunca oí la voz de ninguno de los dos. Tal vez no hablaron expreso para no delatar sus 17 años sin cumplir y sin barbas. Porque Pablo dice que no cree en explosivistas mayores de edad, a menos que sean españoles viejos. . .

Unos niños que se dejaban crecer todos los pelos finos del rostro para sentirse mayorcitos con su bozo de trapo sucio. No levantaban los ojos del plano. Uno de ellos siguió el curso del gasoducto con el dedo y parecía sentir el frío del gas en las huellas dactilares. Se miraron inteligentemente los dos explosivistas, pero no dijeron nada.

Pablo indicó:

—Ellos dos volarán el gasoducto aquí. Pero eso no les importa a ustedes. La misión de ustedes es sacarlos, ¿entendido? Hasta muertos, pero sacarlos. Ellos han explorado el lugar de día y de noche, en horas distintas y todo está medido y calculado. No hay fallas. Salvo imponderables. Puede ocurrir que esa noche esté un policía borracho aquí, cerca del pozo. Tres carros. Dos unidades de apoyo. Un carro en cada carretera. . .

Los rostros cubiertos de carbón: nada debe brillar, ni el sudor. Uno de los carros frente a la quebrada seca, a tres pasos del puente. Se sigue el curso de la quebrada y se llega a la carretera (Pablo mira a uno de los explosivistas que asiente y se acaricia el bozo con el índice y el pulgar). Penetran veinte minutos por la quebrada —el explosivista afirma nuevamente las palabras de Pablo con un gesto rápido

de la cabeza—. Allí en la quebrada esperan ustedes y son "compadres" y "¿cómo está la lechuga?" a dos metros de distancia, sino disparan, después de la explosión, se entiende...

Los explosivistas asentían sin decir nada. Miraban a Pablo con admiración: un maestro, porque Pablo realmente es un maestro.

—Yo creo que vamos a comenzar ahora la guerra del petróleo.

Se trata de una experiencia nueva. Quizás cambien las cosas después... Eso es todo...

Era tarde cuando salieron de la casa secreta. La reunión se había prolongado y Pablo dijo:

—Sólo podemos salir tres. Los demás se quedan...

El carro empezó a andar a gran velocidad y Luisa quería compartir sus pensamientos:

—Pablo quiere prever todos los detalles. Eso no se puede.

—Es mejor —respondió Pedro lacónicamente.

Estaba de mal humor. No quería hablar. Siempre ocurría lo mismo después de las reuniones. No le gustan las reuniones. Perder el tiempo, decir discursos, hacer que la gente piense como uno. Decir que uno tiene experiencia en la mierda.

—Me dicen lo que tengo que hacer, eso es todo...

Ella sentía que Pedro retiraba sus manos de los muslos y se concentraba en la calle y las luces de los carros. En tres kilómetros solo dijo:

—Pablo es concreto. Sabe lo que tenemos que hacer...

Dos kilómetros mas para agregar:

—Cuando maten a Pablo tendremos un jefecito recién salido de no se sabe dónde que nos hablará de la dirección colectiva para tirar una bomba...

—Pero a Pablo no lo van a matar...

—¿Quién sabe?

Silencio de avisos luminosos, de trozos de canción, de palabras sueltas de los hombres del aseo urbano y de un coño que sale de una puerta y una corneta de carro europeo en medio de los motores en la avenida. El vuelve a colocar su mano pesada en los muslos, justo entre los dos, pero no dice nada.

—Ya nos hemos olvidado de nosotros mismos, Pedro...

El no respondió. Se limitó a sacar la mano para indicar que iba a pasar.

—Después de la herida parecemos distintos. Como si se te hubiera escapado algo por la herida...

—¡Si, el corazón se me fue por la herida...!

—No será el corazón...

—Es el corazón, eso es lo que piensas...

—Es absurdo...

—Absurdo, ¿qué?

—Que yo te diga...

—No digas nada. Yo no quiero que esto suceda así, por la guerra, eso es todo...

—¿El gasoducto?

—¿Qué coño me importa el gasoducto? ¡Lo vamos a volar! Tu sabes a qué me refiero. Hay mucho cretino que se aprovecha de la guerra para acostarse con una muchacha. Le llenan el corazón con la mierda de la muerte, eso es todo...

El carro avanza a regular velocidad y desfilan las luces de la calle, los reflejos de los avisos luminosos, las vidrieras de las tiendas y algunos transeúntes que maldicen porque no es la hora de cerrar y un policía ha tocado el pito tres veces en la esquina del bar.

—Pero todo el mundo cree que ha sucedido ya —dijo ella después de un rato—. Hasta mi madre cree, hasta Pablo...

—Pablo no. Es el único puro. No ha sucedido, eso es todo.

Y no es que no quiera. —Le oprime el muslo grueso y duro—. No es miedo tampoco. Quizás es en lo único que pienso de día y de noche buscando una solución. Pablo es el hombre mas puro y no se vale de la guerra para nada y cuando te dice bella se refiere a una hermana. Yo lo sé.

Retira la mano de los muslos y se tira un mechón de pelo hacia atrás. Pablo no es un político: es un intelectual que cuando habla entre políticos no es un político y cuando habla entre intelectuales no es un intelectual. Se dice algo de la responsabilidad del intelectual en la lucha, pero no se menciona a Pablo. ¿Por qué? La pose de revolucionario da más dividendo entre las mujeres que el dinero en los bancos. ¡Es difícil comprender que somos explotados!

—¡Perdona! Te toco y no pienso. Pablo dice siempre que debemos pensar. ¿Para qué? le digo. Cuando pienso sé que soy un mulo. Pensar, pensar. Prefiero creer que todo lo que hacemos es justo y no tiene complicaciones. Pero Pablo no tiene nada que ver con esto...

—Esa es la amargura de Pablo...

—No es la amargura de Pablo. Conozco esto. Se adonde vamos, como Pablo, ¿acaso no lo hemos hablado ya?

Luisa se acerca y se apreta a él. Van en un carro pequeño que tiene el freno de mano en el centro de los dos asientos. Y no me pasa nada si me siento sobre el freno de manos, mi amor, para estar cerca de ti, pero él solo sigue sus pensamientos:

—Pero contigo es otra cosa. Eso no entra en el juego...

—¿Qué juego?

—Esto que haces. Yo no me contamina con la guerra, ¿entiendes?

—Vamos a mi casa, Pedro...

—Si entro en tu casa me muero. ¿Y tu papá?

—¿Por qué te mueres?

—Me muero... eso es todo...

—Tu lo sabes: mi papá barre en la Universidad en el turno de la mañana que comienza para él a las dos de la mañana. Además, él sabe también y cree que ha sucedido con otro hombre. Mi mamá dice para ofenderme:

—Yo prefiero que te acuestes en tu casa. Como si yo me acostara contigo en los parques, en las avenidas, en las curvas o en un rancho de obreros amigos. Dice que no me acueste contigo en cualquier parte con ese hombre. Al menos es decente. Y no hay policías que te digan que el amor es una cosa prohibida y te quieren cobrar en especie su silencio. Eso tiene que ocurrir...

Pedro tiembla aferrado al volante del carro sin atreverse a tocarla, a besarla, a dejar caer su mano derecha en el calor de sus piernas redondas y fuertes que a veces le hacen pensar en las estupideces de la muerte. No la mira. Trata de distraerse con el desfile de las luces y las vidrieras de trajes que se venden a la módica suma de cincuenta dólares en bolívares devaluados y roñosos. Se le enfrían las manos temblorosas y siente las convulsiones de Luisa que ha perdido ya el control de sus carnes.

—Vamos a mi casa, Pedro. ¡Eso no puedes hacérmelo! ¡Vamos...! mi papá decía cuando era Testigo que éramos de carne y eso es cierto. Yo soy de carne y me lleno de ansiedad contigo. La carne se llena de ansiedad, de cosas terribles cuando se piensa en un asalto.

Le aparta la mano de los muslos y se la acaricia.

—Mi papá decía cuando era Testigo que uno era pura carne para el pecado...

—¿Y tu crees que yo no quiero pecar como tu? Hay pecados divinos que desconoces.

—Pero yo quiero el pecado mas simple, el mas sencillo...

Tu sabes que yo no soy pura carne. Soy algo mas para ti, ¿verdad?

—Algo mas para mi es la guerra... Matar... La guerra...

—Yo no soy pura carne para ti...

—Eres una tragedia, para mi...

Voy a tu casa como si fuera a morir. Una operación mas: un procedimiento.

—Tu me dices: vamos a mi casa, pero es una tragedia griega ir a tu casa. Debo ser uno de la UTC de Homero en la Guerra de Troya. Una alegría efímera, llena de las cosas que no vale la pena decir aquí porque es difícil recordar sin llorar, sin llenarse de miedo en el drama de te quiero y no puedo hacer nada, pero invertido, porque ahora soy yo el hombre que vacila, que se va, quien no quiere nada, sino el volante de su carro y buscar a Pablo para preguntarle si el amor es lícito o ilícito entre dos seres que quieren romper el amor acostándose en una cama.

Ella se lleva las manos a los ojos, ¿por qué le daban ganas de llorar entonces?

Pedro no tiene más remedio que oprimirle el muslo aunque se le salgan las lágrimas y le tiemblen las manos:

—Después —dijo—. Hay tiempo. Pero ya llegamos a tu casa.

—¡Baja! Ven conmigo o no nos veremos más.

—Las FALN...

—¿Ves como invocas la guerra para estar conmigo...?

—Entonces soy una mierda como cualquiera...

Deja el carro abajo, para no llamar la atención.

—¡Es una tragedia!

—¿Ves? No lloro...

Los perros ladraban en todas las casas y no lo sabíamos esa noche...

—¡La guerra...!

—Eso no importa. Hay gente que se aprovecha de nosotros para hacer el amor...

—¡Yo soy distinto...!

—¿Distinto? ¿Haces la guerra y no te vienes conmigo?

—Tu casa...

—No es mi casa. ¡Te vienes...!

Por segunda vez no eres nadie, una mujer te llama a la terrible realidad de la cama...

—Eso es todo...

4

Alí se frota las uñas con las yemas de los dedos, se sienta en el suelo, se levanta, da unos pasos y mira a Pablo para descubrir un juez de menores que medita alguna fórmula justa.

—¡Tu puedes decirme lo que quieras...!

Pero Pablo no dice nada y camina por la estrecha habitación con las manos enlazadas en la espalda. Un rostro inexpresivo, con arrugas profundas y antiguas, cubiertas de sombras. Margarita —sentada en el suelo con las piernas entre los brazos se aplasta los senos— y sigue las pisadas silenciosas y lentas de Pablo.

¡Como a la puertas del infierno...!

La casa a la entrada del cerro, se confunde con las bases de otras edificaciones. La puerta a nivel de la calle, puede cubrirse fácilmente con un carro o una vieja carretilla de frutas. Solo hay una cama cubierta con una manta a cuadros. Al otro cuarto se entra por un boquete, ahora cegado por una cobija. Un pasillo conduce a una quebrada cubierta de basura. Una vieja casa de conspiradores. Antes, en la pasada dictadura fue una fábrica de bombas de Acción Democrática. Pablo la recuerda mientras camina con los brazos tomados a la espalda. Entonces tenía un cartel, cerca de la entrada de la otra habitación (Marx cita a Dante):

Como a las puertas del infierno:

aquí debe dejarse todo recelo...

(Dante y el terrorismo, en una cueva donde se fabrican bombas).

—Oímos dos disparos. No podíamos dormir. Anoche una brigada repartió un camión de alimentos... Era un camión de los mercados de Rockefeller.

Y la gente lo seguía gritando alborozada, invitándose, riendo, gritando:

—¡Las FALN traen un camión de Rockefeller...!

Lo condujeron a la plazoleta, mientras otras dos brigadas tomaban las veredas hasta la avenida principal.

—¡Aquí debe dejarse todo temor, todo recelo! La cita se corresponde con el infierno. Era una fábrica de bombas y no debía existir ninguna vacilación, ningún recelo, ni un solo temblor en las manos...

—Nosotros ni siquiera nos asomamos a la calle. Augusto habló a la gente antes de repartir los alimentos. Una expropiación a los expropiadores, tu lo sabes mejor... anoche mismo te viste con él, seguramente...

Y dos horas después llegó la policía. La gente seguía en la calle. En algunas esquinas las hogueras de basuras se elevaban hasta los techos de las casas mas altas. Los policías no se atrevían a subir. Disparaban cada cierto tiempo, como un reloj. Un barrio silencioso, con hogueras y olor a basura quemada, es un barrio respetable para la policía. De todas las casas traían las basuras y desperdicios y las quemaban en las grandes piras de las esquinas.

Margarita quería salir a quemar la basura. Todo estaba iluminado. Los perros bajaban hasta la avenida principal y ladraban.

Rafael Rojas vino a nuestra habitación:

—No se preocupen, camaradas —dijo—. No entrarán esta noche. Esperaran hasta mañana.

Luego bajó más la cabeza para salir del cuarto y agregó:

—Tenemos cauchos suficientes. Cuando traten de subir, tiramos los cauchos encendidos por la vereda. Ellos tienen miedo. No es la primera vez.

—¿Y nosotros?

—Por la mañana, antes de las seis pueden salir...

—¿Y si entran ahora?

—No entran. Aquí en los cerros, los policías no funcionan de noche. Además, la gente tiene que comérselo todo ahora. ¡No debe quedar nada para mañana...!

Nadie quiere esperar el saqueo. Allanan casa por casa, se llevan a los jóvenes y destruyen los alimentos que no son de Rockefeller.

—¡Hay que comérselo todo esta noche...!

Margarita tiembla en la cama. Lo abraza con fuerza. Comprende que corren el riesgo del allanamiento.

—Tenemos que salir de aquí —dice.

—Ahora no se puede. Esa es la orden. Los policías están abajo y pueden estar arriba a la salida del cerro, también. Puede ser un cerco completo...

—Si me ven me reconocen. Ha salido en todos los periódicos. Llevo dos meses aquí. A lo mejor ya soy distinta. Vamos...

—No se puede, ¿no entiendes?

La fotografía de Margarita había salido en todos los periódicos: menor desaparecida. Edad, estatura, color de los ojos, de la piel, del cabello, del vestido. Desaparecida: informar al Departamento de Menores, Policía Técnica Judicial, luego el teléfono de la madre. Y la fotografía de un estudio fotográfico, luces en los cabellos y la frente, medios tonos, sombras y efectos y el pelo extendido suavemente, en olas largas.

Porque ella no quería volver a su casa cuando Alí la dejó en la esquina. Lo siguió:

—¡No puedo volver...!

Tu eres un hombre y hemos matado juntos, pero tienes miedo. La libertad es el centro de la vida, pero la vida, ¿qué es?

—¿Dejarme sola para ir tu solo a buscar la libertad?

¿Tu me quieres?

Rafael Rojas pisó de nuevo muy fuerte ante la puerta del cuarto. Amanecía:

—¿Qué pasa?

Ahora pueden irse. Me esperan en la fábrica, no salgan de allí. Los policías se han ido, pero vendrán más tarde...

Meditó un poco:

—No se despidan de la vieja. Ella lo comprende. Salgan por encima... La gente los protegerá, si es preciso...

Pablo sin dejar de caminar dice en voz alta:

—Aquí como a las puertas del infierno debe dejarse todo recelo... todo temor...

—¡Nosotros no tenemos ningún temor! —dice Alí.

Pablo se detiene en el medio de la sala y los mira a los dos, por turnos:

—Yo no me refiero a ustedes...

5

Rafael Rojas trabajaba en la "Good Year" cuando mataron a su hermano. Manejaba una carretilla a motor entre pirámides de cauchos y silbaba largas canciones, conciertos para violín y piano y los motores de las carretillas eran una orquesta, un coro, un grito solitario que se caía entre los ruidos. Cauchos fantásticos en parejas o círculos interminables, danzando con una gota de sudor en los ojos (una escena negra, tripuda, fofa, de vientres redondos. Silbaba y los cauchos danzaban prominentes y grotescos en acordes rudos y ásperos en las velocidades del motor. Una costumbre que trajo del campo de concentración, donde danzaban los árboles, las ramas, y las lianas en las sombras o sobre las ondas del río). No se podía hablar en el trabajo. Esa era la prohibición. Y entonces los presos silbaban empujando la carretilla de los trabajos forzados. (Un preso loco y músico silbaba o pujaba grandes ronquidos en sinfonías y conciertos interminables. Y se le brotaban los ojos y se le congestionaba todo el rostro en un tiempo demasiado largo, casi imposible de concluir en un solo pujido ronco con la carretilla cargada). Rafael Rojas aprendió y su silbido rompía el ruido monótono de las carretillas.

Antes de la prisión era mecánico y levantador de pesas. Grueso, cuadrado, con una nariz pequeña y recta y una quijada prominente que se le hinchaba desmesuradamente en la base cuando levantaba las pesas. Tenía novia y la visitaba en la noche después de levantar las pesas y bañarse y frotarse el cuerpo con un linimento. Un linimento que hacía estornudar a su novia tres veces, todas las noches, antes de besarla. Después todo era normal y el linimento se confundía con los talcos de su novia.

Rafael Rojas entrenaba para competir en las Olimpiadas de Helsinki. Ya era un seleccionado y dos semanas antes le habían frotado el cuerpo con aceites aromáticos para posar con las pesas y hacerle un juego de fotografías.

Se desayunó con la comida de reglamento: ese día dejaría el trabajo, daría un paseo con su novia y empezaba una nueva vida con los otros atletas que iban a Helsinki. Porque les habían dicho debía seguir un entrenamiento riguroso. Mantenerse en forma y aprender algunas palabras en inglés para no aparecer como un pueblucho fuera de la civilización.

Ella quería ir a Helsinki también.

—Pero. ¿Cómo llevarse a la novia a Helsinki?

Es una bonita delegación, pero las muchachas que van, sino son atletas, deben acostarse con los directivos o sus familiares más cercanos. O la querida de un jefe que se entusiasmó con el deporte olímpico.

Subía una calle empinada de La Pastora no tenía otros pensamientos que Helsinki, su novia y la delegación que no podía aceptar a su novia aunque él se iba para traer una madalla de oro. Caminaba y se golpeaba los gruesos muslos para ver rebotar la mano como una masa de goma. De pronto ve unas patrullas: una redada. Lo empujaron en la jaula. Sólo le faltaban dos cosas para ver a su novia (quizás ella estaba en la ventana). Pensó en la recluta, pero pudo ver algunos letreros en las paredes, sobre libertades públicas, elecciones libres, constitución, garantías, algo así. Lo llevaron directamente a Seguridad Nacional. No le preguntaron su nombre: lo golpearon con un sable en la espalda. Le miraban las manos, le torcían los dedos con gran dificultad y se ensañaban con sus manos grandes y fuertes, de mecánico-levantador-de-pesas, tatuadas de aceite quemado, de óxidos, de pinturas y rectas cicatrices negras.

—¿No pintabas, entonces?

Y volvían a las manos fuertes, ásperas, gruesas, oxidadas.

—¿Dónde están los demás?

—¿Dónde dejaste la pintura?

—¿Helsinki?

—¡Ajá! ¿Vas para Rusia? ¿Y dices que no sabes pintar?

Era inútil. Cuando le preguntaron su nombre ya lo tenía decidido:

—Rafael Rojas —mintió.

Un nombre cualquiera. No había pruebas contra él y pronto podía salir en libertad y viajar a Helsinki. Si daba su verdadero nombre y volvía a la calle no iría a Helsinki: los antecedentes policiales y políticos para un deportista son perjudiciales. ¡La novia y Helsinki!

Al salir volvería a adoptar su nombre de atleta. Y todos los días del primer mes esperó la libertad: siempre estaba en la reja. Cuando se bañaba oía su nombre que le caía en la cabeza con el agua. Corría envuelto en una toalla, todavía cubierto de jabón:

—¿Me llamaron a mí?

Pero no había otra cosa que presos dando vueltas por parejas o solos girando en los pasillos. Y alguien que lo miraba con cierta indiferencia cuando grababa su nombre en la pared.

Después salió la degelación deportiva para Helsinki y ya no tenía importancia.

A los quince días lo seleccionaron para Guasina y los esbirros de S. N. se burlaban de sus músculos, de su cuerpo, de su fuerza.

—Allá se queda todo eso, ¿sabes?

Rafael Rojas sonreía con la seguridad de su regreso:

—No se queda...

—Esa es la mejor olimpiada...

—Allí encontrarás tu tiro al preso...

Cinco años después regresó a la calle: los ojos en una telaraña de arrugas, delgado, pálido, con la piel floja bailando en algunos lugares del cuerpo. Le quedaba demasiado holgada la piel sobre los huesos y la carne seca, sin músculos.

—Ahora me llamo Rafael Rojas —le dijo a la madre mostrando la cédula de identidad—. Ellos me la dieron. Y es mejor seguir con ese nombre...

Y trabajaba con su verdadero nombre en la Good Year. Al principio vivía con el hermano y la madre en los altos bloques del "23 de Enero", piso 10. Ramón Claro, su hermano le explicó:

—No fue fácil, ¿verdad? No fue. Ustedes estaban presos.

Los gruesos bigotes negros le temblaban cuando reía espontáneamente con todas sus fuerzas ante cualquier cosa, pasándose las manos por el pelo largo, de Tarzán. Rafael Rojas podía distinguir esta alegría de su hermano y las formas gruesas y duras de sus músculos vibrando bajo la piel. Rafael Rojas lo examinaba atentamente. Era como él mismo hace cinco años y por poco le pregunta:

—¿Haces pesas?

Pero se conformó con tocarle la gruesa muñeca de tigre.

Los tres se sentían extraños. La madre iba y venía. Los miraba como se fumaban un cigarrillo entre los dos sentados a la mesa. Rafael Rojas se había acostumbrado a fumar colillas en la cárcel. (¡Fuma colillas, recogedor!). La madre fue dos veces a buscar cerveza al bar. Y la cerveza entusiasmaba más a Ramón Claro, su hermano.

—Yo tenía quince años cuando caíste. ¡Ibas para Helsinki y te mandaron a Guasina...!

Reía con gran violencia y agregaba para reír más:

—¡Una pequeña equivocación...! Te equivocaron el barco en La Guaira, hermano...!

Pero de pronto se quedó muy serio mirándole las manos llenas de huesos.

Las pesas quedaron en un rincón.

—Después las vendí...!

Un curso de Charles Atlas por correspondencia (Rafael Rojas también lo había seguido un tiempo cuando lo entusiasmaron las películas de Tarzán y se dejaba crecer el pelo como su hermano. Sí, Charles Atlas y no hay alimentos en la casa).

—¡Mira! —su hermano le mostraba los brazos, los pectorales y el cuello de largas listaduras de músculos—. ¡Charles Atlas...!

Un sorbo de cerveza mirando a la madre y reclamando el cigarrillo a su hermano para agregar con su risa potente:

—No fue fácil, ¿verdad? Ustedes estaban presos...

¡Pero acabamos con la dictadura, hermano...!

6

Una operación, un procedimiento: la UTC de Homero y el procedimiento tragedia, amor, Helena y la Guerra de Troya a donde seguramente llevaron perros entrenados para la guerra.

—¿Por qué hay tantos perros en las casas?

No hay que comer, pero tienen perros para compartir el hambre y pensarse el rey de la creación en medio de la miseria.

—No importan los perros. Mi mamá sabe que entramos. Así entró mi otra hermana con un hombre...

—Yo no voy. ¡Esto no tiene sentido cuando actúo como cualquier hombre contigo o con tu hermana...!

Luisa lo abrazó. Lloraba, esto no es la guerra, somos nosotros.

—Espera. Voy a decirle a mamá...

Luisa salió moviendo los ojos y las faldas. Pedro, solo, miraba las cosas a su alrededor y pensaba en su pueblo: uno entra en una casa, se acuesta con una mujer y el padre y los hermanos salen a matarlo. Montó la pistola. En Coro lo matan a uno y se debe aceptar como una ley justa. Así ha sido siempre. Y nadie —como no sean sus propios parientes— va al entierro y lo sepultan de prisa, con cierta pena. Lo matan así:

—Se acostó con la hermana de...

Ese es Falcón.

Y Douglas Bravo está en Falcón con otros camaradas en el Frente José Leonardo Chirinos. Douglas se lo dijo una vez:

—Tu eres coriano... tu tienes que venirte conmigo. ¡Yo te necesito...! para mi la ciudad es algo muy transitorio. Pablo no tiene razón con su guerra de la ciudad o del petróleo. La guerra campesina está probada. ¡No hay tiempo para experimentos...!

José Leonardo Chirinos era esclavo hace dos siglos y los comprendió.

—¡Por qué estoy aquí en este cuarto? A José Leonardo Chirinos lo descuartizaron y repartieron sus miembros por todos los caminos de Coro. El era un esclavo y comprendió: Haití, la ley de los franceses, solo los negros encasacados, vistosos, relucientes y condecorados, convertidos en héroes negros que era tan difícil.

—Los hermanos vienen y lo matan a uno. Luisa tiene un hermano medio malandro. Se fue a buscar oro y diamantes a Guayana.

Luisa le ha dicho muchas veces que la vida es una cosa sencilla para su familia:

—Unos se suicidan (las dos hermanas), o se va a buscar oro

a Guayana (su hermano), termina puta (otra hermana) o se mete a la FALN. Esos son los caminos. Los viejos ya no tienen caminos y se resignan... y son comunistas o Testigo de Jehová...

Douglas insiste:

—¡Primero hacemos la revolución, después estudias! Lo importante es que eres coriano porque lo has demostrado con tus bolas.

Pero Pablo dice que un revolucionario es un ser normal y tiene que ser lo más parecido a aquello que llamamos justicia.

—Estudiante, sí, de la UTC porque es más cómodo y se puede entrar en el cuarto de Luisa. ¡Y uno es un cretino, también! Se parece a la mierda cuando cree que es justo que la madre comprenda y se vale de la guerra para estas cosas.

Luisa entra alegre y triste a la vez:

—¿Qué dices? Hablas solo. Mi mamá te oyó: ¡habla solo ese muchacho, después dale lechuga! Se sentirá mejor porque ese es un hombre intranquilo, que no se siente en paz. Eso dijo mi madre. Cuéntame lo que piensas y dame un beso. Eso es urgente para nosotros: no tenemos paz...

Le digo: hay un solo bombillo y está en la sala, pero lo tomo y lo paso al cuarto. El cable alcanza, ¿para qué necesitamos un bombillo? Un amor con bombillo no es un amor de guerra. Y Pedro sonrío con cierto temblor en los ojos.

¡Un bombillo! Lechuga después. La suegra interviene:

—Dice que a las cinco y media llega papá. Y que es mejor que se lo digamos las dos...

Camina con el bombillo tomado por el cable.

—Mis hermanas se suicidaron aquí mismo. ¿Qué le importan a él estas cosas? Se suicidaron y el padre no se bañó más ni leyó la Biblia como todas las tardes y dijo que no la vendía porque era un libro sagrado.

Da unos pasos por el cuarto, arregla una muñeca de trapo, anime y mecate sobre una caja de bombones.

—Pero tu no me quieres —dice después que la oye hablar de Coro, Douglas los hermanos, los esclavos y José Leonardo Chirinos.

—Aquí se suicidaron y soñamos juntas con el príncipe azul. La comisura de los labios pegados por la mezcla gelatinosa del veneno: pálidas, tristes a la luz del bombillo y las velas. Una mujer había

colocado flores en el pecho y las flores se morían también lentamente.

—Podemos juntar las camas. Antes dormíamos las cuatro aquí mismo. ¡Era muy bella mi hermana menor...!

Va hacia la cama más distante.

—Podemos juntar las camas, pero no es necesario, ¿verdad?

El está en Coro y hay un velorio casi solitario de un amigo que mataron esa tarde de agosto cuando salió a comprarle un helado a la novia.

Ella le toma las manos y se las ve a la luz del bombillo:

—¿Qué te pasa, Pedro? No estamos presos. Esta es mi casa. ¿Quieres un ron? Es bueno en algunos momentos. Pero Pablo bebe mucho ron... eso le hará daño.

—Sí, bebe mucho ron, es cierto. El me lo ha dicho...

—Tu no...

—Ahora necesito no solamente un ron...

—¿Es tan difícil?

—Sí. Es muy difícil para mi. Es más difícil que la guerra...

7

Pablo le dice a Luis Martínez:

—Era una mierda, el Francesito ese...

—¡Era una mierda...!

—Debemos escoger mejor...

—En todas las operaciones que participó hubo muertos...

En la medida en que llovía la calle se hacía más oscura. Las aureolas se reducían en las lámparas del alumbrado público. Eran más amarillas cuando arreciaba la lluvia. Mariposas crujientes en el suelo —con las alas mojadas—, tratan de levantarse y formar espirales elementales de insectos en los focos. Cuando pasa un carro puede verse el rayado vertical del agua en la noche. Pese a la lluvia los avisos luminosos siguen un frenético freir de aceites donde un cocinero horrible para la simpatía que pretente en sus colores, se llena de frío. El óvalo de la Creole gira incansable en una pantalla de radar que husmea petróleo y se torna oscura y redonda sobre las bombas de gasolina Esso. La concha de la Shell es una garra levantada para arañar

al cielo y llenarse de estrellas y helados y cervezas y rones y cigarrillos y pastillas contra los dolores de cabeza en un torneo de tubos de neón que pretenden aclarar el cielo.

Pablo camina y se toca de vez en cuanto la pistola, sin importarle la lluvia. Luis Martínez a su lado mastica chicle lentamente. Los mendigos —niños, viejos y mujeres cargadas de hijos— se protegen en las escaleras de los edificios y estiran las manos.

El Francesito no responde al interrogatorio. Permanece mudo, tieso, erguido, casi desafiante y con la piel de la frente arrugada por la tensión. Los ojos le giran ardientes en las cuencas.

—¡Ustedes parecen bolsas! —dice con desprecio.

Pero empieza a sospechar algo cuando Luis Martínez le saca los lentes oscuros y los algodones de la venda y le dice seriamente, sin sonreír, siquiera y masticando su chicle con una gran velocidad:

—Parecemos bolsas, pero no lo somos. ¿Ya ves? Puedes mirar.

Solo le giran los ojos. Todo lo demás rígido. Alguna palidez en las facciones finas cuando un hombre de pelo gris observa la cara de niño y las arrugas prematuras de la frente. El Francesito no sabe con exactitud quien es Pablo. Apenas ha visto a este hombre una que otra vez en la Universidad, pero no sabe que es Pablo. Tampoco hay los comentarios acostumbrados antes de las reuniones y de pronto descubre que está en la casa secreta. Algo anda mal. Y él sabe que uno de estos es Pablo que nunca ha ido a las reuniones con estudiantes. Además, la otra debe ser Luisa que no lo pierde de vista, desde un espejo que cuelga en la pared. Pablo sabe que el Francesito siempre impresiona en las reuniones colocando la pistola en la mesa o limpiándola distraídamente con un pañuelo de seda negro, mientras ríe nervioso:

—Yo no vengo a discutir nada, ¿qué debemos hacer? Yo lo hago. ¡Lo que sea lo hago! Digo, si me acompañan dos más. . .

Y era verdad. Nunca discutía. Siempre era el primero. Y generalmente decía cuando bebía cerveza con los intelectuales en el sótano:

—¡A mi me gustan las emociones fuertes! Por eso soy de las cuatro letras—. ¡Es mejor que ir a los toros. . .!

Y a Luis Martínez no le gustaba que un muchacho buscara emociones aquí, en las FALN, cuando se podían encontrar en cualquier burdel, o simplemente en contacto con los maricones.

Su primer muerto parecía un accidente. Se le escapó una ráfaga de metralleta y no sintió ningún remordimiento. Le gustaba contarle en los cafetines de la Universidad. Y no se investigó nada.

Después un segundo muerto.

Un asalto simulado y suspendido a la Escuela de Policía del Junquito (ese día fue el asalto de Mamo) y Pablo estaba con otros dos muchachos en la residencia de uno de los oficiales, en el cuartel, bebiendo vino. La UTC esperaba en una pequeña granja de pollos de la carretera, a poca distancia y un policía que dormía en uno de los cuartos de la granja oyó todo el plan. Cuando trató de salir para informar a sus superiores, lo detienen.

—¿Qué sabes?

Y el policía no puede mentir:

—¡Todo. . .!

Tienes dos caminos: te unes a nosotros o desapareces. . .

El policía no quiere nada. Luis Martínez le dice que lo salva su lealtad, su hombría (porque un hombre así debe vivir aunque sea policía) y le habla de la revolución, ¿qué es revolución?, el imperalismo, las FALN y el vendedor de pollos temblaba en un rincón. Luis Martínez le saca el arma y le dice:

—Te la devolveremos, camarada. . .

El Francesito detrás del policía guiña los ojos, indica algo con un gesto de la mano y saca la pistola y se la coloca detrás de la oreja.

—¡No. . .! —grita Luis Martínez, pero el disparo ahoga su voz.

Sesos, huesos, sangre pulverizados, cabellos, una sola pasta salpica la cara y la camisa de Luis Martínez. La masa de sesos y sangre baña el rostro sonriente del Francesito (la pistola se le cubre de masa encefálica y de sangre). Pero el Francesito limpia con calma la pistola en la camisa del policía muerto.

Luis Martínez monta la pistola, pero otro camarada le toma el brazo fuertemente:

—No era necesario. ¡Me cago en la mierda, coño! —grita Luis Martínez—. ¡Déjame matarlo de una vez. . .!

El Francesito ríe estupidamente:

—Ya no podemos tenerle miedo. La vida de nosotros o la de él. . .

Luis Martínez se sintió muy mal varias semanas: los sesos y la saliva amarga en la boca. Entonces quería la baja de las FALN.

—¡Somos una mierda! —decía.

Y el Francesito aseguró siempre que le había salvado la vida. Porque era justo.

—¡Mierda...!

Cuando comían juntos en un restoran, para discutir un nuevo plan, el Francesito para ver la reacción de náuseas de Luis Martínez, siempre pedía sesos rebosados...

—¡Dos sesos! —decía sonriente.

Pero Luis Martínez llamaba al mesonero con furia:

—¡Para mi no! ¡Sólo para esta mierda, come-sesos...!

—¡Los sesos lo desganán, maestro! A mi me dan apetito...

—Tu sabes que la investigación sigue, ¡carajito!

—Yo lo sé, pero soy el mejor...

—¡El mejor mierda...!

—Me gustan las emociones fuertes. ¡Sesos!

—¡Come-sesos de mierda...!

Pablo insiste bajo la lluvia que resbala por su rostro:

—¡Sí. Era una mierda!

8

Alí dice cuando comienzan a ascender por la vereda:

—Si nos separamos busca a Pablo...

—Yo seguiré contigo siempre —responde Margarita, asiéndolo fuertemente por el brazo.

—En todo caso busca a Pablo... ¡Esto no es un juego!

Subían a otro cerro por la vereda tortuosa, empinada, cubierta de cenizas en los recodos. Montículos de basura quemada y carboncillos en la atmósfera neblinosa donde los perros husmean y sin encontrar nada vuelven la cabeza para dejarlos pasar en silencio.

Se oyen dos disparos. Alí apreta fuertemente la culata de la pistola en el bolsillo del pantalón. De la bodega cercana viene un grito de mujer:

—¡Se desangra!

Apresuran el paso y entran en la bodega de latas de sardinas, botellas de cerveza, sacos de granos y olor a fruta podrida y kerosén.

—Esto no nos concierne, Alí...

Pero en el piso de la bodega, en el suelo gris manchado de saliva y de tabaco, una muchacha se desangra y abre y cierra la boca con los latidos del corazón. El dueño de la bodega, un mulato en camiseta, con lentes oscuros de anchas paletas laterales, amenaza con un revólver a las mujeres asustadas:

—¡Nadie la toca! —dice con voz chillona—. Yo soy el comisario del barrio. ¡La única autoridad presente!

Las mujeres protestan y el mulato mira el arma y las mujeres en un relampaguear de lentes oscuros:

—¡El que la toque le pego un tiro! Debe venir un juez, es lo correcto en estos casos...

Una niña de diez años arrodillada en el pozo de sangre grita, habla con ella misma, con la muchacha herida, con la gente que llega y se limpia los ojos llorosos.

—Veníamos para acá a comprar porque mi tío quería comer chicharrón en el desayuno —explicaba—. Veníamos a comprar y un policía trató de agarrarla...

Primero, el pelo, después las tetas, los brazos, el sexo y estás-bien-buena.

Y ellas se abrazaban para protegerse y buscaban con los ojos las puertas de las casas, pero no había nadie y todas estaban cerradas.

—¡Yo tengo buenas intenciones...!

El pelo, las tetas, los brazos.

Una vecina confirma a gritos la versión de la niña. Un hombre dice que gritó al policía desde el boquete de su casa, que dejara a las niñas, pero no salió porque estaba en calzoncillos todavía. Y el policía buscaba en todas direcciones con el revólver en la mano. Entonces ellas aprovecharon para escapar y corrieron hacia la bodega. El comisario podía salvarlas. El policía corrió también, pero no podía alcanzarlas y disparó dos veces.

—Ella cayó aquí... yo creía que se estaba orinando, ¡pero era sangre! —decía la niña desesperada, buscando los ojos de la gente—. Ella orinaba sangre ya... yo todavía no orino sangre, soy muy chiquita...

Las mujeres gritaban a coro:

—¡Se desangra, desgraciado...!
—A mi no me importa. Para levantarla traigan un juez...
—Está viva todavía y se puede morir...
—¡Una flor...!
—Ya ha perdido mucha sangre...

Pero la voz de Alí suena por encima de los lamentos de los vecinos.

—Usted puede ser el culpable de la muerte... ¡un cómplice...!

Vendrán, lo interrogarán y el juez dirá que la dejó morir. Y el policía sale en libertad. El juez escogerá entre un comisario de barrio y un policía municipal...

Una mujer trae una sábana y le cubre las piernas porque los hombres no hacen sino verle las piernas a la pobre que se muere, pero no hacen nada.

—¡Y este comisario es el primero...!

—Yo salvo mi responsabilidad —dijo al fin el comisario— sin guardar el revólver.

—¡Así es, Camacho...!

—Es un buen comisario —dijeron otros.

Y él insistía sin guardar el arma:

—¡Yo salvo mi responsabilidad...!

Envuelta la depositaron en una carretilla de un recogedor de botellas. La niña lloraba en el cortejo de hombres y mujeres. Los niños del barrio limpiaban el camino de desperdicios y piedras para evitar los saltos de la carretilla y los fuertes golpes de la cabeza de la herida sobre las botellas.

Una mujer gritó con voz potente:

—¿No hay un hombre aquí? ¡El Comisario la mató!

Otra le tocaba la frente y los brazos. Margarita se apretaba al cuerpo de Alí y miraba obsesionada la cabeza de la muchacha entre botellas con etiquetas de aguardiente. La niña preguntó de pronto:

—¿Qué le digo a mi mamá? —Sollozaba, miraba a la gente, le tomaba las manos a las mujeres más viejas—. ¿Qué le digo? Mi tío espera el chicharrón para el desayuno...

—Está muerta... ¿ya para qué la vamos a bajar? —dijo la mujer que le tocaba los brazos—. ¡Está muerta...!

—¿Qué le digo a mi mamá?

—Además, ningún chofer va a querer llevarla en su carro hasta el puesto de socorro...

Cuatro mujeres de edad y la niña quedaron solas con la carretilla.

—¿Dónde viven?

—Ustedes no son del barrio. Vamos a tu casa, muchacha...

Alí y Margarita regresan con la gente hacia arriba. Debían estar fuera del cerro ya. En cualquier momento llega la policía.

—¡El comisario la mató...!

—Nos roba y además la mata...

—Se hubiera salvado sino se pierde tanto tiempo con ese vergajo...

—¿Y el policía?

—¡El comisario lo tiene escondido...!

—¿No hay un hombre aquí?

Y a las puertas de la bodega gritaron a coro:

—¡Lo tiene escondido...!

—¡Entrégalo...!

—Vamos a quemar esta vaina de una vez...

—¡Hay que quemarlos vivos!

El comisario apareció con el revólver en la mano y se quitó los lentes negros para dejar al descubierto un ojo bizco lleno de sangre.

—¡Tu la mataste, vergajo...!

El comisario levantó el arma y apuntó a la mujer en el pecho, pero Alí disparó dos veces. El comisario se desplomó con el ojo ensangrentado abierto. La gente pasó por encima del comisario moribundo y entró en la bodega.

Un hombre del barrio agarró a Alí por el brazo y le dijo:

—¡Anda! Vete, muchacho... aquí no ha pasado nada...

Cuando venga la policía aquí no quedará nadie.

—Si... ¡váyanse! —dijo otro más joven.

Margarita lo apretaba del brazo fuertemente:

—¡Vámonos...!

Algunos perros se acercaban, husmeaban el cadáver del comisario y seguían de largo.

Alí volvió la cabeza varias veces. La gente empezaba a dispersarse. Luego comprendió que estaban muy lejos cuando oyó de nuevo los radios, los perros, los niños jugando en las veredas y un rumor cercano de motores de automóviles.

Llegan otros esbirros frente al escritorio del jefe del cuartel: gritan, levantan las manos con el signo de la muerte en el cuello y abandonan las armas momentáneamente sobre el escritorio.

—Dame otra caja. ¡Esto no alcanza ni para una ráfaga...!

—Ustedes malgastan mucho el plomo —protesta el jefe del cuartel—. Hacen mucho ruido, le dan mucho gusto al dedo, por el miedo, eso es todo...

—¿Miedo? Uno se moja el culo con los extremistas...

—¡Esta metra se encasquilla! —protesta otro...

—¿Qué te pasa? ¿No sabes manejar una metra? Todos los días traes una encasquillada...

Se llaman a gritos entre ellos: una feria, un circo, una fiesta.

—Mas alegría que en la S. N., sin duda —reflexiona Carlos Guillén.

Montan las armas y comprueban su funcionamiento. Parecen niños con juguetes. Un aviso dice en la pared:

"De orden superior
se prohíbe apuntar
con las armas".

Pero ellos se apuntan y retozan golpeándose suavemente en el culo con los cañones de las armas. Se las colocan como un sexo entre las piernas y sorprenden por detrás a sus compañeros.

—Te gusta más de carne, ¿verdad?

—¡No te vi disparar anoche...!

—¡Por lo menos uno cayó! —grita el aludido tirando las caserinas vacías sobre el escritorio del jefe de cuartel.

—¡Tu no pegas ni con cola, mi negro! —y le pasa la metralleta a lo largo de la columna vertebral hasta el coxis.

—No te me pongas por delante...

—¡Silencio! —grita el jefe de cuartel golpeando la mesa con una caja de balas.

Los tres se miran con rabia: el jefe de cuartel nunca sale a la calle a enfrentarse a los comunistas y siempre grita silencio y reclama hasta el último cartucho. Como si fueran suyas las balas.

—Necesito una patrulla mas en el Guarataro...

—Ya son tres —replica el jefe.

—Hay mas de cien extremistas atrincherados en el cerro...

—¿Cien extremistas? —se burla el jefe de cuartel—. Cien extremistas se comen tres patrullas. ¡Nunca hay cien extremistas juntos...!

Un hombre de chaqueta de cuero amarillo y lentes al aire rosados, mira a Carlos Guillén detenidamente, limpia los lentes y lo vuelve a mirar con los lentes limpios. Consulta en un formulario que lleva en la mano:

—¿Carlos Guillén?

—Si...

—Acompañeme...

El lo sigue por divisiones de cartón piedra y madera hasta un pasillo. Olor a creolina, orines, kerosén y pan tostado. Los ascensores se abren sin ruido y empieza a distinguir voces en todos los tonos, hasta un coro de presos y una vieja canción revolucionaria.

—Son las mismas canciones...

El golpe metálico de las rejas cuando se cierran y gritos y golpes en las rejas con los pltones y las tazas de acero y aluminio. Los presos cambian el coro de la canción:

—¡Betancourt, asesino!

—¡Abajo Betancourt!

—¡Muera la Digepol!

La custodia de Carlos Guillén sale entre silbidos, muertas y amenazas. La luz alumbra debilmente el sótano. El olor a creolina, tabaco, café ácido y sudores le molesta al principio. Luego reflexiona:

—Es lo mismo...

Los presos en calzoncillos cantan a coro aferrados a las rejas. El policía de guardia, negro, amarillento, con un saco azul inmenso y de hombros caídos, dice a uno de los muchachos en la reja:

—Llámame al nuevo...

El preso se acerca a Carlos Guillén y le indica la reja:

—Lo llama el dige de guardia, pana...

Carlos se acerca al otro extremo de la reja.

—¿No te acuerdas, mi llave? —pregunta el policía con cierta alegría, realmente contento por el encuentro.

Carlos empieza a recordar: un policía. Duda. Antes conoció muchos policías de la SN, en la cárcel, en las jefaturas civiles, en la calle,

en el campo de concentración, pero no recordaba éste, negro, amarillento, con un largo saco azul, aunque muchos de SN usaban trajes azules. A él como pintor se le graban los rostros y mas si son de policías. Pero no recordada nada. Quizás estaba aturdido todavía.

El digepol daba vueltas, le mostraba una parte del rostro, la otra parte, sonreía, volvía a un rostro serio, le guiñaba un ojo. Y al fin, no pudo resistir el examen:

—Yo soy Peñita, mi llave, el Conde. Nosotros estuvimos presos juntos en Guasina, en el campo de concentración y trabajos forzados —agregó alzando la voz por encima del coro para que todos oyeran—. ¿No te acuerdas? ¡Tienes que acordarte de Guasina por lo menos! Los muchachos no creen. Los más jóvenes dicen que Guasina fue una invención adeca. Que nosotros inventamos Guasina... ¿Pero existió, verdad? Yo tengo cicatrices todavía, ¿no te acuerdas?

Guasina. Carlos en silencio, recuerda. Peñita, si, el Conde. El unitorme amarillo de criminal. Piel y huesos entonces, por eso no lo recordó en el primer momento. Entonces juramos:

—“Nosotros, que somos esclavos de Guasina...”

—Si yo les muestro las cicatrices dicen que me las hicieron aquí en la Dige, por desertor...

—“...juramos luchar hasta la muerte contra todas las policías del mundo...”

Los presos somos unos románticos sin remedio. Casi todos los juramentos son románticos cuando no huelen a cursilería. Y soñamos cosas hermosas y juramos, los presos, en la solemnidad del hambre y de la noche.

—Yo sé lo que piensas. Pero para nosotros no hubo otra cosa. Casi todos los de Guasina trabajamos en el cuerpo. Hay que defender la democracia al fin y al cabo —agrega riendo y aferrándose a las rejas, del otro lado de las rejas— como solo saben hacerlo los presos viejos.

Cuando salí, mi mujer vivía con otro compañero. Era compañero también y le había traído una carta mía del campo de concentración y esa misma noche se acostó con ella. Varias familias se repartieron los hijos. La mayor está en Colombia con las monjas. Se la llevaron. Yo no iba a pelear por la mujer para volver a la cárcel de los comunes. Después el partido nos dijo: o dirigentes sindicales o en los cuer-

pos de seguridad. Es lo mismo para el partido. No había mucho que escoger. Los mas negros se convirtieron en dirigentes sindicales.

Se reía para demostrar que se alegraba mucho por el encuentro.

—Por estos mismos calabozos han pasado algunos de ustedes.

Yo sé que no te puedo preguntar por nadie. Eso lo sé. Ustedes siguieron. Pero cualquier cosa que necesites, menos la libertad, por supuesto, estoy a la orden, como siempre. El mismo Peñita. Los muchachos saben. Yo no me porto mal con ellos. Pero no creen que yo estuve en Guasina. Lo ven a uno de policía y no creen. ¡Aquello si era una prisión! ¡Esto no! Esto es un paseo, un hotel. Yo mismo les he pasado muchas cosas, hasta azúcar cuando están en huelga de hambre. ¿Quién nos pasaba azúcar a nosotros cuando estábamos en huelga de hambre?

Abarcó todo el calabozo con una mirada victoriosa, llena de triunfo y agregó:

—Ya sabes, si necesitas algo, menos la libertad, un mensaje, me llamas —y se retiró levantándose los hombros del saco con un movimiento habitual de los brazos y el cuello.

Carlos Guillén lo vio retirarse a su rincón de guardia.

Caminó hasta el fondo del calabozo y se acostó sobre la colchoneta, con las manos enlazadas en la cabeza. Cerró los ojos, pero no pudo dormir.

—¡Bueno! —se dijo—. Hasta Peñita sin saberlo se encargó de eso. Otra vez estoy preso y no puedo dormir. ¿Dónde estará Amanda a esta hora?

10

Cuando la madre fue dos veces mas al bar y trajo cerveza, Ramón Claro repitió otra vez:

—No fue fácil, hermano.

Y empezó a hablarle con mayor confianza.

—Yo empecé a trabajar en la fábrica de cemento. Me aceptaron aunque estaban seguros que no tenía 18 años cumplidos. Ya había hecho el curso de Charles Atlas y me aceptaron porque levanté un saco de cemento con los dientes.

Nos reuníamos en una cancha de jugar bolas. Un torneo y camisetas para el torneo y nombre de los equipos y una copa de mentira que nunca encontramos. Pero el Rojo no solo hablaba del torneo. Intercalaba algo sobre la dictadura, la libertad, el capitalismo, el imperialismo, el petróleo... el petróleo.

—Te compran tu fuerza por una miseria. Producimos cemento y vivimos en ranchos de cartón, de trapos sucios, de desperdicios. Porque el cemento no es para nosotros...

Luego los presos, las torturas, los campos de concentración, los muertos...

—Entonces oía y se me quedaban algunas palabras sin sentido... Tu estabas preso. Yo no sabía dónde. Mamá decía al principio que debías estar en Helsinki, que te habías ido sin desperdiste y seguramente andabas en un barco porque no querías regresar sin la medalla que le habías prometido a tu novia. Pero pasaban los años y no regresabas...

El Rojo decía con una bola en la mano:

—Tu hermano está preso... Yo lo sé...

Al Rojo le nacían unos pelos rojos en la barba recién nacida.

—La dictadura...

Uno bebía su cerveza tranquilo, los sábados en la tarde. Y no sabía nada. Pero el Rojo hablaba y no dejaba beber tranquilo la cerveza. El gobierno hablaba de terroristas, de extremistas, de bandoleros presos que no querían que uno se bebiera su cerveza tranquilo los sábados después de una partida de bolas. Y cuando uno tiene trabajo, dice lo mismo:

—¡Coño, pero si la dictadura deja beber tranquilo a uno y juega bolas, son los extremistas, los que joden!

Y el miedo a dejar de beber tranquilo la cerveza y jugar bolas. Porque hasta con 18 años se tiene miedo a perder el trabajo y meterse a buhonero con un peso viejo unas frutas medio podridas y untadas de aceite para que brillen mejor.

Así es al principio.

—Nosotros aprendimos a tumbar un gobierno...

Empezamos. Oyes hablar y te dan una hojita clandestina. Después empiezas a correr en El Silencio en algo que el Rojo ya llamaba una manifestación. Pero era solo correr y correr. Nos echan agua y bombas lacrimógenas. Después plomo y nos golpean con los machetes y los

bolos. Corríamos de un bloque a otro entre las colas de los autobuses y la gente corría también y hacía bulto y ruido en una masa que era realmente una manifestación, una estampida, un torbellino ciego.

Y nos decían:

—¡Así no se tumba una dictadura...!

—La dictadura es poderosa: la policía, los tanques, la aviación...

Tu corres como un perro. Respondíamos con gritos, con piedras, con el Himno Nacional, con algunas muchachas que agitaban la bandera. Y de pronto comprendes que las piedras son algo bueno para pelear. El Rojo tenía un revólver viejo y disparaba corriendo entre las columnas: hacer ruido, multiplicar los disparos con un revólver viejo, correr y disparar.

—¡Así no se tumba un gobierno...!

Y ya lo decíamos nosotros mismos.

Pero en todas partes se hacía algo semejante. La gente salía a la calle y participaba de alguna manera. Al principio los estudiantes y nosotros. Muy pocos éramos. Luego creció y fue todo el pueblo. Incendíamos los carros, las patrullas, los autobuses. Rompíamos las vidrieras de algunos negocios para distraer a la policía cuidando la propiedad privada. ¡Es muy importante para los policías la propiedad privada!

La Junta Patriótica y la gente piensa como en la Independencia. La Independencia, la libertad, el Himno Nacional, las multitudes en la calle con una bandera tricolor a la cabeza en manos de una muchacha.

—Esto se llamaba antes "2 de Diciembre". Ahora se llama "23 de Enero". Le dimos ese nombre. El Rojo me dijo:

—Anda a tomar la Urbanización "2 de Diciembre".

—No tengo nada en las manos. ¿Qué hago con los tanques?

—¡Anda! ¡Tómalo! ¡Es tu objetivo!

—¡Coño, yo no soy mago!

Hablaba como un militar: ¡es tu objetivo! Y se le asomaban los músculos de la quijada cuadrada con pelos rojos. ¡Es tu objetivo!

—¡Anda! Coje un carro en la calle, cualquiera. Saca a la gente de tu barrio, de la fábrica de cemento... todos. ¡Reparte los apartamentos de la urbanización "2 de Diciembre"! Y así tomas realmente la urbanización.

—Reuní a la gente del barrio. Les dije que teníamos casas nuevas. Estos bloques los habían construido pero estaban casi vacíos. Les dije

que era como hacer un nuevo rancho, en la noche a toda prisa, pero ahora estaban hechos, sólo teníamos que ocuparlos...

Y en la noche comenzó a llegar la gente con sus cosas. Los vigilantes huyeron, pasaron algunas patrullas, disparaban, pero no se detenían.

Yo decía:

Primero los hijos, las mujeres y las cocinas. Después se buscan los viejos y los muebles.

No había luz, pero los electricistas descubrieron la manera de tirar cables desde el alumbrado público. También teníamos agua en abundancia. Sólo faltaba gasolina para la defensa.

—Nosotros hemos aprendido mucho de la gasolina. Somos un pueblo que vive del petróleo, ¿no es verdad? Y encontramos gasolina en las bombas de gasolina cercanas. Encontramos botellas en los bares. Nos daban las botellas vacías. ¿Se les puede negar las botellas a diez hombres? Así entramos.

A la mañana siguiente la policía nos rodeaba. Aquí instalé a la vieja. Ella decía —él se ríe con todas sus fuerzas y los bigotes se estiran hasta formar una angosta cinta negra en el rostro—. Ella decía:

—¿Tu estás loco, hijo? El general nos va a matar a todos...

—¡El general...! ¡Me cago en el general Pérez Jiménez! ¡Qué dese tranquila, vieja! Ahora tengo a quien defender directamente. Además tengo ganas de comer ahora y tu trajiste la cocina.

Y así cada hombre con un compromiso muy personal en su nueva casa.

Hicimos una defensa sencilla y simple. Nadie lo cree. En los pasillos toda la artillería de botellas llenas de gasolina, fósforos y mechas de camisas y trapos viejos. En las escaleras, en los descansos: velas encendidas a las ánimas del purgatorio de mi mamá y más arriba una lata de gasolina, atada a una cuerda. Cuando se acercaba la policía, los niños nos avisaban y volcábamos la lata de gasolina sobre la velas de las ánimas del purgatorio. Las llamas corrían por todos los escalones y los policías huían asustados —se ríe con más fuerzas—, ¡como ratas!

—Los policías le tienen miedo a la candela. Eso es seguro, hermano...

Los grandes bigotes le temblaban. Bebía y se limpiaba la espuma de cerveza con el índice y el pulgar. Luego dejaba que la mano grande y gruesa se le enfriara en contacto con la cerveza: sentía un dolor dulce en el grueso callo y se lo frotaba con el pulgar.

—Tu sabes lo demás.

Bebió con los músculos de la cara tensos.

—Estás flaco, hermano —dijo de pronto—. Tendrás que levantar pesas otra vez. Yo siempre creía que eras como ese retrato...

Un retrato amarillo en la pared, de un joven levantador de pesas: enormes masas de músculos tensos y los ojos redondos y brillantes por el esfuerzo supremo de no desfigurar el rostro y evitar que el cuello estalle en mil pedazos de cristal. Rafael Rojas se mira a sí mismo en el retrato con su larga melena —lo único que le queda ahora— y le limpia las manchas de mosca con un trapo humedecido de cerveza.

—¡Así era antes de Helsinki! Y así soy después de Guasina —dijo y bebió un largo trago de cerveza mirando a la madre—. Pero no haré pesas.

—Tu haces lo que quieras, hermano. Ahora podemos hacer lo que queremos. Ya ves, vivimos aquí. Conquistamos esto. Es mejor que el rancho. La vieja no tiene que buscar agua. ¡Esto es tuyo...!

Todo le parecía fácil después de la derrota de la dictadura de Pérez Jiménez. Una vela, gasolina, piedra, un sargento y unos policías muertos a piedras o despedazados en las cercas de alambres, tirados a ambos lados por la gente: partidos en dos mitades, como un chorizo uniformado. (Fácil: el Rojo lo vió fácil y lo hizo con esta gente ingenua, aunque los viejos militantes de Acción Democrática gritaban que así no se tumbaba un gobierno).

—Nosotros aprendimos una cosa: aprendimos a tumbar un gobierno, hermano ¡somos poderosos! Ustedes estaban presos, ¿qué podían hacer?

—Cuando se tumba un gobierno —dice la madre—, empiezan a reírse así...

Ramón Claro suelta la risa inmensa que hace temblar la madera de las persianas.

—¿Cómo yo, vieja? Eso es bueno y será una de nuestras virtudes... ¡Me cago en la dictadura!

Pedro se sienta en la cama, apoya la barbilla entre las manos y los dedos le cubren parte de los ojos (se niega a ver a Luisa y las cosas que la rodean). Se oprime los ojos y saltan chispas de diversos colores, pero no puede evitar el temblor de sus piernas. Así fue la primera vez que asaltaron una distribuidora de artículos de caza (se bebe el ron que le trae Luisa). Recogieron las escopetas, las cartucheras, las botas, los cuchillos, las cantimploras y las tiendas de campaña y él miraba de reojo las mujeres que temblaban contra la pared. Pablo se cubría el rostro con una media de su mujer que le desfiguraba en una máscara de luchador.

—¡Desnúdense...!

Las empleadas se cubrieron el rostro con las manos y él ordenó por primera vez:

—¡Desnúdense...!

Y se quitaron las faldas con el ruido metálico de las cremalleras y a él le temblaron las rodillas. Salió primero que Pablo contra todas las reglas. No quería ver y que vieran su temblar en los ojos y la quijada de gelatina.

—Aquí se suicidaron ellas... ¿Cuánto pesa la cabeza de un suicida?

Lo recuerdo porque entonces me dijiste:

—¡No llores! ¡Yo te quiero mucho! ¿Recuerdas? Aquí comenzamos...

Ofrecen cincuenta mil dólares por la cabeza de uno: el oeste americano que se viene con la Misión Militar Americana.

Pedro se levanta y da unos pasos en la habitación. Tiene razón Pablo cuando bebe ron y dice:

—No puede acostarse uno con una mujer pensando en estas cosas. ¡Tonterías! Luisa, dame otro ron...

Matas, asaltas y tiemblos cuando te vas a acostar con la mujer que has deseado toda la vida y te hace temblar con sus piernas.

Luisa sonríe con alegría y tristeza a la vez. Se desviste. Pedro oye la cremallera y tiembla: el fondo de seda gris y ella lo obliga a sentarse en la cama.

—Todavía no has ordenado como otras veces —le dice—:

¡Desnudarse! ¡Pero yo lo hago espontáneamente, mi capitán...!

—Y mas si esa mujer es virgen —se dice entre dientes.

—¿Qué te pasa? bébete el ron. Esto no es una tragedia. No he debido hablar de ellas y de los asaltos al desnudo...

Se levanta y afloja el bombillo para apagarlo. Quedan a oscuras y a Pedro se le sube toda la sangre a la cabeza.

—No sé si vale la pena decirte que estoy temblando. Pero lo vamos a hacer: ¡Desnúdate! Y no pienses más que soy el capitán que ordena en un asalto. Esto es otra cosa y no tiene nada que ver con la guerra. Tu tiene razón y Pablo también: cuando una se acuesta con la mujer que ama debe ser feliz y sentirse en paz con los muertos. Quizás es la paz del ron de que habla Pablo cuando está borracho.

—Yo también tengo miedo...

—Me parece que realizamos todo por el miedo...

Los grillos se asustan al paso de Luisa y Pedro y se callan un instante. Mas lejos algunos pájaros nocturnos vigilan las sombras. Ella se coloca detrás de Pedro y le oprime la cabeza contra sus senos calientes. El le dice:

—Vamos a esperar aquí...

Ella le toma la cabeza entre las manos y la coloca entre sus piernas.

—Mi mamá piensa que lo de anoche fue hace tiempo. El mismo día que se suicidaron, cuando fuimos atrás y nos besamos.

Todo el monte se ilumina de pronto. Luego se oye una explosión y los dos saltan a la vez.

—Debemos esperar cinco minutos...

Los pájaros nocturnos y los grillos permanecen en silencio. Ni las hojas se mueven. Solo el rumor del gas ardiendo y las llamas subiendo por encima de los árboles. Luisa tiembla un poco a su lado.

—¿Tienes miedo?

—No. Pienso en nosotros...

—Ahora no podemos pensar: arde el petróleo y los muchachos no llegan. Hasta siento el calor, pero no llegan.

—Espera. Oigo pasos. Algo se mueve enfrente...

Pedro Armas trata de oír en la oscuridad y se muerde los labios mecánicamente.

—Es el viento otra vez. Mejor voy a ver. No te mueves de aquí...

Pedro corre en dirección al gasoducto. Según los cálculos está a cinco minutos, a buen paso. Pisa mal una roca, pierde el equilibrio y algo le molesta dentro del zapato. Corre de nuevo. Se maldice a sí mismo:

—¡Qué guerrillero de mierda soy!

Pero las llamas le iluminan el rostro sudado y brillante. Y el fuego y el viento provocan un fuerte ruido que apenas le permite distinguir una voz llorosa, moribunda, desesperada:

—Luis, despierta, Luis... Luis, ven... No podemos perder tiempo... ¿Estás aturdido?

Ve uno de los explosivistas tendido en el suelo con sangre en las narices y la boca. El otro inclinado pasa sus manos por el cuerpo desnudo del moribundo. Pedro lo toma por la cintura. El muchacho se incorpora temblando y limpiándose los ojos. Pedro se inclina sobre el otro y lo examina atentamente. Está desnudo totalmente, chamuscado en algunos sitios.

—Parece que está muerto —dice.

—¡No. No está muerto! Solo aturdido. ¡La explosión, la onda! Pero ya estará en pie...

—¡Cállate! —dice Pedro bruscamente.

El muchacho llora.

Perdona, camarada. Pero no veo. Estoy ciego. Fue la luz. Pude arrastrarme hasta aquí por el calor y pese al calor se me enfriaba en las manos. Quizás es la noche —dice para concluir.

Pedro se da cuenta que esta bañado en sudor y las gruesas gotas le bajan por el cuello hasta el pecho y le inundan las piernas. Le arde la cara y la ropa parece de fuego. Todo está iluminado a su alrededor (el sol sube, se levanta y nace de la tierra del petróleo hacia el cielo) y las llamas avanzan por el monte. Contempla las llamas (uno no debe ni pensar ni ver ni oír, ni ver este muchacho muerto).

Con movimientos precisos carga al otro sobre sus hombros.

—¡Vámonos! Este es el infierno. ¿Tu no ves nada?

—No veo nada...

—Agárrate de aquí —y le lleva la mano al faldón de la camisa—. ¡No te sueltes...!

Dan unos pasos forzados, extraviados en el terreno desigual y Pedro le dice al muchacho:

—¡No te sueltes...!

Luisa les sale al encuentro. Corre. Pedro sabe que está a unos pasos y sin verla dice:

—¡Llévatelo a él...! está ciego. Yo trataré de salvar a éste. Iré hasta el carro en la otra carretera. Dile a Pablo que lo dejaré en el primer hospital que encuentre...

Ella le quita un mechón de la cara. Busca un pañuelo en su cintura y Pedro aparta la cara:

—¡Ve con él! —dice bruscamente—. Límpiale el carbón de la cara antes de entrar a la alcabala...

—¡Espera! —dice ella y lo besa.

—Dile a Pablo. Eso es todo...

—¿Sabes el camino? Es por la quebrada...

—Lo se...

—¡Dile a Pablo...!

12

Margarita se exalta y exclama:

—¿Por qué? ¿Por qué tenía que matarla?

Tan joven. Las piernas abiertas y una mujer la cubrió con una sábana sucia, manchada de orín, con una tronera por donde podía verse una rodilla fina. Porque esta muchacha era trigueña, casi blanca y en la carretilla le tintincaba la cabeza iluminada por el sol junto con las botellas.

Pero Pablo la interrumpe bruscamente:

—Yo no soy un juez: no pueden volver a la casa de Rafael Rojas, eso es todo.

Margarita sentada en el suelo se aplasta los senos con las piernas. ¿A dónde ir? Ella siguió a Alí, pero Pablo está embrutecido por la persecución, el ron y la violencia. Ella no puede volver a su casa. No puede ver al padre y la imagen del padre con el kerosén y sus borra-cheras de puro-sexo-María y mirando por una grieta hacia una casa donde mataron a un hombre después que él anotó en una libreta. Mataron a Arturo (dame un beso) una noche que estaban sentados en la acera y él apuntaba las estrellas con una pistola.

—Por ahora se pueden quedar aquí —agrega Pablo sin dejar de caminar con las manos a la espalda.

—No sé que me pasó —dice Alí.

Déjese aquí todo temor, todo remordimiento, todo el miedo y yo no soy un juez y esta muchacha se siente defraudada con nosotros que somos los duros, los insensibles, que hemos descubierto la potencia de la muerte.

Ahora la casa era una fábrica de pólvora. Alí y Rafael Rojas venían en la mañana a trabajar y regresaban al otro rancho en la noche. Margarita se quedaba con la madre de Rafel en la otra casa. No podría salir. Por un boquete en la pared del rancho observaba hacia abajo un trozo de la ciudad: avenidas, carros, la gente en las paradas de autobuses, los vendedores que parecían caminar sin sentido. Todo se movía abajo, distante, extraño en un mundo sin ruidos desde la altura del cerro. Después volvía a la cocina y hablaba con la madre de Rafael Rojas (pero con ella no podría comentar a Fanón). La madre le contaba de la vieja prisión de su hijo: cuando creían que había ido a Helsinki, a las olimpiadas, como levantador de pesas, estaba en Guasina, en el campo de concentración y trabajos forzados, dejando sus músculos en el río o en las arenas del río. Nunca nombraba al otro hijo, asesinado hacía un año en el barrio "23 de enero" por una organización terrorista oficial, "La Cobra Negra" que había empezado por dibujar cruces en las puertas de los dirigentes de los barrios populares. Ella oía y esperaba a Alí para besarlo y disponerle el agua en una palangana y servirle en la mesa la comida sin pronunciar palabras, como no fuera para decirle una noticia importante oída en el transistor. Se veía a sí misma como una carga pesada para todos. Nadie le demostraba nada, pero ella sentía esa sensación de cosa sobrellevada, extraña a un mundo que la mantiene a la distancia de la soledad.

—Tal vez Pablo me odie —se dice con frecuencia—. No me mira a la cara. Ve siempre el suelo como si buscara algo perdido entre los pies: su sombra o la sombra de uno, una huella escondida, simulada, entre las marcas recientes en el polvo.

Alí le reprocha violentamente sus pensamientos:

—Pablo no odia a nadie y hay que acostumbrarse a esta vida o renunciar a ella definitivamente, ¿entiendes?

—No me mira a la cara...

(Ni la madre de Rafael Rojas tampoco que se ufana en la cocina o la batea cuando me ve llegar y me habla de sus miserias para enrostrarme mi vida pasada, burguesa, tranquila, de niña-bien...).

—¡Eso es mentira! El odio de Fanón se tiene que descargar contra los enemigos...

—Seguramente piensan: una muchacha loca, pequeño-burguesa, que le complica todo a Alí —dice en voz alta—. Alí sería mejor combatiente sin Margarita...

Alí la mira sin comprender.

—¿Cómo dices eso?

Pablo sigue contando sus pasos alrededor del cuarto con las manos a la espalda.

—Déjala que hable —dice.

—¡Yo todo lo complico! —gime Margarita.

Pablo se arrodilla ante ella: ya no es la niña que tiembla y llora llena de miedo ante la muerte. Empieza a pensar en ella misma con más frecuencia. Se individualiza en el conjunto. Levanta la cabeza. Se siente marginada dentro de los marginados y hay que darle una actividad diaria importante. Eso es bueno.

—Tu no complicas nada —dice Pablo—. Sales de la adolescencia de pronto y descubres un mundo extraño en el cual empiezas a participar. No puedes comprender todavía que lo importante es el presente: vienes de la acumulación del futuro. La vida es así, complicada. Lo abandonas todo por Alí y te consideras una complicación.

La vida es lo más normal que puede ocurrir. Lo difícil es sacarla de la normalidad. Si logramos sacarla de la normalidad entramos en un ciclo revolucionario que solo termina con la normalidad otra vez. Lo difícil es sacar a la gente de la normalidad, del presente-normal, cotidiano. Tu has abandonado todo: la madre, la casa, las amigas, la falda a cuadros, la cola de caballo, el cine, el liceo, un novio que salía contigo y te hablaba de la libertad y el volibol decentemente. Y querías que te ocurriera todo en la vida real como en el cine. El cine nos ha enseñado a actuar, a fingir un papel para nosotros mismos. Ya hay generaciones pos-cine que se realizan en todas las posibilidades imaginarias, fantásticas y se puede estar en la corte China con Marco Polo o subiendo la cuerda mágica del Ladrón de Bagdad. Y todo lo abandonas por Alí, ¿no es un sacrificio? Un día sales y no sabes donde vas a caer

si es que caes alguna vez. Ni donde te levantas. ¿Dónde dormir hoy? Es extraño, pero somos seres normales y solo nos damos cuenta de ello cuando queremos cambiar esas cosas normales. Es difícil todo esto...

Pablo le toma las manos.

—Y si te beso las manos ahora, ¿que dirías? Pablo no es un hombre normal. Pablo nos anima como a pequeños muñecos. Pablo nos lleva al sacrificio. Y hace cosas extravagantes...

Mira sus pantalones azules, de mezclilla, sin color determinado en algunos lugares, las ojeras profundas y oscuras, el pelo en desorden y dice imitando la voz de un locutor de radio en un parte policial de película:

—Una muchacha que andaba por su casa y por la calle ha desaparecido y está aquí, en este lugar, donde antes no pensaba. No sabía si estas cosas existían realmente y caminaba con su cola de caballo segura de levantar la vista de los hombres. Pero es brutal, es salvaje traerla a vivir la primera vez con una pobre mujer que ha perdido sus hijos. ¡Y ahora te beso las manos!

Pablo se levanta, abandona la sonrisa y agrega muy serio:

—Manuel Rojas traerá comida. Algunas latas. No se puede cocinar aquí, ni fumar. Vendré una noche y comeremos en un restorán (yo nunca voy ni a restoranes ni a bares), pero lo haré por Margarita. Ella se lo merece.

Coloca los toneles de madera blanca —de batir la mezcla de la pólvora en el suelo.

—Hay que limpiar un poco. No salgan. Por lo menos hay una silla, una mesa, una cama y tres libros viejos. Hay que acostumbrarse a entrar en el infierno —agregó enigmático—. Ustedes son puros y nos lo quemará el fuego...

Camina de nuevo, se detiene frente a la mesa, golpea sobre la madera —las partículas de polvo negro, de pólvora, saltan—, mira las rayas a cuchillo en las tablas y se cubre el rostro con las manos:

—Hace años vivieron otros revolucionarios aquí. Casi todos han muerto. Aquí veníamos y jurábamos guardar el secreto. Algunos murieron en las torturas. Otros murieron en sus camas. Sobre esta mesa colocábamos las granadas y los niples y jurábamos: cumplimos el juramento con la muerte o el silencio. En la puerta había un cartel

con letras desiguales, toscas, chorreadas, escritas con nuestra propia sangre de los juramentos:

"Aquí, como a las puertas del infierno

debe dejarse todo temor, todo..."

—¡Qué carajo! —dice de pronto con los ojos en blanco—. ¡Lo siento por la muchacha muerta...!

Margarita llora en silencio y se limpia las lágrimas. Allí la abraza. Pablo se va.

Esta es la puerta del infierno y hay que ser puros, limpios, ¡hambrientos si es preciso...!

13

Rafael Rojas se queda solo en el apartamento. Mira la mancha de sangre en la mesa junto a la sombra en relieve de los desperdicios de cerveza. Olor a flores marchitas, a coronas y espermas de velas y nicotina rancia en los rincones. De los apartamentos vecinos vienen voces y risas, trozos de noticieros y canciones de radio, interpolados de anuncios de ron, cerveza, aceites, cigarrillos, margarinas y elecciones:

—¡El voto es un derecho y un deber...!

Una madre grita a su hijo, mas lejos aún gritos de niños en el parque infantil y perros que ladran a los carros y un disparo seco, intermitente, fugaz. En el piso de arriba hay gallinas echadas sobre sus nidos en el baño. Y por encima de todos los ruidos, dentro de él mismo, el motor de la carretilla lo acompaña en el tema de El Emperador de Beethoven y el grito de la madre y las voces de la gente alrededor de su hermano muerto.

Su hermano subía con un amigo en una motocicleta por la vereda, a las seis de la tarde, cuando todo se anima con la llegada de los hombres del trabajo.

—¿Ramón Claro? —preguntaron desde un automóvil.

Ramón volvió la cabeza y sonaron varios disparos sueltos y una ráfaga. El amigo dejó caer la motocicleta y se tendió detrás disparando sin saber a que. Vio alejarse un carro y disparó todo el cargador a los vidrios. Recogió a Ramón Claro. Estaba muerto. Era enorme y pesado, pero lo cargó en sus brazos y los vecinos formaban un cortejo

cuando llegaron al apartamento. El amigo no quiso que nadie lo cargara porque podía ser otro enemigo emboscado. Lo depositó en la mesa suavemente en medio del llanto de la madre y las mujeres del edificio. Una muchacha negra y de ojos verdes se aferraba a su mano derecha y se la colocaba entre los senos.

El amigo contaba:

—¿Ramón Claro?

Y luego los disparos y mostraba su pistola vacía y un agujero en el pantalón.

—¡No esperaron que respondiera!

Y la muchacha negra de los ojos verdes hipaba y le decía:

—¡Ramón, ha sido tarde ya...!

Rafael Rojas había dicho al hermano una noche:

—Estamos marcados... ¿Tu viste la puerta del apartamento?

—Yo sé. La Cobra Negra. Eso es conmigo. Los adecos y los cubanos han inventado eso contra nosotros. La gente se asusta y pierde el sueño inutilmente. Algo como una culebra negra y una cruz: ¡la sentencia de muerte! ¡Aquí, en este país, solo matamos nosotros, los comunistas y los militares!

Los cubanos de Batista y de Prío huyeron del paredón de Fidel y le han inventado eso a los adecos, para defender la democracia del Tío Sam...

—¡Yo me cago en la Cobra Negra y en el Tío Sam! —dijo y se echó a reír con sus gruesos bigotes negros moviendo mucho los músculos—. ¡A mi me matan con bombas, hermano! ¿y a tí...?

Un hermano que apenas pudo ver cuatro años. Y empezaba a quererlo y a entenderlo y ahora era una mancha de sangre y cerveza en la madera negra de la mesa.

Cuando él salió de la prisión los buscó y se le fue achicando la esperanza de encontrarlos juntos, cuando descubrió que no vivían en el mismo barrio. Los tractores habían entrado en las casas y solo quedaban los desperdicios de madera, cartón y zing y trozos de ladrillos y trapo como un basurero gigantesco. Alguna gente buscaba entre los desperdicios y amontonaba cartones, trapos, zing y madera en pequeñas pirámides grises y viejas tablas se reserva el derecho de admisión y propiedad privada y vote blanco y un gallo rojo de los comunistas. Un hombre le dijo:

—Ahora todos los de aquí vivimos en el barrio "23 de Enero". Pero todavía venimos a buscar algo. Allá viven.

¡Una revolución! Tumbaron un gobierno, se mudaron a los bloques gigantescos y volvían por sus miserias. Y en ese instante recordó a su novia: cinco años pesan en cualquier mujer. Se ponen duras o blandas y hay hombres que han encontrado una gelatina. Tal vez se fue a Helsinki o tiene hijos y se le llenaron de leche las tetas cada siete meses. Pablo le decía:

—Tal vez la encuentres. Pero no la odies de ninguna manera que la encuentres...

Sin embargo, él no se hacía ilusiones. Hay una ley no escrita, según los presos viejos y que se cumple con las excepciones de la ley:

—Una mujer necesita un hombre... así te quiera, lo necesita y uno no la marca y además el cerrajero es un invento de la propiedad privada...

Pasa los dedos ásperos y tatuados sobre la mancha de sangre y cerveza: ¡lo mataron! Mira por la ventana a lo lejos un reloj que da la hora lentamente, distanciando las campanadas en el aire y eso no le importa, no le subyuga, no le adelanta su angustia. ¡Un reloj!

A la madre, al principio hubo que llevarla a casa de unos vecinos que le hablaban de resignación. Pero ella no podía vivir en el apartamento. Lo consideraba maldito, malhabido, funesto: simplemente un lugar escogido para la tragedia.

—¡Hijo —le decía—, vamonos de aquí! No debimos salir nunca del rancho. Toda la vida he cargado agua y los tenía a los dos, vivos, fuertes, enormes, llenos de vida.

Los camaradas ofrecieron una clínica de reposo. Ella no quiso. Mejor es el rancho:

—Ahora no quiero separarme de éste...

Y agregaba llorando, hipando, cortándose los mocos y las lágrimas con un pañuelo blanco:

—Quizás un día... cuando regrese de buscar agua, cuando me levante en la noche, cuando caigan las primeras gotas de la lluvia, no lo encuentre tampoco y solo tengo que llorar que es el destino...

Para Rafael Rojas la vida de los tres solo había comenzado unos meses atrás. Después de tanto tiempo, un día comenzó a ver a la madre y al hermano como algo familiar, natural, enorme y quería estar con

ellos mucho tiempo y dejaron de decirle por fórmula que era el dueño de todo y la vida te devuelve lo que perdiste un día y todo lo demás. No eran extraños como al principio cuando regresó de Guasina-Hel-sinki sin músculos, sin amor, sin medalla de oro, con la convicción de que una mujer necesita un hombre y el cerrajero era una invención de la propiedad privada. Porque al principio se sentía culpable ante ellos de no sabe qué. Y siempre veía en cosas insignificantes —injustamente, por cierto—, en algún gesto, en el movimiento de las manos o la risa de grandes bigotes de su hermano, que era un extraño entonces. El hermano parecía recordarle sus músculos marchitos de antaño y le mostraba su orgulloso cuerpo tumba-gobierno que le decían ahora los tengo yo. Sin embargo no era así. Y él era un miserable lleno de amargura porque el hermano alegre lo abrazaba cuando bebían cerveza y le decía:

—¡Nosotros creíamos que estabas muerto...! y aprendimos a tumbar una dictadura.

Pero ya se había acostumbrado a ellos. Y la madre le decía con toda su ingenuidad:

—¡Búscate una mujer, muchacho...!

Y el hermano bebía cerveza con él y hablaban juntos de la revolución y él podía silbar o gritar si quería cuando el hermano le decía:

—¿Para qué necesitas una mujer oficial? Si quieres tienes una cada vez...

O cuando se tocaba los grandes bigotes para hacerse el hombre serio de pensamientos profundos:

—Nosotros aprendimos a tumbar un gobierno...

Y luego estallaba su risa enorme, de gigante que parecía quebrar los vidrios cuando sus músculos saltaban en la cara y en el pecho.

Ciertamente, él faltó y su madre y su hermano se habían unido tan estrechamente que resultaba un extraño con su silencio y su humildad. El había regresado, es cierto y lo mataron, se acabó el hermano, un hombre que era como Tarzán y había tumbado un gobierno.

Después del incendio lo despidieron con veinte obreros más. Fue un gran incendio, como pocas veces había visto. Se necesitaron diez bomberos por cada dos metros de fuego. Columnas de humo negro de caucho subían muy alto y cubrían de hollín las calles y las casas de los alrededores. La gente miraba las llamas, el humo y las cenizas

desde muy lejos. Sus canciones silbaban en el fuego enorme y terrible y los cauchos comenzaron a danzar de miedo en colores: Beethoven lleno de luz y estallando en las burbujas de los cauchos enormes.

Rafael Rojas le había dicho a Pablo:

—Este es el plano de la "Good Year". Los puestos de vigilancia están marcados en rojo.

Y detrás de la Good Year el Hospital Militar y el cuartelito de la Policía Militar (Rafael Rojas siempre trataba de ver los presos políticos del séptimo piso del Hospital Militar, pero solo distinguía las rejas negras y firmes y los rayos de sol quebrados en los vidrios). Una manzana más allá de la fábrica había un garage de radiopadrulla de la policía municipal y toda la vigilancia de la zona comercial: era algo impenetrable. ¡La prueba de fuego de las compañías norteamericanas!

Y él le dijo a Pablo:

—Tiene que ser una operación de dos minutos, a las seis y media de la mañana porque a esa hora abre la guardia interior.

—Yo debo ir...

—No es necesario —le respondió Pablo tajante—. Tu trabajo ha sido el plano. Aun estás golpeado por la muerte de tu hermano y el dolor de la vieja...

Pero Rafael Rojas insistió:

—Yo debo ir. A mi hermano lo mataron y me dejaron a mi madre medio loca. A uno le matan un hermano y no existe otra razón en el mundo que no haya planteado esa muerte. Quizás no sea lo mejor como argumento, pero tengo necesidad de ir... Además yo conozco esto. ¡Es mi operación...!

—No es necesario. Tenemos el plano. Es tu incendio, no importa quien lo provoque... ¡Esto te pertenece igual...!

Cuando llegó a la Good Year las llamas se extendían ya al edificio vecino. Miró al Hospital Militar y distinguió la cabeza de los presos y los pañuelos blancos saludando desde las ventanas del séptimo piso. Lo tomaron de un brazo para obligarlo a entrar por una puerta de emergencia a salvar cauchos, los libros de contabilidad —según el contabilista— y una pipa de Alaska que le había traído Kennedy al gerente. Un bombero salía con las ropas chamuscadas en algunos lugares. Y él le dijo:

—¡No, no se puede salvar nada! ¡Esto se acabó! —y empezó a silbar y pujar unos acordes gruesos del Cid. Un policía lo amenazó con la metralleta:

—¿Te gusta la candelita?

El siguió amontonando cauchos quemados al ritmo de la música.

—¿Por qué se alegra tanto? —preguntó el policía—.

—El siempre silba, agente... —dijo otro obrero que acomodaba cauchos.

—A los presos también les gusta silbar —comentó el policía mirándolo con un profundo desprecio—. ¡Todo lo hacen silbando...!

Lo despidieron con veinte obreros más:

—No necesitamos sus servicios —le entregaron un cheque y relaciones públicas comentó—. Los extremistas son enemigos del trabajo.

El dijo:

—Es cierto y más todavía: somos enemigos de tu corbata, cabrón y no te dejes ver por los bajos fondos...

¡Sus servicios! ¿Para qué? Solo quedaban los escombros: el techo y las vigas de acero retorcidos en el suelo entre el humo y el agua que cada cierto tiempo lanzaban los bomberos. Y los buhoneros saltando entre los escombros tratando de salvar cauchos averiados para comprarlos. Pero no se había salvado nada. (En el incendio de la Sears los buhoneros habían comprado mercancías averiadas, chamuscadas, semiquemadas que vendían después en sus puestos de "El Silencio". Y un comerciante del centro de la ciudad anunciaba sus mercancías irónicamente: "QUEMAZON... INCENDIO", me quemo y no tengo seguro: todo a precio de incendio. Y tenía un cartel grande con puntas de llamas rojas y amarillas de cartón, subiendo por el edificio cubierto de negro-humo). Ahora nada: la Good Year convertida en cenizas, en la nada del humo y un silbido lánguido de muerto que provenía del bar cercano. Se murió por un tiempo, se murió...

Pablo le dijo a Rafael Rojas después del incendio:

—Estás incorporado a las FALN a tiempo completo. Quizás no te den trabajo en ninguna parte... Es preciso entender esto ahora...

—Pero yo no entiendo nada.

—Ya entenderás...

—Mi hermano entendió cuando lo mataron...

—Ya entenderás todo esto, ¿okey?

La policía había dismantelado dos UTC en menos de una semana. Sus integrantes fueron sorprendidos con toda precisión, no pareció, desde el primer momento, una operación al detal, producto de la delación, pese a que todos los que caían eran sometidos a tortura. Algunos fueron detenidos en sus casas o en lugares clandestinos de concentración. A uno lo mataron en un bar que frecuentaba con otros amigos. En la Autopista del Este apareció muerto un jefe de grupo y nunca se supo cómo y dónde lo mataron después de torturarlo salvajemente. A Omaña lo acribillaron a la salida de un cine (disparó su pistola 45 hasta después de muerto, según el parte policial, porque la mano le quedó descoyuntada por el peso de la pistola). Dos UTC, armas, medicinas, escondites, depósitos: varios años de trabajo destruidos y todo indicaba que era el fin. El mundo mas estrecho cada vez y la certeza de estar infiltrados profundamente en algún lugar. Había que destruir las claves, cambiar de piel, abandonar los viejos métodos, volver a crear dispositivos de seguridad, vigilar, descubrir la filtración.

—Para nosotros llegó otra vez el tiempo de las ratas —dijo Luis Martínez recordando el período más sórdido, sufrido durante la dictadura de Pérez Jiménez (Teodoro Petkoff lo había escrito con precisión entonces: tiempo de ratas. Y ahora pensará lo mismo en la montaña cuando oye las noticias de radio).

Pero nadie caía del grupo del Francesito. Los periódicos hablaron vagamente de un comandante Luis (seguramente Luis Martínez) y un instructor ruso, especializado en combate en localidades. Y el Francesito decía, burlándose de la policía:

—Me confundieron con un ruso... pero yo no soy ruso, por mi origen pertenezco a la cultura occidental... ¡A mucha honra!

Pablo desde el primer momento pensaba en la infiltración:

—No es el resultado de un trabajo policial —decía a Luisa y Luis Martínez—. Es cierto que ha habido delaciones. Siempre las ha habido. Pero esto es el trabajo de un infiltrado, son muchos los detalles de conjunto. Hay que encontrarlo...

—¡Todo el mundo es sospechoso! —dijo Luisa.

—No. Precisamente es lo que quiere la policía: sembrar la desconfianza entre nosotros mismos. Por eso publican sus triunfos en los periódicos. Hay muy pocos sospechosos y eso es lo difícil.

La clave de la infiltración se encontraba en un retrato hablado de Pablo publicado en los periódicos: un indio, como entienden los dibujantes policiales que es un indio. Dentro del modelo yanqui de los pieles rojas: los bigotes caídos, escasos, al natural, duros, de pelos gruesos y dispersos a lo Ho-Chi-Ming. Los ojos pequeños y malignos, de comunista, en la versión de Selecciones Reader. Lo buscaban en las residencias universitarias, en un bar de Sabana Grande, en una vieja casa del cementerio (utilizada en los primeros tiempos) y entre el personal de un puesto de emergencia. Casi todos los datos errados. El sapo apenas conocía a Pablo.

—Te hemos seguido las últimas dos semanas —dijo Luis Martínez—. Después del entierro, justamente. . .

—Yo te seguí —confirmó Luisa.

El Francesito la miró y se levantó para dar tres pasos y volver a la silla con una gran sonrisa:

—¡Tu eres La Pasionaria, Luisa —trataba de lograr tiempo con un chiste. Pero nadie respondió.

Se levantó de nuevo de la silla y se sentó buscando algo en sus bolsillos:

—¿Qué debemos hacer? —dijo en un hilo de voz como lo hacía siempre en las reuniones.

—Nada contigo. Tu eres un sapo —dijo Luis Martínez— y han matado a cuatro. Tu sabes lo que debemos hacer. . .

—Entonces esta es mi última cena —articuló con una sonrisa nerviosa.

—Este es Pablo. Fue muy malo el retrato hablado, pero casi aciertas y por eso no habrá última cena para ti. . .

Perdió toda su audacia, su compostura, por poco llora y grita de pronto:

—¡No me pueden hacer eso! ¡Yo soy de las FALN. . .!

Luisa da volumen al radio en un rincón.

—El retrato hablado apenas se le parece. Pero ahora lo buscan. Pablo te va a decir después cual es su verdadero nombre.

Pero el Francesito no hace caso:

—¡Yo soy de las FALN! He hecho mas que muchos de los aquí presentes. ¡Yo no soy delator! En la Universidad se sabe todo. Algunos llegan a los cafetines, miran una muchacha y dicen que esa noche

habrá algo. Una vez Luis Martínez nos dio las armas ante los ojos sorprendidos de la gente.

Uno de los aliados a quien llaman el Comandante "Fama de América" —por la cantidad de café que consume—, como ha leído a Gallegos impresiona siempre con sus palabras:

—¡Esta noche será la noche que los machetes alumbraron el Vichada!

Y muy grande y voluminoso se pasea de mesa en mesa con citas de Lenin, de Stalin, de Mao y de unos escritores franceses nuevos que nadie conoce. Y odia como Franz Fanón. . .

Pablo lo interrumpe:

—No importa que te declares culpable o inocente. Ya sabemos muchas cosas de ti. . .

—El retrato hablado mas bien los despista —dice el Francesito.

—No queremos despistes —dice Luisa.

—¡No me pueden hacer eso. . .!

La sentencia:

—¡No habrá última cena para ti. . .!

—¡No me pueden hacer eso. . .! ¡Yo soy de las FALN! ¡Las 4 letras, llavecita. . .!

Y ya perdido, se levanta y va hacia la puerta:

—¡Yo no soy nadie aquí. . .!

—¡Eres un sapo de mierda!

15

Ni siquiera saludó a Francisco cuando lo vio entre los presos. La rutina de no conocer a nadie en la prisión. O quizás no lo había reconocido del todo con su larga barba de Fidel, los ojillos irónicos en el rostro grande y los largos interiores blancos, hasta las rodillas. Francisco lo vio de reojo y lo dejó pasar. Luego se rio a su lado y lo tomó del brazo:

—Aquí no me llamo Francisco. . . soy José con el apellido de mi padre. Ellos no saben que ahora tengo otro apellido oficial, ¿entien- des? Tu eres un veterano, pero no está demás decirte que no hables con nadie. No toda la gente es conocida. Además, los presos dicen que hay micrófonos, por eso los bombillos no tienen pantalla. ¿No te han

interrogado? Quizás esta noche. A ellos les gusta la noche para interrogar. Mientras esperas puedes descansar en esta colchoneta.

—No te conocí en el primer momento. Uno no distingue cuando entra aquí y se aturde con las voces y la gente en calzoncillos.

Un niño los interrumpe con un tarro de café en las manos:

—¿Quieres café, profe?

Carlos se sorprende. Sonríe cuando reconoce uno de los muchachos del Consejo Venezolano del Niño: pintaba murales con él en el barrio "23 de Enero". El niño sonríe también. Los ojos grandes, de largas pestañas, tiemblan infantiles en el rostro congestionado.

—¿Y tu qué haces aquí, Bolívar?

El niño se pone muy serio, vuelve la cabeza a la reja, mira a Francisco interrogativamente y deja el café en el suelo para expresarse con las manos también. A gran velocidad se pasa el índice por el cuello:

—Dicen que maté un policía, profe...

Se queda serio. Con ansiedad escudriña el rostro de Carlos Guillén: busca el efecto de sus palabras y sus gestos. No ve nada.

—Mi mamá me visitó ayer —agregó con voz suave—. Dijo que iba a hablar con usted a ver que podía hacer por mí.

Se pasa el dorso de la mano por los ojos, se suspende los largos pantalones de hombre y mira hacia la reja.

—Bueno, danos café...

Bolívar se apresura, sirve el café y se retira silbando con sus largos pantalones de hombre, arremangados en los tobillos, que chocan fuertemente con un sonido flojo, de trapo.

—Hay diez niños en total, distribuidos en todos los calabozos. Los traen por corto tiempo de los retenes, para interrogarlos. Todos acusados de matar policías...

—Así era en el Obispo, hace años: había 37 niños que los policías obligaban a pelear. El vencido debía acostarse con el vencedor y el vencedor con el policía...

—¿Sabes algo de Pablo? —pregunta Francisco.

—Está bien. ¡Ojalá no vaya a mi casa...!

—Sería bueno que durmieras. Pablo sabe moverse...

Se acuesta en la colchoneta y mira el techo. Cierra los ojos y espera un largo rato. Al fin se incorpora y enciende un cigarrillo:

—Si. Pablo ya debe saber que estoy preso —piensa—. Amanda quedó en la casa o quizás salió a avisarle...

Fuma y mira a su alrededor.

Amanda estaba asomada en el balcón, mientras él pintaba un monstruo en el cuarto-estudio: pies planos y rectos, aplastantes. Una masa informe el cuerpo y rostro. Se acostaba en el suelo para mirar mejor, para sentir el frío del granito en las costillas, los ojos semi-cerrados para confundir las manchas de colores y las líneas del dibujo. A cada rato ruge y grita insultando el monstruo que no se atreve a salir a ocupar todo el fondo de la tela, indigo hasta el negro definitivo en los bordes. Un monstruo no es nada, Amanda. Pero Amanda, asustada se asomaba al balcón: mira las estrellas, la noche, las parejas cuando entran en el círculo de luz debajo de los postes. Los italianos discuten sobre Mussolini en la heladería del piso bajo.

—¡Se pone como un loco! —dice entredientes sin darse cuenta que Carlos está a sus espaldas, contemplándola.

—¿Un loco? —pregunta Carlos.

Ella salta asustada y él la siente temblar entre sus brazos:

—No es nada —dice él acariciándole el pelo—. Un monstruo, nada, como no sea uno mismo. Cuando quieres decir cosas terribles y no te nace nada, cuando uno se empieza a morir los monstruos parecen decididos a abandonarnos...

Y regresa al cuarto-estudio a pintar.

—¡Usted es un monstruo! —dice para convencerlo de su papel.

Amanda lo llama:

—Carlos, ven acá... ¡Rápido!

Pero Carlos no oye porque estruja la paleta en la tela, sobre los pies del monstruo.

—¡Así nacen tus pies...!

Ella lo toma del brazo y lo arrastra hacia el balcón.

—Te he llamado varias veces. ¡Hay dos patrullas en la calle! —le dice con cierto temblor en la voz.

—¡Cálmate! No tenemos nada. Pedro Armas ya se fue.

Pedro Armas había llegado mal herido la noche anterior. Se apoyaba en Luisa y arrastraba el pie derecho. Apenas podía hablar:

—Hay que avisar a Pablo —dice con voz fangosa medio articulada en las heridas de la boca.

Luisa explica mientras se quita la peluca de cabellos castaños.

Cerca de la ciudad volaron un gasducto y Pedro Armas comandaba la UTC de seguridad. Un gran incendio. Pedro fue herido en la pierna y en la boca. No lo remataron porque iba uniformado de oficial del ejército. El mismo día lo llevaron al Hospital Militar para operarlo de urgencia. Para ellos seguía siendo un oficial y por eso no lo remataron.

—Estaba incomunicado. Pero yo pude verlo el mismo día cuando fui a visitar a uno de los presos del asalto a Carúpano...

Luisa entró con una barriga formada por una faja, cuerdas de nailon y un hilo fino de cortar hierro. El preso del Carupanazo le dijo:

—Espera aquí un momento... yo voy a buscarlo...

Pero yo le seguí hasta el cuarto de Pedro. El estaba acostado, inmóvil, con una sonda en la nariz. Le entregué la cuerda y la sierra.

—A las tres de la mañana te espero en la puerta oeste... —le dije.

Y yo misma no creía que podía hacerlo. Tenía una bala en el pómulo derecho y no podía contestarme. Hizo el esfuerzo por articular algo y yo le cubrí la boca con la mano:

—¡Te espero! ¡No hay tiempo! Ya deben venir a sacarme. Debo salir antes para evitar sospechas.

Y a las tres de la mañana se deslizó por la cuerda de nailon desde el séptimo piso del Hospital Militar.

Una vieja del cuarto piso lo vio y gritó asustada, pero nadie la oyó porque los enfermos siempre gritan de noche y los locos también. Sin embargo, Pedro articuló tres palabras para calmar a la señora:

—¡Perdone el susto...!

Conocíamos perfectamente el hospital. Dos meses antes habíamos planificado una operación para una fuga colectiva. Sabíamos todos los movimientos de los centinelas, de los recorridos y los lugares oscuros e iluminados. Por eso nos encontramos en el lugar indicado. Ha perdido mucha sangre. Hay que encontrar a Pablo. Necesita una operación de urgencia, quizás una transfusión.

Pedro duerme en el diván.

—Ahora si le dieron en los huesos. La suerte se acaba: hay que operarlo...

En el balcón, Amanda muestra las patrullas.

—No es nada —repite Carlos.

—¡No es nada... siempre dices lo mismo, pero ahí están las patrullas que son reales...

Los policías entran en la heladería del piso bajo y los italianos siguen en su eterna discusión sobre Mussolini. No les preocupa unos venezolanos con camisas de diversos colores que llegan a beber café, buscar en los ojos inocentes de alguien un insulto y quizás salir corriendo sin pagar la cuenta o decir que cobren en el SIFA o la Digepol. Porque se puede cobrar allí cuando se está en servicio.

—Un servicio a la patria de privar de la libertad a un hombre y demostrárselo al mundo con dos golpes de cachiporra en la frente —se dice Carlos en la búsqueda exacta de su monstruo.

Pero unos venezolanos que entran piden café y miran hacia los balcones y de paso se dan cuenta que existe una cosa que los hombres llaman estrellas y las distinguen y pueden orientarse con ellas como en las flechas del tránsito. Y los italianos siguen su conversación sobre pantanos disecados, trabajos remunerados horadando la tierra y un pequeño balcón insignificante donde el hombre sacaba su quijada para arengar a las masas o a la tropa que eran ellos mismos disfrazados de militares y conquistadores de Abisinia.

Un esbirro dice a otro:

—Los italianos siempre hablan de Mussolini...

—Se lamentan de perder en Mussolini lo nuevo de Italia —dice otro esbirro que oía la radio en la segunda guerra mundial.

Pero llega un venezolano catire, redondo, rechoncho que presta profunda atención a la conversación de los italianos y se acerca al jefe de comisión y le dice al oído:

—No hablan de Mussolini... ¡Esa es una coartada...!

Y es una coartada en la mentalidad del jefe que se yergue por encima de una taza de café y grita:

—¡Con que Mussolini!

Y los italianos cortan la discusión y miran atentamente a los venezolanos con camisas a cuadros rojos y que pudieron salir corriendo sin pagar o decir que era una cuenta del SIFA o de la Digepol para que la cobraran al día siguiente con sangre si era lo que querían...

—¡Ustedes no están hablando de Mussolini —grita el jefe de la comisión—. ¡Mamagüevos!

Y un italiano atrevido y constructor de quintas para los adecos responde con su voz en pregunta permanente:

—¿Mussolini? ¿No se puede hablar de Mussolini?

Y en tono despectivo ofende a todos los esbirros que quieren disparar sus armas a la vez...

—Ustedes no hablaban de Mussolini... ¡Ustedes hablan del presidente Betancourt y para que nadie entienda lo identifican con Mussolini...!

Y el policía hijo de italiano, rechoncho y gordo, interviene definitivamente:

—¿Acaso Mussolini nació en Guatire? ¡Yo capisco una mierda así...!

Hay una mezcla de lenguas —italiano y castellano—, manotazos desesperados de los extranjeros e interrogatorios mudos, de gestos manuales y faciales que se quedan paralizados ante los ojos desorbitados del dueño de la heladería. No encuentran ningún testigo en la acera, en la calle (el isleño de se montan cauchos y su mujer gorda se han ido ya) y empiezan las protestas al cielo con los brazos estirados hacia las estrellas.

—¡Es Mussolini, no Guatire...! Nada Guatire ni Betancourt —explican mientras caminan hacia las patrullas.

—No capisco Betancourt —gritaban al hijo del italiano que era policía rechoncho.

Y Carlos sonríe aunque está nervioso:

—Yo siempre pensé que nunca hablaron de Mussolini sino de Betancourt...

Su mujer lo mira con una gran preocupación mientras le dice:

—Tú has debido decírmelo, Carlos. Nunca hemos tenido un secreto...

El se revuelve en la colchoneta. Del otro calabozo viene una canción en italiano. Se fuma un cigarrillo en cuatro tiradas y el humo le quema los labios. Cuando se acuesta sobre el costado del corazón le tiembla todo el cuerpo al ritmo del corazón. Vuelve a la posición derecha y exclama:

—No era de Mussolini...

Un preso vecino se incorpora y le dice:

—Mussolini es un bolsa, ¿usted no ha visto un hombre torturado?

Se miran un instante y él vuelve a la colchoneta y enciende otro cigarrillo.

—Sí —dice—. ¡He visto muchos hombres torturados, me cago en esto...!

16

Sentado en una silla Pablo lucha con el sueño, contra el cangrejo que le cose los párpados (apenas ha dormido en la última semana: dos muertos, una mujer llorosa por el novio, la madre que le escribe y le dice que el padre odia a los extremistas y los delatará cuando los vea y su mujer siempre dispuesta a acompañarlo, porque hay muchas mujeres que acompañan a sus hombres en todo). Siente como chocan sus pestañas. Puede descubrir el ruido de las alas que vuelan en sus ojos. Y los ojos abiertos, negros, marchitos, blancos, giran y vuelven con grandes esfuerzos a la posición normal. Aparecen ante él la cama bamboleante, gelatinosa, fundida en la oscuridad de su sueño, de los golpes de peinilla y el agua para decirte levántate, imbécil, no te podemos matar dormido. Se diluye todo en una masa de sonidos de perros que ladran o de palabras y truenos y pitos y tempestades del estómago sostenido en fajas anchas de cuatro dedos que defecan por las cuatro puntas.

Luisa sentada en la cama cerca de la cabeza de Pedro Armas y los olores a medicina, talcos de mujer y gasolina quemada en la camisa. Instantes de día y de noche para Pablo en virtud del sueño. Y Luisa habla sin parar como el agua o como los perros que ladran o un motor en marcha o el coro de una iglesia de pueblo donde el cura ha descubierto tres veces el diablo en la puerta del mercado. Oye y no oye. Palabras de ella y palabras de él mismo en el sueño, en el caer de los párpados que hablan y se ponen negros en las oraciones del tabaco que es negro también. El está dormido y Luisa habla:

Los muchachos volaron en el gas cuando las palabras de Luisa empezaron a ladrar junto con los perros. Luis dijo:

—Retírate un poco. ¡Vete! No necesitamos poner la carga entre los dos. Un accidente... ¿recuerdas? yo vivía antes frente a una iglesia. Pero uno de los dos puede vivir si tomamos todas las pre-

cauciones. Cuando caminaba por una calle y te decía que había que disparar y luego correr y correr hasta el cerro...

Luis sin ver manipulaba el explosivo en el gasducto (no, explosivo no: termita que no es explosivo: termita que funde el acero en segundos). No quería alumbrar con la linterna. Podían ver la luz. Un hombre-perro que ladra ante un oleoducto y mira la luna. Un bulto negro confundido en la sombra del tubo enorme y las sombras que iba cuajando ante los faros. No se podían distinguir perfectamente porque ellos iban vestidos de negro y con el rostro y las manos pintados de negro también para diluirse en las sombras. (Confundirse en la noche, en el tiempo que no distingue lo negro ni lo sabio de la muerte).

—Yo no veo nada, Luis... Y podemos alumbrar con la linterna

Pero parecía como loco con la termita entre las manos y no respondía. Abajo se oían los carros y podía ver el ángulo de la luz de los carros cuando doblaban en la carretera. Era lógico, ¿verdad? Uno es un ser lógico, ¿verdad? Y Luis gritó:

—¡Aléjate!

Pero no hubo tiempo. (Luis corrió unos pasos y el río en la inundación se llevó una casa y los niños flotaron hasta llegar al techo de palmas y convivir con los alacranes, los murciélagos y las ratas paridas). Luis dio unos pasos y luego la explosión que fue más que todo llama viva de fundición, de fuego blanco que penetra en los ojos en forma de alfileres en miniatura para dejarte ciego.

—Y es la noche y yo no veo, Luis y prende la linterna, Luis. Y nos hemos quedado en la noche, Luis.

¡Y Luis! Cae y se levanta con el nombre de Luis entre los labios:

—¡Responde!... ¿Estás aturdido?

Se cae, se levanta, se orienta por el calor, no resiste el calor, pero sigue adelante sin ver, hacia las llamas:

—Te busco en las llamas... ¡Luis, me voy a quemar! No veo nada. ¿Te acuerdas? Un día se tenían que quedar los ojos aquí...

Oye el crepitar de las llamas en el bosque junto con el gas y el olor a gas. Camina como un sonámbulo casi entre las llamas y suda hasta sentir el cuerpo líquido que se disuelve y se integra en la luz. Al fin toca con sus pies algo blando, de goma, que se le escapa elástico y sedoso. Se arrodilla y toca unas vísceras en un cuerpo

desnudo, caliente, inmóvil, hasta encontrar con sus dedos la nariz floja y plástica que cede a su presión.

—¡Luis!...

Sentía un fuerte calor en el cuerpo y frío en las manos... Y Luis empezaba a enfriarse, pese al calor y a quedarse seco y rígido con la blandura de los intestinos al aire.

Entonces llegó Pedro Armas y le gritó y lo cargó en sus hombros hasta la salida de la otra carretera. Pero sabía que estaba muerto. Era un arco que presionaba sus hombros cuando sintió la ráfaga sobre su cuerpo (unas balas pegaron otras chocaron en el suelo). Los guardias nacionales dispararon y alumbraron con sus linternas y las balas casi todas dieron en el cuerpo del muerto y las copas polvorientas de los árboles.

Pedro, antes de perder el conocimiento, oyó a los guardias:

—Es uno nuestro... ¡Es un teniente!...

—Seguramente mató a ese —y le quitaron a Luis de encima.

Pablo se estruja los ojos con el dorso de la mano y desaparecen las inundaciones y los ríos y los perros que ladran en el paso. En un instante se acaba la gelatina de la cama de Luisa y ve sus manos sobre la cabeza de Pedro Armas.

—Eso he debido hacerlo yo mismo. ¡Dos niños! —dice—. Era una operación petrolera... ¡Era mía esa operación!...

—¿Acaso Pedro no sirve?

—¡Sí sirve! Pero debes comprenderme ahora...

Luisa contempla su pelo gris, las grandes ojeras rayadas de ceniza y la ansiedad de los surcos profundos entre la nariz y la boca.

Luisa reflexiona: se le han pronunciado más las arrugas: el sueño, los años, la cárcel, tal vez el ron (parece una fotografía de expediente policial).

—Cuando éramos unos pocos las cosas parecían fáciles, Luisa...

Un grupo insignificante: cinco, diez, veinte. Y uno mismo a la cabeza, corriendo todos los riesgos. Podías caer o salvarte igual y no había remordimientos. Y éste se murió o vivió o se quedó ciego entre la vida o la muerte.

—¡Era sencillo! Ahora hemos crecido... nos hemos hecho gigantes. Y te dicen que tú eres la cabeza del gigante que son cuatro muchachos que quieren ver volar la vida en mil pedazos y descubrir

el heroísmo en la nada de las llamas o de la noche... (Yo lo sé).

¡Lo importante para ser jefe es quedarse en casa y planificar! Si no puedes planificar no eres jefe, no eres nadie, no eres la capacidad de hacerte descubridor de esferas de influencias o fuerzas determinantes.

Como ahora hemos crecido, debes hacer todas las cosas en casa y planificar, prever situaciones, hacerte una señora de la casa y velar por el jardinero. Te dicen:

—¡Sólo puedes ir a algunas acciones!...

¡Las demás están prohibidas! Y son las más importantes, donde no hay ciertos riesgos para ti, pero donde se muere un muchacho como Luis y el otro queda ciego y tú le has dicho que es la única manera de entrar en la vida y en la esencia de la revolución. ¡La revolución te acepta sin vida o ciego!

—¡Muérete, muchacho, para aceptarte como revolucionario!

—¡Te acepto!

Cuando tú eres la cabeza te dicen:

—¡Hay que salvar la cabeza!...

Y la cabeza se llena de inmundicias, de rencor y de amargura.

—Eran unos niños...

Apenas saben teóricamente: el explosivo se coloca así, se dice María siempre, antes de conectar, dispositivo de seguridad, pero vuelan las cosas y los niños antes de lo previsto.

¿Y cómo se forma un combatiente, Luisa?

Algunos caen antes de combatir, cuando dan los primeros pasos, cuando dicen ay, cuando se les llena la boca de la ceniza de la sed del combate. Hay camaradas que se quejan como viejas cuando tenemos un herido, un muerto, un preso, un torturado (la revolución se hace con perseguidos y se entiende que solamente deben existir perseguidos. Y la revolución debe ser sin muertos y heridos, sin torturados de la SN, del SIFA o la Digepol. ¡Revoluciones sin bajas! No comprenden. Lo más difícil de comprender es la realidad).

—A mí me duele eso en carne propia. Para ellos un muerto es un ser humano en teoría. Para mí es simplemente un ser humano: lo he tocado, he caminado con él, le he hecho distinguir entre la villanía y el heroísmo y lo he mandado a la muerte: a matar o a que lo maten (la muerte es abstracta en estos casos). Y hay camaradas

que no comprenden todavía. La vida o la muerte es lo más difícil cuando te involucras (yo creo que involucrarse es llenarse de betún los dedos).

¿Pero cómo se forma un combatiente, un soldado, un luchador? Hay muchachos que mueren sin conocer el miedo. No tienen tiempo de sentir en ellos el desarrollo del miedo. A veces se les enfrían las manos con la muerte (real, verdadera, de gusanos, cenizas y polvo, porque la muerte no se plantea para nosotros como una ficción, la muerte no admite aficionados) y no con la vida ni con el miedo o el amor.

¿Cómo se forma un combatiente?

—Hay camaradas que creen que todo se reduce a eso: matar dos policías, chocar con ellos, asaltar una cantera, robar explosivos, volar un gasducto, un oleoducto, una propiedad yanqui o privada y sentirse el vengador, el héroe después. ¿Y todo para qué? ¿No lo sabes? Todo es para formar un combatiente, un ser inhumano, racional sólo en eso de matar, insensible en comprender la prisión, la tortura, el sufrimiento. Se comprende sólo el sufrimiento colectivo.

Pablo camina y se acaricia el pelo y se le forman arrugas más profundas en la frente sudada, grasienta, abombada.

—Debemos explicar: se trata de entrenamiento: formación de un ejército a largo plazo. Pero no se trata de la toma del poder. Ese poder no está al doblar la esquina, en el buzón del correo, en el urinario del bar lleno de letreros obscenos. Está más allá. Y debemos hablar claramente: ¡muchacho, te matarán o te quedarás sin ojos un día!...

Hay que pensar más y decir estas cosas. Si es cierto: hay algo de amargura en mí, de pesimismo, comienzo a pensar con la lengua llena de mierda. Pero no es la primera vez que hemos empezado estas cosas.

—Hace poco me decía Carlos Guillén —ese hermano que seguramente maten esta noche en la tortura—: no es la primera vez. Cuando éramos unos niños —igual que éstos—, fuimos terroristas de Acción Democrática y nos entrenaban para la muerte.

Nos enseñaban las lecciones del terror: hacer bombas, tirarlas, pensar que se puede desaparecer heroicamente en una estela de humo. Para habituarnos a la muerte. Decidirnos a la muerte, según un Lenin

que citaban entonces. Pero fue un terrorismo que no amenazó nunca a la dictadura como no fuera para negociar con ella y conciliar. Eramos instrumentos y cuando nos dimos cuenta nos metimos a comunistas.

Pablo da unos pasos alrededor de la cama. Pedro lo mira con su boca deformada, quizás sin una sola imagen de terror o de miedo en su cerebro. Y Pablo ve en la cama al muchacho ciego otra vez girando alrededor de las llamas y pisoteando las vísceras de su compañero Luis, que se enfía en el calor del gasducto.

—Eramos unos niños como ellos y nos hacían pensar sólo en la muerte y perdíamos las novias que sólo querían acostarse con nosotros para hacernos comprender la vida...

Pero, ¿cómo se forma? ¡Hay que dejar la sensiblería humana, mierda!...

Luisa comprende que Pablo discute con él mismo. No quiere que lo interrumpan. Se desahoga de algo que lo quema. Quizás beba esta noche hasta perder la razón.

Pero como Luisa lo mira insistentemente, Pablo se queda frente a ella. Sonríe con amargura y le dice:

—¡Bueno, quédate con él! Al menos ya tu madre sabe que se acostaron en la misma cama. Y han decidido vivir juntos en otra parte.

Se va, pero espera largo rato en la puerta del cuarto:

—¡Yo no quiero que ustedes se vayan! Pero se tienen que ir a las montañas. Ya aquí están quemados. Ustedes son los primeros que entienden la guerra del petróleo. ¡Sólo me queda Luis Martínez!

—Pero Pedro no quiere llevarme —dice Luisa.

—El quiere salvarte, pero no tiene otro camino contigo. ¡Tú te vas!...

Se devuelve de la puerta del cuarto y toca la frente de Pedro que lo mira ansiosamente con su rostro deformado, pero alegre.

—Tienes que dormir. Es una tontería no dormir.

Pedro trata de sonreír.

—Yo voy a dormir hasta que se me revienten los ojos —y agrega con amargura, casi con odio—, como se le reventaron los ojos a ese muchacho...

Luisa se incorpora cuando Pablo se dirige a la puerta. La abre y le grita:

—¡No seas loco! ¡Eso no es posible!

—Antes me iré con mi mujer a un parque...

—¡No seas loco!...

—Tal vez nos vamos al exterior juntos... ¡Hay mucha mierda que hace la guerra así!

17

Rafael Rojas se convence al fin: a Pablo sí puede confesarle todos sus temores. Su hermano no comprendía nada porque había sido fácil liquidar una dictadura. Ramón Claro habría dicho:

—¡Aprendimos a tumbar gobiernos!... ustedes estaban presos...

Y Pablo había sido su maestro en la prisión. Comenzó con un curso de filosofía de un comunista francés fusilado. Pero, ¿qué tienen que ver los franceses con nosotros? Aprender que nuestros enemigos son partidarios de la muerte, y los comunistas de la vida. ¿Y qué? El fascismo y muerte al fascismo. A Pablo podía confesarle esas cosas confusas que andaban en la noche por allí, en su cabeza. La noche de los presos, con la cabeza llena de murciélagos y de sombras que nunca huyen aunque abras los ojos asustados.

—Yo no puedo matar... ¡Odio la muerte!...

La muerte es el enemigo, en el campo de concentración y trabajos forzados era el enemigo en mil formas distintas. ¡Matar la muerte! A mi hermano lo mataron en la calle. Dispararon desde un carro fantasma cuando gritaron su nombre y venía en una motocicleta con otro muchacho que lo llevó hasta la casa.

Su hermano le dijo una vez:

—En poco tiempo vuelven los músculos y puedes meterte a la lucha libre. Allí no hay muertos ni nada. Solamente imitar con el rostro los grandes sufrimientos. Yo conocí a Jaime el Fantasma, que un día quiso suicidarse bebiéndose un frasco de tinta Parker. El practicaba frente a un espejo y descubrió la manera de usar las manos en la colchoneta cuando estaba derrotado.

Y sufre y se le llenan los ojos de lágrimas por el dolor simulado.

—Puedes ser un luchador villano y sucio o limpio y bueno, heroico y noble, ídolo de las sirvientas.

¿Para qué recordar?

En la madrugada oía cómo la mujer del vecino le gritaba:

—No me des con los codos. ¡No me toques, borracho!...

No me des con los codos hasta el amanecer, porque el hombre era luchador y llegaba borracho, asqueado de la lucha, sucio y se abría paso en la cama con los codos y suspendía a la mujer con la tijera de las piernas —como hubiera querido entre las cuerdas—, para que la mujer respetara su indigencia de villano silbado, chuleado y abominado por el público.

Y cuando la mujer salía en la mañana para el trabajo, sonreía y saludaba amablemente y le abría la puerta al niño que dormía en el pasillo del edificio envuelto en periódicos. El niño no podía dormir en la cama cuando llegaba el marido borracho y quería enseñarle llaves potentes y machetazos, rompiendo un ladrillo con el filo de la mano.

Se sentó con las manos en la cabeza frente a la mancha de sangre y de cerveza. Pablo lo deja hablar y comprende que se esfuerza por decirlo todo cuando se le cubre la frente de arrugas y sudor.

La madre dijo después de la muerte de Ramón, mi hermano:

—¡Hijo, vámonos de aquí!...

Y después el silencio de la media noche: las voces y las risas en el edificio, los besos en los pasillos. Las campanas y los perros junto con los motores de los carros trepando por las veredas empinadas.

—Cuando te conocí en la cárcel eras un muchacho sano —dice Pablo contemplando el humo del cigarrillo.

—¿A qué viene eso?

—A nada. Ahora se me ocurre...

—¡Tú siempre quieres decir algo más!...

—Puedes trabajar en la fábrica de pólvora. No hacemos nada comprando perolitos de pólvora. Pasamos a una etapa industrial.

Lo toma del brazo:

—La lucha libre no sirve para ti. Te enfermaría demasiado. Ahora aprendiste a luchar de otra manera.

—Eso lo sé...

—La madre no puede vivir en la fábrica de pólvora. Pero buscaremos otro lugar. Sin embargo, para todo el mundo deben seguir viviendo aquí. Deben venir alguna vez o traer a alguien. Al menos por un tiempo...

Uno puede hacer pólvora y amar la vida. Al menos por un tiempo también. Moler en los grandes toneles: los plomos trituran el material hasta hacerlo polvo, mezcla útil, necesaria, buena. Y recordar una canción, el viejo silbido lánguido del preso en el campo de concentración y el ruido de las carretillas que entonces se confunden con el rodar de los trozos de plomo en el barril. Los músculos se llenan y se vacían en cada movimiento y es una lucha libre distinta, sin muecas de desesperación fingidas.

Sonríe:

—¡Allá se queda todo eso! —le dijo un esbirro antes de abordar el barco del campo de concentración—. Es la mejor olimpiada...

Y se quedaron con los sueños de levantar el mundo en Helsinki.

Y al hermano le gritan:

—¿Ramón Claro? —y no oye las detonaciones que le quitan la vida. Ni siquiera se pudo reír de la ocurrencia que tuvieron de atentar contra él.

—Sí. Es bueno ser el industrial de la pólvora...

—Vamos abajo a bebernos un ron, ¿quieres?

Pablo mira el retrato en la pared —grandes músculos cagados de mosca— y abre la puerta:

—De ninguna manera tu mamá debe saberlo. Por lo menos al principio. Después se acostumbrará. La pólvora hiede a muerte, a cadáver, a incendios... Tú no tienes ningún diente de oro, ¿verdad?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por la pólvora: electricidad estática... nada más...

18

Carlos Guillén se acuesta de nuevo en la colchoneta y mira el techo. El sabe por experiencia que sólo podrá reconstruir los últimos tres días. Allá arriba en el techo aparecerá todo nítidamente.

En la madrugada llegó Pablo con otro camarada. Tal vez hizo demasiado ruido o solamente hubo los ruidos de sus pasos muy suaves en el piso. Se levantó sobresaltado cuando oyó algo en la puerta, pero ya estaba Luisa allí con la metralleta en las manos. Y Pedro Armas, medio incorporado apuntaba hacia la puerta con una pistola. Carlos abrió la puerta y se hizo a un lado de un salto.

Y Pablo susurró pensando en la metralleta de Luisa:

—¡Soy yo, Pablo!...

Más tarde agregó muy serio:

—¡Están muy nerviosos! Faltó poco para que me mataran. ¡Hay que averiguar primero!...

—¿Por qué viniste tú? —dijo Pedro con su voz nasal, fangosa, oscura—. ¿No podía venir otro cualquiera?

—No podía venir otro cualquiera —dijo Pablo tocándole suavemente el hombro—. Esto lo debo hacer yo mismo. Nos vamos ya. Tenemos una clínica y médicos en abundancia...

Luego tomó a Carlos Guillén de un brazo y lo llevó a la cocina:

—Debes limpiar esto muy bien. Hemos abusado contigo. Los rastros siempre son posibles en los edificios: hay porteros, vecinos, policías, cobradores, putas y cabrones. Cualquiera puede asustarse. Limpia todo esto. Mañana hablamos. Ya va a ser de día. Debemos salir con la oscuridad. No hay tiempo que perder.

Como no pudo limpiar toda la sangre del diván manchó de pintura la tapicería del mueble; grandes manchas abstractas en las sábanas, en diversos rojos.

Desde el balcón mira por última vez la protesta de los italianos y abraza a su mujer:

—No tenemos nada. Ya Pedro Armas está muy lejos —dice y vuelve a la pintura.

Amanda sentada en un cojín observa sus movimientos con el pincel, sus contracciones para apreciar los detalles de la pintura desde ángulos difíciles. A veces le rechinan los dientes en una frase confusa, gruesa, dura, de erres. Y Amanda se queda dormida.

Oyó la voz de Carlos muy lejos, pero no se despertó del todo, en el sueño se le confundían con las voces del monstruo.

—Porque habla siempre como un loco cuando está pintando.

Voces distintas, fuertes, amenazas, órdenes. Y de un salto queda en pie —apenas tiene tiempo de alisarse la falda. Dos policías con metralleta entran en el cuarto-estudio. No dicen nada, pero no se trata de Mussolini, sino de Carlos Guillén que trataba de pintar un monstruo porque estaba vacío esa noche. Empiezan a tirar los cuadros, las pinturas, los pinceles, aplastan los tubos de pintura con los pies

porque en la cárcel, los presos guardan sus mejores secretos en la pasta dental.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes? ¿Ladrones o policías?

—Tenemos una orden de allanamiento, señora. Este es un procedimiento —dice el jefe esforzándose por ser amable.

—Pero van a estropear los cuadros...

Un policía baboso, que tiene la facultad de esperar que la baba le cuelgue hasta el hombro para absorberla, grita:

—¿Y qué? —pasa la mano por la pintura fresca y se chupa la baba—. Ruegue a Dios que no estropiemos su marido...

Se chupa de nuevo y dice a los demás:

—¡Muchachos: pintura fresca! Deben poner un cartelito: pintura fresca...

Amanda busca a Carlos y lo descubre de pie en la sala: examina una orden de allanamiento.

—De todos modos ya están allanados —dice el policía de la baba—, ¡Esa es una formalidad pendeja!...

—¡Cállate! —le grita el jefe—. La firma de un juez y el sello de un tribunal de la República. Todo dentro de la ley. Todo está en orden, ¿verdad?

Revuelven la casa, toman los cuadernos de los niños, los papeles de Carlos, los retratos, las cartas de la prisión. Aprietan los tubos de pintura y salen los gusanos de colores que caminan un instante en el piso. El policía se recoge la baba y rompe una tela con una navaja pese a que el jefe de la comisión le dice que no hay órdenes de eso todavía. Y el baboso loco le rompe la nariz a Zamora con la punta de la metralleta.

A Carlos no le importa nada. Solamente piensa en su mujer. Ella los insulta, los increpa, les manotea la cara y los maldice a gritos. Y de pronto se vuelve hacia él y le sonríe un poco para que se sienta feliz y no le dé miedo esta inmundicia que irrumpe a media noche en la casa, cuando pinta un monstruo indefinido porque no tiene nada en la cabeza.

Carlos cruza los brazos en el pecho y dice:

—Se acabó la pintura también. ¡Me derrotaron!...

Los presos duermen. Algunos gritan en sueños o se incorporan alucinados en la colchoneta.

—¡No! ¡No!...

Pero él entiende. Otro ríe un instante y se queja después hasta llorar como un niño. A su lado el preso se incorpora de nuevo. Está dormido y tiene los ojos abiertos fijos en Carlos Guillén.

—¿Qué te pasa?

El preso lo mira asustado y se cubre el rostro con las manos.

—¿Qué te pasa? —repite Carlos y lo tira de la mano.

—¿Qué? ¡Ah! No... nada —dice el muchacho.

Carlos le ofrece un cigarrillo encendido.

—Yo he visto muchos torturados...

—Primero me golpearon con ella en la cabeza...

—¿Con qué? —pregunta Carlos.

El preso fuma y lo mira con curiosidad. Comprende que es un preso nuevo y agrega:

—¿Nuevo? No me importa lo que usted sea. Ya me torturaron. No todos somos buenos aquí. Pero usted es bueno...

Descansa con la respiración agitada, temblorosa, caliente, fuma y vuelve la cabeza hacia las rejas.

—Con la engrapadora, ¿comprende? Toque aquí, en la cabeza, todavía tengo algunas heridas. Eso no era nada. Pero después me engraparon la cabeza. La colocaban así y golpeaban con el puño cerrado hasta que sentían el cuero cabelludo blando y sangrante, en el *truk-truk* de la máquina.

—¿Cómo?

—Con las grapas, con las grapas, ¿comprende? ¡Como el papel! Y me engrapaban la propaganda en la cabeza. Yo engrapaba la propaganda de la J.C. Y con la misma engrapadora me engraparon la cabeza, me fijaron el pelo igual que las sirvientas con sus ganchos. Aquí me las sacaron los camaradas después de tres días. Comenzaban a cicatrizar, ¿comprende? Y eran más dolorosas...

Engrapar: una nueva tortura que descubren en Venezuela.

—No encontraban con qué torturarme. Habían escondido la "constitución". ¿Usted sabe qué es la constitución? Un trozo de manguera de caucho que llaman constitución porque no desconstituye, no deja rastro en el hígado que destruye.

Maldecían al Congreso porque tuvieron que esconder la "constitución" en los días que venía la comisión del Congreso a investigar

las torturas. Y a uno cuando está torturado lo ruletean, se lo llevan a otra policía, a cualquier otro lugar donde no hay Congreso ni Comisión ni José Vicente Rangel indagando y protegiendo a los presos en su integridad física. La ruleta, ¿comprende?

—Mientras pasa la Comisión del Congreso o José Vicente Rangel que no se conforma con la versión policial de la justicia.

—¡Te ruletean! Por eso me engraparon con nuestra engrapadora. Y no puedo dormir tranquilo. Ya se lo dije a José Vicente Rangel, un hombre que no bandidea con los presos.

—Eso te pasa —dice Carlos—. Podrás dormir tranquilo un día.

—¿Qué sabe usted?

—Yo sé que pasa. Antes pasaba. ¡Yo lo sé! —agrega convencido.

El otro preso dice algo. Carlos no lo oye.

—Pablo dice que pasa, pero bebe ron...

—¿Usted conoce a Pablo?

—¡No preguntes más de la cuenta, muchacho! A los veintitrés años me dejaron estéril. Pero eso pasa aunque nunca puedas tener hijos. Uno no muere y sigue así. Incluso hasta puede dormir tranquilo con las manos protegiéndose el sexo...

No duele. Han dejado de golpear en los testículos y los riñones. ¡No orinas sangre ni te arde nada! Uno puede caminar y hablar normalmente con la gente. Y ser amable y pintar niños con un pincel o monstruos con manchas estériles de pintura en el vientre de la mujer. Unos hombres lo han golpeado a uno no se sabe en nombre de qué humanidad, de qué cielo, o de qué infierno. ¡Eso no cuenta! Saltan sobre los riñones, escupen, conectan cables untados de saliva, orín o agua en los testículos, el ano o las orejas y te dicen que vas a alumbrar como un bombillo en nombre de la general electric o la westinghouse. Para que seas eléctrico y engendres monstruos eléctricos. ¡No importa! Después te encierran entre rejas y muros para que forníques con la muerte. Sólo respirar, comer, saltar en la noche dormido, como tú, dar pasos, muchacho, y volver al suelo. Peñita, el Conde, acaba de decir hace un rato:

—¡Esta no es cárcel! Aquella sí era cárcel —y siente que se le llena la cabeza de recuerdos.

Y se llena de orgullo con sus cicatrices mostrándolas a los presos jóvenes para que distingan el heroísmo de sus carceleros.

—Sí. Eso pasa —repite.

Pero el otro está de espaldas con los ojos fijos en la pared.

—¿No oyes?

—¿Usted es de los viejos, verdad?

—Sí. Soy de los viejos. . .

—¡Los viejos no comprenden nada ahora! . . .

19

La calle terminaba en cuatro edificios que se levantaban sobre un barranco solitario y empinado de la colina. Una vuelta olvidada en el cerro porque la carretera se había ido a dar vueltas más abajo y se quedaba ciega en esta calle. Desde esa altura podía verse la ciudad, pero sin entender nada de la ciudad pequeña e insignificante de abajo que era enana, chata, de cámara lenta, distinta totalmente al centro del torbellino. En un terreno sin construir, contiguo, cubierto de yerbajos sin nombre ni clasificación, basura y cascajos —cuando no había tiros— filmaban para la televisión los anuncios de un polvo para lavar que llovía sobre la ciudad como el maná y se disolvía en espumas y pompas de jabón gigantescas. (Entonces aparecían los hombros redondos de una mujer insignificante que se convertía en hada bella de la televisión. Pero era fea y se cubría el rostro de harina de maíz y aceites).

Pilar María Astudillos se levanta y camina hasta el terreno sin construir —desde donde llueve el maná del cielo de jabón— y mira las luces abajo, los cerros, los bombillos en las calles y las bombas de mercurio de las grandes avenidas que se distinguen por su luz blanca que hiere los ojos. Los avisos luminosos que son gatos de edificio en edificio y por fin, puntos de mujeres diminutas que esperan en las esquinas o se pierden en la oscuridad. Siente que le sube un olor a prostituta por la nariz. Y regresa canturreando la canción cubana del radio-técnico.

*"Hacerse el jarakiri
con el dedo. . ."*

Y siente el dedo lleno de sangre. Y se le colma de sabor a hembra el corazón desolado. Porque una muchacha no puede hacerse el jarakiri

con el dedo, cuando hay tanto hombre realengo por la calle, con el deseo de hacerle el favor a la Virgen María, si es preciso.

Pantaleón Lista cierra los ojos y le saltan chispas de avisos luminosos y balas de ruleta rusa manchadas de sangre.

—¡Ojalá vengan de una vez! —dice entre dientes.

Pilar María Astudillos no oye porque en ese instante la muchacha hace ¡chas! y brota la sangre y él se chupa los dedos. Se quita el casco de la cabeza para que puedan volar los pensamientos y dice algo para calmar al amigo.

—Estos cascos alumbran de noche. Hay que quitárselo, Panta. . .

Y al fin la muchacha no es virgen porque se hace el jarakiri con el dedo. ¡Y maldito sea el dedo!

Pero le propone a Pantaleón irse a la esquina, quedarse cerca de la carretera que baja de la colina y buscar la seguridad de uno mismo, que es lo importante y no cuidarle el culo a los cubanos bandidos que se hacen el jarakiri con el dedo cuando pueden chuparse un pito de mafafa.

—¡Así no hay sorpresas! —dice. Indica el barranco donde filman el maná de jabón y agrega: —Por aquí no pueden subir. . .

Uno de los cubanos repara-radios, sube con una mujer que se cubre el rostro simulando toser con un pañuelo blanco. Después apagan las luces y sobreviene el jarakiri, seguramente. Y Pilar María se muerde el dedo lleno de sangre, de orines y talcos rancios.

—A mí no me gustan estas guardias. ¡Uno se siente cabrón! No policía, sino cabrón y se tiene que chupar el dedo lleno de tabaco. Es mejor un prostíbulo. Por lo menos hay putas que no se hacen el jarakiri con el dedo. . .

"Sombras nada más" lo ve a él de guardia en el prostíbulo junto con Pilar María Astudillos y le indica con el dedo meñique que espere una hora nada más. Pilar María se admira viendo a "Sombras" con sus nalgas partidas en el tafetán negro. Y no habla de las americanas que lo entalcan a uno como si aliñaran un conejo con curri y coco, ni del radio-técnico que contaba lo de la americana en la cama cuando se le abrían y se le cerraban los ojos verdes como un ojo mágico de radio mal sintonizado.

"Sombras" le dice:

—¿No cree?

Y los ojos verdes de negra se le abren y se le cierran como un ojo mágico cuando se queda quieta en la cama y le toca el pelo para decirle que es un gigante negro que se queda dormido en su vientre.

—¿No cree?

Los disparos son más frecuentes. Pantaleón cuenta diez y deja de contar. Algunas familias se asoman a las ventanas y los balcones de los edificios o encienden las luces de la cocina para asomarse en las salas sin sospechas y sin peligros mayores.

Piensa en la mujer blanca y dice:

—Ellos deben estar durmiendo. La mujer le tiene las piernas colocadas en el sexo.

Pero Pilar María Astudillos oye y le responde:

—Ellos no están durmiendo. Yo me voy a la esquina de abajo, es mejor. Es una buena esquina. ¡Esto no es como la ruleta rusa, Panta!...

La ruleta rusa es un gusto de uno...

—¡Ojalá se duerma! —se dice Pantaleón Lista.

Pero él mismo cae en la modorra y la confusión: los dedos de la ruleta y el gato blanco y los ojos de las mujeres yanquis como el ojo mágico de un radio mal sintonizado y el radio-técnico que repara el ojo mágico y el americano llevando la contabilidad escrupulosa-mente, entre mangas blancas, en una compañía petrolera.

Pero se levanta, estira los brazos, bosteza para limpiarse los oídos y oye los tiros nítidamente. Recuerda que Pilar María Astudillos ha dicho uno-se-siente-un-cabrón y descubre su metralleta a los pies. Y cuida un cubano que se acuesta con una mujer que no se hace el jarakiri con el dedo ni la ruleta con el dedo que no suena ¡pum! tampoco...

Recoge la metralleta de Pilar: al fin y al cabo tiene dos metralletas esa noche, pero no tiene a "Sombras" después de la ruleta porque las metralletas son construidas anti-ruleta: no se puede meter una bala en un tambor. Mira por última vez hacia el sótano del taller de reparación y el jarakiri y se siente cabrón. Vuelve la cabeza hacia abajo por donde ha desaparecido Pilar María Astudillos y empieza a subir la colina lentamente, pero sintiéndose cabrón todavía.

—¡Yo no sigo en esto! (María la Tonina arrastra los pies y Evencio la abraza y la apreta cuando ella le enseña que la bandera tricolor la trajo Miranda).

Camina sin mirar hacia atrás. Algunos perros ladran.

—¡A lo mejor me matan sin saber nada!

Piensa en el uniforme y el casco blanco que se distinguen en la noche. Pero sigue:

—Si encontrara a "Sombras" me daría otra ropa. Pero María la Tonina siempre está donde hay tiros. Ella debe venir a mi encuentro...

—¡Ojalá llueva!...

Apresura el paso y se queda rígido de pronto cuando aparece una patrulla en la carretera. La patrulla se detiene unos instantes a su paso, pero él dice:

—¡Oí unos disparos por aquí!...

—Sí. Están disparando desde más arriba. ¡Hay que tener mucho cuidado!...

La patrulla sigue y no aparece ni "Sombras" ni María la Tonina que siempre aparece cuando hay tiros.

—No puedo seguir por la carretera —piensa Pantaleón—. Ahora pueden encontrar a Pilar desarmado y truquero para justificarse...

Patea una piedra grande y siente el golpe en el cerebro. Corre detrás de la piedra, descubre un cuerpo tendido en una red de pescador. Se queja. El se acerca, se arrodilla y le alumbra el rostro. La mujer está borracha solamente. Prende otro fósforo y casi la besa para identificarla. Ella le dice en un susurro:

—¿No cree?

"Sombras" lo abraza y lo besa. El la levanta y sigue con ella hacia el cerro.

—¿No cree?

Lo besa de nuevo y le dice con voz de ron y de vino que está muerta y le han nacido hormigas en el culo. ¡Pero no importa!

—¡Ojalá los encuentre! Tal vez esté con ellos María la Tonina...

"Sombras" patalea un poco y lo muerde en una oreja:

—¿No cree?

—¿Cómo se sentirá Amanda ahora?

Sola, circulando entre los cuadros. (Esos espectros que se quedan en las casas después de los allanamientos). Y la danza de la soledad de sus pinturas. Porque un cuadro sin pintor da una idea de desolación, de muerte (por lo menos en la casa del pintor). Figuras o manchas de color que se convierten en fantasmas, en duendes que generalmente tratan de hablar en la oscuridad. Tal vez Amanda duerma ya. Seguramente da vueltas en la cama o extiende las manos en el vacío. Y espera o se fija metas: ahora está en la esquina, luego sube. Pero yo sigo aquí solo en el colchón y puedo tocarle la cabeza engrapada a un muchacho que no se explica aún las cosas. Y ella siempre está sola. (Acostarse con un hombre estéril es como acostarse con nadie. Con una sombra).

—Pero, ¿para qué pensar en eso? Uno nunca deja de estar preso. Ni siquiera cuando está en libertad. La libertad es un mito nuevo que resulta demasiado difícil de entender, de sostener como una conquista del siglo. Uno saluda, camina por las calles, pinta o se emborracha o se acuesta con su mujer y la prisión sigue allí, demarcando la libertad con un trozo de tiza en el suelo. ¡Sigues preso en el cerebro! No se diluye en nada la prisión. No se olvida y por eso para los cristianos, para los místicos la libertad se convirtió en la muerte.

Dos esbirros se acercan a la reja y gritan su nombre. El se incorpora.

—Realmente estoy preso otra vez. ¡Ya vinieron!...

—¿A ti? —pregunta Francisco medio dormido.

—Sí, a mí...

—Esta no es hora de libertad, pero nunca se sabe. Si tú quieres no sales ahora. Podemos oponernos...

—No. Déjame salir de eso...

Crece el murmullo. Todos los presos están despiertos, sentados en el suelo o en las colchonetas. Los esbirros repiten su nombre.

—Yo quería pintar tranquilo. Pero aquí me encuentro de nuevo en el camino. ¡Es inevitable todo esto!...

Peñita, el Conde, guiña un ojo a su paso. Carlos Guillén descubre un amarillo ceniza en su rostro mulato. Los esbirros, sin decir una

palabra —uno atrás, otro adelante—, lo conducen a una pequeña sala que parece una enfermería. (Un cajón de Cruz Roja, mesas blancas, niqueladas, un lavamanos grande, autoclaves, sillas giratorias).

—Déjennos solos. Siéntate. Quiero hablar contigo como viejos amigos —dice José Rojas.

—¡Ya no podemos hablar como viejos amigos! —replica Carlos. Antes era distinto: en la SN. Los dos estábamos torturados y presos. ¡Eso pasó!...

—Yo te curé las heridas. Tú me curaste las mías...

—¡Eso pasó: era distinto!...

—Eso no puede olvidarse nunca. ¡Somos amigos nacidos en el dolor!...

—Ahora somos enemigos. Tú eres policía... yo soy preso. Esa es la diferencia y tú lo sabes tanto como yo...

José Rojas desvía los ojos hacia la ventana. Sus manos tiemblan y manchan de humedad el vidrio del escritorio.

—¿Cuántos han pasado por aquí como amigos?

José Rojas no responde y su rostro se tiñe de rojo. Hurga en un cajón del escritorio y saca una carpeta voluminosa.

—Sabemos muchas cosas de ti —alarga la mano con la carpeta—. Tú mismo puedes verlo. Muchos han cantado y no se olvidan de ti...

Carlos rechaza los papeles con un gesto.

—Así era la SN. ¿No lo recuerdas?

José Rojas abre la carpeta y lee o simula leer. El cigarrillo se le apaga entre los dedos.

Pablo tiene razón:

—“Han aprendido la lección en su propio cuerpo” —piensa Carlos—. José Rojas era de los puros, un místico de la libertad.

¿Cómo llegó entonces José Rojas a su calabozo? Todavía podía caminar. Pero la espalda era una sola llaga. Empezaban a nacer gusanos en las heridas purulentas. Ciego por la fiebre y los temblores. Aturdido por el terror, pero firme, entero. Carlos limpió las heridas con salmuera y se le salían las lágrimas cuando dijo que se compadecía de él mismo, de su cuerpo:

—¡Cómo me han dejado, hermano! —decía infantil, dolorido con grandes muecas cuando le caía el agua de sal.

—No me vas a negar que tú eres de las FALN —dijo José Rojas mirándole a los ojos y masticándose la cola del cigarrillo apagado.

En la noche le decía al oído:

—¿Tú crees que vuelvan por mí? ¡Ya no hay espacio en mi cuerpo para torturarme!...

—Tú eres comunista duro. No me lo vas a negar. En la SN ya eras duro y te burlabas de tus viejos letreros pidiendo paz o recogiendo firmas para el Llamado de Estocolmo...

—¡No, no volverán por ti!...

—¡Cómo me han dejado, hermano!

—¿No vas a responder como amigo? Te tiendo un puente. Yo sé que tú eres duro. Yo no me ocupo de estas cosas. Para eso tenemos otra gente especializada. Pero pedí tu caso como amigo. Era lo menos que podía hacer...

Toca un timbre debajo del escritorio.

—¡Como amigo! —y termina de comerse la cola del cigarrillo apagado.

—¡Yo no soy tu amigo!...

—Yo sé que tú eres duro. ¡En la cárcel nos traicionaste y te metiste a comunista!...

—¡Traidores son ustedes!... Han traicionado a todo el mundo.

Entran dos esbirros vestidos de negro.

—¡Desnúdate! —ordena José Rojas con voz ronca.

Carlos cruza los brazos en el pecho. Apenas comprende las palabras. No las esperaba en ese momento. Quizás después. Por eso siente frío y le tiemblan las piernas como en la SN.

—Has podido esperar un poco más. Una ofensa verdadera y no eso de traidor. Eso ya no te ofende. ¡Forman parte de tu moral, las traiciones!...

—¡Desnúdate! No te haremos nada. Pero un hombre desnudo empieza a desplomarse...

—¿Qué más van a hacer ustedes conmigo? —pregunta Carlos con voz potente—. ¡Ya la Seguridad Nacional me dejó estéril!...

—¡Desnúdenlo! —grita José Rojas y empieza a escupir las partículas de tabaco en todas direcciones.

Los esbirros saltan sobre Carlos Guillén y lo tiran al suelo. No opone resistencia, pero grita:

—¡Ahora tienen que matarme!... Tú debes ordenarlo... ¡Ese es tu destino, traidor!...

—¡Traidor eres tú, mama güevo!...

—¡Tienen que matarme!...

—No te preocupes...

—¡Tú no tienes bolas para eso!...

—¡Tenemos gente especializada!...

21

En Sabana Grande, Pablo mira algunas mesas vacías donde rebotan las gotas de lluvia. Gentes a las puertas de las areperías y los bares. Pablo no se desayunó, pero no tiene hambre. (En la prisión se acostumbró a pasar días enteros sin alimentos. Cuando siente algo en el estómago, bebe agua y los ácidos se disuelven y pasa el malestar). Toma a Luis Martínez del brazo y le dice al oído:

—El hombre es elemental en la cárcel y sólo se eleva unos centímetros cuando tiene el retrato de la mujer y los hijos pegado a la pared.

Luis Martínez se ríe.

Pablo dice al guardia en la prisión:

—¡Ese hombre se suicidó!...

El guardia examina la cabeza deformada por los golpes contra la pared (porque los presos lo tomaron como un ariete: una viga humana entre cinco hombres, contra la pared, hasta que los huesos de la cabeza quedan flojos: ¡traidor! porque pujan y suenan las voces contra la pared).

—Ese hombre se suicidó: ¡se tiró del segundo piso, de cabeza! Decía que era supermán —para que entendiera el guardia y los dejara tranquilo.

Luis Martínez comprende y le apreta el brazo derecho.

En los bares de Sabana Grande también la gente habla para la policía.

—¡Yo lo tengo en mi casa!...

—¡Era amigo mío! —dice uno al cajero que lee el periódico—. Pero lo mataron a la salida del cine Caracas. ¡Dame otra cerveza, ésta me sabe a mierda!...

—Mi cuadro para el Salón llevaba el autógrafo de un comandante de las cuatro letras...

En un rincón de un bar de Sabana Grande, un hombre con una máquina de escribir en la mesa y dos botellas vacías de cerveza, escribe la historia de las FALN. Un policía cubano de apellido García, llega a media noche y le cuenta algunas cosas que ha oído en la Digepol. El hombre de la máquina de escribir grita:

—¡Muy interesante! ¡Eso merece un ron!...

Y toma apuntes en una servilleta de papel de seda.

—Pablo quiere la guerrilla del llano (ahora anda reclutando gente) porque es pieplano y esa será una guerrilla a caballo. No es bolsa. Ayer se reunió con nosotros casa de Darío y nos preguntó los números de las botas...

Se acaba el dinero en una mesa.

—Podemos dejar el reloj tuyo. Mañana me pagan un trabajo en "El Nacional". O le pides a tu mujer. Ella siempre tiene...

—Vamos a llamar a Pablo... siempre tiene ron...

—¡Si se emborracha dice algunas cosas interesantes!...

Los bares de Sabana Grande y la revolución en las mesas de las aceras o en los reservados donde siempre "se reserva el derecho de admisión", para tener algo equivalente a la discriminación de negros que no se puede hacer en este país de Zamora. Los letreros, en los urinarios, contra el gobierno o los mensajes que se dejan de noche en noche los homosexuales y los vendedores de drogas a sus clientes.

Pablo toma del brazo a Luis Martínez y siguen por las calles de Sabana Grande. Esta puede ser la última vez y quiere verse con los escritores y pintores para darles un último mensaje. Luis Martínez le dice que no es necesario.

—Todo seguirá igual, después de tu mensaje, Pablo. Mejor nos vamos de una vez.

Comercios pequeños, avisos luminosos, mujeres que caminan solas o con sus maridos tomados de las manos para que no las confundan con putas. Cubanos batisteros que venden "Bohemia Libre" contra Fidel y con direcciones de muchachas que no son cubanas en su totalidad, pero que se han traído la fama. Y direcciones de marihuana. Los argentinos, el juego y la coca con los precios del gramier cristalino, auténtico y legítimo del altiplano, para un viaje largo.

—¡Por la nariz!...

—¡Por cualquier parte es buena la coca!...

La lluvia les da en el rostro mojado, flojo y frío. Desde que salieron de la casa los golpeaba la lluvia y había que subir los cuellos de las chaquetas. Las pistolas no podían mojarse. Un retrato hablado que no tiene importancia. Desde Sir Walter Raleigh los indios tenían ojos en el pecho. Y los conquistadores hambrientos inventaron indios que se alimentaban con el olor de las flores y tenían grandes orejas para escuchar el paso del conquistador hediondo que no se descubría por sus ruidos sino por sus olores. Sir Walter vino y se fue a hablar de Manoa, de El Dorado, desde la Torre de Londres, y fumó tabaco, té y telarañas en una larga pipa de cacique degollado. (Podemos ser chinos, mongoles, mezcla, aluvión, pero nos dibujan como el cacique de la película de vaqueros: el estrecho de Bering, tribus que cargaron con los despojos de la guerra y algún botín de la aventura, hacia lo desconocido de un continente nuevo que era el mismo continente. O Kontiki y Pascua como el verdadero ombligo del mundo. Y tal vez el viejo continente Antártico de puente entre los pueblos).

—Si me bebo un ron te digo cómo vino a América el mongol y te puedo contar cómo un capuchino se murió de tanto tomar ñopo...

Luis Martínez le dice:

—Yo comprendo por qué andas tan lejos...

El Francesito en una cloaca, eso es todo...

El Francesito gritó, lloró, se orinó en los pantalones delante de Luisa y dijo:

—¡FALN... FALN... FALN... me estoy muriendo!...

Interminable con una voz pastosa, ronca, de saliva escasa en la lengua trabada, torpe, escondida abajo, casi en el estómago.

—A mí me duele también —dice Luis Martínez.

¡Esa fue la sentencia!

—¡Si tú te suicidaras! —dijo Luis Martínez al Francesito—. Pero tú no te suicidas. Todavía crees que tienes derecho a vivir...

Camina y los zapatos suenan con el agua. Los avisos luminosos en el cielo. No hay estrellas. ¿Por qué Pablo mira hacia arriba?

Las mujeres con grandes caderas y pinturas chorreantes en el rostro caminan en Sabana Grande. Se han decidido a salir de los bares para trabajar (el trabajo está malo cuando llueve). Peinados de mucho

pelo recogido y tostado por donde resbala el agua. Argentinas altas y cantarinas con expresión sufrida de tango. Venezolanas con voces toscas y amigas de policías. Cubanas de pelo corto y portaculos que dejan ver las nalgas abultadas, enguantadas, enormes, creadas a contrapelo. Caminan gusanos sinuosos, vendedores de condones y drogas contra Fidel. Pelos perfumados y olores fuertes en los trajes.

Una cubana les dice al oído guiñando un ojo y moviendo las caderas:

—¡Calor, chiquito!...

Pero Luis Martínez le dice:

—¿Tienes "Bohemia"? ¡Allí dan direcciones y son mejores!...

—Son falsas cubanas, chiquito... ¡Yo soy auténtica, de Marianao City!...

Pablo piensa que su mujer debe esperar en la casa. Sólo tiene que ir, besarla (a ella y a los niños), salir a la puerta y decirle:

—Quizás nos veamos muy pocas veces...

Besarla de nuevo y agregar:

—Quizás no nos veamos más. Pero vamos a procurar vernos, ¿quieres?

—¿A dónde vas a ir?

—No sé. Tal vez Luben me acepte!...

—¡Yo no quisiera que tú te fueras!... ¿No puedes seguir aquí?

—¡No puedo!... Se acabó la ciudad... Yo no creo en las guerrillas, pero es el único refugio...

—¡Tú tienes los pies planos!...

—¡Luben también!...

Un tiro suena muy cerca. Se toca la pistola y vuelve la cabeza para descubrir a Luis Martínez con el arma en la mano.

—¡Está seca la pistola! —dice.

Más adelante descubren una alcabala móvil. Los policías registran a los transeúntes borrachos, protegidos a la entrada del cine.

Cuando se devuelve, Pablo da un paso en falso y Luis Martínez lo sostiene. Caminan lentamente para no llamar la atención (el Francesito grita y luego silencio y cae lluvia en el rostro pálido, amarillo, fino).

—En una cloaca —dice Pablo—. ¡Se le llenaron los oídos de agua!

Entran a un bar de Sabana Grande.

—¡Es peligroso! —dice Luis Martínez.

—Tenemos las pistolas secas...

—¡Hay mucha gente!...

—¡Dame dos rones, portugués!...

F I N

Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 1969,
en los talleres de la
Editorial "Centauro"
Caracas-Venezuela

